



ANO III

NÚM. XXXVI.

LA
ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

~~~~~  
DICIEMBRE—1891  
~~~~~

MADRID

IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

á cargo de D. Agustín Avrial,

SAN BERNARDO, 92

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

HISTORIA

DE LA

GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1870-71

(Continuación)

En el ala izquierda alemana, la décima sexta división alcanzó á las once los acantonamientos que se le habían asignado; había rechazado al enemigo de Hébecourt, así como del bosque que se extiende al Norte de esa localidad, sobre Dury. La décima quinta división marchó, para efectuar la concentración del octavo cuerpo, según se le había ordenado, por la orilla izquierda del Noye, partiendo de Moreuil hacia el Oeste y pasando por Ailly á Dommartin, mientras su vanguardia, apostada en Hailles, iba directamente á Fouencamps. Sucedió así que en el curso de la mañana los caminos de Roye y de Montdidier quedaron totalmente desprovistos de tropas alemanas, al paso que en su bifurcación había apostada una brigada francesa, aunque, á decir verdad, nada intentó. Ocultaron algo este vacío el numerosísimo séquito y la escolta del general en Jefe, y luego lo llenó un poco también el batallón encargado de cubrir el Cuartel general. Poco después de la una, cuando los franceses procedieron al ataque de la brigada, el general Manteuffel ordenó á la décima quinta división hacer lo posible por tomar parte en la lucha que se libraba en el ala derecha.

Después de una tenaz resistencia, las compañías del regimiento número 4 fueron rechazadas del bosque de Hangard hacia la pendiente de la altura fronterá á Démuin. Las tropas que defendían á Gentelles tuvieron que retroceder asimismo algo más tarde sobre Domart, agotadas ya totalmente sus municiones.

El general Strubberg, puesto al corriente de la situación, envió hacia

el Luce cuatro batallones. Franquearon el Arve, pero recibieron tan vivo tiroteo desde el bosque de Gentelles, que, no pudiendo avanzar más, tuvieron que hacer frente contra el bosque. Detrás de ellos las otras tropas de la trigésima brigada penetraron en Saint-Nicolas á la orilla derecha de la corriente, en Bove á la orilla izquierda, y de concierto con la vigésima novena brigada, rechazaron á los franceses de la colina coronada por un castillo ruinoso.

En el ínterin, una fracción de la primera división, que venía siguiendo, llegó detrás de la tercera brigada. Las posiciones de artillería de esta última fueron reforzadas considerablemente, y se dirigió su fuego sobre los terraplenes del Sur de Villers-Bretonneux. Para proporcionarles un apoyo inmediato, avanzó el regimiento Príncipe Real, y los franceses se vieron rechazados á poco del bosque de Hangard. Los batallones de la Prusia oriental, que los perseguían, se establecieron delante de los terraplenes, y poco á poco se reunieron en aquel punto varias fracciones de los regimientos núms. 4 y 44, que rechazaron al enemigo fuera de esa posición. Entonces trece baterías prusianas redujeron al silencio á la artillería francesa, y después que las mismas hubieron dirigido su fuego durante algún tiempo sobre Villers-Bretonneux, los prusianos, que avanzaban de todas partes á tambor batiente, ocuparon á las cuatro esa localidad. Sólo en algunos puntos del interior del pueblo les opusieron los franceses alguna resistencia; la mayoría, á favor de las tinieblas, corrió á franquear el Somme por Corbie, dejando en menos del adversario ciento ochenta prisioneros no heridos.

Cuando el general Lecointe avanzó sobre Domart más tarde con la brigada de reserva, vió que la primera división había ocupado nuevamente ese punto de paso, y volvió pies atrás. Sólo en Cachy se sostuvieron los franceses hasta muy entrada la noche.

Por esa noche las tropas del primer cuerpo se alojaron en las localidades situadas al Sur del Luce, mientras que sus puestos avanzados se hallaban en la orilla Norte; también se dejaron tropas en Villers-Bretonneux.

En el ala izquierda, la décima sexta división avanzó hacia Dury: había desalojado á los franceses del cementerio contiguo; pero se abstuvo de dirigir un ataque contra la línea de las trincheras francesas, muy extensa y fuertemente ocupada. Se estableció en vivacs detrás de Dury.

Durante la noche el general Manteuffel recibió noticias positivas de una completa derrota del enemigo. En la madrugada del 28 las patrullas del primer cuerpo de ejército encontraron el terreno absolutamente abandonado hasta el Somme, y destruidos todos los puentes. A las doce de la mañana el general Gœben hizo su entrada en Amiens, cuya ciudadela ca-

pituló dos días más tarde con cuatrocientos hombres de guarnición y treinta piezas.

La acción del 27 de Noviembre ofrece como particularidad característica la desproporción absoluta de la extensión del campo de batalla con el número de las tropas que intervinieron. El general Farre ocupaba con las suyas, fuertes de veinticinco mil hombres en números redondos, un frente de cerca de veinticuatro kilómetros de longitud, desde Pont-de-Metz, al Sur de Amiens, hasta el Este de Villers-Bretonneux, y teniendo á su espalda el Somme á muy poca distancia. Como los alemanes hacían sus ataques en un frente que no era menos extenso, resultó de aquí que su línea se encontró cortada por el centro. Había allí un peligro de que preservó al ejército durante la mañana la inacción del enemigo, y que se salvó más tarde ocupando á Saint-Nicolas.

Los alemanes tenían la superioridad numérica, porque, aunque de la primera división, que marchaba detrás de las otras, sólo pudo tomar parte en la contienda el regimiento Príncipe Real, su efectivo no bajaba de treinta mil hombres. De todas las brigadas, la que tuvo que sostener una lucha más reñida fué la tercera; así perdió treinta y cuatro oficiales y seiscientos treinta hombres de los mil trescientos que murieron ó fueron heridos en aquel día. Los franceses perdieron también unos mil trescientos hombres, pero además desaparecieron mil.

Una parte de la Guardia nacional había roto las armas y huido á las aldeas. El grueso del cuerpo francés se batió en retirada hacia Arras.

Inmediatamente después de la batalla, la cuarta brigada, que había quedado disponible en la Fère, fué á engrosar el primer ejército.

TOMA DE LA FERÉ

(27 de Noviembre.)

Esa pequeña plaza había adquirido cierta importancia, porque interceptaba la vía férrea de Reims á Amiens, al par que la línea de París. Situada en una vasta llanura y rica en corrientes de agua—el Somme y sus afluentes—la plaza es poco accesible; por lo demás las fortificaciones no comprendían sino un muro medio desprendido de la escarpa y algunos terraplenes avanzados; amén de eso, dominábala completamen-

te una altura que se eleva al Este á sólo mil quinientos metros de distancia.

La cuarta brigada procedió el 15 de Noviembre al bloqueo provisional de la Fère, y cuando llegó de Soissons el parque de sitio, que comprendía treinta y dos piezas de grueso calibre, se instalaron y armaron en la noche del 24 al 25 de Noviembre siete baterías sobre la altura de que acabamos de hablar. Al día siguiente rompieron el fuego, y el 27 capituló la plaza. Cayeron prisioneros dos mil trescientos guardias móviles; en la plaza se encontraron ciento trece cañones; los que valían algo se enviaron á Amiens para el armamento de la ciudadela.

El primer ejército apenas podía contar aún por entonces con el refuerzo del séptimo cuerpo; le faltaba cumplir diversos cometidos en el Mosela. Así, el 13 de Noviembre, la mayor parte de una de sus divisiones, la décima cuarta, había llegado delante de Thionville.

TOMA DE THIONVILLE

(24 de Noviembre.)

Esa plaza, dominada por alturas hacia dos partes, no tenía abrigos á prueba de bomba; pero era difícil aproximarse á ella, al Sur por las inundaciones ordinarias, y al Norte y al Oeste por los cenagales. Así, el general Kameke resolvió proceder á un bombardeo vigoroso antes de emprender el sitio en regla. Se construyeron emplazamientos en las dos orillas del Mosela, y el 22 de Noviembre rompieron el fuego muy temprano ochenta y cinco piezas. Al principio respondió enérgicamente la plaza. En la siguiente noche avanzó la infantería hasta seiscientos pasos del frente Oeste, á fin de establecer la primera paralela; pero llovía á torrentes, y la naturaleza del suelo no era favorable para los trabajos, de modo que apenas adelantaban. A pesar de todo, el 24 al medio día el comandante de la plaza propuso entrar en negociaciones que debían conducir á la capitulación de la ciudad. La guarnición, fuerte de cuatro mil hombres, marchó prisionera de guerra á Alemania, á excepción de la Guardia nacional sedentaria; cayeron además en manos del vencedor ciento noventa y nueve piezas y una cantidad considerable de víveres, armas y municiones.

La décima cuarta división tenía que sitiarse aún las plazas fronterizas situadas más al Norte, lo cual debía llevarle cierto tiempo. La décima tercera división, al contrario, estaba designada por el Cuartel general para tomar parte en las operaciones del Sur de Francia.

BLOQUEO DE BELFORT, EN NOVIEMBRE

En la parte Sudeste del teatro de la guerra, Belfort servía de punto de apoyo á las columnas móviles francesas, que intentaban sin cesar pequeñas operaciones por la espalda del décimo cuarto cuerpo, con el cual había ido á apostarse en Vesoul el general Werder.

Luego que las fracciones de tropas ocupadas en el sitio de Estrasburgo fueron relevadas por batallones recién formados, y después que quedaron disponibles las empleadas delante de Neuf-Brisach, todas esas fuerzas se pusieron en marcha hacia la Alta Alsacia. El 3 de Noviembre se presentó delante de Belfort la primera división de reserva, y el 8 procedió al asedio provisional de la plaza. La mayor parte de la cuarta división de reserva fué dirigida sobre Vesoul para reforzar el décimo cuarto cuerpo de ejército; un destacamento, mandado por el general Debschitz, ocupó á Montbéliard, y el regimiento núm. 67 se estableció en Mulhouse y en Delle.

Si abarcamos de una ojeada los resultados obtenidos durante el mes de Noviembre y toda la situación, tal y como se dibuja hacia el fin de este mes, veremos que ha sido rechazada la gran salida de París, que la victoria del general Manteuffel en Amiens ha dispersado las fuerzas que amenazaban coger de espaldas por el Norte al ejército sitiador, que en el Este se han tomado las plazas de Thionville, Brisach, Verdún y la Fère, y sitiado las de Montmédy y Belfort, y que en el Sur el príncipe Federico Carlos se dispone á atacar al ejército francés reunido delante de Orleans.

BATALLA DE ORLEANS

(3 y 4 de Diciembre.)

El 2 de Diciembre, poco después del medio día, recibió el general en Jefe del segundo ejército la orden telegráfica del Estado Mayor general de atacar á Orleans. Aquel mismo día el Príncipe concentró el décimo cuerpo en Beaune-la-Rolande y en Boynes, el tercero en Pithiviers, y el noveno en Bazoches-les-Gallerandes. Por la noche se comunicaron las disposiciones necesarias para el avance de todas las fuerzas del ejército.

El ataque estaba repartido en dos días. En primer lugar, el tercer cuerpo debía avanzar apresuradamente por Chilleurs-aux-Bois sobre Lou-ry, el décimo seguiría hasta Chilleurs, mientras que el noveno atacaría á Artenay á las nueve y media. En el ala izquierda, la primera división de caballería, reforzada por destacamentos de infantería, debía reconocer el país en la dirección del Yonne; la sexta seguiría al ala derecha. El gran Duque, invitado á tomar por sí mismo las disposiciones relativas á su avance por el Oeste del camino de París, ordenó á la vigésima segunda división que sostuviese el ataque dirigido contra Artenay, al cuerpo bávaro que avanzase á Lumeau y á la séptima división que permaneciese por el momento en Anneux. La cuarta división de caballería fué encargada del servicio de reconocimiento en el flanco derecho.

El 3 de Diciembre á las nueve de la mañana, el tercer cuerpo de ejército encontró en Santeau al enemigo, fuerte de ocho batallones y seis baterías. Así, pues, la duodécima brigada y la artillería de la sexta división, que iba siguiendo á los batallones más avanzados, se desplegaron en la Brosse. Apenas había cambiado algunos disparos la artillería, una de las baterías del ala izquierda tuvo que volver hacia atrás; la artillería de cuerpo, al contrario, acababa de tomar posiciones en el ala derecha y al medio día habían abierto el fuego setenta y ocho piezas prusianas.

Cediendo á esa enorme superioridad, los franceses se batieron en retirada sobre Chilleurs; pero, habiendo avanzado las baterías alemanas hasta dos mil pasos de distancia de esa localidad, y amenazando cogerlos de flanco un batallón de cazadores, retrocedieron más aún hasta entrar en el

bosque; siguiólos allí una parte de la quinta división tomando por la roza que lleva al Sur, al paso que la sexta división avanzaba por la carretera. Esta última estaba intransitable en muchos sitios, de modo que las tropas no alcanzaron hasta las seis de la tarde el claro de Loury.

En la derecha se había oído un tiroteo muy vivo en la dirección de Neuville; además llegó la noticia de que por la izquierda los franceses habían ocupado á Nancray.

En vista de esto se hizo avanzar á una parte de las reservas que habían quedado en Chilleurs; un regimiento tomó posiciones dando frente al Oeste, otro al Este, y, bajo la protección de las avanzadas colocadas al Sur, las tropas se establecieron en vivacs ó acantonamientos en los alrededores de Loury.

El noveno cuerpo se concentró primeramente en Château-Gaillard, carretera de París; después siguió esta carretera por Dambron en la dirección de Villereau.

Encontróse en Assas al enemigo, que rechazado al instante por la artillería, retrocedió á Artenay. Allí habían tomado posiciones las baterías de la segunda división francesa; á las diez se empeñó un violento combate de artillería, en que tomaron parte fracciones de la artillería de cuerpo, y después baterías de la vigésima segunda división que acababa de llegar á Poupriy. Anonadado por el fuego de noventa piezas, el general Martineau retrocedió lentamente hacia la Croix-Briquet y la granja de Arblay, partiendo delante la artillería.

Los alemanes ocuparon á Artenay al medio día, y después de reponerse las tropas durante media hora se renovó el ataque. La infantería y la artillería entablaron un combate bastante largo, durante el cual la vigésima segunda división seguía avanzando en el flanco izquierdo del enemigo. A las dos se retiró su artillería; la columna de izquierda del noveno cuerpo se apoderó de la granja de Arblay, y el centro rechazó al adversario á la carretera, donde sostuvo aún una lucha encarnizada, haciéndole retroceder por la Croix-Briquet hasta Andeglou; aquí, la artillería de marina había formado una línea de resistencia, y los franceses pudieron sostenerse hasta la caída de la noche.

El general Puttkamer había hecho avanzar cinco baterías hasta seiscientos pasos de Chevilly, y la vigésima segunda división se había puesto en marcha contra esa localidad, que estaba ardiendo, cuando el gran Duque, no queriendo asumir la responsabilidad de un combate nocturno contra dicha población cubierta de trincheras, dió la orden de detenerse. Anunciando poco después una patrulla de húsares que el enemigo la había abandonado, el general Wittich mandó ocuparla.

Se había levantado una violenta tormenta de nieve, durante la cual las tropas se establecieron en vivacs en la Croix-Briquet y más hacia atrás.

El noveno cuerpo, en el momento mismo de empezar su avance, envió por su izquierda, en la dirección de Saint-Lyé, un destacamento de cuatro batallones hesseses, los cuales, hallando resistencia en la Tour, rechazaron al enemigo sobre Saint-Germain, de donde no consiguieron desalojarlo.

El décimo cuerpo, dando un rodeo por Pithiviers, llegó á las tres á la espalda del tercero, no lejos de Chilleurs, sin encontrar resistencia. Aquella misma tarde, una fracción de la vigésima división avanzó en la dirección de Neuville, siguiendo el ruido del cañón, que se había oído en Loury.

Como ya estaba oscuro, no pudo funcionar su artillería; la infantería penetró en algunos puntos de la localidad, pero el enemigo, que había levantado barricadas en las calles, le opuso una vigorosa resistencia; de suerte que hubo que aplazar el ataque para el siguiente día.

Los tres cuerpos prusianos que habían atacado ese día mismo no tenían frente á sí más que el décimo quinto cuerpo francés. Las masas considerables, pertenecientes al ejército de Orleans, apostadas á derecha é izquierda, no lo sostuvieron sino muy débilmente. Sólo el general Chanzy, á pesar de haber comenzado desde la mañana su retirada sobre Saint-Péravy y Boulay, envió la segunda división de su décimo sexto cuerpo á las dos de la tarde, cuando al oír el cañón comprendió que se libraba en Artenay una lucha vivísima. Pero esa división chocó por una parte con la décima séptima que avanzaba de Anneux y estaba á punto de intervenir en la contienda empeñada en Andeglou, y por otra con el cuerpo bávaro que avanzaba de Lumeau. Las dos situaron una numerosa artillería en Chameul y en Sougy, la cual obligó al enemigo á batirse en retirada. Tomáronse Douzy y Huêtre, y la décima séptima división ocupó además el castillo de Chevilly. También en este punto vino la noche á poner término á la acción. Las tropas del ala derecha acamparon en Provenchères, en Chameul y detrás de esas localidades.

El ejército alemán, por consiguiente, se había acercado á Orleans hasta la distancia de quince kilómetros, sin tener que sostener contiendas muy serias. Los franceses se hicieron firmes hasta la tarde en Neuville y en los alrededores, pero por la noche mandaron volver atrás los destacamentos dejados en aquel punto. Se les ordenó ganar el camino de Pithiviers por Rebréchien y avanzar después hacia Chevilly, dando un rodeo por Orleans. Pero, una vez en marcha, sufrieron el fuego del tercer

cuerpo que acampaba en Loury, se desbandaron, huyeron al bosque y trataron de alcanzar en pequeños grupos el sitio que se les había indicado.

Era de suponer que los franceses defenderían enérgicamente al siguiente día sus atrincheramientos de Gidy y de Cercottes, aunque sólo fuese para hacer posible su retirada por Orleans. En consecuencia, el príncipe Federico Carlos ordenó á la subdivisión de ejército del gran Duque y al noveno cuerpo, que el 4 de Diciembre dirigiesen un ataque envolvente sobre cada uno de esos dos puntos. El tercer cuerpo debía marchar de Loury sobre Orleans, y el décimo, formando nuevamente la reserva, seguir hasta Chevilly.

El general D'Aurelle había vuelto hacia la tarde á Saran. Allí vió pasar totalmente desbandada la segunda división del décimo quinto cuerpo, y supo que la primera no había podido sostenerse en Chilleurs. Los cuerpos del ala derecha estaban más ó menos desmoralizados desde la batalla de Beaune-la-Rolande, y los del ala izquierda lo estaban igualmente á consecuencia de las luchas sostenidas en Loigny. El general en Jefe francés debía temer verse rechazado con masas de tropas desordenadas contra el Loira y Orleans, único punto de paso del río. Se decidió, pues, á hacer una retirada divergente. El décimo quinto cuerpo pasaría sólo por Orleans, mientras que el general Crouzat franquearía el Loira por Gien, y el general Chanzy por Beaugency; detrás del Sauldre tratarían de operar su unión los tres cuerpos. Durante la noche se tomaron las disposiciones necesarias, y se transmitió á Tours el acuerdo adoptado. El Gobierno envió por la mañana la orden de mantenerse en la posición de Orleans, que de hecho se encontraba ya forzada; el general D'Aurelle no modificó su resolución.

El 4 de Diciembre, á las nueve, el tercer cuerpo de ejército avanzó de Loury en dos columnas por la carretera y el camino de comunicación que pasa por Vennecy. Las dos columnas llegaron á Loigny al medio día, sin encontrar más que enemigos aislados.

Por la derecha se envió á Neuville un destacamento. Allí se apoderó de siete piezas que había abandonado el enemigo, así como de gran número de fusiles; por la izquierda otro destacamento fué á ocupar á Chézy, á orillas del Loira.

Las dos columnas volvieron á ponerse en marcha después de un alto muy corto. La sexta división llegó á las dos delante de Vaumainbert que ocupaban fracciones del décimo quinto cuerpo francés. Aunque teniendo que privarse del concurso de la artillería por lo demasiado cubierto del terreno, los brandemburgueses se apoderaron de la localidad, á pesar de la

tenaz resistencia de la infantería de marina francesa. Las baterías fueron á establecerse en la altura del Norte de Saint-Loup y rompieron el fuego contra el barrio de Orleans.

En el intervalo la quinta división había empeñado el combate detrás de la sexta.

El vigésimo cuerpo francés, que se encontraba todavía en Chambon, en la parte oriental del bosque, frente á Beaune-la-Rolande, recibió directamente de Tours á las cuatro de la mañana la orden de marchar sobre Orleans. Habiendo hecho observaciones el general D'Aurette, el Gobierno dió contraorden, pero demasiado tarde para que pudiese llegar al general Crouzat. Este había tenido la precaución de enviar su tren por Jargeau á la orilla opuesta, y después marchó en la dirección que se le indicaba. A las dos y media encontró en Pont-aux-Moines el destacamento prusiano enviado á Chézy; resolvió abrirse camino con las armas en la mano, pero renunció al ver al general Stüpnagel mandar su división entera en socorro de esos dos batallones: se batió en retirada, y franqueó el Loira igualmente por Jargeau.

Por parte de los alemanes había fracasado el ataque de Saint-Loup, y como no se tenían noticias sobre la situación de los otros cuerpos, y además empezaba á hacerse de noche, el general Albensleben resolvió esperar al siguiente día para marchar sobre la misma ciudad.

Al Norte de Orleans el noveno cuerpo había avanzado hacia la Croix-Briquet contra la posición atrincherada de Cercottes. A las once penetraban en la ciudad las primeras fracciones de infantería. El fuego de las baterías alemanas obligó á la segunda división del décimo quinto cuerpo á retroceder hasta los viñedos que se extienden delante de la ciudad. Allí la infantería tuvo que sostener sola la lucha. Los franceses se hacían firmes en todos los lugares susceptibles de ser defendidos, y opusieron á los alemanes una tenaz resistencia, especialmente en la estación, muy próxima á la ciudad. Situada junto al camino, profundamente encajonado, había sido reforzada por barricadas y trincheras, y armada de piezas de la marina. Era ya oscuro, cuando á las cinco y media abandonaron esa posición los defensores para reanudar su resistencia un poco más lejos. A fin de evitar un combate nocturno en las calles, el general Manstein interrumpió la lucha á las siete.

En cuanto á la subdivisión de ejército del gran Duque, la vanguardia de la décima séptima división, al llegar delante de Gidy, vió que esa localidad estaba protegida por trincheras y fuertemente ocupada. Pero el avance del noveno cuerpo decidió á los franceses á evacuarla á las once, dejándose ocho piezas. La división, á fin de evitar el bosque, tomó por el

Este dirigiéndose hacia Boulay, á donde la siguieron como reserva la vigésima segunda división y la segunda división de caballería.

Allí se unieron al cuerpo bávaro y á la cuarta división de caballería. Habían rechazado al enemigo fuera de Bricy y de Janvry, y continuaban sosteniendo combates. El General procedió al medio día al ataque después de preparado por la artillería. Pero el adversario se retiró apresuradamente, sin esperar el asalto, abandonando una parte de su artillería en los atrincheramientos.

La segunda división de caballería se puso en su persecución. El cuarto de húsares (quinta brigada), avanzando al trote por Montaigne, se lanzó sobre una batería francesa que desmontaba el avantrén, y se apoderó de toda ella, mientras la batería á caballo obligaba á otra en Ormes á retirarse. De repente una masa de caballería francesa se dirigió por Ormes sobre el flanco de la cuarta brigada en el momento de franquear esta última el camino de Châteaudun. Los húsares de Blücher, pasando inmediatamente del orden en columna al orden en batalla, rechazaron al enemigo por Ormes hasta Ingré.

La cuarta división de caballería hacía el servicio de reconocimiento en el flanco derecho de la subdivisión de ejército. Allí fué donde los húsares del segundo regimiento del Rey derribaron é hicieron prisioneros los doscientos cincuenta hombres de la escolta de un convoy que partía por el camino de Châteaudun.

Mientras los alemanes avanzaban así del Este y del Norte en la dirección de Orleans, el décimo séptimo cuerpo francés y la primera división del décimo sexto campeaban aún al Oeste cerca de Patay y de Saint-Pérvy. El general Chanzy había concentrado la última en Coinces, y el general der Tann, á fin de parar el ataque de flanco que desde allí lo amenazaba, mandó hacer frente en Bricy á la tercera brigada de infantería, á los coraceros y á la artillería de reserva. La cuarta división de caballería avanzó sobre Coinces, donde el general Bernhardt, franqueando un ancho foso con cuatro escuadrones de hulanos, rechazó á Saint-Pérvy destacamentos de caballería que se limitaron á descargar sobre ellos sus carabinas. Otros escuadrones de la novena brigada arrollaron las líneas de tiradores franceses y persiguieron la caballería, que fué recogida por fuertes fracciones de infantería. La octava brigada hacía el servicio de reconocimiento en la dirección de Patay; después que una batería rompió el fuego desde esta localidad, el general Chanzy renunció á renovar los ataques y se retiró detrás del bosque de Montpipeau.

La segunda división de caballería marchó entonces en la dirección del Loira, y lo alcanzó más abajo de Orleans y muy cerca de esta población.

Su artillería destruyó un puente establecido cerca de Chapelle, por donde pasaban el río convoyes; é hizo huir de nuevo hacia Orleans á las tropas que marchaban sobre Cléry, siguiendo la orilla opuesta. Dos trenes militares expedidos de Orleans siguieron su camino á pesar del fuego de las baterías; otro, por el contrario, procedente de Tours, y en que iba el Ministro de la Guerra, Gambetta, retrocedió á toda prisa.

En el ínterin, el cuerpo bávaro había avanzado por la carretera, y la vigésima segunda división, en contacto ahora con el noveno cuerpo, por el camino viejo de Châteaudun, mientras que la décima séptima lo hacía entre ambas en la dirección de la Borde.

Esta última tuvo que tomar ante todo á las tres y media la aldea de Heurdy, que el enemigo defendió seriamente; luego, cuando los bávaros se dirigieron desde Ormes por la derecha hacia Ingré, avanzó por la carretera de Saint-Jean-de-la-Ruelle. Después de vencer la resistencia que los enemigos le oponían en esa localidad, la cabeza de la columna llegó á las puertas de Orleans á las seis de la noche.

El general Tresckow negociaba con la autoridad militar francesa la ocupación de la ciudad. A las diez concluyóse un convenio, y poco después de media noche, el gran Duque entró en Orleans con la décima séptima división, á que vino á unirse la segunda brigada bávara.

Ante todo se aseguraron del puente del Loira, que el enemigo no tuvo tiempo de hacer volar; las otras tropas se establecieron por aquella noche en acantonamientos al Oeste y al Norte de la población.

El general D'Aurelle, instado á sostenerse en Orleans por el Gobierno de Tours, había abandonado más ó menos su primer designio. Cuando en el curso de la mañana llegó á Orleans la mayor parte del décimo quinto cuerpo, decidió volver á intentar la resistencia. Pero los oficiales encargados de llevar la orden á los cuerpos del ala derecha no lograron pasar; los cuerpos del ala izquierda no pudieron ya cumplir la que habían recibido, y á las cinco de la tarde, el general en Jefe debió reconocer que la resistencia era imposible. Empezó por mandar la artillería del décimo quinto cuerpo á la Ferté-Saint-Aubin; después hizo seguir á la infantería. El vigésimo cuerpo, como antes vimos, había pasado el Loira por Jarreau, el décimo octavo por Sully, y los décimo sexto y décimo séptimo se esquivaron en la dirección del Oeste hacia Beaugency, permaneciendo en la orilla derecha del río.

Esta batalla, que había durado dos días, costó á los alemanes mil seiscientos hombres, mientras que los franceses perdieron veinte mil, entre ellos mil ochocientos prisioneros. Su gran ejército, concentrado delante de Orleans, se hallaba dividido en tres fragmentos.

MARCHA DE LOS ALEMANES HACIA EL SUR, EL ESTE Y EL OESTE



Encontrándose extenuadas las tropas, no se persiguió al enemigo en ninguna de esas tres direcciones.

Sólo la sexta división de caballería, reforzada por una fracción de la décima octava división de infantería, recibió la orden de seguir al enemigo que se batía en retirada, ver dónde se detenía y destruir en Vierzon las vías férrea de Bourges, de Orleans y de Tours. Esa división hallábase acantonada al Norte de Orleans cuando recibió la orden; de modo que el décimo quinto cuerpo francés pudo tomar una delantera considerable. El grueso de sus fuerzas había alcanzado ya á Salbris, cuando el 6 de Diciembre, es decir, dos días después de la batalla, llegó el general Schmidt á la Ferté-Saint-Aubin, después de una marcha forzada. Encontró allí una fracción de la décima octava división que acababa de rechazar la retaguardia enemiga hasta la Motte-Beuvron, pero que también acababa de recibir la orden de volver hacia el Loiret. Sólo dos compañías del trigésimo sexto y una de gastadores permanecieron con la división de caballería, cuya rápida marcha siguieron, parte en carros, parte en las arquillas de las cureñas.

El décimo quinto cuerpo, en virtud de una orden directa de Tours, abandonó el 7 de Diciembre la carretera que conduce al Mediodía é hizo una marcha de flanco de treinta kilómetros en la dirección del Este hasta Aubigny-Ville. La división de caballería, muy bien secundada por la artillería, y el débil destacamento de infantería, tuvo que sostener un combate muy vivo con la retaguardia enemiga en Nouan-le-Fuzelier, y otro hacia la tarde en Salbris, donde lograron mantenerse los franceses. Como la región no ofrecía más que localidades muy diseminadas, la división se vió precisada á retroceder esa misma tarde hasta Nouant para encontrar un abrigo durante aquella cruda noche de invierno.

El 8, mucho antes de amanecer, la retaguardia francesa había evacuado á Salbris, para no exponerse nuevamente al contacto con el enemigo, cuya fuerza exageraba considerablemente.

La división de caballería, después de sostener algunas pequeñas escaramuzas, entró por la tarde en Vierzon. Destruyó en varios puntos las

vías férreas y las líneas telegráficas, y cogió setenta vagones de mercancías; informó al Estado Mayor de la dirección que seguía el enemigo batyéndose en retirada y de las pocas probabilidades que había de que efectuase en algún tiempo movimientos ofensivos.

La división había llenado su cometido. Recibió la orden de dejar en observación una de sus brigadas, mientras la otra tomaba la dirección de Blois. El general Gœben se mantuvo hasta el 14 en los alrededores de Vierzon y de Salbris.

La marcha que acababa de hacer la sexta división de caballería en pleno invierno había sido sumamente penosa. Era casi imposible salir de las carreteras, y aun en éstas los ginetes tenían que llevar frecuentemente sus monturas de la brida á causa de la helada. El paisanaje del Sologne manifestaba una gran hostilidad: en todas las localidades recibía á tiros los primeros ginetes que divisaba. Las tropas francesas, por el contrario, no oponían más que una débil resistencia. Los numerosos prisioneros que se les hicieron y las grandes cantidades de material de guerra que abandonaron, probaban que su retirada había sido precipitada; en parte hasta degeneró en desordenada huida. A pesar de eso, los cuerpos del ala derecha del ejército de Orleans no llegaron á concentrarse en Bourges hasta el 13, después de varias marchas y contramarchas sin plan ninguno.

Cabe darse cuenta del deplorable estado en que llegaron allí los tres cuerpos, consultando la *correspondencia urgente* telegráfica del Gobierno con el general Bourbaki, que acababa de tomar el mando, por haber sido relevado de sus funciones el general D'Aurelle.

Allí se verá á M. de Freycinet, delegado del Ministro de la Guerra, que estaba muy al corriente de todo por los habitantes, asegurar al general Bourbaki que no tenía enfrente de sí más que un débil cuerpo de caballería é invitarlo reiteradamente y con las mayores instancias á avanzar sobre Blois; y se verá al General respondiendo que, si emprendía esa marcha en aquel instante, no volvería á ver una pieza ni un hombre de sus tres cuerpos; tenía el propósito (añadía) de batirse en retirada de Bourges hacia Saint-Amand, y más lejos aún, á ser preciso; pero era de temer que antes lo atacaran y que sobreviniese una catástrofe.

El Ministro de la Guerra se dirigió en persona á Bourges; pero debió renunciar á toda ofensiva seria después de haberse convencido de la desorganización completa de las tropas. «¡Es lo más triste que he visto!» escribía. A duras penas pudo conseguir que las tropas no retrocediesen más, sino que esperasen los acontecimientos en Bourges, protegidas por una fracción que avanzaría á Vierzon.

El mismo día en que el general Schmidt entraba en Vierzon, el décimo quinto cuerpo se hallaba apostado en los alrededores de Henrichemont, casi á igual distancia de Bourges que él. Los décimo octavo y vigésimo estaban en Aubigny-Ville y en Cernay, distantes dos ó tres jornadas. Lícito es pensar que si la décima octava división se hubiese puesto en marcha para seguir á la sexta división de caballería, Bourges y los grandes establecimientos militares que encerraba habrían caído en poder de los alemanes.

Al Este de Orleans el tercer cuerpo había remontado el Loira por Châteauneuf. No encontró más que enemigos aislados. El 7. dos divisiones del décimo octavo cuerpo francés intentaron volver á pasar á la otra orilla del río por Gien. En Nevoy se empeñó un combate de vanguardias, tras el cual esas dos divisiones repasaron el puente en la misma noche, á fin de continuar su marcha hacia Bourges.

LA LUCHA SOSTENIDA POR EL GRAN DUQUE

ATENCIÓN A LA BIBLIOTECA
MUSEO BARCELONA
(7, 8, 9 y 10 de Diciembre.)

La subdivisión de ejército del gran Duque era la que se encontraba más cerca por el Oeste del ala izquierda enemiga que se batía en retirada, pero que aún tenía cohesión, al revés del ala derecha, enteramente desorganizada. El general Chanzy, el más inteligente sin duda de los Jefes que los alemanes tuvieron que combatir á campo raso, consiguió en muy poco tiempo restablecer la moral de las tropas abatidas, hasta el punto de que, no sólo hacían frente al enemigo, sino que tomaban la ofensiva á su vez. Había recibido refuerzos considerables: acababan de unirse á él el vigésimo primer cuerpo nuevamente constituido y la división Camô. Esta última formaba la vanguardia en Meung; detrás de ella estaban apostados el décimo sexto cuerpo en Beaugency, el décimo séptimo en Cravant, y el vigésimo primero en Saint-Laurent, cerca del bosque de Marchenoir.

Después de la batalla, concedióse un día de reposo á las tropas del gran Duque; sólo la caballería seguía al enemigo. La cuarta división de

caballería llegó á Ouzouer; la segunda encontró detrás de Meung masas considerables de infantería.

El 7 la subdivisión de ejército avanzó en un frente muy extenso. En el ala izquierda la décima séptima división se dirigió á Meung, donde su artillería empeñó la lucha con las baterías enemigas. Los franceses ocupaban la hilera continua de granjas que un poco más al Oeste intercepta la carretera de Beaugency. Hacia las cuatro un batallón mecklemburgués se apoderó de Langlochère, pero corrió peligro de ser cogido de flanco á derecha é izquierda por columnas enemigas que avanzaban. Sin embargo, los alemanes ocuparon poco después á Foinard por la izquierda, cogiendo una pieza, mientras por la derecha la primera brigada bávara avanzaba hacia la Bourie. Allí llegaba casi al mismo tiempo la segunda división de caballería; había hecho un recodo por la Renardière después que sus baterías rechazaron al enemigo fuera del Bardon. Avanzando del Grand-Châtre masas enemigas, los bávaros tuvieron que desplegarse para hacerles frente. Con el concurso de las baterías á caballo sostuvieron un combate reñidísimo, que terminó á la caída de la noche con la retirada de los franceses sobre Beaumont.

Mientras el ala izquierda de la subdivisión de ejército sostenía esos diversos combates, la primera división bávara, á gran distancia á la derecha, se había dirigido á Baccon, la vigésima segunda división á Ouzouer, y, vista la resistencia tenaz que oponían los franceses, el gran Duque resolvió concentrar más sus fuerzas en la izquierda.

Al efecto, la vigésima segunda división avanzó el 8 de Diciembre de Ouzouer en dirección al Sur por Villermain. Después de haber rechazado en las líneas de tiradores que á favor de una densa niebla habían avanzado en su flanco izquierdo, el general Wittich tomó la dirección de Cravant, para unirse al ala derecha de los bávaros empeñados en recio combate. Estos rechazaron el ataque del enemigo que se había dirigido apresuradamente delante de Villechaumont, y su segunda división avanzó hacia el camino de Cravant á Beaugency; pero, lanzándose de nuevo al ataque tres divisiones francesas, la segunda división tuvo que retroceder sobre Beaumont. Allí fué recogida por la primera, y diez y siete baterías tomaron posiciones sucesivamente en la línea de batalla. Finalmente, obligado el enemigo á batirse en retirada á consecuencia del fuego de esas baterías y del vigoroso ataque de tres brigadas bávaras, ocupóse nuevamente la posición á lo largo de la carretera.

Los franceses á su vez emplazaron una numerosa artillería, y su décimo séptimo cuerpo se dispuso á marchar á Cravant. Pero la vigésima segunda división acababa de llegar allí á la una, después de apoderarse de

Beauvert y Layes, así como también la cuarta división de caballería á su derecha, y la segunda á su izquierda. Cuando á las tres avanzaron sobre Cravant compactas columnas enemigas, fueron rechazadas por la cuadragésima cuarta brigada, que, de concierto con los bávaros, ejecutó un movimiento ofensivo vigoroso, y pronto se vieron rechazadas también de Layes, donde habían conseguido penetrar. Con todo, las cinco baterías más próximas á Cravant habían sufrido pérdidas tan graves, que hubo que retirarlas. A las cuatro, cuando los batallones bávaros subieron á paso de carga á la altura situada delante de su frente, la encontraron guarnecida de tropas francesas de refresco; y tuvieron que retirarse sobre la posición de artillería de Beaumont, después de haber perdido la mayoría de sus oficiales. Finalmente, los franceses acabaron por evacuar á Villechaumont.

En el ala izquierda de la subdivisión de ejército, la décima séptima división había seguido al enemigo que se batía en retirada por Vallées y Villeneuve. A las doce y media de la mañana procedió al ataque de Messas. El adversario le opuso una tenaz resistencia, y no logró posesionarse completamente de la localidad hasta la caída de la noche. La artillería rompió el fuego contra masas compactas apostadas en Vernon, la infantería se apoderó de la altura de Beaugency y penetró finalmente en la ciudad misma, donde cayó en sus manos una batería francesa. La división Camô retrocedió entonces hasta Tavers, y todavía á media noche el general Tresckow hizo tomar á Vernon, de donde el enemigo, sorprendido por completo, se batió en retirada apresuradamente sobre Bonvalet.

La intención del general en Jefe del segundo ejército fué que los cuerpos tercero, décimo y noveno marchasen contra Bourges, á partir de Gien, de Orleans y después de Blois. Pero la subdivisión de ejército, al marchar sobre Blois, encontró una resistencia que no esperaba y que duró dos días. El Cuartel general de Versalles estimaba que era necesario ante todo reforzar al gran Duque directamente, enviándole una división por lo menos. La orden al efecto llegó al segundo ejército por telégrafo el 9 de Diciembre á las diez. El noveno cuerpo, que había empezado ya su marcha por la orilla izquierda sin encontrar enemigos, no podía proporcionar socorros, porque halló destruidos todos los puentes. Invitóse, pues, al tercer cuerpo á no dejar en observación en Gien más que una fracción de sus tropas y volver con el grueso de sus fuerzas á Orleans. El décimo cuerpo debía llamar hacia sí aquellas de sus tropas que estaban apostadas al Este de la población, y avanzar después hacia Meung. De modo que el 9 no fué reforzada la subdivisión de ejército, y enfrente de sus cuatro divisiones de infantería había once francesas. Ya muy de mañana tomó la ofensiva el general Chanzy.

Las dos divisiones prusianas esperaron á pie firme en Beauvert y en Messas el ataque del enemigo. Las dos bávaras, que habían sufrido pérdidas considerables, estaban de reserva en Cravant; pero pronto tuvieron que pasar á primera línea, porque á las siete de la mañana avanzaron fuertes columnas enemigas contra el Mée.

Como en Vernon, fueron rechazadas las densas líneas de tiradores del enemigo, cuyo ataque se frustró gracias al espíritu de sacrificio de que estaban animados los artilleros alemanes y á la eficacia de sus disparos, que redujeron al silencio á las baterías francesas, y después cañonearon á Villorceau. A pesar de una defensa tenaz, esa localidad cayó á las diez y media en poder de la infantería bávara. Habiendo avanzado contra Villechaumont fuerzas enemigas muy superiores en número, fueron rechazadas con el concurso de tres batallones y de dos baterías de la vigésima segunda división. Luego los batallones turingios se apoderaron de Cernay, donde depusieron las armas doscientos franceses; una de sus baterías perdió allí sus tiros y sus avantrenes.

En el ala derecha de la subdivisión de ejército abandonáronse por una mala inteligencia las localidades de Layes y Beauvert, que los franceses volvieron á ocupar. Secundada por la segunda brigada bávara, los desalojó de nuevo la cuadragésima cuarta. Más al Norte, la cuarta división de caballería observaba á las columnas enemigas que marchaban en la dirección de Villermain.

Los franceses redoblaron sus esfuerzos al medio día; fuertes columnas avanzaron sobre Cravant, pero el general Tresckow las cogió de flanco por Messas. No dejando en Beaugency más que un débil destacamento, apostó otros en las localidades situadas más á la izquierda para cubrirse por la parte de Tavers. El grueso de la división avanzó hacia Bonvalet, reforzó á los bávaros estrechados de cerca en Villorceau y ocupó á Villemarceau, situado delante de esa localidad. Allí la división tuvo que sostener á las tres una de las luchas más encarnizadas contra las nutridas columnas de los cuerpos franceses décimo sexto y décimo séptimo. La infantería, lanzándose con gran clamoreo de hurras, consiguió rechazar al enemigo y mantenerse á pesar de su violento fuego. En el mismo instante avanzaron de Cravant tres batallones bávaros con caballería y artillería, y desalojaron al enemigo de Villejouan. Más á la derecha aún, un batallón del regimiento núm. 32 se apoderó de Ourcelle. Una línea trazada desde esa localidad hasta Tavers marcará perfectamente el terreno ganado sobre el enemigo á costa de los mayores esfuerzos.

La lucha terminó con la retirada de los franceses sobre Josnes y Dugny.

El tercer cuerpo seguía marchando ese día hacia Orleans. El noveno no pudo tomar parte en la lucha más que haciendo abrir el fuego á su artillería desde la orilla izquierda contra Meung y Beaugency. No encontró tropas francesas sino en las inmediaciones de Blois. Cincuenta hombres de un batallón hessés tomaron el castillo de Chambord, situado al lado y que había sido puesto en estado de defensa; hicieron allí doscientos prisioneros y se apoderaron de doce carros de municiones con sus tiros.

En cuanto al décimo cuerpo, sólo las cabezas de columna de la infantería alcanzaron á Meung; pero un regimiento de húsares y ocho baterías habían tomado la delantera y llegado al Grand-Châtre á las tres de la tarde.

El general en Jefe del segundo ejército decidió que el cuerpo bávaro, que había sufrido considerables pérdidas, fuese á rehacerse á Orleans. Pero el gran Duque, aun después de unirsele el décimo cuerpo, se encontraba todavía frente á un enemigo superior en el doble, y se trataba, más que de perseguirlo, de mantenerse á la defensiva.

El 10 de Diciembre, al amanecer, el general Chanzy renovó el ataque, y á poco tuvieron que avanzar también los bávaros para hacerle frente.

En efecto: las grandes masas del décimo séptimo cuerpo se lanzaban á las siete contra Origny, donde cogieron ciento cincuenta prisioneros, y penetraron en Villejouan. En el frente resistían la cuadragésima tercera brigada en Cernay, y la cuarta bávara y seis baterías en Villechaumont, mientras en el flanco derecho el general Tresckow se ponía en marcha hacia Villorceau y Villemarceau. En esta última localidad dos de sus batallones, sostenidos por cuatro baterías, resistían todos los ataques que el enemigo ejecutaba desde Origny y Toupenay. Al medio día el grueso de la décima séptima división procedió al ataque de Villejouan. Aquí los franceses opusieron tenaz resistencia. Unos y otros disputáronse hasta las cuatro porfiadamente las casas de la localidad, sufriendo graves pérdidas; en ese momento llegaron nuevas masas enemigas para reconquistar la posición, de la cual conservaban todavía una granja los defensores. Pero toda la artillería de la división prusiana se había situado al Sur de Villemarceau, dos baterías montadas del décimo cuerpo uniéronse á ella, y las baterías de la vigésima segunda división abrieron el fuego desde Cernay. La acción concéntrica de todas esas baterías hizo fracasar los ataques ulteriores del décimo séptimo cuerpo francés.

Beaugency acababa de ser ocupado por fracciones del décimo cuerpo. Desde hacía ya algunos días el ala izquierda de la línea de batalla alemana había podido apoyarse sólidamente en el Loira, mientras que el ala derecha quedaba en el aire completamente. A pesar de eso, los franceses

no habían intentado aún sacar partido de su superioridad numérica, extendiéndose más por este punto. Hasta aquel día no avanzaron contra el flanco descubierto del enemigo. El cuerpo décimo sexto era el que acababa de desplegar la mayor parte de sus fuerzas frente á ese flanco entre Poisly y Mézières, y á las diez y media avanzaron fuertes columnas sobre Villermain. Los bávaros se vieron obligados á disponer su segunda brigada en forma de horca sobre la línea Jouy-Coudray. Siete baterías fueron á tomar posiciones en esa línea, y en su ala derecha se mantuvo pronta para intervenir la cuarta división. A las dos fueron reforzadas por dos baterías á caballo y desde Cravant por cuatro baterías del décimo cuerpo, tres de cuyas brigadas se concentraron como reserva en ese punto. El fuego de más de cien piezas alemanas obligó á retroceder á las tres á la artillería francesa; en cuanto á la infantería, hizo algunos ataques, pero con tan poco brío, que no costó nada rechazarlos á los alemanes, sin más que mantenerse estrictamente á la defensiva.

No se sabe con exactitud la cifra de las pérdidas que sufrieron los franceses durante esos cuatro días de lucha. Las de la subdivisión de ejército fueron tres mil cuatrocientos hombres, correspondiendo más de la mitad á las dos divisiones bávaras.

Si el gran Duque consiguió hacerse firme contra tres cuerpos de ejército enemigos hasta la llegada de los primeros refuerzos, lo debió á la bravura de sus tropas, y sobre todo á la perseverancia de su infatigable artillería. Esta última perdió por sí sola doscientos cincuenta y cinco hombres y trescientos cincuenta y seis caballos. Tanto se disparó, que al fin los cañones de acero de casi todas las baterías ligeras de la vigésima segunda división y la mayoría de los cañones bávaros quedaron fuera de servicio.

Aquel día, el tercer cuerpo no había llegado más que á Saint-Denis, el noveno á Vienne, enfrente de Blois, y aquí aún había encontrado destruido el puente sobre el Loira.

En lo que atañe á los franceses, el general Chanzy había visto, por la correspondencia telegráfica de la delegación de Tours con el general Bourbaki, que éste no haría nada para atraer hacia sí una parte del segundo ejército alemán. Debía, pues, temer verse atacado de un día á otro por todas las fuerzas alemanas reunidas; de consiguiente, tuvo que batirse en retirada, lo cual motivó la traslación del Gobierno de Tours á Burdeos.

En el Cuartel general del gran Duque se esperaba un nuevo ataque el 11. Se habían dejado fuertes destacamentos en las localidades de delante del frente, y hasta la tarde no se supo la partida del enemigo. Fué seguido á la izquierda por el décimo cuerpo, y á la derecha, al Sur del

bosque de Marchenoir, por la subdivisión de ejército. La cuarta división de caballería reconocía el país al Norte del bosque.

Al frío crudísimo de los últimos días había sucedido el deshielo, con lo cual fueron todavía más penosas las marchas por ambas partes. Los alemanes encontraron los caminos llenos de carros abandonados y de armas arrojadas; en los campos yacían los cadáveres de hombres y de caballos, y en los pueblos centenares de heridos sin que nadie los asistiese. Cayeron prisioneros millares de rezagados.

Las instrucciones enviadas desde Versalles por el jefe del Estado Mayor general, indicaban que ante todo había que perseguir al enemigo, para impedirle obrar durante cierto tiempo, pero que no se debía ir más allá del Sur. Después el segundo ejército se reuniría en Tours y la subdivisión de ejército en Chartres, donde se concedería á las tropas el descanso que necesitaban. Desde Orleans se observaría de cerca y constantemente al ejército del general Bourbaki, y á este fin se establecería el contacto con el general Zastrow, que llegaría el 13 con el séptimo cuerpo á Châtillon-sur-Seine; tampoco por esta parte debían extenderse las operaciones más allá de Bourges y de Nevers.

En su consecuencia, el segundo ejército siguió avanzando en la dirección del Loir. El día 13 alcanzó la línea Oucques-Conan-Blois. El enemigo había abandonado esta última población.

El día 14, la décima séptima división llegó á Morée y al Loir por Fréteval. En los dos puntos hubo encuentros. Los franceses habían retrocedido hasta allí; pero en el Loir, donde fuerzas considerables ocupaban á Cloyes y Vendôme, parecían querer oponer á los alemanes una resistencia seria.

Para atacar sin exponerse á un fracaso, el príncipe Federico Carlos resolvió primeramente concentrar todas sus fuerzas. Necesitábase al efecto que el tercer cuerpo, que seguía á marchas forzadas, fuese á llenar el vacío existente entre la subdivisión de ejército y el décimo, y que este último se adelantase más allá de Blois y de Herbault en la dirección de Vendôme.

El día 15, cuando el décimo cuerpo tomó la dirección indicada, el grueso de sus fuerzas encontró, delante de Vendôme y muy cerca de la ciudad, una resistencia tan viva que no pudo vencerla hasta la caída de la noche. Así las tropas se establecieron en acantonamientos detrás de Sainte-Anne. Un destacamento del flanco izquierdo encontró á Saint-Amand ocupado por fuerzas enemigas considerables y se detuvo en Gombergean. El tercer cuerpo llegó ese día á Coulommiers cerca de Vendôme; en diversos combates librados en Bel-ESSERT había rechazado á los franceses al otro lado

del Loir y restablecido las comunicaciones. Ajustándose á las órdenes recibidas, el gran Duque permanecía á la defensiva por el momento. Restablecido el puente de Blois, el noveno cuerpo pudo al fin seguir al ejército, dejando una brigada en esa ciudad.

A la sazón se había logrado reunir delante de las posiciones enemigas fuerzas muy superiores numéricamente, y se resolvió proceder á un ataque general. Mas, para conceder algún descanso á las tropas fatigadas y extenuadas, se fijó como fecha el 17, y entre tanto el general Chanzy se batió en retirada el 16.

Realmente su intención fué mantenerse más tiempo en la cortadura del Loir. Pero los Generales le declararon que el estado en que se encontraban las tropas no les permitía continuar la lucha. En su vista, decidió que antes de amanecer se pusiese en marcha el ejército hacia el Mans por Montoire, Saint-Calais y Vibraye.

De esta suerte, al apuntar el día, el décimo cuerpo encontró abandonada la posición del enemigo delante de Vendôme, y entró en la ciudad sin encontrar resistencia. Sólo en el ala izquierda francesa, adonde no había llegado á tiempo la orden de retirada, el almirante Jaurès dirigió un ataque sobre Fréteval; pero por la tarde su cuerpo siguió al resto del ejército.

SUSPENSIÓN DE LAS GRANDES OPERACIONES OFENSIVAS EN DICIEMBRE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONES

El día 17 de Diciembre el Estado Mayor de Versalles expidió órdenes generales á los dos ejércitos que operaban al Norte y al Sur de París.

Habiendo avanzado el general Manteuffel más allá del Somme, y el príncipe Federico Carlos hasta el Loir, los alemanes ocupaban muy cerca de un tercio del territorio francés. El enemigo había sido rechazado en todas partes, y para no desparramar las fuerzas se juzgó oportuno concentrarlas más en tres grupos principales. Así, el primer ejército debía reunirse en Beauvais, la subdivisión de ejército en Chartres y el segundo ejército en Orleans. Allí se concedería á las tropas el reposo que necesitaban, se llenarían los vacíos, se completarían el armamento y el equipo, y aquellas se reharían de suerte que pudiesen volver á entrar de lleno en campaña. Si el enemigo intentaba nuevos ataques, se le dejaría acercarse y se le rechazaría tomando la ofensiva vigorosamente.

El segundo ejército apenas podía pensar ya en alcanzar á los franceses al otro lado del Loir; además, las noticias procedentes del curso superior del río obligaban al Estado Mayor á vigilar más lo que pasaba en esos parajes. Anunciábase de Gien que el destacamento dejado allí acababa de ser rechazado sobre Ouzouer-sur-Loire, y era de suponer que el general Bourbaki aprovecharía la ocasión para avanzar por Montargis sobre París, ó á lo menos, sobre Orleans, y ese punto tan importante no estaba ocupado entonces más que por una fracción del primer cuerpo bávaro.

El príncipe Federico Carlos, que, según todas las apariencias, estaba libre por cierto tiempo de su adversario en el Oeste, resolvió, conforme á las instrucciones recibidas de Versalles, concentrar sus fuerzas en Orleans y esperar allí. El décimo cuerpo quedaria sólo de observación en el Loir. A fin de que el cuerpo bávaro pudiese ser sostenido inmediatamente por fuerzas considerables, el noveno recibió el 16 de Diciembre, en el momento en que llegaba de Blois á la Chapelle-Vendômoise, la orden de dirigirse aquel mismo día á Beaugency y al siguiente á Orleans. Con un tiempo de lo más abominable anduvo ochenta y tres kilómetros en veinticuatro horas. Lo siguió el tercer cuerpo.

Pero pronto se vió que las tropas enemigas que habían atacado á los alemanes en Gien no formaban parte de un cuerpo considerable, y que, para ponerse ellas mismas á cubierto, se atrincheraban en Briare. Así, el ejército se estableció en acantonamientos prolongados muy cómodos: el primer cuerpo bávaro en Orleans; el tercero desde allí hasta Beaugency, y el noveno en la región ribereña más arriba de Orleans hasta Château-neuf, con un fuerte destacamento en Montargis.

Poco tiempo después el cuerpo bávaro fué trasladado á Etampes á fin de poder reconstituir su armamento, su equipo y rehacerse con toda seguridad.

La subdivisión de ejército del gran Duque tampoco se halló en situación de seguir al general Chanzy más allá del Loir. Sus fuerzas estaban agotadas por seis semanas de marchas y de combates. A consecuencia de las intemperies de la estación y del estado deplorable de los caminos habían quedado inservibles el equipo y el calzado de los hombres, y un reconocimiento hecho á la otra parte del Loir demostraba que para dar alcance al enemigo serían menester marchas forzadas. Así, el gran Duque concedió el 18 á sus tropas un descanso de varios días en los acantonamientos de la orilla izquierda.

Por el contrario, el tercer ejército había hecho avanzar su caballería hacia el Oeste; las tres brigadas de la quinta división, á las órdenes del general Rheinbaben, estaban apostadas en Courtalin, Brou y Chartres,

con cinco batallones de la Landwehr de la guardia y cuatro baterías. Una carta del jefe del Estado Mayor, fechada en Versalles, afirmaba que esa caballería podría obtener resultados considerables sin duda ninguna cogiendo de espaldas y de flanco las columnas enemigas que se batían en retirada, y el Príncipe real le envió la orden de hacer avanzar todas sus fuerzas reunidas más allá de Brou. Pero el gran Duque, á quien no había sido subordinada esta división, mandó transmitirle la orden de tomar posiciones en el Yères.

Aquel día las patrullas vieron libres los caminos de Montmirail y de Mondoubleau; no encontraron infantería francesa más que delante de Cloyes; pero desapareció después de un corto combate. Por la izquierda se había establecido el contacto con la cuarta división de caballería. El día 17, la duodécima brigada de caballería entró en Cloyes, que el enemigo había abandonado ya; la décima tercera avanzó sobre Arrou; el general Barby marchó sobre Droué con un destacamento de las tres armas, sorprendió á los franceses haciendo el rancho y cogió un rico botín.

El día 18, la duodécima brigada hizo prisioneros á algunos rezagados en esa misma localidad; pero las otras dos no hicieron más que una marcha muy corta hacia el Oeste sobre Bazoches-Gouet y Arville, donde no encontraron ya enemigos. Al Sur de esta última localidad un batallón de la Landwehr de la guardia desalojó de Saint-Ail á un destacamento de infantería francesa.

Ahí acabó la persecución; el 19, en conformidad con los deseos expresados por el gran Duque, la división partió para Nogent-le-Rotrou, y más tarde fué colocada en observación á la orilla izquierda del Sena, en Vernon y en Dreux.

En cuanto á la subdivisión de ejército, abandonó sus acantonamientos á lo largo del Loir el 21. El día 24 la vigésima segunda división ocupaba á Nogent-le-Roi, y la décima séptima á Chartres. La cuarta brigada bávara se unió á su cuerpo de ejército en Orleans.

En la segunda quincena de Diciembre sólo tuvo que sostener encuentros el décimo cuerpo; estaba apostado en Blois y en Vendôme, y tenía por cometido observar el país más allá del Loir.

El 20 se pusieron en marcha contra Tours dos brigadas. Después de pasar de Monnaie, encontraron el cuerpo de tropas recién formado del general Ferri-Pisani, que contaba de diez á quince mil hombres, y había avanzado desde Angers hasta más allá de Tours.

El suelo estaba tan empapado de agua que á la artillería y á la caballería les costó muchísimo desplegarse. Esta última no pudo perseguir al

enemigo más que marchando en columna por la carretera; pero, habiendo roto el fuego los franceses á corta distancia, sufrió pérdidas graves.

Al día siguiente el general Woyna avanzó con seis batallones, sin encontrar resistencia, hasta el puente de Tours. Una de sus baterías ligeras tomó posiciones en la orilla y dispersó á la población armada que había abierto el fuego desde la orilla opuesta. Pero no hubiese sido posible tomar la ciudad sin exponerse á perder mucha gente, y desde que se había trasladado el asiento del Gobierno á Burdeos, Tours no tenía ya gran importancia. Así, el destacamento volvió á Monnaie, la décima novena división del cuerpo se acantonó en Blois y la vigésima en Herbault y Vendôme.

Desde allí un destacamento compuesto de dos batallones, un escuadrón y dos cañones, avanzó por Montoire á Sougé, á orillas del riachuelo Braye, donde chocó con fuerzas enemigas muy superiores. En efecto: el general Chanzy había hecho marchar contra Vendôme á una división del décimo séptimo cuerpo para obligar á los prusianos á interrumpir su marcha hacia Tours. Detrás de Saint-Quentin, el débil destacamento alemán se vió cercado por todas partes y expuesto á un fuego muy nutrido en el momento en que seguía un desfiladero formado por una pared de rocas y la corriente de agua. A pesar de todo, el teniente coronel Boltensern logró salvar la situación. Sin disparar un tiro, los dos batallones hannoverianos se lanzaron sobre las densas líneas de tiradores que los cogían por la espalda y se abrieron camino empeñando el combate cuerpo á cuerpo. Las dos piezas, después de hacer una descarga á metralla, siguieron al galope por el claro que acababa de abrir la infantería, y pudieron volver á Montoire, á pesar de haber perdido una parte de sus tiros. El escuadrón, á su vez, se había abierto paso al través de dos líneas de tiradores y pudo reunirse á la infantería.

Todos estos acontecimientos decidieron al general Kraatz, que había atraído hacia sí las otras fracciones de la vigésima división, á ejecutar el 31 de Diciembre un nuevo reconocimiento á fin de darse cuenta exacta de la situación. Cuatro batallones debían avanzar de Vendôme, y la primera brigada de caballería reconocer el país desde Fréteval hacia Épuisay. Pero aquel mismo día el general De Jouffroy procedió al ataque de Vendôme con dos divisiones.

A las diez, cuando el destacamento que salió de Vendôme alcanzó el riachuelo de Azay, recibió desde la orilla opuesta un fuego vivísimo. Poco después lo cogieron de flanco por el Sur seis batallones enemigos y fueron llegando noticias de que avanzaban masas considerables al Norte de Azay, por Espéreuse, directamente sobre Vendôme. El general Kraatz,

comprendiendo que se encontraba enfrente de un adversario muy superior en número, resolvió limitarse á la defensa de Vendôme. Protegido por un batallón que se sostuvo tenazmente en Huchepie, el destacamento efectuó su retirada en perfecto orden, y fué á tomar posiciones en el terraplén del ferrocarril al Oeste de la ciudad.

Más al Norte, la columna enemiga que avanzaba por Espéreuse había llegado ya á Bel-Air. Un batallón que acudía de Vendôme volvió á ocupar el castillo; pero rodeado por la derecha, no pudo hacer frente á un enemigo considerablemente superior, y tomó también posiciones detrás de la vía férrea. Las nutridas líneas de tiradores franceses se lanzaron al asalto del terraplén á las dos, pero seis baterías, situadas en las alturas de detrás de Vendôme, rompieron contra ellos un fuego rápido, que obligó á retroceder á su ala derecha. Una columna francesa avanzó desde Varennes por la orilla izquierda del Loir contra esa posición de artillería, pero no tardó en tener que sustraerse también al fuego de las baterías prusianas.

Los ataques ejecutados desde Bel-Air y Tuileries contra la vía férrea eran más serios; con todo, fueron rechazados por ocho compañías que habían tomado posiciones. A las cuatro volvieron á avanzar enérgicamente los franceses, y la lucha permaneció indecisa mucho tiempo; por último, se retiraron á la llegada de la noche.

Ese día, la primera brigada de caballería, á que se unieron dos compañías de infantería y una batería montada, avanzó hasta Danzé, donde se habían colocado dos baterías francesas. El capitán Spitz se arrojó sobre ellas con un pequeño número de fusileros westfalianos, apoderándose de dos piezas y de tres avantrenes. Con eso y con cincuenta prisioneros, el general Lüderitz volvió á la una á Fréteval, después de haber perseguido al enemigo hasta Épuisay.

La tentativa de los franceses contra Vendôme había fracasado totalmente. Se retiraron muy atrás. El general Kraatz, con motivo de una importante empresa de que hablaremos más adelante, recibió la orden de permanecer apostado en el Loir, sin intentar nada.

EL DÉCIMO CUARTO CUERPO EN DICIEMBRE



Los franceses se decidieron por fin á obrar en el teatro de las operaciones del Sudeste.

El 24 de Noviembre, el cuerpo de Garibaldi, reunido en Autun, marchó contra Dijon.

Las diferentes fracciones del cuerpo llegaron por Sombornon y Saint-Seine á las inmediaciones de la ciudad, después de sostener diversos combates con alternativas de reveses y de éxitos y de ejecutar varias sorpresas de noche. Por el Sur, la división Crémer alcanzó á Gevrey. Pero los alemanes, habiendo recibido en Dijon refuerzos de Gray y de Is-sur-Tille, consiguieron rechazar al enemigo, y el general Werder, por su parte, ordenó á la primera brigada marchar sobre Autun. Empujando delante de sí á las fracciones del cuerpo enemigo, el general Keller llegó delante de la ciudad el 1.º de Diciembre. Había ya adoptado todas sus disposiciones para atacarla el 2, cuando recibió la orden de volver lo más pronto posible: era que se necesitaba enviar otros destacamentos á Châtillon, donde había sido sorprendido el que estaba apostado allí para guardar la vía férrea, y también á Gray para prevenirse contra las tentativas de la guarnición de Besançon, y en fin á Langres para observar la plaza.

Envióse en esa dirección á la brigada prusiana con dos regimientos de caballería y tres baterías. El 16 de Diciembre encontró en los alrededores de Longeau al enemigo, fuerte de unos dos mil hombres, el cual fué rechazado, dejando en manos de los prusianos doscientos heridos, cincuenta prisioneros, dos piezas y dos cajas de municiones. En los pocos días que siguieron, el general der Goltz dió la vuelta á Langres, rechazó al interior de la ciudad á los guardias móviles acantonados fuera y tomó posiciones delante del frente Norte de la plaza para guardar las vías férreas.

También al Sur de Dijon se habían observado nuevas reuniones de tropas enemigas.

El general Werder, á fin de dispersarlas, avanzó el 18 en la dirección de Nuits con dos brigadas badenses. En Boncourt, al Este y muy cerca de la ciudad, la vanguardia encontró una resistencia vigorosa, pero se apoderó de la localidad al medio día. Los franceses, gracias al fuego de las

baterías que habían situado en las alturas del Oeste de Nuits, pudieron defender tenazmente la profunda trinchera del ferrocarril y el riachuelo de Meuzin. Cuando el grueso de la brigada llegó á las dos, el general Glümer dió orden de proceder al ataque en toda la línea. Perdiendo mucha gente, sobre todo muchos oficiales superiores, la infantería fué avanzando por una llanura que no ofrecía ningún abrigo contra el enemigo bien cubierto. Este, después de descargar sus armas casi á boca de jarro y de empeñar el combate cuerpo á cuerpo, retrocedió á Nuits á las cuatro, y hacia las cinco abandonó la ciudad á los batallones que se lanzaban al asalto.

Los alemanes habían tenido que habérselas con la división Crémer, fuerte de diez mil hombres, la cual perdió mil setecientos combatientes, entre ellos seiscientos cincuenta prisioneros no heridos. La división badense perdió, por su parte, novecientos hombres. Las tropas pasaron la noche acampadas en la plaza del Mercado y en las localidades más próximas al Este de la población. Al día siguiente se vió que el enemigo continuaba batiéndose en retirada, pero no se disponía de fuerzas bastantes para ponerse en su persecución, porque el décimo cuarto cuerpo había tenido que ceder aún siete batallones al cuerpo de bloqueo de Belfort.

El general Werder volvió, pues, á Dijon; recogió todas las fuerzas que le quedaban, hizo volver de Londres al general der Goltz, y esperó por si el enemigo iba á atacarlo de nuevo. Pero no fué molestado más hasta fines de Diciembre.

EL PRIMER EJÉRCITO EN DICIEMBRE

Mientras el segundo ejército sostenía la lucha en el Loira, el general Manteuffel, después de batir al enemigo en Amiens, se puso en marcha hacia Ruán.

El general Farre estaba apostado en Arras, á sus espaldas; pero su ejército se había retirado después de la batalla en tal estado de desorganización, que podía confiarse en que permanecería inactivo durante algún tiempo. Además se había dejado de guarnición en Amiens la tercera brigada, dos regimientos de caballería y tres baterías, con el encargo de defender la importante línea férrea que conduce á Soissons.

Más seriamente amenazado se hallaba el ejército sitiador de París por fuerzas enemigas que avanzaban del Oeste. El general Briand estaba

apostado en Ruán con unos veinte mil hombres; las tropas de las líneas avanzadas se encontraban establecidas en el Epte, donde por delante de Beauvais y de Gisors se pusieron en contacto con el regimiento de los dragones de la Guardia y la división de caballería sajona, que reconocían el campo á espaldas del ejército del Mosa. El destacamento de infantería unido á esta última división había perdido ciento cincuenta hombres y una pieza en una sorpresa nocturna.

El 3 de Diciembre, cuando los cuerpos del primer ejército alcanzaron el Epte, los dragones de la Guardia y la división de caballería sajona continuaron avanzando con ellos; las tropas francesas retrocedieron detrás del Andelle. El octavo cuerpo, sosteniendo encuentros sin importancia, llegó á los alrededores de Ruán; encontró abandonada una posición atrincherada establecida en Isneauville, y el 5 de Diciembre el general Gœben hizo su entrada en la capital de Normandía. La vigésima novena brigada avanzó hasta Pont-Audemer, y el primer cuerpo franqueó el Sena más arriba por Andelys y Pont-de-l'Arche. Se ocupó á Vernon y Evreux, de donde los guardias móviles habían sido llevados á Lisieux por ferrocarril. Por la orilla Norte los dragones corrieron hasta Bolbec, y en Dieppe no encontró enemigos la brigada de hulanos.

Los franceses se habían retirado al Havre, y una gran parte de sus fuerzas fué trasladada inmediatamente á la otra orilla por barcos preparados al efecto. La décima sexta división continuó su marcha enseguida, y llegó el 11 á Bolbec y Lillebonne.

El jefe del Estado Mayor general había ya enviado desde Versalles las instrucciones á que antes se hizo referencia. Para cumplirlas, el general Manteuffel resolvió no dejar en el Sena inferior más que el primer cuerpo y volver con el octavo al Somme, donde empezaban á moverse de nuevo los franceses desde Arras.

Ya había habido algunos encuentros sin importancia, y el 9 de Diciembre fué sorprendida en Ham y hecha en gran parte prisionera una compañía enviada á proteger los trabajos para la recomposición de la vía férrea. Además, el día 11 vióse á varios batallones enemigos acercarse á la Fère.

A fin de detener el avance del adversario, el ejército del Mosa envió destacamentos á Soissons y á Compiègne. El general conde de Groeben tomó posiciones con una parte de la guarnición de Amiens en Roye, y el 16 alcanzó en Montdidier á la décima quinta división, que se había puesto en marcha hacia el Somme inmediatamente.

En Amiens no se dejaron más tropas que las de la ciudadela. El general Manteuffel, que no estaba de acuerdo con la evacuación de la ciudad, dió orden de volver á ocuparla al punto. La población, por lo demás, ha-

bía permanecido tranquila. El 20 llegó también la décima sexta división por Dieppe después de haber renunciado al ataque del Havre.

Un combate sostenido durante un reconocimiento en Querrieux evidenció que había apostadas en el Hallue fuerzas enemigas considerables, y el general Manteuffel concentró el octavo cuerpo entero en Amiens. Tenía la seguridad de ser reforzado en breve, porque la tercera división de reserva estaba en marcha y había llegado ya á Saint-Quentin. También el primer cuerpo debía enviar desde Ruán por ferrocarril otra brigada; pero el general en Jefe resolvió atacar al enemigo sin dilación con los veintidos mil seiscientos hombres de que disponía.

El general Faidherbe había reunido sus dos cuerpos, el vigésimo segundo y vigésimo tercero, para avanzar contra Ham y la Fère. Obrando de este modo, quería impedir que los alemanes atacasen al Havre, y lo consiguió. Luego avanzó sobre Amiens, de donde no distaba ya más que quince kilómetros. Dando frente al Oeste, tomó posiciones detrás del Hallue con cuarenta y tres mil hombres y ochenta y dos piezas. Dos divisiones ocupaban la orilla izquierda del río desde su confluencia en Daours hasta Contay, en una extensión de once kilómetros doscientos cincuenta metros; otras dos estaban apostadas detrás en Corbiè y Fravillers. El Somme cubría su flanco izquierdo.

El 23 de Diciembre, el general Manteuffel avanzó con el octavo cuerpo por el camino de Albert. Quedaba de reserva la tercera brigada del primer cuerpo. Su plan era que la décima sexta división rodease el ala derecha del enemigo, mientras la décima quinta le ocupaba por el frente y por el ala izquierda. No pudo ejecutarlo por ser demasiado extensa el ala derecha francesa, y se empeñó la lucha de frente en toda la línea. La orilla oriental, muy dominante, deparaba á los franceses excelentes posiciones de artillería, y fué menester que los alemanes tomasen ante todo los pueblos situados al pie de esa orilla.

Allí se habían retirado las avanzadas francesas, cuando la cabeza de la décima quinta división alcanzó á las once el bosquecillo de Querrieux, y se colocó una batería alemana. Al medio día, dos batallones de la vigésima novena brigada se apoderaron de golpe de esa localidad; franquearon el riachuelo y desalojaron á los franceses de Noyelles en la orilla oriental; pero aquí la artillería y la infantería enemigas los cubrieron con una lluvia de proyectiles. Los batallones de la Prusia oriental treparon á las cuatro por la eminencia á paso de carga y se apoderaron de dos piezas que seguían disparando; pero ante las masas que se precipitaban sobre ellos tuvieron que retroceder hasta la aldea.

Poco después de medio día tomóse también á Fréchencourt en la iz-

quierda y Bussy en la derecha, y el enemigo se vió rechazado á la otra parte de la corriente, sin haber opuesto más que una débil resistencia. La artillería, en cambio, no logró por el pronto luchar con éxito contra la del enemigo, que era muy numerosa y ocupaba ventajosas posiciones. Tomóse, sin embargo, á Becquemont, pero hubo que conquistar la localidad casa por casa, porque los defensores hicieron vivísima resistencia; la lucha duró hasta entrada la tarde.

La décima quinta división, contra la voluntad del general en Jefe, entró en acción demasiado pronto para que pudiese auxiliarla la décima sexta, que avanzaba más á la izquierda. Hacia las cuatro llegó la trigésima primera brigada delante de Béthencourt, y franqueando la corriente por puentecillos rechazó al adversario al pueblo, donde este último hizo una resistencia tenaz, hasta que al fin tuvo que batirse en retirada. En la extrema ala izquierda, la trigésima segunda brigada pasó el Hallue y entró en Bavelincourt.

Así todos los pueblos situados á lo largo del riachuelo quedaban en poder de los alemanes; pero era en el mes de Diciembre, el día declinaba, y hubo que esperar al siguiente para avanzar más. Todavía durante la noche trataron los franceses varias veces de reconquistar las posiciones perdidas, sobre todo desde Contay, por donde sobrepasaban al ala alemana. Pero allí, como en Noyelles, fueron rechazados sus ataques, y aunque penetraron en Becquemont, fueron desalojados, y los prusianos, que los persiguieron hasta la otra orilla, se apoderaron de Daours y ocuparon así finalmente todos los puntos de paso.

El empeño terminó á las seis. Las tropas fueron alojadas en los pueblos conquistados, donde les era fácil tomar las armas inmediatamente; sus avanzadas se establecieron en el linde mismo de las localidades.

El ataque costó á los alemanes nuevecientos hombres; los franceses perdieron unos mil, defendiendo sus posiciones. Cayeron prisioneros también más de mil no heridos, que fueron conducidos á Amiens.

Al amanecer del 24 de Diciembre, el enemigo rompió el fuego contra la cortadura del Hallue.

El General alemán, después de ver que tenía que habérselas con un enemigo superior en un doble, permaneció aquel día á la defensiva, esperó la llegada de los refuerzos y fortificó las posiciones conquistadas la víspera. La brigada de reserva avanzó en la dirección de Corbiè, á fin de amenazar el flanco izquierdo de los franceses.

Pero ya á las dos de la tarde empezó la retirada el general Faidherbe. Sus tropas, mal equipadas, padecieron mucho en aquella fría noche de invierno y estaban profundamente desalentadas por el fracaso del día an-

terior. Llevólas, pues, hacia las plazas fuertes, donde encontraron un abrigo. Cuando las dos divisiones prusianas fueron el 25 en su seguimiento, primero más allá de Albert, y después á las inmediaciones de Arras y hasta Cambray, en ninguna parte encontraron unidades constituidas y no recogieron más que algunos centenares de rezagados.

Desembarazado así del enemigo, el general Manteuffel envió al general Mirus delante de Péronne para sitiar esa plaza, y él se volvió á Ruán.

Después de mandar seis batallones de refuerzo á Amiens, el primer cuerpo no tenía ya más que dos brigadas. Frente á él había diez mil hombres en la orilla derecha del Sena inferior y doce mil en la orilla izquierda. Además, esas fuerzas se habían aproximado á Ruán, particularmente por el Sur, de donde no distaban ya más que quince kilómetros.

Con el concurso de la segunda brigada, llamada de Amiens por el general en Jefe, hubo que rechazar de nuevo á los cuerpos enemigos.

TOMA DE MÉZIERES

Finalizaba el año, cuando el sitio de Mézières, en el teatro de las operaciones del Norte, iba á terminar con la capitulación de la plaza.

Después de la batalla de Sedán el Comandante había contribuido al sustento de los numerosos prisioneros franceses con víveres de las provisiones de la plaza; por lo mismo, no fué atacado entonces. Pero la ciudad interceptaba el ferrocarril, y se empezó por observarla. Habiendo capitulado Montmédy, el 19 de Diciembre se presentó delante de Mézières la décima cuarta división.

La guarnición no constaba más que de dos mil hombres; pero por fuera le prestaban eficaz apoyo los cuerpos francos, que en aquel terreno quebradísimo y arbolado, desplegaron una actividad verdaderamente extraordinaria. Hasta el 15 no se logró bloquear completamente la plaza.

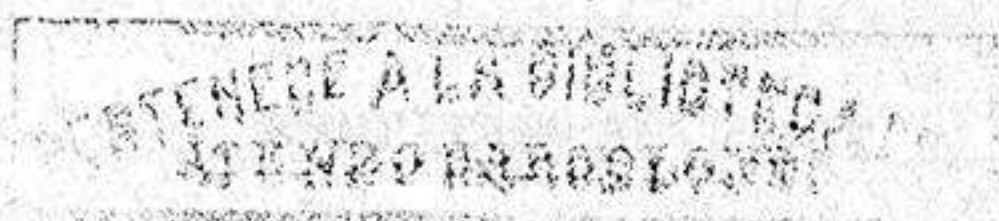
Mézières está situado en un saliente de la montaña, que el Mosa baña por tres lados, pero completamente rodeado de alturas por la otra parte. Las fortificaciones reforzadas por Vauban, con numerosas obras avanzadas, no podían resistir á la artillería moderna. A distancia de dos mil á tres mil metros se veía al desnudo la mampostería de la plaza, y aunque se hubie-

se aprovechado el largo tiempo transcurrido hasta que quedó bloqueada en reparar ese inconveniente, levantando terraplenes, las baterías de brecha debían de reducir muy pronto á la ciudad.

Después de la rendición de Verdún, pudieron transportarse por ferrocarril desde Clermont piezas de grueso calibre hasta el pie mismo del frente Sur de la plaza. El suelo estaba helado hasta medio metro de profundidad; fué la única dificultad que hubo que vencer al construir los emplazamientos. El 31 de Diciembre, á las ocho y cuarto, rompieron el fuego sesenta y ocho piezas de sitio y ocho piezas de campaña.

La plaza respondió al principio enérgicamente, pero ya hacia la tarde cesaron de tirar las piezas de la muralla, y al día siguiente se izó la bandera blanca.

La guarnición quedó prisionera de guerra, y cayeron en manos de los sitiadores provisiones considerables y ciento treinta y dos piezas; pero la principal ventaja era que se disponía de una nueva línea férrea que conducía á París.



PARÍS EN DICIEMBRE

En París el general Ducrot había hecho lo posible por llenar los vacíos que causó la batalla librada en Villiers. Hubo que dejar de reserva el primer cuerpo y dar nueva organización al segundo ejército. El General propuso abrirse paso por la península de Gennevilliers y las alturas de Franconville, pero el Gobierno negó su autorización. Se tenía la certidumbre de que dentro de poco aparecería delante de la capital el ejército de Orleans, y el 6 de Diciembre se preparaba una nueva salida para tenderle la mano, cuando una carta del general Moltke enteró al Gobierno de la derrota que acababa de sufrir el general D'Aurelle y de la recuperación de Orleans. No había, pues, ya ningún interés en abrir paso en la dirección del Sur, y después de larga deliberación, se convino en hacer una salida en masa para forzar las líneas de bloqueo por el Norte.

Allí el riachuelo de Morée ofrecía alguna protección al enemigo, aunque sólo mientras las corrientes de agua no estuviesen cubiertas de una espesa capa de hielo. Además, en una extensión de cuarenta y cinco kilómetros no había más que tres cuerpos alemanes con un efectivo de ochenta y un mil doscientos hombres.

Para preparar la salida, levantáronse el día 13 varios terraplenes entre Bondy y la Courneuve, se reforzó la artillería de los fuertes del frente Norte y se guarneció de baterías el monte Avron. Distribuyéronse á las tropas noventa cartuchos y víveres para seis días por hombre, con forraje para cuatro días por caballo. No se llevarían las mochilas, pero sí las mantas de campaña para proteger el pecho. Se fijó la salida primero para el 19 y después para el 21.

Así, el ejército sitiador apenas había sido molestado durante la mayor parte del mes de Diciembre. Las tropas estaban regularmente alimentadas; tenían buenas ropas de invierno, y la activa administración de correos les llevaba multitud de envíos del país; su estado sanitario, por consiguiente, era muy satisfactorio.

No se ocultaban á la atención de los sitiadores las disposiciones que el enemigo tomaba para una nueva empresa. Se supo además, por tráfugas, que se preparaba una salida. El 20 los puestos de observación anunciaron que se reunían en Merlan y en Noisy-le-Sec fuerzas considerables, y en la madrugada del 21 la segunda división de infantería de la Guardia fué á tomar posiciones á los puntos de paso del Morée, según orden del general en Jefe del ejército del Mosa. Una parte de la primera división estaba de reserva en Gonesse; la otra fracción podía ser relevada de un momento á otro por la séptima división, y quedaría entonces disponible. Por el ala derecha, la división de la Landwehr de la Guardia había ocupado la línea Chatou-Carrières-Saint-Denis; en el ala izquierda, una brigada del cuerpo sajón fué á tomar posiciones á Sevrans. Para sostener también en caso preciso á los württembergueses, frente á los cuales conservaban los franceses su posición en Joinville, avanzó hasta Malnoue la cuarta división de infantería (segundo cuerpo).

A fin de apartar la atención de los alemanes del verdadero objetivo de la salida, el Mont-Valerien debía abrir muy temprano un fuego nutrido, avanzarían fuertes destacamentos contra el ala derecha de la Guardia real, y el general Vinoy llevaría el tercer ejército contra los sajones, mientras el almirante de La Roncière atacaba á Bourget con su cuerpo de ejército. Una vez que se hubiese provocado al enemigo en todos esos puntos, el general Ducrot pasaría con el segundo ejército de París el riachuelo de Morée por Blanc-Mesnil y Aulnay.

COMBATE DE BOURGET

(21 de Diciembre.)

Bourget no estaba ocupado más que por cuatro compañías del regimiento Reina Isabel y por una compañía del segundo batallón de cazadores de la Guardia. Cuando á las ocho menos cuarto se disipó la niebla, cayó sobre esa tropa una granizada de proyectiles disparados por los fuertes, por numerosas baterías, y hasta por baterías blindadas rodantes. Media hora después avanzaron del Este y del Oeste largas columnas enemigas. Por el Este fué preciso defender durante bastante tiempo el límite del pueblo contra siete batallones franceses, y por la parte opuesta detener otros cinco delante del cementerio, dirigiendo contra ellos un fuego rápido; pero, á pesar de todo, penetró en la localidad por el Norte una fracción de fusileros de la marina. Los defensores, estrechados de todas partes por fuerzas considerablemente superiores, tuvieron que retirarse á la parte Sur del pueblo. El destacamento prusiano que defendía el cementerio intentó abrirse paso para unirse á los otros, y fué hecho prisionero en parte. Pero los franceses no ganaban terreno sino con gran trabajo; tenían que tomar una casa tras otra, y perdían mucha gente; tampoco consiguieron apoderarse de la fábrica de gas. La reserva francesa, fuerte de cinco batallones, avanzó de Saint-Denis contra ese establecimiento; la artillería demolió el muro del jardín, pero nada pudo vencer la resistencia de los alemanes.

Estos no fueron reforzados hasta las nueve, á cuya hora se envió una compañía en su auxilio, y luego á las diez, en cuyo momento llegaron siete. Empeñando la lucha cuerpo á cuerpo, y sufriendo grandes pérdidas, avanzaron hasta el cementerio y la fábrica de gas. A las once y media, los últimos destacamentos enemigos se veían rechazados, y ocuparon á Bourget quince compañías, porque se temía que los franceses renovasen el ataque. Dos baterías de artillería de campaña situadas en el Morée fueron á establecerse en la inmediación del pueblo.

Durante este tiempo el general Ducrot esperaba en vano la señal que le anunciase la toma de Bourget. Había llevado las cabezas de sus columnas

más allá de Bondy y de Drancy, cuando recibió la orden de renunciar al ataque de la línea del Morée, en vista del fracaso del ala izquierda.

La gran salida que se intentaba redujose á un simple cañoneo, á que respondió lo mejor que pudo la artillería de campaña alemana. Hacia la tarde se batieron en retirada los franceses.

Sus pérdidas, según indicaciones de ellos mismos, ascendían á seiscientos hombres; la Guardia perdió cuatrocientos; en cambio hizo trescientos sesenta prisioneros. Por la tarde las avanzadas alemanas volvían á ocupar sus emplazamientos anteriores.

Los diferentes simulacros de ataque hechos por la guarnición de París fueron infructuosos, y no determinaron á los alemanes á modificar en lo más mínimo sus disposiciones. Cuando los franceses avanzaron de Saint-Denis contra Stains, fueron rechazados, y cuatro baterías de campaña alemanas establecidas en el cerro de Orgemont, obligaron á retirarse á dos cañoneras francesas. La salida sin importancia dirigida contra Chatou pasó casi inadvertida.

En la orilla derecha del Marne el general Vinoy hizo una salida con fuerzas considerables, pero fué al medio día, cuando ya había terminado la lucha en Bourget. Las avanzadas sajonas retrocedieron hasta la posición principal del Chenay. Uno de los batallones apostados allí rechazó al enemigo; aquella misma tarde, otro, procedente de Maison-Blanche, atacó á Ville-Evrard, donde duró la lucha hasta la media noche; perdió setenta hombres, pero hizo seiscientos prisioneros. Ante el fuego nutridísimo de la artillería alemana establecida en la alta orilla opuesta, el enemigo evacuó también á Ville-Evrard al día siguiente.

Hacía tres meses que París estaba bloqueado. El bombardeo, medio que es siempre desagradable tener que emplear, no bastaba por sí solo para reducir una plaza de extensión tan enorme, y el Estado Mayor alemán se había dado cuenta perfectamente de que no lograría sus fines sino sitiando en regla á la ciudad. Pero los ingenieros no podían aún proceder al ataque, no hallándose en situación de sostenerlos la artillería.

Como ya hemos visto, toda la artillería de sitio estaba ocupada en el de plazas situadas á espaldas del ejército, que interceptaban las comunicaciones con Alemania. Verdad es que había en Villacoublay doscientas cincuenta piezas de grueso calibre enteramente preparadas, pero aún no se habían podido transportar hasta allí las municiones indispensables para el ataque, que, una vez empezado, no debía interrumpirse de ninguna manera.

Aunque desde los últimos días de Noviembre los trenes del ferrocarril llegaban hasta Chelles, ya antes la mayor parte de las municiones se ha-

bían desembarcado en Lagny, y desde este punto era preciso transportarlas al parque por tierra. Se había observado que las carretas de dos ruedas usadas en el país no servían para el transporte de los proyectiles. Por vía de requisición no pudieron procurarse más que dos mil carros de cuatro ruedas, cuando se tenía que operar en un radio extensísimo. Hubo que llevar otros novecientos sesenta de Metz, provistos de caballos de Alemania, y también fué menester echar mano de los tiros del tercer ejército, por más que fuesen indispensables para completar los del ejército que combatía en el Loira. En fin, para el transporte de las municiones se necesitó utilizar todos los caballos de tiro de los trenes de puentes de campaña, de las columnas de pontones y de los gastadores.

Las dificultades aumentaron cuando á causa del deshielo hubo que recoger los puentes militares tendidos sobre el Sena.

Los carros empleaban nueve días en ir y volver entre Nanteuil y Villacoublay, por el malísimo estado en que se hallaban los caminos vecinales. Muchos se rompían con el peso, y muy á menudo huían los carreteros. Amén de esto, la artillería iba á tener que dar cima en aquel mismo instante á otro cometido, á propuesta del jefe del Estado Mayor general.

Hasta entonces la guarnición de París no había conseguido abrirse paso con las armas en la mano: recurrió, pues, á la azada, á fin de rechazar más lejos cada vez y forzar finalmente, mediante contra-aproches, el círculo de bloqueo. Por el Sur se extendían ya sus atrincheramientos más allá de Villejuif y de Vitry hasta el Sena, y por el Norte estableció entre Drancy y el fuerte del Este un sistema muy extenso de trincheras y de baterías que avanzaban hasta la distancia de mil metros de Bourget, el cual, de esta suerte, venía á ser objeto de un sitio en regla. Un frío crudísimo vino á impedir á los franceses la continuación de sus trabajos; pero las obras acabadas recibieron su armamento de artillería, y fué á ocuparlas el segundo ejército. El punto más sólido de apoyo, que les permitía progresar así en la dirección del Este como en la del Norte, era el monte Avron, que, dominando á lo lejos la comarca y armado de setenta piezas de grueso calibre, se adelantaba al valle del Marne en forma de cuña, entre la parte Norte y la parte Sur de la línea de bloqueo.

BOMBARDEO DEL MONTE AVRON

(27 de Diciembre.)

Para desalojar de allí al enemigo, se pusieron á disposición del coronel Bartsch cincuenta piezas de grueso calibre enviadas directamente de Alemania, y otras veintiseis que habían quedado libres á consecuencia de la rendición de la Fère. Dos batallones enteros pusieron manos á la obra, y de ese modo se consiguió establecer, á pesar de una cruda helada, dos grupos de emplazamientos en la vertiente occidental de las alturas situadas detrás de Raincy y de Gagny y en el lado izquierdo del valle del Marne, en Noisy-le-Grand, que cogían al monte Avron entre dos fuegos á distancia de tres mil y dos mil metros solamente.

El 27 de Diciembre, á las ocho y media de la mañana, rompieron el fuego las setenta y seis piezas. Había sobrevenido un recio temporal de nieve que no permitía dirigir la puntería ni observar los efectos de los disparos. El monte Avron y los fuertes de Nogent y de Rosny respondieron inmediatamente con un fuego muy nutrido.

Las baterías alemanas perdieron dos oficiales y veinticinco hombres, se rompieron varias cureñas mientras la pieza tiraba, y todo el mundo pensaba que aquel día apenas se habían obtenido resultados.

Pero las baterías habían tirado mejor de lo que creían. El 28, día muy despejado, se pudo dirigir la puntería muy exactamente, y los proyectiles prusianos produjeron su efecto, causando terribles estragos en las filas de la infantería francesa que no disponía de reductos. La artillería del monte Avron cesó de tirar; sólo los fuertes continuaron respondiendo débilmente.

El general Trochu, que había acudido en persona al terreno, mandó abandonar la posición. El enérgico comandante del monte Avron, coronel Stoffel, procedió á la evacuación con tal habilidad, que no dejó allí más que una sola pieza inútil.

El 29 no tiraban ya los franceses, y se vió que habían abandonado el monte Avron. No existía el designio de ocuparlo definitivamente; las baterías se contentaron con dirigir su fuego contra los fuertes, que sufrieron de una manera considerable, y contra los parapetos establecidos cerca

En los últimos días del año se había conseguido transportar á Villacoublay las municiones indispensables. El general Kameke recibió la dirección del ataque por sitio, y el general príncipe de Hohenlohe la del ataque por bombardeo. Tiempo hacía estaban ya concluidos los emplazamientos, y el 1.º de Enero había preparadas cien piezas del mayor calibre para abrir el fuego contra el frente Sur de París.

EL EJÉRCITO DEL ESTE BAJO EL GENERAL BOURBAKI

Mientras las fuerzas francesas sostenían continuos combates, al Norte en el Sena y en el Somme, y al Sur en el Loira y Soana, el ejército del general Bourbaki no había dado señales de vida: perdiéronse sus huellas desde el 8 de Diciembre, en que la sexta división de caballería consignó su presencia en los alrededores de Vierzon. Para el Estado Mayor era esencial conocer exactamente la región en que se hallaban fuerzas tan considerables; el segundo ejército era el único que podía suministrar informes sobre este punto, y el 22 de Diciembre recibió la orden de hacer reconocimientos para lograrlos.

Al efecto, el general Rantzau avanzó desde Montargis por la orilla derecha del Loira en dirección á Briare; el 25 vió que esta posición había sido abandonada por los franceses, y en los siguientes días tuvo que sostener empeños sin éxito favorable.

Reforzóse ese destacamento (hessés), que contó desde entonces tres batallones, cuatro escuadrones y seis piezas. A pesar de eso, fué rechazado hacia Gien el 1.º de año. En punto á franceses, se había reconocido en esos lugares la presencia de varios miles de guardias móviles, de doce piezas y de fracciones de infantería de marina. Lo que parecía un indicio muy importante es que una parte de los que cayeron prisioneros procedían del décimo octavo cuerpo perteneciente al primer ejército del Loira.

Un regimiento de la sexta división de caballería, enviado al Sologne, anunció á su vuelta que avanzaban hacia Aubigny-Ville fuertes columnas enemigas. Por el contrario, conductores de trenes hechos prisioneros declaraban que las tropas habían abandonado ya á Bourges por ferrocarril; los artículos de los periódicos parecían indicar lo mismo; pero todo eso eran simples rumores á que no se podía prestar crédito en vista de las noticias suministradas por los reconocimientos. En Versalles había que

pensar que el primer ejército del Loira estaba todavía en Bourges, y que, cuando se encontrase en disposición de entrar de nuevo en campaña, el general Bourbaki obraría en inteligencia con el general Chanzy.

Los dos ejércitos podían atacar por dos lados á los alemanes apostados en Orleans, ó bien uno podía ocuparlos y retenerlos allí, mientras el otro avanzaba al Norte para levantar el bloqueo de la capital.

Tal era, en efecto, la intención del general Chanzy. Desde el 21 de Diciembre su ejército estaba acantonado en el Mans y en los alrededores para rehacerse. Las tropas luchaban con muchas dificultades. No se disponía de alojamientos suficientes para tan considerables masas; una parte del ejército tenía que dormir en las tiendas sobre la nieve, y se resentía mucho del frío, que era intenso. Las ambulancias se llenaban cada día de mayor número de heridos y variolosos. Pero esa estrecha concentración permitía reconstituir las unidades y ponerlas en estado de entrar en campaña, y las noticias procedentes de París demostraban que había que obrar á todo trance.

El general Trochu había escrito que París no podía deshacerse del enemigo, si seguía abandonado á sí propio. Aun consiguiendo abrir paso, no se lograría llevar los convoyes indispensables para sostener todo un ejército; para eso hacía falta la intervención de fuerzas exteriores. El general Chanzy estaba completamente dispuesto á marchar hacia París, pero necesitaba saber lo que harían los generales Bourbaki y Faidherbe.

Unicamente el Jefe supremo podía ordenar la acción común de los tres grandes ejércitos é imprimirles la unidad de dirección indispensable. El General, pues, envió á Lyon uno de los oficiales de su Estado Mayor para decir á Gambetta que estaba convencido de que sólo un avance combinado inmediato podría salvar la capital. Pero el Ministro creía poseer un medio mucho mejor. El 29 de Diciembre Chanzy tuvo conocimiento por primera vez de un proyecto, ya en vías de ejecución, que asignaba al ejército de Bourbaki un destino muy diferente. Entretanto, el Ministro no le daba en su respuesta ni órdenes precisas ni informes suficientes: «Ha diezmado usted á los mecklemburgueses; los bávaros no existen ya; el resto del ejército es presa á estas horas de la inquietud y del cansancio. Perseveremos, y arrojaremos del suelo á esas hordas con las manos vacías.» «El plan seguido por la delegación del Gobierno (añadía) es el que desmoralizará más al ejército alemán.»

A pesar de esta fraseología oscura, el general Chanzy, confiando en su propia fuerza, resolvió emprender la marcha hacia París sin ser sostenido. Pero pronto se vió atacado muy enérgicamente.

Los alemanes no tenían un momento que perder, si querían sacar par-

tido de la ventaja que ofrece la posición entre dos ejércitos enemigos, cuando aún no se han aproximado mucho; y los ataques simultáneos del 31 de Diciembre, en Vendôme á orillas del Loir y en Briare á orillas del Loira, parecían indicar que los dos habían empezado ya á obrar de concierto.

Así el príncipe Federico Carlos recibió el 1.º de Enero la orden telegráfica de franquear el Loir para avanzar contra el general Chanzy, el enemigo más próximo y más temible.

A este fin fué reforzado el segundo ejército con el décimo tercer cuerpo (décima séptima y vigésima segunda divisiones), colocado bajo las órdenes del gran duque de Mecklemburgo, y con la segunda y la cuarta división de caballería. Además encargóse á la quinta división de caballería cubrir su flanco derecho durante el avance.

Sólo la vigésima quinta división (hessesa) debía permanecer en Orleans frente al general Bourbaki; tenía también el encargo de observar al enemigo por la parte de Gien. Pero, á fin de rechazar al primer ejército del Loira, si se dirigía hacia adelante, el general Zastrow recibió orden de avanzar con el séptimo cuerpo por el Armançon, y el ejército sitiador destacó el segundo cuerpo, que se puso en marcha hacia Montargis.

El príncipe Federico Carlos contaba reunir el 6 de Enero tres de sus cuerpos en la línea Vendôme-Morée y dirigir el décimo tercero desde Chartres á Brou.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE NEG. BARCELONA

MARCHA DEL SEGUNDO EJÉRCITO HACIA EL MANS

Podía esperarse sorprender al enemigo en sus cuarteles de invierno, pero el general Chanzy se había puesto al abrigo del peligro, colocando en las líneas avanzadas fracciones de tropas considerables. Por la izquierda ocupaban á Nogent-le-Rotrou la división Rousseau y numerosos cuerpos francos; desde allí hasta el Braye, por Vibraye y Saint-Calais, existían considerables destacamentos. El general Jouffroy había tomado posiciones á orillas de ese riachuelo después de su último ataque contra Vendôme. Por la derecha, el general Barry estaba apostado en la Chartre, y la división de Curten en Château-Renault.

El 5 de Enero, las dos alas del ejército alemán chocaron con esas líneas avanzadas.

En el ala izquierda, el general Baumgarth había reunido en Saint-Amand tres batallones, dos regimientos de caballería y dos baterías. En la dirección de Château-Renault, el regimiento núm. 57 de infantería se apoderó de Villeporcher; la localidad fué evacuada, cuando se vió avanzar cuatro batallones franceses; después volvió á recuperarse y se conservó definitivamente. Pero, viendo sobre todo que había fuerzas considerables por el flanco izquierdo del ejército alemán, que avanzaba en dirección al Oeste, el general Baumgarth recibió la orden de cubrir ese flanco, siendo reforzado al efecto por la sexta división y la primera brigada de caballería.

También en el ala derecha la cuadragésima cuarta brigada, avanzando hacia Nogent-le-Rotrou, tuvo que sostener un encuentro en que el enemigo le opuso una resistencia tenaz. Se apoderó de la posición que ocupaba el último en La Fourche, le hizo gran número de prisioneros y cogió tres piezas. El grueso del cuerpo llegó á Beaumont-les-Autels y á Brou, pero la caballería no consiguió penetrar en el bosque del Norte de Nogent.

6 de Enero.—El 6 por la mañana, la vanguardia del destacamento del general Baumgarth se puso en marcha hacia Prunay, pero el grueso no pudo seguirla; á las nueve y media fué vivamente atacada por el enemigo. Para poder observarlo mejor, la infantería se encontraba diseminada en pequeños puestos en la extensa línea de Ambloy-Villeporcher, sin más que una débil reserva en La Noue. El encuentro tomó bien pronto proporciones considerables, y costó mucho á los defensores mantenerse en la línea Les Haies-Pias, corriendo serio peligro de verse envuelta su ala izquierda. La sexta división de caballería llegó á ese punto, pero no puso en juego más que una de sus baterías montadas. La reserva, al contrario, avanzó por la carretera hacia Château-Renault y rechazó de Les Haies al enemigo, que había penetrado ya; pero éste envió de nuevo adelante cuatro fuertes columnas y dispuso cuatro baterías contra la localidad; los alemanes tuvieron que retirarse detrás del Brenne.

Entre tanto, el regimiento núm. 16 de infantería, que, marchando hacia Vendôme, había llegado ya á Ambloy, volvió á Saint-Amand para socorrer á las tropas combatientes. La trigésima octava brigada, completa entonces, se desplegó entre Neuve-Saint-Amand y Saint-Amand, teniendo una masa considerable de caballería en las dos alas. Pero, evacuada la ciudad por una mala inteligencia, el Jefe de la sexta división de caballe-

ría, duque Guillermo de Mecklemburgo, ordenó la retirada. La infantería se detuvo y acantonó en Huisseau. La vanguardia volvió á Ambloy, la caballería fué también allí y á Villeromain.

Durante los combates sostenidos en Saint-Amand, el décimo cuerpo había avanzado en dos columnas por la orilla izquierda del Loir en la dirección de Montoire, dejando en la orilla derecha un batallón delante de Vendôme, á fin de que el tercer cuerpo pudiese desembocar con toda seguridad por esta ciudad.

A la una, cuando la vigésima división llegó á Saint-Rimay, encontró las alturas que se extienden al otro lado del Loir ocupadas por las tropas del general Barry. Todas las baterías se instalaron en la orilla izquierda, y no tardaron en rechazar al enemigo del amplio fondo del valle; pero en el frente de la división, el desfiladero de Les Roches resistía á todos los ataques. En su consecuencia se hizo que los gastadores restableciesen más abajo el puente de Lavardin que había sido destruido. En el ínterin había llegado á ese punto la décima novena división; se apostaron varios batallones hacia adelante, por el Sur, contra Les Roches, y lograron desalojar fácilmente al enemigo. Habiendo sobrevenido la noche, el cuerpo no pudo proseguir su marcha, y quedó acantonado en Montoire y en los alrededores.

El jefe del tercer cuerpo resolvió detenerse aquel día delante de Vendôme y no hacer pasar el riachuelo de Azay más que á su vanguardia; pero ésta encontró á poco una resistencia tan viva, que tuvo que ir en su socorro el grueso del cuerpo. Para que pudiese desembarazarse el general De Curten, el general De Jouffroy había dirigido un nuevo ataque contra Vendôme, y cuando la vanguardia de la quinta división llegó á la una á Villiers, encontró allí al décimo batallón de cazadores, que había seguido á su cuerpo por la orilla derecha del Loir, teniendo que sostener desde las cuatro una lucha sumamente encarnizada. Se instalaron las dos baterías en la meseta que hay al Norte de la localidad, y el regimiento núm. 48 de infantería avanzó con presteza hasta la vertiente del curso inferior del Azay. El fusil de largo alcance de los franceses dominaba el amplísimo valle, y su artillería lo batía en el sentido de la longitud. Así sus densas líneas de tiradores tomaron la ofensiva.

Por el pronto, se hizo avanzar al regimiento núm. 8 para sostener á las tropas empeñadas en la contienda; después de una lucha muy breve en el ala izquierda, se apoderó del vado del Loir; luego llegó la décima brigada de infantería, y la artillería vió aumentar sucesivamente el número de sus piezas hasta tener puestas en juego treinta y seis. La artillería francesa no resistió su fuego, y media hora después pudo empezar á cañonear á la in-

fantería. A las cuatro y media franquearon los batallones el fondo del valle, se apoderaron de los viñedos y de las granjas situadas en el lado opuesto, y tomaron finalmente á Mazange. Los franceses se esquivaron á favor de las tinieblas dirigiéndose hacia Lunay.

Más á la derecha, la vanguardia de la sexta división, en el momento en que desembocaba de Vendôme, á las once, encontró combatiendo con fuerzas enemigas considerablemente superiores al batallón que el décimo cuerpo dejó apostado en Courtiras. La undécima brigada siguió avanzando, no sin experimentar graves pérdidas, hacia la cortadura de Azay; y cuando á las tres y media se le unió la duodécima y la artillería abrió un fuego eficacísimo, se consiguió tomar á Azay y establecerse en las alturas situadas al otro lado. Rechazáronse con éxito varias vueltas ofensivas del enemigo, y á las cinco concluía la lucha, batiéndose en retirada los franceses.

El tercer cuerpo acampó entre el Azay y el Loir. Un destacamento ocupaba á Danzé, situado más arriba. El cuerpo había perdido treinta y nueve oficiales y más de cuatrocientos hombres, pero había cogido cuatrocientos prisioneros.

El noveno cuerpo franqueó ese mismo día, sin hallar resistencia, el curso superior del Loir por Fréteval y Saint-Hilaire, y avanzó por la carretera desde Saint-Calais hasta Busloup. El décimo tercero había hecho alto en Unverre, Beaumont y La Fourche.

El ataque ejecutado por los franceses en Saint-Amand y la tenaz resistencia que opusieron en Azay no modificaron los designios del príncipe Federico Carlos. Mandó al décimo tercer cuerpo que llegase á Montmirail el 7, y al noveno que se dirigiese á Épuisay, mientras el tercero continuaba atacando la cortadura de Azay. Pero después de haber concluido con un fracaso el combate de Saint-Amand, creyó preciso no perder de vista al fuerte destacamento enemigo que amenazaba su flanco izquierdo. El Príncipe había invitado de viva voz al duque Guillermo, en el Cuartel general de Vendôme, á volver inmediatamente con la sexta división de caballería á Saint-Amand; pero, además, el general Voigts-Rhetz recibió la orden de sostener al general Baumgarth con el décimo cuerpo entero, si era preciso.

La región que debían atravesar los alemanes entre el Loir y el Sarthe presenta los mayores obstáculos para el ejército invasor, mientras que ofrece á los defensores las ventajas más considerables.

Multitud de corrientes, que circulan profundamente encajonadas por anchos valles cubiertos de prados, cortan perpendicularmente todos los caminos que llevan al Mans. Zonas de bosque, pueblos y palacios rodea-

dos de murados parques cubren ese país de colinas admirablemente cultivado; los viñedos, huertos y jardines están rodeados de setos, de fosos y de terraplenes.

En las luchas que iban á empeñarse tenía, pues, que hacer todo el gasto la infantería; en ninguna parte había espacio suficiente para desplegar la caballería, y el efecto de la artillería, cuyas piezas no podían obrar más que aisladamente, era muy reducido en terreno tan cubierto. No cabía acercarse á la posición central del enemigo sino por las cuatro únicas carreteras existentes, y las comunicaciones entre las columnas, que al principio por lo menos avanzarían en un frente de cuarenta y cinco kilómetros, no podían establecerse más que por un número muy exiguo de caminos de travesía, intransitables hasta cierto punto á causa del mal tiempo y de la hostilidad de la población. Al comienzo no había que pensar en prestarse mutuo apoyo.

En semejantes circunstancias, el general en Jefe tenía que limitarse á dar instrucciones generales para las operaciones, y los jefes subordinados debían obrar según su inspiración personal. Se dieron, es verdad, órdenes especiales para cada día; pero en muchos casos fué imposible ejecutarlas. El general en Jefe no podía darse cuenta de la situación en que se encontraba cada uno de sus cuerpos de ejército según los combates que sostenían diariamente. Los partes no llegaban las más de las veces sino muy entrada la noche, y las órdenes preparadas de antemano no eran transmitidas á menudo á los jefes de los cuerpos de ejército sino cuando las tropas, en aquellos días tan cortos, se habían puesto ya en marcha.

ESTENDE A LA BIBLIOTECA
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

7 de Enero.—Ajustándose á las instrucciones del general en Jefe, el general Voigts-Rhetz mandó volver á Saint-Amans el día 7 las fracciones de la décima novena división, que habían alcanzado ya á Vendôme, para reforzar al general Baumgarth.

Ya desde temprano, la trigésima octava brigada había vuelto á ocupar esa localidad, y el general Hartmann, que tomó el mando, avanzó por la carretera de Château-Renault, cubriendo la caballería las dos alas.

Al medio día la columna encontró al enemigo en Villechauve. El fuego de la artillería fué ineficaz á causa de una densa niebla, y no se logró tomar esa localidad, juntamente con Pias y diferentes granjas, sino á costa de pérdidas considerables. Pero se vió que los franceses ocupaban á Villeporcher y los pueblos más próximos, y á las dos tomaron la ofensiva haciendo avanzar varios batallones por la carretera. Mientras tanto disi-

póse la niebla, y al punto se descubrió que aquel ataque no tenía otro objeto que ocultar la retirada del enemigo en la dirección del Oeste.

Las tropas se alojaron en las localidades donde se encontraban, y los refuerzos destinados á las mismas permanecieron en Saint-Amand.

Aguardando su vuelta, el décimo cuerpo siguió á su vez acantonado en la Chartre; sólo la décima cuarta brigada de caballería avanzó hasta la Richardière para establecer las comunicaciones con el tercer cuerpo; pero no consiguieron tomar esa localidad algunos ginetes que echaron pie á tierra.

El general Albensleben esperaba alcanzar aún al enemigo por esa parte de la cortadura del Braye y envolver su ala izquierda, para rechazarlo sobre el décimo cuerpo, que había prometido su cooperación. Dejando una brigada en Mazange, hizo avanzar el tercer cuerpo en la dirección de Épuisay, y cuando se enteró, durante la marcha, de que los franceses habían evacuado á Lunay y Fortan, ordenó á la brigada dejada atrás que fuese á reunirse con él en este último punto.

Súpose que Épuisay estaba fuertemente ocupado por el enemigo. Entre tanto, llegó también la vanguardia del noveno cuerpo procedente de Busloup. A pesar de ese refuerzo, hasta la una y media no se consiguió desalojar á los franceses de la pequeña ciudad cuyas calles habían cerrado con fuertes barricadas; opusieron también nueva resistencia á la parte acá del Braye, defendiendo gran número de localidades y de granjas. En medio de una espesa niebla empeñóse entonces un combate á fuego que duró bastante tiempo; pero finalmente la duodécima brigada ganó á las cuatro la orilla del valle. Savigny había sido ocupado por la novena brigada, que no encontró más que una débil resistencia, y Sargé fué tomado á paso de carga, cuando ya oscurecía.

El tercer cuerpo había perdido cuarenta y cinco hombres y hecho doscientos prisioneros. Se acantonó en Braye, llevando los puestos avanzados á la otra parte del riachuelo.

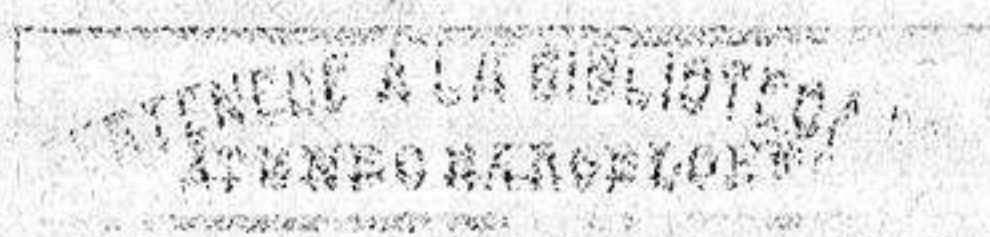
El noveno cuerpo fué alojado en Épuisay y en los alrededores; de esta suerte se encontraron reunidos dos cuerpos en uno solo de los pocos caminos de que se disponía. Por la derecha, la segunda división de caballería había avanzado en la dirección de Mondoubleau, á fin de ponerse en contacto con el décimo tercer cuerpo; los franceses se retiraron á Saint-Calais.

La orden de marchar hacia Montmirail, transmitida al tercer cuerpo por el general en Jefe, se dió en el supuesto de que ese cuerpo habría ocupado el día 6 á Nogent-le-Rotrou, cuando en realidad, como hemos visto antes, se había detenido en La Fourche, Beaumont y Unverre. El gran

Duque, que esperaba una resistencia vigorosa, no procedió al ataque de Nogent hasta el 7. Cuando llegó delante de la ciudad la vigésima segunda división, vió que el enemigo había evacuado todas las localidades del valle superior del Huisne, y pudo entrar allí á las dos sin tener que librar combate. En ese punto se alojó, mientras la cuarta división lo hacía en Thiron-Gardais, y sólo una vanguardia seguía al enemigo.

Los franceses se habían retirado á La Ferté-Bernard.

La décima séptima división seguía á la vigésima segunda en un principio como reserva; pero, visto el tenor de los informes que llegaban, el gran Duque le mandó dirigirse al Sur hacia Authon, y á fin de ajustarse en la medida de lo posible á las órdenes del general en Jefe, dirigió á Montmirail un destacamento de dos batallones, dos regimientos de caballería y una batería bajo el mando del general Rauch.



8 de Enero.—El 8 por la mañana, viendo que el enemigo no volvía á tomar la ofensiva contra Saint-Amand, el general Hartmann despidió á las nueve las tropas que debían servirle de refuerzos. A las diez recibió la orden de unirse al décimo cuerpo; pero los franceses seguían ocupando á Villeporcher, así como el bosque situado detrás de esa localidad, y se habían establecido en una posición muy favorable de la carretera de Château-Renault detrás de la cortadura del Brenne. Comprendió el General que necesitaba hacerles frente en ese punto, y empleó el mejor medio, que era tomar él mismo la ofensiva. Seis compañías del regimiento núm. 60 de infantería, sostenidas por el fuego de su batería y flanqueadas á derecha é izquierda por la caballería, avanzaron contra Villeporcher, rechazaron al enemigo que huyó hasta el bosque de Château-Renault, y le hicieron cien prisioneros. Por la izquierda el noveno de hulanos perseguía á los cazadores de Africa. Al anochecer el general Hartmann tomó la dirección de Montoire.

Desde muy temprano el general Voigts-Rhetz había abandonado esa localidad con su cuerpo. A consecuencia de la helada que cayó durante la noche, el estado de los caminos hacía extraordinariamente difíciles todos los movimientos de las tropas. El camino que sigue la orilla derecha del Loir había sido interceptado en diferentes puntos. Atraviesa una serie de desfiladeros, y al desembocar, la vanguardia chocó con un destacamento de unos mil guardias móviles que habían tomado posiciones delante de La Chartre. Dos piezas alemanas obligaron á retirarse precipitadamente á las ametralladoras francesas; pero la infantería, que tenía que avanzar tra-

bajosamente, no pudo penetrar en la ciudad hasta las cuatro, después de una lucha bastante larga. Allí se alojó. Dos batallones llegaron más lejos, tuvieron que tomar las localidades en que debían pernoctar, y durante toda la noche cruzaron tiros con el enemigo que estaba muy cerca, y al cual cogieron doscientos treinta prisioneros.

La trigésima novena brigada, que había salido por la mañana de Ambloy, no pudo seguir al cuerpo más que hasta Sougé.

Para restablecer las comunicaciones con el tercer cuerpo, envióse al general Schmidt á la derecha con la décima cuarta brigada de caballería. Delante de Vancé fué recibida por un fuego muy nutrido. El escuadrón que iba á la cabeza cedió el puesto á la batería montada; la primera pieza desalojó á los coraceros franceses que habían echado pie á tierra detrás de los setos. Luego que se consiguió colocar dos piezas, sus bombas dispersaron una larga columna de caballería enemiga, que huyó en todos sentidos.

El coronel Albensleben la persiguió á la cabeza del regimiento de hulanos núm. 15, hasta que fué recogida por la infantería, que había tomado posiciones en el riachuelo de Etangforte. La brigada permaneció en Vancé después de matar ó herir cien hombres á los franceses.

En cuanto al tercer cuerpo, una de sus divisiones, la sexta, había avanzado por Saint-Calais. El adversario trató de defender las cortaduras del camino, interceptadas en muchos puntos, pero en ninguna parte aguardó á ser atacado seriamente; las más de las veces se batía en retirada, sirviéndose de vehículos preparados al efecto. La otra división del cuerpo, la quinta, que avanzaba á la misma altura, á la izquierda de la sexta, no encontró resistencia en ninguna parte; pero el estado de los caminos hacía extraordinariamente difícil la marcha por donde quiera. Así, el cuerpo se detuvo en Bouloire. Detrás de él, el noveno entró en Saint-Calais.

Por lo que hace al décimo tercero, el gran Duque había dirigido sus dos divisiones hacia La Ferté-Bernard. Durante la marcha no encontraron más que enemigos aislados; pero los caminos estaban interceptados por tantos puntos, que no alcanzaron la localidad hasta las cuatro, y allí se alojaron. Los franceses se habían batido en retirada hacia Connerré. A partir de allí, la cuarta división de caballería debía cubrir el flanco derecho del cuerpo, pero no logró llegar á Bellême. Por el contrario, el destacamento del general Rauch, enviado á la izquierda, hacia Montmirail, sorprendió al enemigo en Vibraye, y se apoderó del puente de Braye.

El 8 por la tarde, los cuerpos que formaban el ala izquierda y el que

estaba en el ala derecha se encontraban á igual distancia del Mans en la única carretera que atraviesa oblicuamente la región, desde La Ferté-Bernard por Saint-Calais y La Chartre, mientras que en el centro el tercero se hallaba mucho más avanzado y distante de cada uno de los otros dos una jornada. No era posible concentrarlos más sino haciéndoles avanzar por los caminos convergentes hacia el Mans. Por consiguiente, el príncipe Federico Carlos ordenó á las diez de la noche al décimo cuerpo que se dirigiese al día siguiente hacia Parigné-l'Évêque, al tercero que alcanzase á Ardenay, y al décimo tercero que llegase á la altura de Montfort, pasando de esas localidades las vanguardias de los tres cuerpos. El noveno seguiría en el centro y el general Hartmann continuaría cubriendo á Vendôme con la trigésima octava brigada y la primera división de caballería.

Ya por lo que toca á la distancia, no era posible que las alas llegasen desde La Chartre y La Ferté-Bernard á los límites designados; pero, á mayor abundamiento, temporales de nieve, la helada y una espesa niebla iban á dificultar más aún el avance el día 9.

ACERQUE A LA BIBLIOTECA
DE ENERO BARCELONA

9 de Enero.—El general Hartmann hizo avanzar la trigésima octava brigada contra Château-Renault; á la una entraba en la ciudad. La división Curten se batía en retirada desde por la mañana hacia Saint-Laurent.

Ese día el décimo cuerpo, cuyo efectivo no estaba completo, se puso en marcha en dos columnas. Una, que constituía el destacamento del general Woyna, debía partir de Pont-de-Braye para dirigirse al Grand-Lucé por Vancé, mientras que las otras tropas, partiendo de La Chartre, alcanzarían el mismo punto, tomando por Brives.

Cuando la vigésima división, siguiendo ese itinerario, desembocó de L'Homme, fué recibida por las bombas de la artillería y por las descargas de las ametralladoras francesas. Había excepcionalmente un terreno que permitía colocar tres baterías, pero nevaba copiosamente y no pudieron dirigirse los disparos. Con todo, la infantería rechazó al enemigo de diferentes granjas y localidades hasta más allá del riachuelo de Brives. Para perseguirlo por la orilla opuesta, se perdió mucho tiempo en habilitar un puentecillo y en tomar á Chahaignes.

Después había que franquear el valle, que es muy angosto, y allí era de temer una seria resistencia. El camino se hallaba en tal estado que artilleros y ginetes tuvieron que echar pie á tierra para llevar los caballos de la brida. El Jefe de cuerpo de ejército se colocó en una cureña; su Es-

tado Mayor seguía á pie. Pero toda la columna se vió detenida, porque á la cabeza cayeron varios caballos. Hubo que despedir la artillería de cuerpo, recomendándole que tratase de avanzar por Vancé al otro día.

Para facilitar la marcha de la vigésima división, el general Woyna había recibido la orden de desviarse de su dirección primitiva y encaminarse al flanco izquierdo del enemigo. Cuando se acercó al valle, no oyó nada que anunciase la continuación de la lucha, y su destacamento volvió hacia Vancé; pero la columna principal encontró resistencia nuevamente en Brives á las tres y media. El enemigo le dirigió un fuego nutridísimo desde la altura situada al Nordeste de la localidad. Ni aun la infantería era posible que avanzase, saliendo de la carretera; hubo, pues, que seguir marchando por esta última; pero la trigésima novena brigada atacó con tal brío al adversario que le hizo retroceder.

Ya de noche cerrada, á las seis y media, el coronel Valentini continuó la marcha con cuatro batallones hasta Saint Pierre, donde hizo cien prisioneros y se apoderó de un convoy de cien carros cargados.

Las tropas que iban á la cabeza del décimo cuerpo pasaron la noche en Brives y en Vancé; pero los alojamientos de las restantes se extendían hacia atrás hasta muy cerca del valle del Loir. La décima cuarta brigada de caballería tampoco había conseguido ganar terreno.

En lo tocante al tercer cuerpo, la sexta división había avanzado con la artillería siguiendo la carretera por Bouloire, mientras la quinta tomaba á su izquierda caminos laterales.

La vanguardia de la sexta división rechazó al enemigo en empeñado combate de las posiciones que ocupaba delante de Ardenay, pero en la localidad misma encontró una resistencia vigorosa. Luego que el general De Jouffroy se retiró de Saint-Calais hacia el Sur, el general Chanzy hizo avanzar la división París para cubrir la carretera de Saint-Calais al Mans. Esa división había tomado posiciones en Ardenay, ocupando á su derecha el castillo, y emplazando á su izquierda, en La Butte, cuatro piezas y dos ametralladoras. Los alemanes no pudieron oponerles más que dos piezas por falta de sitio en la carretera; al cabo de media hora redujeron al silencio á las ametralladoras, y luego continuaron sosteniendo con la mayor constancia la lucha desigual contra las cuatro piezas francesas. A las cuatro, cinco compañías de la décima segunda brigada se apoderaron del castillo de Ardenay, mientras otras franqueaban por la derecha el fondo del valle cubierto de prados y avanzaban por las zonas de bosque contra La Butte. Al anochecer, los franceses realizaron un ataque general á lo largo de la calzada; se frustró, y los brandemburgueses, sin responder al violento tiroteo del enemigo, se precipitaron, profiriendo hurras, sobre La

Butte y Ardenay. El adversario fué rechazado al valle de Narais, dejando numerosos prisioneros.

Por la izquierda, un destacamento de un batallón, dos escuadrones y dos piezas había escoltado á la sexta división durante su marcha.

Rechazó partidas de francotiradores, pero delante de La Belle-Inutile encontró una resistencia tenaz. Los hombres del regimiento núm. 24 se apoderaron de la posición enemiga, cogiendo más de cien prisioneros no heridos, un convoy de municiones y otro de víveres. El conde de Lynar, comandante del destacamento, puso la localidad en estado de defensa.

La quinta división no había encontrado resistencia ninguna; pero el estado de los caminos no le permitió avanzar sino á costa de los mayores esfuerzos. Hasta la tarde no alcanzaron sus columnas el riachuelo de Narais por Gué-de-l'Aune; quedaron acantonadas desde allí hasta Saint-Mars-de-Locquenay, mientras que su vanguardia continuó avanzando hasta La Buzardière. Así se encontraba á la cabeza de todo el segundo ejército. En su flanco izquierdo vió que el enemigo ocupaba á Parigné-l'Évêque.

El noveno cuerpo había marchado detrás del tercero hasta Bouloire.

Aún no habían llegado órdenes del Cuartel general á La Ferté-Bernard, cuando á las nueve el gran Duque puso en marcha el décimo tercer cuerpo por la carretera en dirección á Connerré. Poco después del medio día, la décima séptima división encontró en Sceaux al enemigo, y combatiendo al tiempo que avanzaba, lo rechazó fuera de las localidades situadas en la misma carretera y en sus inmediaciones. Los franceses, que en una larga marcha nocturna habían vuelto á Connerré, perdieron quinientos prisioneros en esas luchas sin importancia. Pero iba á acabar el día, tan corto entonces, y la vanguardia se detuvo en Duneau al anochecer. Un destacamento que continuó el avance encontró á Connerré ocupado por el enemigo, y en el valle del Due se veían numerosos fuegos de vivacs. El grueso de la infantería pernoctó en Sceaux y en los alrededores.

El destacamento de Rauch, habiendo recibido la orden de unirse á su cuerpo de ejército, ocupó Le Croset, se apoderó del puente del Due, situado delante del pueblo, y desalojó al enemigo de Thorigné.

Los franceses no se mantuvieron en Connerré más que hasta la tarde, dejaron allí algunas compañías y prosiguieron su retirada. Partiendo de la orilla izquierda del Huisne, tenían que pasar forzosamente por las localidades en que se hallaba acantonado ya el tercer cuerpo, de modo que éste se vió molestado toda la noche por destacamentos enemigos que corrían á la ventura, y que llegaron hasta Nuille, donde estaba el Cuartel general de una de las divisiones del cuerpo.

En la extrema ala derecha, la cuarta división de caballería avanzó

hasta Bellême, después que el batallón incorporado á ella rechazó al enemigo de esa localidad.

De modo que el centro del segundo ejército no estaba ya aquel día más que á quince kilómetros del Mans, mientras que las dos alas se encontraban mucho más lejos. Según todas las probabilidades, los franceses iban á aceptar la batalla detrás del Huisne en posiciones preparadas de antemano, y se pensó si no sería preferible esperar la llegada de los cuerpos décimo y décimo tercero; pero entonces se dejaba al enemigo más tiempo para fortificarse. Si, al contrario, se le atacaba enseguida, dos de sus divisiones, que habían sido dirigidas á Château-Renault y La Chartre, apenas podrían ya alcanzar el Mans, y las otras, rechazadas concéntricamente sobre esa ciudad, habrían llevado la peor parte en todas las acciones. En su vista, el príncipe Federico Carlos ordenó al tercer cuerpo atacar al enemigo más allá de Ardenay, mientras que el décimo se dirigía á Parigné y el décimo tercero á Saint-Mars-la-Bruyère; pero los dos cuerpos apenas podían llegar á esos puntos desde las localidades en que se habían detenido la víspera.

El 6 de Enero hemos visto al ejército francés reunido en el Mans tomar la ofensiva, al general De Jouffroy marchando contra Vendôme y al general De Curten contra Saint-Amand. El 7 los franceses se veían reducidos á permanecer á la defensiva, habiendo sido rechazados en todo su frente, de setenta y cinco kilómetros de longitud. En el ala izquierda, el general Rousseau había evacuado á Nogent-le-Rotrou, y después, sin ser perseguido, continuó batiéndose en retirada hasta Connerré en una marcha nocturna. En el centro, el general De Jouffroy perdió la cortadura del Braye. Desde Saint-Calais no se retiró hacia el Mans, sino que, marchando en dirección al Sur, fué á aproximarse al general Barry. En el ala derecha, el general De Curten se había esquivado marchando hacia Château-Renault, y sin ser perseguido, tomó la dirección de Château-du-Loir. Para que pudiesen obrar en combinación las tres divisiones de su ala derecha, el general Chanzy las subordinó al almirante Jauréguiberry; por la carretera desprovista de tropas á consecuencia de la retirada del general De Jouffroy hizo que avanzase la división París hacia Ardenay, y en el ala derecha reforzó al general Rousseau mandando tomar posiciones á tres divisiones á los dos lados del camino por el cual se retiraba. El general De Jouffroy debía volver á Parigné-l'Evêque, y para acogerlo, se envió una división á esa localidad y á Changé.

El día 9 el general De Curten consiguió detener en Chahaignes durante cierto tiempo el avance del ala izquierda alemana, pero la división París fué rechazada más allá de Ardenay; de esa suerte el general Rousseau

estuvo á punto de verse cercado en Connerré, y aquella misma tarde lo evacuó. Las dos divisiones del ala derecha se encontraban apostadas más atrás hasta Jupilles y Neuillé-Pont-Pierre.

Dada esta situación, el general Chanzy ordenó á la división Jouffroy avanzar el 10 hacia Parigné-l'Evêque, y á la división París dirigirse de nuevo hacia Ardenay. Envió las tres divisiones que le quedaban del décimo sexto cuerpo al encuentro del general Rousseau para que fuesen ocupados de nuevo Connerré y Thorigné.

Ambas partes estaban, pues, dispuestas á tomar la ofensiva, y de los movimientos ejecutados á este fin resultaron choques muy enérgicos, que, por lo que toca á los alemanes, tuvo que resistir el tercer cuerpo sin recibir el menor apoyo de los otros tres.

BATALLA DEL MANS

(10, 11 y 12 de Enero.)

10 de Enero.—Combates de Parigné y de Changé.—Como la configuración del terreno no permitía desplegar columnas profundas sin una pérdida de tiempo considerable, el general Albensleben dió á su frente mayor extensión é hizo avanzar sus tropas en destacamentos aislados; en el centro, la novena y undécima brigadas de infantería avanzaron de ese modo desde Gué-de-l'Aure y Ardenay sobre Changé. A la derecha, la duodécima se dirigía por la carretera contra el Mans; á la izquierda, después de saberse que el enemigo había evacuado á Parigné, la décima, dejando á la izquierda esa localidad, debía avanzar igualmente desde Volnay sobre Changé.

Aun cuando Parigné había sido abandonado por los franceses, una brigada de la división Deplanque volvió á ocuparlo al amanecer, y antes de que los alemanes se pusiesen en marcha, el enemigo atacó enérgicamente á sus guardias avanzadas, colocadas muy adelante hacia el bosque de Loudon. Hubo que desplegar poco á poco la mayor parte de la novena brigada entre el extremo del bosque y Blinières, pero no fué posible disponer en batería más que siete piezas frente á la numerosa artillería enemiga. El general Stüpnagel decidió reservar sus fuerzas en previsión de la lucha que necesitaría sostener en Changé y limitarse á entretener al ene-

migo hasta que entrase en línea por la izquierda la décima brigada. Pero esta última, retrasada á consecuencia del estado deplorable de los caminos, no llegó hasta el medio día por Challes; dos de sus baterías fueron á reforzar la línea de artillería alemana, la cual pudo preparar desde entonces eficazmente el ataque que iba á dirigir la infantería contra Parigné, situado en una eminencia. Media hora después los batallones, al grito de «¡Hurra Brandeburgo!», se lanzaron contra la localidad, apoderándose de una pieza abandonada y de dos ametralladoras, que tiraban aún. Los franceses intentaron recobrar la posición, pero fueron rechazados con pérdida de otra pieza, dos banderas y varios furgones. Quedaron prisioneros dos mil ciento cincuenta; los demás fueron á abrigarse en el bosque de Ruaudin.

Para observar esta localidad, el general Stüpnagel dejó dos batallones en Parigné, y marchó inmediatamente contra Changé en dos columnas.

Delante de este último punto, la undécima brigada había encontrado á las tres en el Gué-Perray una resistencia tenacísima de parte de la segunda brigada de la división Deplanque. En un combate muy reñido en Les Gars el segundo batallón del regimiento de infantería número 35 perdió nueve oficiales y más de cien hombres. El Jefe del cuerpo de ejército, que estaba presente, envió destacamentos á coger de flanco, por derecha é izquierda, la fuerte posición enemiga; por la izquierda, dos compañías consiguieron franquear la corriente por la Goudrière.

Allí encontraron á las cuatro la vanguardia de la cuarta brigada, que el coronel conde de Grœben llevaba de Parigné y que se había apoderado del castillo de Girardrie. Cuando las compañías de la undécima brigada destacadas á la derecha llegaron á Amigné, oyeron la señal de «¡Adelante todos!» Amigné fué tomado á paso de carga, se franqueó el puente del Norte de Gué-la-Hart, y tropas que venían del Sur ocuparon al mismo tiempo esta localidad después de una encarnizada lucha. Entonces el enemigo se decidió á batirse en retirada; se le hicieron más de mil prisioneros.

Era ya noche y no se había alcanzado el término propuesto, que era Changé. Llegóse, no obstante, y después de tomar una barricada á la entrada de la localidad, se encontró ocupada esta última por la décima brigada, la cual, siguiendo la carretera de Parigné, había encontrado resistencia en los castillos de Chef-Raison y de la Paillerie. Pusieronse en batería dos piezas, que no lograron hacer callar á la artillería enemiga; pero el general Stüpnagel, no dejando en observación más que un solo batallón, había acudido con una fracción de la brigada hacia Gué-la-Hart, á fin de sostener á las tropas que luchaban allí, mientras la otra marchaba contra el mismo Changé. Aquí una parte de las tropas francesas estaba

ya en sus alojamientos, pero volvieron á tomar las armas apresuradamente y opusieron una resistencia vigorosa á los alemanes. Empeñóse en las calles una lucha porfiada; al cabo de una hora, el enemigo, en número de ochocientos hombres, viéndose rechazado á la plaza del Mercado, tuvo que rendir las armas.

La duodécima brigada no salió de Ardenay hasta las once; llegó por la carretera, sin encontrar resistencia, hasta Saint-Hubert, donde se apoderó de un convoy de víveres abandonado. Hallándose á la altura de las otras brigadas del tercer cuerpo, se detuvo por el pronto; pero á la una empezó á cañonearla la artillería francesa, y la infantería enemiga avanzó varias veces sobre la carretera; entonces el general Buddenbrock procedió al ataque, rechazando al enemigo de Champagné, en parte al otro lado del Huisne, y en parte á las alturas situadas detrás de aquella localidad. También en Lune-d'Auvours pudo rechazar la infantería á los franceses, gracias á la ventaja con que sostuvieron la lucha en ese punto dos piezas contra la artillería enemiga.

Más á la derecha, un batallón, después de un empeño poco importante, se había apoderado de Saint-Mars-la-Bruyère, donde se le unió el destacamento del conde de Lynar.

El tercer cuerpo perdió en esos combates afortunados, dirigidos con gran habilidad, cuatrocientos cincuenta hombres, pero cogió más de cinco mil prisioneros y conquistó trofeos honrosos.

El décimo cuerpo había partido aquel día de Vancé y de Brives; aunque no se vió detenido por el enemigo, los caminos eran tan malos que hasta las tres no llegó á Grand-Lucé, donde se alojó.

El noveno cuerpo había quedado en Neuillé.

En cuanto al décimo tercero, la décima séptima división continuó su marcha por la orilla izquierda del Huisne, y cuando llegó á Connerré, ya no estaba allí el enemigo. En cambio se supo que en la orilla opuesta la tercera división del décimo sexto cuerpo francés había ocupado las alturas de Cohernières, la estación y el bosque que se extiende al Norte de ésta. El general Rauch avanzó por el Sur contra esa posición con dos batallones, mientras que la vigésima segunda división, habiendo cruzado el Huisne por Sceaux y siguiendo la orilla opuesta en la dirección de Beillé, la abordaba por el Este. Los franceses opusieron la resistencia más empeñada, y la lucha se prolongó con suerte diversa hasta el anochecer. Tomóse el castillo de Couléon y diversas localidades sitas al pie de la altura arbolada; pero en la altura misma y en Cohernières los franceses conservaban sus posiciones.

Durante este tiempo, la décima séptima división había seguido mar-

chando por la calzada, tersa con la helada como un espejo; llegó á La Belle-Inutile, al paso que la vigésima segunda se acantonó en Beillé.

Una fracción de flanco de esta última marchó hacia Bonnétable, donde se dirigió la cuarta división de caballería. La décima tercera brigada de caballería siguió hasta Bellême. Después el coronel Beckedorff continuó avanzando hasta Chanteloup, de donde desalojó al enemigo, á pesar de una resistencia vivísima.

El general Chanzy había decidido aceptar la batalla delante del Mans. Aún no se le había unido la división Curten, ni había llegado más que en parte la división Barry; pero acababa de recibir un refuerzo de diez mil hombres del campamento de Conlie. Por el ala derecha, la posición francesa se apoyaba en el Sarthe por Arnaye, seguía en una extensión de siete kilómetros y medio el *chemin aux Bœufs*, y después, describiendo una línea curva, alcanzaba el Huisne. La división Barry, debilitada por los reveses que había sufrido, y los guardias nacionales mal armados del general Lalande, que no habían recibido más que una instrucción militar muy imperfecta, estaban en el ala derecha, que era la menos amenazada, mientras que en el centro y en el ala izquierda se encontraban las divisiones Deplanque y Roquebrune, la brigada Desmaisons y la división Jouffroy, esta última directamente enfrente del general Albensleben. Detrás de esta línea formaban la reserva la división Bouëdec y la subdivisión del coronel Marty.

En total, una masa de cincuenta á sesenta mil hombres, bajo las órdenes del almirante Jauréguiberry, ocupaba sin vacío ninguno, todo el frente entre las dos corrientes de agua, cuyos puntos más importantes habían sido atrincherados. Otras cinco divisiones, á las órdenes del general De Colomb, hallábanse repartidas en la orilla derecha del Huisne hasta la distancia de quince kilómetros; eran, la división París en Yvré; la división Gougeard, que ocupaba juntamente las alturas de Auvours en la orilla opuesta, al Norte de Champagné; después la división Rousseau en Montfort y en Pont-de-Gesnes; finalmente, la división Collin en Lombron. La quinta, la división Villeneuve, se encontraba en el flanco, frente á Chanteloup.

11 de Enero.—De parte de los alemanes, el tercer cuerpo se encontraba opuesto directamente á la masa principal del enemigo. Por el pronto no podía contar con el apoyo de los cuerpos que formaban las alas y debía prepararse á una de las más serias luchas.

A la izquierda, el décimo cuerpo se hallaba aún en Grand-Lucé el 11 por la mañana, y á la derecha el décimo tercero se había visto detenido la víspera por la resistencia tenaz de los franceses. Estos se habían mantenido entre Les Cohernières y La Chapelle, y delante de su frente ocupaban Le Chêne.

Los cuerpos de tropa de la vigésima segunda división se habían confundido en el curso de los combates sostenidos en los bosques; fué preciso empezar por reformarlos; después los dos Generales de división reconocieron la posición enemiga; por último, á las once se procedió á un nuevo ataque.

La décima séptima división había dejado dos batallones y una batería en la orilla Sur del Huisne para observar á Pont-de-Gesnes; en la orilla Norte los batallones mecklemburgueses se apoderaron de Cohernières hacia la tarde, después de un combate empeñadísimo, y á las cuatro avanzaron de concierto con los hesseses en dirección Oeste hasta el riachuelo del Gué y hacia Lombron.

Entre tanto, dos compañías del regimiento núm. 90 de la vigésima segunda división tomaron Le Chêne, á pesar de la tenaz resistencia que opuso el enemigo al vigoroso ataque. El núm. 83 se había apoderado á paso de carga de las granjas de Flouret y de la Grande-Métairie, después de un combate á fuego muy vivo. El coronel Beckedorff, una vez relevado en Chanteloup por la cuarta división de caballería, rechazó al enemigo de Saint-Célerin, y, dirigiéndose á La Chapelle-Saint-Remy, uniése al ala derecha de la vigésima segunda división, que se estableció en extensos acantonamientos detrás de los puntos conquistados.

Los granaderos mecklemburgueses se habían mantenido durante bastante tiempo en el Gué y en La Brosse contra el enemigo superior en número, que los atacaba por Pont-de-Gesnes; pero el grueso de la décima séptima división recibió hacia la tarde la orden de retroceder á Connerré.

El general Albensleben, viéndose reducido á sus solas fuerzas, comprendió la necesidad de tenerlas estrechamente concentradas.

Ahora bien: el enemigo contaba con fuerzas superiores en la altura de Auvours, en el flanco y casi á espaldas del tercer cuerpo; sólo lo retenía allí la duodécima brigada, que por el momento no podía unirse al grueso del cuerpo.

Y allí fué precisamente donde primero se empeñó la lucha. Los franceses habían vuelto á ocupar á Champagné y dispuesto en batería su artillería sobre las alturas que existen detrás de la localidad. Cuatro piezas de la duodécima brigada le obligaron á amortiguar su fuego, y dos batallones procedieron al ataque de la aldea. Empeñóse una violenta lucha en

las calles, y hasta las once no se pudo rechazar al enemigo sobre las alturas y ocupar el puente del Huisne.

El general Buddenbrock dejó en observación esos dos batallones, otro quedó en Lune-d'Auvours, y con el resto de la brigada se puso en marcha al medio día para unirse al tercer cuerpo.

En el ínterin, la lucha había arreciado con tal intensidad en el frente de éste, que al medio día el príncipe Federico Carlos envió desde Saint-Hubert al general Voigts-Rhetz la orden de marchar con el décimo cuerpo al campo de batalla por el camino más corto. Al mismo tiempo, mandóse al general Manstein tomar la altura de Auvours con el noveno cuerpo.

Era ya la una cuando la vanguardia de este último cuerpo subió el hondo paso cubierto de nieve; siguiéronla los dos batallones de la décima segunda brigada, y al precio de los mayores esfuerzos pudieron llevar dos baterías. Pasando por delante del bosque que el enemigo ocupaba fuertemente, la infantería se precipitó derecha sobre Villiers; los tiradores del tercer batallón del regimiento núm. 11 tomaron tres ametralladoras que disparaban aún y se dirigieron al bosque luego que los franceses evacuaron el pueblo.

Más á la izquierda, dos batallones del octogésimo quinto, destacados del grueso de la décima octava división, habían marchado á las tres sobre la parte occidental de la eminencia; estaban sostenidos por los cazadores y dos baterías que se situaron en Les Hêtres. Para proteger á la artillería, dos compañías se dirigieron á La Lune é impidieron momentáneamente al enemigo que avanzase por la carretera. Sin embargo, las baterías francesas, establecidas en una posición dominante detrás de Yvré, rompieron un fuego nutrido contra esas diversas tropas en movimiento. Pero los holsteineses se lanzaron á la izquierda contra una batería enemiga, quitándole tres piezas, y por la derecha se apoderaron de las granjas más próximas. A las cinco, los franceses habían evacuado la meseta, á excepción del extremo linde occidental.

Pero por ese linde intentaron aquella tarde misma un vigoroso movimiento ofensivo, subiendo la pendiente por Yvré una fracción de la división Gougéard. No pudieron recuperar el terreno perdido, pero se mantuvieron en aquel punto durante toda la noche. A pesar de ello, la lucha sostenida allí por la décima octava división sirvió para que el tercer cuerpo no se viese molestado por el flanco ni por la espalda. La división recibió aquella misma tarde la orden de asegurar para el día siguiente el paso del Huisne. Tres batallones y una batería se dirigieron inmediatamente á la orilla Norte y desalojaron del puente á las tropas enemigas allí apostadas. La división había perdido doscientos setenta y cinco hombres.

El general Albensleben, para que pudiese unírsele la décima segunda brigada, esperó hasta las once antes de mandar empezar su movimiento de avance el tercer cuerpo.

Durante la noche, los franceses completaron sus atrincheramientos en la margen del bosque donde se habían apostado; establecieron además numerosas baterías en la orilla dominante del Huisne. El ataque de frente tenía que costar mucha gente, y, por otra parte, era imposible envolver esa línea tan extensa. Así, el general Albensleben resolvió no atacar primero más que el ala izquierda enemiga. Designó á este fin la décima primera brigada. La décima y la novena debían permanecer de reserva entre tanto en Changé y en Gué-la-Hart. Aunque la décima segunda, que había quedado disponible delante del monte Auvours, estaba en marcha para unírsele, tuvo que seguir caminos desviados, porque las baterías francesas establecidas en la altura barrían la carretera en toda su longitud.

La décima primera brigada, fuerte apenas de tres mil hombres, avanzó á lo largo del Gué-Perray, rodeando el extremo Norte del bosque. A fin de cubrir la marcha por delante de las baterías que la amenazaban desde la altura, el regimiento de infantería núm. 35 tuvo que hacer frente en el arroyo, y ocupó además el castillo de Les Arches. El núm. 20 trató de seguir el *chemin aux Bœufs*, y dejando destacamentos para ocupar el castillo de Les Noyers y el puente próximo del Huisne, rechazó al enemigo sobre Les Granges en una lucha encarnizada. Pero este último no tardó en mandar delante tal número de fuerzas que hubo que hacer entrar en línea toda la brigada. El enemigo volvió á ocupar Les Granges varias veces; otras tantas se recuperaron, y, sufriendo graves pérdidas, en oficiales sobre todo, los brandemburgueses continuaban la lucha en ese punto con gran tenacidad.

Entre tanto la décima brigada se presentó por la izquierda. Había salido á la una de Changé. A las dos, el regimiento 52, después de haber luchado una hora y perdido mucha gente, se apoderó de la aldea del Pavillon, de la colina con árboles que la precede, y de la quinta del Grand-Auneau. Rechazadas algunas fuertes columnas enemigas que avanzaban desde Pontlieu, dos baterías llegaron, á pesar del fuego de los Chassepots, hasta ochocientos pasos del Tertre; mas aun con esto, el regimiento número 12 no logró entrar en esta aldea hasta que llegaron de Changé dos batallones de la novena brigada, llamados en su socorro.

De acuerdo con los granaderos del octavo (regimiento del Rey) se tomó á las cinco á paso de carga esta granja, por la que se estaba peleando hacía tanto tiempo.

Había sido necesario retirar al regimiento núm. 52, que había consu-

mido sus municiones por completo; pero los batallones de granaderos seguían avanzando en dirección al camino de los Bœufs: los franceses habían perdido en un sangriento encuentro los dos cañones con que rompieron el fuego, siendo rechazados cuantas veces intentaron recuperarlos, y una batería enemiga que quiso emplazarse al Oeste del bosque tuvo que desistir de ello por el vivo fuego que se la hizo.

Cuando para reforzar al vigésimo regimiento tuvo que abandonar el trigésimo quinto el arroyo de Gué-Perray, los franceses ocuparon nuevamente los Arches, adonde había llegado desde Auvours al medio día la duodécima brigada que sólo constaba de tres batallones. Tras un combate de escasa duración, el sexagésimo cuarto recuperó el fuerte. Era tan vivo el fuego de cañón y de fusilería que el enemigo hacía desde las alturas del otro lado del río, que no pudo emplazarse la artillería, costándoles infinito trabajo á los artilleros, ya muy diezmados, retirar sus piezas. En cambio fueron enérgicamente rechazados cuantos ataques dirigieron los franceses desde Yvré contra el fuerte.

Era noche cerrada, y sólo la artillería continuaba tirando. El tercer cuerpo había cogido trescientos prisioneros, perdiendo por su parte quinientos hombres. Había penetrado como una cuña hasta el centro de la posición francesa, y sus avanzadas se tocaban con el enemigo. En aquel momento le llegaba, aunque tardío, un poderoso socorro.

El décimo cuerpo se había puesto en marcha aquella mañana muy temprano en dirección al Oeste para entrar en el camino real de Tours al Mans. La helada que cubría los caminos retrasó otra vez su marcha, no llegando á Téloche hasta la tarde.

El fuego de cañón que se oía al Norte indicaba bien á las claras que el general Albensleben había empeñado serio combate. Es verdad que á medio día el general Voigts-Rhetz había recibido la orden despachada desde Saint-Hubert por el general en Jefe; pero creyó, con razón, que su socorro sería más eficaz presentándose, no sobre el campo de batalla en que combatía el tercer cuerpo, sino sobre el flanco enemigo; y así continuó su marcha sin la menor dilación, á pesar del gran cansancio de sus tropas que no habían podido tomar el rancho en el camino.

A fin de poner su marcha á cubierto de la división de Curten que se esperaba ver aparecer por Château-du-Loir, destacó un batallón á Écomoy. El fuego de fusilería que desde todas las casas le hicieron, y el verse acosado por todas partes, obligó á aquella fuerza á abandonar el pueblo, aunque manteniéndose en el camino que conducía á la retaguardia del décimo cuerpo.

La cabeza de columna de la vigésima división se aseguró de que Mul-

Mulsanne no estaba fuertemente ocupado, y rechazó á los destacamentos enemigos al lado allá de la cortadura de la Monnerie.

El terreno que tenía que recorrer el décimo cuerpo era muy ventajoso para el enemigo, porque los tiradores encontraban excelentes puestos detrás de los fosos y de los montones de tierra, y las quintas y las heredades pobladas de árboles ofrecían fuertes puntos de apoyo al defensor. Al principio, sólo se pudieron emplazar ocho piezas frente á la artillería francesa; mas á pesar de todo, cuatro batallones de Westphalia y de Brunswick rechazaron sin detenerse á los franceses, y al anochecer llegaron al Point-du-Jour, no deteniéndose hasta el camino de los Bœufs, delante de Mortes-Aures, donde varias líneas superpuestas de trincheras-abrigos permitían al enemigo barrer todo el terreno con sus nutridos fuegos.

El combate permaneció indeciso durante algún tiempo; pero pronto el ala izquierda de los alemanes logró ventaja. El primer batallón del décimo séptimo regimiento se lanzó sobre el enemigo, que ciertamente rompió el fuego contra él casi á boca de jarro; pero que enseguida retrocedió, ocultándose en el bosque, y cuando oyó en Point-du-Jour el toque de carga de los tambores del primer batallón del quincuagésimo sexto, recogió sus ametralladoras y abandonó á Mortes-Aures.

El General que mandaba el cuerpo de ejército había dado orden á este batallón de terminar el combate cargando á la bayoneta sobre el enemigo. El capitán Monbart le hizo avanzar en compactas filas y á paso de carga. Los pelotones de tropas más próximas se le unieron, y á pesar del vivísimo fuego que desde el bosque se le hacía, llegaron á la Tuilerie á las ocho y media. Allí se desplegó la brigada cuadragésima, mientras que la trigésima séptima, dispuesta á apoyarla, tomaba posiciones delante de Mulsanne. En medio de la oscuridad, el enemigo desapareció, oyéndose el continuo rodar de los carruajes, el ruido de los trenes que se alejaban, gritos y llamadas, indicios de que se batía en retirada. Pero los destacamentos alemanes, que continuamente traían nuevos prisioneros, declaraban unánimes que todavía quedaban considerables fuerzas francesas en el bosque, donde se veía el resplandor de numerosos vivacs. Por esta causa, en vez de descansar, las tropas tuvieron que hallarse prontas á rechazar nuevos ataques. En efecto, á las diez y media las avanzadas avisaron que nutridas columnas enemigas venían marchando por Pontlieu.

Hasta entonces sólo se había luchado con los guardias nacionales del general Lalande, tropa de escasa resistencia; mas ahora el Almirante ponía en marcha contra la Tuilerie á la división Bouëdec, y daba al general Roquebrune orden de apoyarla.

Durante más de una hora una granizada de proyectiles cayó por el

frente y por el flanco sobre los batallones alemanes de la primera línea; pero el enemigo no intentó un ataque formal. Según los partes franceses, los oficiales se esforzaban en vano en hacer avanzar á sus tropas, que retrocedían y se desbandaban. Más tarde, los guardias móviles tomaron la ofensiva nuevamente, con el mismo resultado negativo.

Pero todavía no había llegado para las tropas el momento de descansar. A las dos de la mañana un nuevo estrépito anunciaba que se libraba combate en la derecha. Eran los flanqueadores de la brigada cuadragésima, que habían ido á caer sobre la división Deplanque. Para estar pronto á toda ocurrencia, este destacamento había avanzado por el camino de Ruaudin á Pontlieu, y sin contestar al fuego enemigo, se había arrojado sobre el destacamento francés establecido en Épinettes, donde se mantuvo, encontrándose así alojado enfrente del camino de los Bœufs.

12 de Enero.—El Estado Mayor alemán sólo podía contar con los cuerpos tercero y décimo para sostener el combate que aquel día tenía que empeñar delante del Mans. De los otros dos no podía esperarse más que el apoyo muy indirecto de entretener alguna parte de las fuerzas enemigas.

Por lo que hace al décimo tercer cuerpo, la décima séptima división tenía que dirigirse por Lombron sobre Saint-Corneille sin trabar combate con el enemigo, apostado á lo largo del Huisne; la vigésima segunda debía avanzar desde la Chapelle hasta Parigné. Situáronse algunos cortos destacamentos sobre el arroyo del Gué, y una parte de la artillería se quedó en Connerré con la décima séptima brigada de caballería.

Al avanzar, se halló abandonado por los franceses Lombron y lo mismo Pont-de-Gesnes y Monfort, indicando las armas y los efectos de equipo arrojados por el camino cuán precipitada había sido su marcha. Recogieronse numerosos rezagados, y sólo al medio día, en el arroyo de Merdeveau, halló resistencia la décima séptima división. Un ataque envolvente la hizo dueña á las cuatro del fuerte de Hyre y Saint-Corneille, donde se hicieron quinientos prisioneros. Nuevamente fué rechazado el enemigo detrás del arroyo de Parance, donde la vanguardia hizo alto al anocheecer.

En la vigésima segunda división, el destacamento del coronel Beckedorff había avanzado desde Sillé por Chanteloup, rechazando al enemigo sobre la Croix, donde numerosas fuerzas enemigas le hicieron frente. Detuvo el coronel la marcha algunos instantes, hasta que llegado el grueso de la división, emprendió inmediatamente el ataque. Columnas enteras de

franceses rendían las armas, quedando prisioneros tres mil hombres con muchos oficiales.

La caballería trató de avanzar por la otra orilla del Sarthe para destruir la vía férrea, pero en vano. El décimo noveno cuerpo quedó encargado de ocupar por completo las alturas de Auvours; en Villiers se desplegó la brigada trigésima quinta; hizose avanzar á las patrullas, y pronto se supo por ellas que los franceses se habían retirado del lado allá del Huisne.

Cuando á medio día se oyó el ruido de la lucha que sostenía en Saint-Corneille la décima séptima división, se mandó á la brigada que marchase hacia el Norte á socorrerla. El regimiento núm. 84, adelantándose por la Commune, prestó eficaz apoyo á las tropas que atacaban el fuerte de Hyre. Llegada la noche, se establecieron las avanzadas sobre el arroyo de Parance, y el grueso de la brigada trigésima quinta volvió á Fatines, y la trigésima sexta se acantonó entre Villiers y Saint-Mars-la-Bruyère.

A consecuencia de los encuentros de la víspera, el centro de la posición francesa delante del Mans se hallaba quebrantado; pero el enemigo se sostenía aún detrás del Huisne, y como el ala izquierda había sido rechazada sobre el centro, éste se hallaba considerablemente reforzado. Los alemanes tenían aún que atravesar el río y trepar por la orilla elevada del valle, donde los setos de las viñas, escalonados en forma de terrazas, estaban ocupados por gruesas líneas de tiradores, y en cuya cima se observaban numerosas baterías. En la izquierda, el punto de paso por Yvré estaba cuidadosamente cubierto de trincheras, y delante del frente el enemigo había hecho impracticable, al menos en parte, el bosque de Pont-lieue, por medio de estacadas hechas con troncos.

Contra semejante posición, el efecto de la artillería tenía que ser muy débil; la caballería no podía absolutamente maniobrar, y una densa nevada detenía los movimientos de la infantería.

Por consecuencia, el general Albensleben determinó que el ala derecha permaneciese por el momento á la defensiva, y que la izquierda sostuviese el avance del general Voigts-Rhetz.

A las seis de la mañana tuvieron ya las tropas que tomar las armas, tras breve descanso. Dos compañías francesas cargadas de sacos de pólvora avanzaron sobre el puente del fuerte de Noyers, pero tuvieron que retroceder abandonando las municiones. A las ocho los franceses emprendieron serio ataque contra las avanzadas del duodécimo regimiento, y las hicieron retirarse sobre el Tertre. Por segunda vez se trabó encarnizado combate en derredor de esta granja que quedó enteramente acribillada por los proyectiles. Uno tras otro, hubo que lanzar sobre este punto hasta los

últimos batallones de la décima brigada, para que pudiesen colocarse detrás otras fracciones de tropas que habían consumido casi por completo sus municiones. Sólo cuatro piezas pudieron romper el fuego; pero á las once, el del enemigo fué debilitándose poco á poco, y se vió que se batía en retirada sobre Pontlieue. En esta dirección le siguieron los batallones del ala izquierda, que se encontraron en el camino de Parigné en comunicación directa con el décimo cuerpo.

Para cubrir á sus fuerzas por la parte de Écomoy, había dejado el general Voigts-Rhetz dos batallones en Mulsanne, viéndose además precisado á destacar algunas otras tropas. A las siete y media concentró todas las disponibles de su cuerpo, para avanzar sobre Pontlieue. Por el camino de Mulsanne, marchó hacia la Tuilerie en columna cerrada el grueso de la vigésima división. Tres batallones de la décima novena se reunieron en Ruaudin y en el camino de Parigné para reforzar á los flanqueadores en Épinettes, y dos batallones avanzaron con la brigada décima cuarta de caballería y con la artillería del cuerpo que no podía emplearse en el terreno que se extendía más á la izquierda.

Entre tanto habían llegado refuerzos de Ruaudin, y el general Woyna avanzó por el bosque sin hallar resistencia hasta Source, donde hizo alto á la una, á la altura de la vigésima división.

Ya había ésta desalojado á las ametralladoras colocadas en posición delante de Pontlieue, haciendo romper el fuego á una batería de grueso calibre. A la derecha, una batería ligera de la décima novena división se situó en Source, y diez piezas de artillería á caballo tomaron posición hasta el camino de Parigné. La atmósfera ofrecía tan poca claridad que para regular los tiros hubo que apelar al mapa.

A las dos, el general Kraatz avanzó en columna cerrada contra Pontlieue hacia donde también se había puesto en marcha el general Woyna.

Después de un combate ligero se ganó el extremo del Sur; pero al otro lado del Huisne los franceses ocupaban las casas situadas á lo largo del río, y cuando los alemanes se acercaban al puente, le volaron. No quedó sin embargo tan destruido que los batallones de la cabeza no pudiesen pasar el río sobre las ruinas, entrando en el lugar detrás del enemigo. Dos de ellos avanzaron por la calle principal, y otro torció á la izquierda hacia la estación, donde se oía el silbido de los trenes que partían. También allí había un puente que no se había podido impedir que hiciese volar el enemigo. A pesar de esto, hiciéronse numerosos prisioneros, y se cogieron ciento cincuenta vagones de víveres y mil quintales de harina.

La artillería rompió entonces el fuego sobre la ciudad del Mans.

Entre tanto se había encontrado á las fracciones del tercer cuerpo, que

durante la lucha empeñada en el bosque se habían confundido. Repartióse á las tropas una ración de carne, que hacía tres días no probaban, y la décima sexta brigada se puso nuevamente en marcha. El batallón de cazadores brandemburgueses atravesó el río cerca de la fábrica de papel del Epau, y dos baterías fueron á establecerse á Château-Funay para reforzar la línea de artillería que había roto el fuego sobre el Mans.

Cuando la infantería entró en la ciudad, se trabó confuso combate por las calles, obstruidas por los convoyes del ejército francés, y hubo que forzar á cañonazos la entrada de algunas casas. Hízose gran número de prisioneros, y se cogieron multitud de carruajes. El combate se prolongó hasta la noche. El décimo cuerpo y la mitad del tercero se acantonaron en la ciudad de modo que al primer aviso pudieran formarse. La sexta división ocupó á Yvré, desalojada por el enemigo, y las avanzadas se situaron en Noyers y en Arches al otro lado del Huisne.

Los combates que los franceses habían sostenido aquel día, no habían tenido otro objeto que dar tiempo á la retirada de su ejército.

Habiendo avisado el almirante Jauréguiberry al general Chanzy que cuantas tentativas había hecho para hacer avanzar sus tropas habían fracasado, y que sus últimas reservas estaban destrozadas, el segundo ordenó á las ocho de la mañana que se emprendiese la retirada. Esta debía dirigirse hacia Alençon, donde el Ministro había prometido enviar de Carentan dos divisiones del décimo noveno cuerpo.

La marcha del segundo ejército sobre el Mans había durado siete días, y no había sido sino una serie continua de combates. Hízose en época en que las tropas tenían que sufrir todos los rigores del invierno. La escarcha y las ventiscas de nieve hacían aún más difíciles todos los movimientos; era imposible hacer vivaquear á las tropas, y para acantonarlas, era preciso muchas veces hacer retroceder diez, quince kilómetros, que á la mañana volvían á adelantar. Transcurrían horas antes que aquéllas se reunieran al día siguiente por la mañana, y los días eran tan cortos, que casi no se podían aprovechar los resultados obtenidos en los combates de la víspera. La custodia de los prisioneros ocupaba batallones enteros. El estado de los caminos era tal, que el tren de equipajes no había podido seguir al ejército, y los oficiales y soldados estaban mal vestidos y peor alimentados; pero á fuerza de buena voluntad y perseverancia, y gracias á la disciplina, se vencieron todas las dificultades.

En estos continuos combates el ejército perdió tres mil doscientos soldados y doscientos oficiales, en cuyas bajas figura sólo el tercer cuerpo por más de la mitad de aquella cifra total. Muchas compañías iban mandadas por sargentos primeros.

Los franceses confiesan haber perdido seis mil doscientos hombres; sin embargo, en el número de los trofeos conquistados por los alemanes, figuran veinte mil prisioneros, diecisiete cañones, dos banderas y un material de guerra considerable. Después de los esfuerzos inauditos que habían hecho las tropas necesitaban algún descanso.

Las disposiciones del gran Cuartel general prescribían que no se extendiesen las operaciones más allá de cierta medida, y además era posible que muy pronto se necesitase el segundo ejército sobre el Sena y sobre el Loire. Por consiguiente, el príncipe Federico Carlos resolvió no enviar tras el enemigo que se retiraba sino destacamentos de poca fuerza.

Para que pudiera señalarse á cada uno de los cuerpos franceses una ruta diferente, que cooperase á la retirada sobre Alençon, se necesitaba que dos de ellos marchasen primero en dirección al Oeste. Ya la noche del último día de batalla, los cuerpos décimo sexto y décimo séptimo se pusieron en marcha protegidos por sus retaguardias; el primero, para llegar á Chauffour, en el camino de Laval, y el segundo para entrar en Conlie en el de Mayenne. El décimo noveno, que quedó en la orilla izquierda del Sarthe, se rehizo en Ballon. Desde estos tres puntos pretendían batirse en retirada hacia el Norte. El general Chanzy confiaba poder acudir al socorro de la capital sitiada, pasando por Evreux; pero para ello hubiera tenido que describir un inmenso arco de círculo, en cuya cuerda los alemanes se le hubieran fácilmente adelantado, y en el estado en que sus tropas se encontraban, hubieran sido completamente destruidas, puesto que entonces combatían en un terreno en que los tres ejércitos hubieran producido completo efecto. Además, el ejército batido en el Mans se veía ya rechazado desde el Sarthe hacia el Oeste.

El 13 á medio día, después de repartir á las tropas víveres y forrajes, el general Schmitd se puso en marcha con cuatro batallones, once escuadrones y diez piezas, y después de haber sostenido un combate poco importante, llegó á Chauffour. El cuerpo décimo tercero se dirigió al Sarthe, en cuya orilla opuesta, en Neuville, había situado sus avanzadas la décima séptima división, y la vigésima segunda desalojó al enemigo de Ballon, desde donde retrocedió sobre Beaumont, en completo desorden. Aquel día se había acantonado en Sillé el cuerpo décimo sexto. Los guardias nacionales bretones, amedrentados, huyeron á la desbandada á Evron, y luego regresaron á sus tierras. Las tropas que habían permanecido en el campo de Conlie, se reunieron con ellos después de haberle saqueado. El cuerpo décimo séptimo salió también de allí sin detenerse sobre el Vègre, como se le había ordenado, y retrocedió en dirección á Sainte-Suzanne. El décimo sexto marchó hacia Laval, dejando á la división

Barry como retaguardia en Chassillé. Los carros que en gran número se veían abandonados y las armas esparcidas por los caminos, manifestaban el estado en que se hallaba el ejército que acababa de ser derrotado en el Mans.

El 14, los franceses fueron desalojados de Chassillé. En el cuerpo décimo sexto el desorden era igualmente completo, y aquella noche fué recojiéndose hasta Saint-Jean-sur-Erve.

Los alemanes encontraron todavía en el campo de Conlie ocho mil fusiles, cinco millones de cartuchos y otro botín.

En la orilla derecha del Sarthe, el gran Duque había ido caminando hacia Alençon. En Beaumont los franceses sólo opusieron débil resistencia á la vanguardia de la vigésima segunda división: se les cogieron mil cuatrocientos prisioneros.

Cuando al día siguiente el general Schmidt siguió avanzando por el camino de Laval, encontró al enemigo desplegado en Saint-Jean, y con numerosa artillería emplazada en las alturas detrás del Erve. Los batallones oldenburgueses lograron sí, penetrar hasta la iglesia del lugar, y los de Brunswick rechazar más río arriba al enemigo de Sainte-Suzanne; pero no pudo irse más lejos.

Al decir de los franceses, las divisiones Deplanque y Barry no contaban más de seis mil hombres en estado de combatir, y la división de Curtten todavía no los había alcanzado; mas no por eso dejaban de ser muy superiores en número á la corta subdivisión que tenían enfrente. El resto del cuerpo noveno acababa de ponerse en marcha para ir en su socorro; pero todavía no había pasado de Chassillé.

Un batallón que se adelantó hasta delante de Conlie se vió empeñado en Sillé en un combate con todo el cuerpo vigésimo primero francés que allí estaba reunido, y perdió mucha gente. En cuanto al cuerpo décimo tercero, la vigésima segunda división encontró hasta delante de Alençon enérgica resistencia por parte de los cuerpos francos y de los guardias nacionales mandados por Lipowski, y tuvo que dejar para el día siguiente el ataque de la ciudad.

Pero aquel día se supo que los franceses habían evacuado las posiciones en que se habían establecido en Alençon, Sillé y Saint-Jean. Todas ellas fueron ocupadas por los alemanes, y el general Schmidt avanzó hasta muy cerca de Laval, recogiendo gran número de rezagados.

Detrás del río de Mayenne, á donde había llegado la división de Curtten, pudieron rehacerse los restos del segundo ejército del Loire; pero reducido á la mitad de su primer efectivo, y con las tropas profundamente desmoralizadas, le era imposible maniobrar en mucho tiempo, y el ob-

jeto que el segundo ejército se propuso al marchar sobre el Mans, estaba completamente conseguido.

Al Norte de París aguardaban á los alemanes nuevos ataques. Hubo que hacer volver al Somme las fracciones del primer ejército que todavía se encontraban en el Sena inferior, y el gran Cuartel general dió orden al segundo ejército de hacer marchar al cuerpo décimo tercero sobre Rouen.

En la parte alta del Loire habían avanzado igualmente tropas francesas contra los destacamentos de Hesse apostados en Briare, siendo rechazadas el día 14 sobre Ouzouer, y desde Sologne avisaban que un cuerpo nuevamente formado, el vigésimo quinto, venía avanzando.

En consecuencia, el noveno cuerpo, después de destruir el campamento de Conlie, del que se habían retirado previamente todas las provisiones, se puso en marcha sobre Orleans. El príncipe Federico Carlos concentró alrededor del Mans los restos del segundo ejército, es decir, los cuerpos tercero y décimo y tres divisiones de caballería, con un total de veintisiete mil hombres de infantería, nueve mil caballos y ciento ochenta y seis piezas de artillería. La caballería, que observaba al enemigo sobre el frente y sobre los flancos del ejército, tuvo que sostener numerosos encuentros de poca importancia; pero ya no se acometió empresa alguna de interés.

En el ala derecha, la cuarta división de caballería ocupó á Alençon, y en la izquierda, el general Hartmann entró en Tours sin encontrar resistencia.

SUCESOS EN EL NORTE DE PARÍS DURANTE EL MES DE ENERO

En los primeros días del año, una parte considerable del primer ejército estaba ocupada en el ataque de Péronne, que constituía para el enemigo un punto de paso seguro que le permitía desembarcar sobre la orilla Sur del Somme.

El general Barnekow había atacado aquella reducida plaza con la tercera división de reserva y la trigésima primera brigada. Hasta entonces se habían limitado á hacerla observar por la caballería; pero en aquel momento tenía gran importancia á causa de su situación. Todas las fuer-

zas disponibles del octavo cuerpo estaban apostadas sobre un extenso arco de círculo, desde Amiens hasta más allá de Bapaume, al Norte de la plaza, á fin de cubrir las líneas de ataque.

El primer cuerpo que había llegado á Rouen sólo constaba de tres brigadas; la cuarta estaba en camino para reunirse con él, después de haber sido relevado delante de Péronne.

El primer ejército no había sido reforzado. La décima cuarta división, después de haber conquistado á Mezières y tomado luego á Rocroy, acababa de recibir del gran Cuartel general una nueva misión que le llamaba á otro teatro de operaciones.

El general Faidherbe había reunido detrás del Scarpe tropas que se habían rehecho en sus cantones al Sur de Arras, y el 2 de Enero las había hecho avanzar, mientras él, con el vigésimo segundo cuerpo, se adelantó por Bucquoy para hacer levantar el bloqueo de Péronne. El vigésimo tercero seguía su movimiento por el camino real de Bapaume. La división Derroja, perteneciente al primero de estos cuerpos, obligó á las diez y media á la tercera división de caballería y á los batallones de la brigada trigésima segunda que se la habían adscrito á retroceder hasta Miraumont; pero sólo los siguió hasta Achiet-le-Petit.

La otra división del cuerpo vigésimo segundo, la del general Bessol, no había avanzado hasta por la tarde sobre Achiet-le-Grand. Allí, dos compañías del regimiento núm. 68 de infantería, un pelotón de húsares y dos cañones le opusieron enérgica resistencia durante algunas horas, no retirándose á Avesnes hasta la noche. Los franceses no les siguieron allí, contentándose con establecer avanzadas en Bihucourt.

La división Payen se había desplegado en el camino real en Béhagnies, y sus baterías habían roto el fuego sobre Sapignies. Allí, el general Strubberg reunió cinco batallones. Estos resistieron el ataque que se les dirigía; á las dos se lanzaron á su vez y entraron en Béhagnies; cogieron doscientos cuarenta prisioneros, y pusieron el lugar en estado de defensa. El enemigo retrocedió sobre Ervillers, y allí se desplegó segunda vez, pero no renovó el ataque.

La división Robin del cuerpo vigésimo tercero, compuesta sólo de guardias nacionales movilizados, había hecho un cambio brusco á la izquierda sobre Mory. Sólo pudo oponérsele un batallón con un escuadrón de húsares. Desplegándose desmesuradamente sobre las alturas de Beugnâtre, lograron engañar al enemigo, que creyó tener enfrente fuerzas mucho más numerosas. Hacía sin interrupción marchas y contramarchas, y hasta llegó á emplazar artillería; pero no atacó y permaneció apostado en Mory.

La brigada trigésima y la tercera división de caballería se reunieron en Bapaume y en los alrededores para pasar allí la noche. La brigada vigésima novena ocupó los pueblos más próximos á derecha y á izquierda del camino de Arras.

BATALLA DE BAPAUME

(3 de Enero.)

El general Faidherbe había llevado sus fuerzas precisamente contra las posiciones prusianas que protegían el ataque de Péronne. Constaban sus cuatro divisiones de cincuenta y siete batallones, á los que los alemanes sólo podían oponer diez y siete. Resolvió avanzar el día 3 en cuatro columnas sobre Grévillers y Biefvillers, por el camino real y más al Este, pasando cerca de Favreuil.

Pero el general Gœben no estaba de parecer de abandonar su posición de Bapaume. Sin dejar de seguir ocupando á Favreuil, el general Kummer reunió muy temprano la trigésima brigada delante del pueblo, y detrás la vigésima novena, quedando tres batallones de ésta apostados en las aldeas de derecha é izquierda. Más atrás se formó una reserva en Transloy, á donde se envió al octavo batallón de cazadores con dos baterías, recibiendo orden el general Barnekow de tener dispuestos en Saily-Saillisel tres batallones y el segundo grupo de artillería á pie, sin renunciar por eso al cerco de Péronne. Por último, el destacamento del príncipe Alberto (hijo), con fuerza de tres batallones, ocho escuadrones y tres baterías, recibió orden de acercarse al lugar de la acción dirigiéndose á Bertincourt. Distribuidas de este modo las tropas alemanas, esperaron el ataque de los franceses.

El cielo estaba cubierto y hacía frío. Desde muy temprano el general conde Gœben, había hecho adelantar la séptima brigada de caballería por el flanco derecho del enemigo; pero no logró entrar en los pueblos ocupados por la infantería francesa.

En el ala derecha, dos batallones del sexagésimo quinto opusieron, en unión con dos baterías á caballo enviadas desde Transloy, un fuego tan vigoroso contra la división Robin, que tuvo que retroceder sobre Mory.

Las tropas que ocupaban á Favreuil, y que habían sido igualmente reforzadas por dos batallones y dos baterías para hacer frente á la división Payen que venía avanzando por el camino real, se desplegaron al Este del pueblo. El primer cañón francés que vino de Sapignies quedó inmediatamente desmontado; pero pronto se emplazaron varias baterías á derecha é izquierda, y los franceses penetraron en Favreuil y en Saint-Aubin.

A las doce, el regimiento de infantería núm. 40 salió de Bertincourt y marchó sobre estos dos pueblos que ocupó tras lucha encarnizada; pero tuvo que abandonar nuevamente á Favreuil, y marchó con el segundo de hulanos de la Guardia y una batería á caballo, á ocupar junto á Frémicourt una posición que cubría el ala derecha de la división.

En la izquierda la división Bessol había arrojado de Biefviller, á los cortos destacamentos alemanes que la ocupaban. El primer batallón del regimiento núm. 33 de infantería avanzó para recobrar el pueblo; trabóse recio combate en que sólo le quedaron tres oficiales, y al fin tuvo que retirarse á Avesnes. En este combate tomó también parte la división Derroja. Los franceses colocaron en posición numerosa artillería, y prolongaron la línea de sus tiradores en dirección al Sur hasta las inmediaciones del camino de Albert.

Así, pues, el general Kummer resolvió á medio día limitarse á la defensa de Bapaume. La artillería se sacrificó para facilitar á la infantería la retirada sobre aquel punto. La primera batería de artillería gruesa, que reenganchó el avatrén la última, perdió dos oficiales, diez y siete soldados y tres caballos, y sólo con auxilio de la infantería pudo llevarse sus piezas.

La brigada vigésima novena se organizó en Bapaume de modo que pudiese defender tenazmente los viejos muros del recinto; la trigésima se concentró detrás de la población. Los franceses habían caminado hasta el arrabal, aunque sin manifestar gran prisa; siguióse luego un intervalo bastante largo antes del combate.

El general Faidherbe confiaba apoderarse de la población á favor de un amplio movimiento envolvente, sin necesidad de recurrir al bombardeo como preparación para el asalto. Una brigada de la división Derroja trató de ganar terreno pasando por Tilloy; pero encontró aquí seria resistencia en el batallón de cazadores y en dos baterías enviadas desde Péronne. Al mismo tiempo, veinticuatro piezas de las baterías reunidas detrás de Bapaume rompieron el fuego sobre las columnas francesas que avanzaban, y que á las tres y media tuvieron que retroceder al otro lado del camino de Albert. Pronto, sin embargo, volvieron á la carga, y esta vez lograron entrar en Tilloy, contra cuyo pueblo dirigieron entonces sus fuegos las

baterías más próximas. El general Mirus, que había quedado en Miraumont al avanzar la tercera división de caballería, no viendo enemigo alguno en su frente, y oyendo el fuego de cañón de Bapaume, se adelantó al Oeste para intentar nuevo ataque, mientras que el general Strubberg marchaba desde la ciudad misma. Los franceses no esperaron sin embargo la acometida, y fueron arrojados igualmente del arrabal y de Avesnes.

Las divisiones francesas pasaron la noche en Grévillers, Bihucourt, y Beugnâtre, rodeando así por tres lados á Bapaume.

La jornada costó á los alemanes cincuenta y dos oficiales y seiscientos noventa y ocho soldados, y á los franceses cincuenta y tres de aquéllos y dos mil sesenta y seis de los últimos.

Pero el octavo cuerpo no había logrado hacer frente á los ataques de los franceses, muy superiores en número, sino poniendo en línea absolutamente todas sus fuerzas disponibles. No se había podido reemplazar las municiones, y el general Gœben resolvió presentar acción detrás del Somme. Ya se había empezado el movimiento de retirada, cuando las patrullas anunciaron que el enemigo evacuaba también las localidades más próximas.

Las tropas francesas, poco aguerridas aún, se hallaban grandemente quebrantadas por los encuentros de la víspera, y por el frío que había sobrevenido durante la noche. Todo hacía creer al general Faidherbe que las fuerzas alemanas apostadas delante de Péronne habían sido trasladadas á Bapaume, y que los alemanes así reforzados, tomarían la ofensiva. El principal objeto que se había propuesto estaba ya conseguido; Péronne ya no estaba cercada, y por tanto creyó acertar no comprometiendo aquel resultado con nuevos combates. Hizo, pues, retroceder á sus tropas hacia Arras; siguiéronle destacamentos de caballería alemana, y el octavo de coraceros consiguió romper uno de los cuadros. La décima quinta división retrocedió detrás del Somme pasando por bajo de Péronne y muy cerca de esta plaza, y la caballería sajona fué á reunirse con el ala derecha en Saint-Quentin.

COMBATES EN EL SENA INFERIOR

En el mismo momento, el otro cuerpo del primer ejército había empeñado acción con el enemigo en el Sena inferior.

Sobre la orilla derecha, los franceses no habían intentado nada; pero sobre la izquierda habían permanecido apostados en las alturas del bosque de la Londe, muy próximas, y que forman el extremo Sur de la península de Grand-Couronne, formada por el río. Aquí es donde el general Bentheim, para abrirse paso en aquella dirección también, había concentrado la mitad del primer cuerpo, y el 4 de Enero ya avanzaba sobre los Moulineaux.

Antes de salir el sol, el teniente coronel Hüllessem sorprendió á las avanzadas enemigas, se apoderó del cono coronado por las ruinas del fuerte llamado de Roberto el Diablo, y cogió prisioneros á todos los enemigos que en ellas se habían lanzado. Los alemanes ganaron también las alturas de Maison-Brulet, á pesar del violento fuego del enemigo, y le cogieron además dos cañones. Después de haber opuesto todavía resistencia en Saint-Ouen, los franceses se retiraron por la tarde más allá de Bourgachard. Por la noche, á las seis, se lanzó en su persecución medio escuadrón de dragones, dos piezas de artillería y una compañía montada en carros, cuyas fuerzas se apoderaron de dos cañones rayados de á doce, colocados en batería á la entrada de Rougemontiers, y de un furgón, después de haber acuchillado á los artilleros.

También fué arrojado el enemigo de Bourgtheroulde, tras breve combate, en dirección de Brionne. El ala derecha francesa, situada en Elbeuf, desapareció á favor de la noche, batiéndose en rápida retirada. La situación se había hecho muy comprometida desde que el resto de las tropas había sido rechazado.

Estas ventajas habían costado á los alemanes cinco oficiales y ciento sesenta y siete soldados. Las pérdidas de los franceses ascendieron, según toda apariencia, á la misma cifra; pero además se les habían cogido trescientos prisioneros y cuatro cañones.

El general Roye rehizo sus tropas detrás del Rille, sobre la línea Pont-Audemer-Brionne; los alemanes situaron fuertes destacamentos en

Bourgachard, Bourgtheroulde y Elbeuf, y en Grand-Couronne habia tres batallones dispuestos á sostenerlos; las demás tropas regresaron á Rouen.

Aquel mismo día, los franceses habían intentado avanzar sobre la orilla Norte del Sena; pero se habían detenido ya en Fauville, desde donde retrocedieron nuevamente en dirección de Harfleur.

Entre tanto, los puestos de observación del octavo cuerpo se habían asegurado de que esta vez los franceses no habían ido á ponerse al abrigo de las plazas fuertes del Norte, lo que probaba que se proponían renovar en breve sus ataques contra las tropas que sitiaban á Péronne.

En consecuencia, el general Gœben resolvió, para protegerlas, volver á la orilla Norte del Somme, y tomar allí una posición sobre el flanco del ejército francés, por cuyo frente tendría que pasar éste á la fuerza al avanzar.

Dado un día de descanso á las tropas y renovadas las municiones, la trigésima brigada marchó el 6 de Enero sobre Bray y la vigésima novena sobre Albert. La tercera división de caballería era la que se encontraba más próxima al enemigo en Bapaume; detrás de ella estaba apostada una brigada de caballería de la Guardia. Para cubrir el flanco derecho, el teniente coronel Pestel ocupó á Acheux. El cuerpo destinado al cerco destacó la tercera división de reserva á Feuillières, al Oeste de la plaza. La artillería de cuerpo permaneció por el pronto sobre la orilla izquierda del Somme, porque era de suponer que el enemigo dirigiría acaso su ataque sobre Amiens.

Pero en los pocos días que siguieron, los franceses no intentaron empresa alguna importante, y el 9 capitulaba Péronne.

TOMA DE PÉRONNE

(9 de Enero.)

Esta reducida plaza había sido combatida durante quince días por once batallones, dieciseis escuadrones y diez baterías. Prados inundados, por una parte, y por la otra viejos muros flanqueados por torres que databan de la Edad Media, la ponían á cubierto de un golpe de mano. Por lo demás, por todas partes y á corta distancia estaba dominada por alturas.

A pesar de esto, el fuego roto por las cincuenta y ocho piezas de campaña no había producido gran efecto, tanto más cuanto que habiéndose agotado las municiones, pronto tuvieron que suspender sus disparos. Después se cañoneó la plaza con piezas francesas procedentes de otras plazas de guerra, pero también sin resultado alguno. La plaza tiraba sin interrupción, y la guarnición, compuesta tan sólo de tres mil quinientos hombres, llegó hasta intentar algunas salidas.

El día de la batalla de Bapaume, una parte del cuerpo que atacaba tuvo que ir, como arriba digimos, en socorro del octavo cuerpo, y como el éxito de la jornada parecía dudoso, hubo que tomar disposiciones para poner en lugar seguro el material de sitio. Las tropas que habían quedado delante de Péronne estaban prontas á marchar, y una parte de las piezas de grueso calibre fué retirada de los emplazamientos; pero la guarnición esperó sin emprender nada.

Dos días después llegaba un tren de sitio de cincuenta y cinco piezas de grueso calibre, formado en la Fère. Otro de veintiocho piezas francesas, procedente de Mézières, estaba todavía en camino. Ya se habían adoptado todas las disposiciones necesarias para un sitio en regla, cuando por fin el 8 llegó un convoy considerable de municiones, y se invitó al gobernador de la plaza á que abandonase una resistencia ya de todo punto inútil.

El 10 de Enero, el general Barnekow entraba en aquella plaza abundantemente provista de armas, víveres y municiones. La guarnición quedó prisionera de guerra.

El 7 de Enero S. M. el Rey había llamado al general Manteuffel á otro teatro de operaciones, y confiado el mando en Jefe del primer ejército al general Gœben.

Tranquilo ya por la parte de Péronne, éste no tenía otro cargo que el de cubrir al ejército que atacaba á París. Para esto, el Somme, cuyos pasos estaban ya todos en poder de los alemanes, formaba una línea de defensa natural, detrás de la cual hasta podían aguardarse los ataques de un enemigo que contase con superioridad numérica. Además, el octavo cuerpo de ejército recibió en aquel momento algunos refuerzos. La calma que había sobrevenido en el Sena inferior permitía que volviesen á Amiens otros dos regimientos y dos baterías. El gran Cuartel general, por su parte, tenía dispuesta una brigada del ejército del Meuse, que en caso de necesidad, podía llevarse al Norte por el camino de hierro.

En cuanto al puesto que escogería el enemigo para acometer, nada se sabía. Así, pues, el general Gœben desplegó sus fuerzas detrás del Somme, en una línea de setenta y cinco kilómetros de extensión, sin

abandonar por eso los puntos importantes de la orilla derecha, para poder, en caso necesario, tomar nuevamente la ofensiva. A mediados de mes las fracciones del primer cuerpo, á las órdenes del general conde Grœben, ocuparon á Amiens, Corbie y la línea del Hallue, tomando así posición sobre el flanco enemigo. La décima quinta división, sin abandonar la ocupación de Bray, se acantonó al Sur de este punto. Como más próximos á ella se encontraban, á la izquierda de Péronne, la tercera división de reserva; á la derecha, la décima sexta división y la tercera brigada de caballería de reserva, que tenía delante de ellos destacamentos en Roisel y Vermand. La duodécima división de caballería se encontraba en las cercanías de Saint-Quentin.

El ejército francés se había puesto ya en marcha por el camino real de Cambray: su vigésimo segundo cuerpo arrojó detrás del Hallue á la tercera división de caballería, primero de Bapaume y después también de Albert. El cuerpo vigésimo tercero seguía el mismo camino, y esto parecía indicar que quería realmente atacar á Amiens. Pero un reconocimiento que se hizo en aquella dirección permitió darse cuenta de las dificultades que ofrecería la ejecución de este proyecto; además, un telegrama del Ministro de la Guerra anunciaba que dentro de algunos días el ejército de París iba á hacer la última tentativa, un esfuerzo desesperado para romper el círculo de hierro del cerco, y que el ejército del Norte llamaría sobre sí cuantas más fuerzas enemigas pudiese, para disminuir las de delante de París.

(Se continuará)

QUERIDA

IV

Querida pasó su infancia en el parque del Muguet, cuya verja con pilastras de piedra coronadas por una granada inflamada daba á un inmenso «Trianoncito», regado por un río natural.

¡Parque maravilloso el de Noinains-le-Muguet!

Verdoses de corpulentos árboles, con follajes de múltiples matices, y entre los cuales figuraban la encina roja de América, el tilo de argentadas hojas, el sicomoro de hojas sanguíneas, el boj de hojas doradas, el pálido *negundo*, y todos los árboles de raras esencias, como el nopal, el citiso, el tulípero, el nogal del Canadá, el barniz del Japón con ramas en forma de candelabro de sinagoga, y el avellano de Bizancio, tamaño allí como una encina.

Oquedales de sesenta años que bajan á pico en torno de la propie-

dad y la circuyen de una cortina cuya base se cubre, al llegar la primavera, de vincapervinca y de muguete.

Una pradera sin fin, á cuyo extremo se divisaban perpetuamente en el horizonte tres cigüeñas inmóviles descansando sobre una pata, y un centenar de pintadas y de pavos reales, que con bruscos movimientos de cabeza bebían el agua que rezumaba por las hendiduras de los tubos de riego.

Una isla, llamada la *Isla de los Juegos*, unida á tierra firme por puentes rústicos, y de cuyas roquizas anfractuosidades, pobladas de helechos y de rododendros hermosísimos, salían grandes desmayos que se inclinaban sobre la corriente del río y sobre la flota de blancas aves nadadoras que sin cesar lo surcaban.

Una alta avenida umbría de cerca de media legua, con bancos de piedra á imitación de bancos de hipogeos, y en cuyo fondo se erguía una torrecilla almenada, en forma de antejo de teatro, con esta inscripción:

HONOR Á LOS MANES

DE LOS LANCEROS DE LA GUARDIA DEL REGIMIENTO

HAUDANCOURT

1820

Un patio cercado de naranjos enormes, procedentes los más viejos del rey Estanislao.

Y espacios cuajados de flores y sitios agrestes y abruptos, que en los domingos y días de fiesta se llenaban de alegre gentío cuyas canciones báquicas y cuyos cantos religiosos, provocaban á la caída de la tarde los furiosos ladridos de la perrera.

V

La niña era seria; generalmente estaba triste. Había días en que casi era preciso obligarla á jugar, y en que, sentada inerte y taciturna en el suelo, hacía sin interés tortas de arena, manejando la pala desmayadamente, con la boquita entreabier-

ta, mustia y alicaída, como flor herida por una helada.

Dice Mme. Michelet que los niños á quienes faltan las caricias de una madre no sonríen. No carece de verdad tan delicada observación. Sin embargo, en medio de esa tristeza de la criaturita, estallaban á lo mejor, sin motivo, inesperadas alegrías. Una noche, estando ya completamente desnuda, se puso á bailar en camisa de repente á los pies de la cama, sin que hubiese modo de contenerla, y fué menester la intervención del administrador para conseguir que la locuela se acostase.

Otras noches había que despertarla en medio de extraños accesos de hilaridad, porque su niñera temía que la ahogase la risa de su sueño, esa «risa de los ángeles», que dicen las comadronas.

VI

El abuelo de Querida, de vuelta en el Muguet hacia fines de la primavera de 1856, donde á los pocos meses recibía su nombramiento de Mariscal de Francia, no sintió á la vista de su nieta esa calorosa emoción de un padre delante de su hijo. El parecido extraordinario de la niña con el joven oficial muerto en

Sebastopol no hacía más que reavivarle la amargura de aquella muerte. Y al cogerla por primera vez, su abrazo no tenía nada de esa caricia gozosa que palpa y recorre un cuerpecito vivo, sino que más bien parecía envolverla piadosa y tristemente como una urna que guardara cenizas queridas.

El Mariscal se ocupaba sin duda de la preciosa niña. Procuraba que estuviese bien atendida por su niñera, y que jugase en el parque todo el día en los meses de buen tiempo. Quería también verla bien vestida.

Todos los días la llamaba á los postres, y la entretenía un instante haciendo con la servilleta un muñeco, un fraile ó un conejo; pero se fatigaba pronto del hormiguillo de la niña, de sus gritos, de sus «Querida ha hecho esto», «Querida quiere aquello», «Querida irá allí», de esa incesante y perdurable tercera persona con que os aturden las niñas chiquitinas al hablar de sí propias.

La criatura no había encontrado el camino del corazón paternal del Mariscal, y sólo después de dos ó tres años, cuando al crecer la niña empezó á revelarse algo de la gracia y gentileza de la mujer, despertose tardíamente la paternidad del abuelo, una paternidad que en poco tiempo fué más ciega y apasionada que la de un padre.

VII

La niña era impresionable en grado extraordinario. Una reprensión, una negativa cualquiera, una pena, en fin, de su edad, la contrariedad más insignificante la ponían mala, y el placer le daba fiebre.

Era digna de estudio la impresionabilidad de la chiquilla, cuando esperaba una persona querida ó un regalo prometido. No hacía más que ir y venir durante todo el día por la pieza que tenía destinada, sin poder sentarse un instante; todo su reposo se reducía á apoyar un momento las manos y el vientrecillo en el borde de los sillones; y en medio de ese vértigo continuo tenía los ojos llenos de lontananzas, los oídos como cerrados á lo que su niñera le decía, la boca agitándose con palabras murmuradas á media voz, maquinalmente, y palabras que no concluían nunca: una especie de monólogo interior sobre el objeto ó el sér deseados, parecido al gorgceo del pájaro, con sus interrupciones y sus retornos. Y nada más original, llegada la hora, que el extravío, la enagenación, el éxtasis con que penetraba la chiquilla en la habitación donde debían hallarse la persona ó la sorpresa, y el minuto de detención en que, inmó-

vil y con los brazos medio abiertos, paseaba los ojos dilatados por toda la pieza, y si faltaban la persona ó la cosa, su salida violenta y precipitada, huyendo del cuarto llena de rabia y de despecho.

Porque la niña, con toda su gentileza, tenía cóleras espantosas. A propósito de cualquier circunstancia que contrariase sus gustos ó sus deseos, sufría irritaciones y arrebatos furibundos de lo más donoso.

Una mañana de mal humor en que encontraba la sopa de leche primero demasiado caliente, después demasiado fría, luego poco dulce y á poco muy dulce, acertó á pasar el abuelo por delante de la puerta de su cuarto, y en un movimiento de impaciencia, cogió la taza, atravesó el pasillo, y echó la sopa en los lugares excusados que había enfrente. Entonces se vió á la niña arrodillada delante de la puerta del retrete gritando con exasperación cómica: «¡En el nombre del Padre, mi sopita, mi sopita!» Y durante un cuarto de hora cumplido no pudo conseguirse arrancarla de allí, ni que dejase de gritar: «¡En el nombre del Padre, mi sopita, mi sopita!»

Cuando la acometían esas rabias, de nada servían con ella la fuerza y la autoridad; así la hubiesen amenazado con azotarla, hubiese hecho lo que Fliponcita: presentar

el trasero al azote. Sólo un acento cariñoso de la voz podía atajar de repente las sublevaciones de su corazoncito y decidirla á querer lo que se deseaba.

A veces, sin embargo, la cólera de la niña llegaba á ser alarmante: era una cólera continua, reprimida y que parecía ahogarla, una cólera durante la cual, faltándole casi la voz, repetía indefinidamente dirigiéndose á alguien que no estaba ya en su presencia: «¡Te mato! ¡Te mato!» Y esa especie de estertor rabioso, que parecía un soplo más que una palabra, iba debilitándose hasta que concluía por semejar simple amenaza de los labios en una boca afónica.

Otras veces eran cóleras taciturnas y obstinadas que nada podía vencer; y en Querida persistían mucho esas cóleras tercas, que empezaban invariablemente por patadas sacudidas de lado con una de las piernas, y acababan revolcándose furiosamente en el suelo, sin articular una palabra ni derramar una lágrima.

Mucho más tarde, cuando ya tenía diez años, atravesando en invierno la plaza de Luis XV para volver al hotel del Ministerio, se paró de repente, y empezó á gemir: «Tengo fríos los pies; no quiero andar.» Y se sentó en el borde de uno de los tazones de agua helada.

Por más que la doncella tratase de convencer á su «monina» de que así iba á tener mucho más frío que andando, la monina se emperró en no dar un paso más. Palabras, súplicas, exhortaciones, todo fué en balde. Fué menester que la doncella llevase en brazos á la niña hasta el Ministerio de la Guerra, aplastada con su peso.

La niña colérica tenía como contraste sensibilidades inesperadas, raras, originales, que se desahogaban de pronto exteriormente á propósito de las feroces cosas de la vida que no conmueven á nadie. Un día sorprendían á Querida llorando cuantas lágrimas tenía en su cuerpo delante de una corza colgada por las patas en una pilastra ogival de la despensa del palacio, y entre sus lágrimas, y en medio del desconsuelo de toda su personita, preguntaba con voz entrecortada de sollozos «lo que dirían los padres de la corza», y costaba todas las fatigas del mundo distraerla de su desesperación, que duró varias horas.

Esa compasión hacia los papás de los animales sacrificados, continuaba embargando el ánimo de la niña. Algunos meses después se servían perdices, y como la voz de Querida empezase á alterarse al hablar en tono de conmiseración del asado, el Mariscal dió en de-

cir con una gravedad inverosímil: «Cuando los animalitos que se comen están asados, no se acuerdan ya de ellos sus padres», cuya afirmación en tono resuelto decidió á Querida á probar la caza.

Aunque de buena constitución y muy sana por lo común, Queridita era de una delicadeza nerviosa sumamente particular.

He aquí un ejemplo. Bajando á todo correr una cuesta del parque, se cayó y se lastimó un brazo. Le pusieron compresas de aguardiente alcanforado, y un día que se quejaba de dolores se las renovó su niñera varias veces. Hacia el fin del día, Querida estaba muy agitada, sin poder parar en ningún sitio, hablando á tontas y á locas y diciendo una porción de despropósitos.

Inquietud del abuelo, figurándose que es un poco de delirio, aunque sin alarmarse al ver que no se queja la paciente y al observar la alegría de su desvarío.

Sin embargo, se manda á buscar al médico del pueblo próximo, un amigo de antigua fecha. Llega incontinenti el viejo Taboureur, y suelta la carcajada, diciendo: «¡Pe-

LIBRERIA DE LA SOCIEDAD
VIII
MADRID

ro si la chiquilla está achispada, completamente achispada!» Y cuenta al Mariscal, que las niñas, y hasta las jóvenes de un temperamento muy nervioso, se embriagan á veces con la absorción del espíritu de vino, empleado como medicamento externo.

IX

Hay en las casas sitios favoritos de los niños, sitios á donde se van instintivamente y en donde se están de preferencia, sin que nadie sepa por qué.

En el Muguet, el sitio donde más le gustaba jugar á Querida era un corredor, un largo corredor de sesenta pasos, al cual daban las puertas de las antiguas celdas de las religiosas. Algunas conservaban todavía su número. Esas celdas, varias de las cuales se habían reunido para formar piezas grandes, tapiando las puertas y echando abajo los tabiques divisorios, hallábanse transformadas en habitaciones, entre las cuales se contaban el cuarto de la niña, el de la ropa blanca, el de baño y un gabinete de descanso, en donde el Mariscal, después del baño de todas las mañanas, recibía á los servidores que iban á tomar órdenes y aguardaban en la

galería sentados en un arcón de madera.

Entre las puertas de las celdas y sobre pedestales hechos con dos tablas de madera negra, destacábanse á gran altura bustos en yeso de los mariscales del Imperio, pintados de color de bronce, y á cuyo pie se leía en una rodela de plomo: *Dieudonné, rue Guénégaud*.

Vestían incompletamente la desnudez de los muros, vejeces sin destino, objetos arrinconados, muebles en camino del desván. Así, en uno de los lados del largo muro, no existía más que un baul herrado y claveteado como un cofre de la Edad Media—el baul con que el coronel de los lanceros de la guardia había hecho las campañas del Imperio—y cerca del baul una cómoda en forma de sepulcro, con asas de cobre, sobre la cual se encontraba un tazón viejo del Japón con lista de plata, donde tomaba Querida la sopa en leche del desayuno. El otro lado del muro apenas se veía. En primer término, una mesa, sobre la cual había siempre en el mayor orden una caja de compás, una barra de tinta de China, escuadras, reglas, un doble metro, todo lo necesario, en fin, para que el administrador pudiese improvisar un plano, cuando al Mariscal, que no era hombre de paciencia, le daba el capricho de introducir una

alteración en el parque. Después de la mesa venía un armario de encina, una inmensa alacena, convertida en una especie de museo de todos los pedruscos y trozos de hierro viejo descubiertos en los cimientos de la abadía, y el baul estaba tocando con una gran mesa de madera blanca, donde la doncella solía planchar un cuello para su niña siempre que había prisas y aglomeración de gente en el castillo.

La galería no recibía luz más que por una ventana del fondo, cuyas persianas, cerradas siempre, aparecían listadas de rayas luminosas por el sol que incendiaba el verde del parque. Reinaba, pues, una media claridad suave y tranquila entre las altas paredes y entre las anticuallas rústicas, donde, sobre los guardas y palafreneros sentados á la sombra en el arca de madera é iluminados por oscuros reflejos, se destacaba la perspectiva de los bustos de aire marcial, de cortos cabellos rizosos, de patillitas en forma de aletas y charreteras de fleco verde, cruzados los pechos con las soberbias ondas de los grandes cordones de la Legión de honor.

En ese corredor militar y monástico, en ese retiro silencioso, en esa galería crepuscular, donde la nieta del Mariscal tenía, no obstante, la compañía de caras de yeso amigas — diríase que los niños se

sienten tranquilizados con la presencia de los vivos en pintura y escultura — allí, en fin, en aquel sitio, donde después de las once no entraba ya un alma, empezaba á nacer Querida á la vida de la imaginación, poblando y animando esa querida soledad de seres y objetos forjados por su cerebro infantil, y convirtiéndose en actora de una de esas novelitas que improvisan los niños en los rincones y declaman y representan con toda la mímica de un tierno cuerpecito.

X

Y en ese corredor viejo y oscuro, la muñeca de Querida era «su hija» más que en las otras piezas del palacio.

¡Sorprendente y milagrosa vida la que atribuye la imaginación de una niña á ese pedazo de cartón envuelto en un trapo, al cual mece, riñe, entretiene con cuentos, cura sus pupas y da de comer sopas, víctima á sabiendas de una ilusión extraordinaria, sin que la misma inercia y muerte de lo que toca tenga el poder de arrebatarse su alucinación maternal! ¡La muñeca! ¡Necesidad irresistible sin la cual no puede pasarse una niña, porque

hasta la pastorcita de los campos se hace la suya con un manojo de yerba envuelto en su pañuelo! ¡La muñeca! ¡Especie de revelación del instinto maternal, y quizá ensayo y aprendizaje de los cuidados que prodigará más tarde á la hija de sus entrañas la madre de la muñeca! Y cuanto más sola, cuanto más privada de hermanos y compañeras se halla una niña, más de carne y hueso aparece á sus ojos la muñeca y más compañía le hace en la penumbra de las habitaciones.

Querida tuvo toda clase de muñecas: muñecas de cartón; muñecas de piel con cara de porcelana; muñecas de párpados móviles; muñecas de las que dicen *papá* y *mamá* cuando se les oprime el vientre; muñecas chiquitinas; muñecas grandotas, y cuya saya de seda azul de gigantesco vuelo, servía á la hija de una obrera del palacio para repartir el pan bendito; muñecas baratas y muñecas horriblemente caras; pero no todas tenían el privilegio de hacerse sus hijas. Y no creáis que la adopción dimanaba de la perfección ó el precio del juguete. Se debía á yo no sé qué que le hablaba á veces en la muñeca más tosca como algo humano. Así, una de las muñecas con que más se encariñó, era una muñeca ordinaria, una muñeca de cartón comprada en Nancy; desgraciadamente, un día que se distrajo

la olvidó en un banco del parque, sobrevino una tempestad por la noche, y, cuando fué á buscarla por la mañana, era una papilla en que se le hundían los dedos. No tengo que decirlos qué espantosa fué su desesperación. Querida pasó dos ó tres meses sin volver á interesarse por las nuevas muñecas que le daban, bien así como una madre que hubiese perdido un hijo querido y que no quisiese encariñarse con otro.

En fin, un día que se hacía un arreglo en el palacio, se encontró encima de un armario una muñeca cuya presencia nadie se explicaba. Se supuso que sería una muñeca comprada por la madre del Mariscal con intención de hacer un regalo, que, por una ú otra causa, no llegaría á entregarse. La muñeca tenía de interés que era un ejemplar perfecto de la moda de 1830. Llevaba una especie de gorrita azul de la cual pendía un gran tallo de flores, y mangas de farol. Esa muñeca, que se vestía y desnudaba, iba acompañada de un surtido completo de ropa, compuesto de media docena de camisas, pares de medias y pañuelos de bolsillo, todo lo cual se lavaba desde entonces regularmente al mismo tiempo que la ropa de la casa, con orden de entregarlo á la señorita en persona.

¿Por qué se prendó Querida de

esa muñeca arcaica? Quizá por lo imprevisto del hallazgo; quizá por la especie de mirada que veía en el esmalte de los ojos. El caso es que esta vez sintió un acceso de ardiente maternidad. Para que no tuviese frío por la noche, Querida le hacía edredoncitos muy abrigados con plumas recogidas todos los días en el gallinero; para *repasarla*, aprendía á enhebrar sus primeras agujas, y por temor de que se aburriese sola en la casa, llevaba á la señorita *Mastoc* á sus paseos en un cochecito tirado por ella misma.

Una particularidad curiosa. Esa ocupación tierna, esa solicitud, esos mimos á la hija de cartón, calmaban los malos humores de Querida, apagaban sus cóleras, ablandaban á la niña, y la dejaban luego en la alegre disposición de ánimo de una mujer que acaba de prodigar sus caricias á una criaturita amada.

Querida tenía la singular ocurrencia de que había de bautizarse á las muñecas que miraba verdaderamente como hijas suyas. El bautismo de *Mastoc* en la galería de los mariscales fué una solemnidad que hubiese podido servir de asunto á un delicioso cuadro de género.

El Mariscal, que se encontraba en el Muguet y no pudo sustraerse al requerimiento de su nietecita,

marchaba al frente de la infantil y graciosa procesión, con un disfraz caprichoso de suizo de iglesia, llevando en la mano un trozo de alabarda herrumbrosa desenterrado en los fosos del castillo, y en la cabeza un sombrero viejo de sus mocedades, de cuando era alumno de la escuela politécnica. Detrás de él iba su ayuda de cámara, representando el papel de pertiguero, con todos los paños de la cocina. Una costurera, que trabajaba en el castillo, vestida con sus mejores trapitos de los días de fiesta, mecía á la muñeca de cartón, tapada con un pañuelo grande. En fin, desempeñaba el papel de cura el muchacho del jardinero, que se había puesto la camisa encima de la saya negra de Lizadia, y que con su cara mofletuda, blanca y sonrosada, y un retazo de tafetán que llevaba á guisa de alzacuello, se parecía algo á esos pequeños abates de porcelana de Sajonia del siglo xviii. Y á todo esto graves sonrisas, y distribución de cajas de confites liliputien- ses; y, cuando llegó el momento de hacer que se firmaba, se abrió al azar un grueso volumen del *Museo de Florencia* por una página que llenaba una academia de hombres, lo cual hizo reir mucho á las personas mayores, y también á los pequeños, por simpatía.

XI

Así como Querida tenía por lugar predilecto dentro del palacio la galería de los mariscales, también había en el parque una calle preferida hacia donde llevaba siempre á su niñera.

Esa calle, llamada la *calle de Breviario*, porque en ella acostumbraban á leer sus oraciones las antiguas religiosas de la abadía, dibujaba un gran camino al través de un oquedal de ochenta pies de altura. La calle, de suelo siempre húmedo, estaba cubierta de yerba y ofrecía surcos con bordes de tierra blanda, que los pies de Querida intentaban llenar un momento, abandonándolos á poco. El Mariscal había tenido la idea de plantar los dos lados del camino de vincapervinca traída á carros del vecino bosque, y así las orillas del oquedal aparecían cubiertas constantemente, desde la parte alta hasta el pie de la cuesta, de un vivo verdor azulado, que en primavera formaba un inmenso jardín. A veces de esa vincapervinca saltaba un conejo á la calle.

A lo largo del paseo veíanse rayas de sol sobre la sombra del camino, y á derecha é izquierda se

divisaban entre los claros del bosque alegres juegos de luz tras las blancuras de los abedules y el moho atigrado de las hayas. De la bóveda de los árboles surgían á ratos grandes murmullos de hojas, seguidos de momentos de silencio, como si hubiese dejado de existir todo ruido sobre la tierra.

A la orilla del paseo, aquí y allí, una porción de cosas entretenidas para la niña, hacia las cuales bajaban, descolgándose al través de las espesuras, senderitos ó *trotos*, como se dice en Lorena. Ya era la torre erigida por el abuelo de Querida á los manes de los lanceros de su regimiento: esa torre ahora llena de mochuelos, que la niña, sin cansarse jamás, esperaba ver salir en pleno medio día del tragaluz del primer piso; ya era el barranco tapizado graciosamente de raíces de árboles añosos, y en cuyo fondo brillaban las piedras lavadas de continuo por la filtración de un manantial que no se secaba en ningún tiempo; ya las ruinas de un oratorio sin techumbre, ni puertas, ni ventanas, y en cuyo centro crecía un inmenso zarzal, cuyas moras prefería la niña á todos los frutos de la huerta.

Pero la seducción que esa calle encerraba para Querida no provenía del barranco, ni de la torre, ni de aquel conejo entrevisto como un

relámpago; debíase á un primer despertar de las grandes sensaciones, á una cándida admiración terrestre mezclada con un leve estremecimiento en lo más hondo de su sér. Al extremo de ese paseo tan largo, que la niña no veía ya á la niñera, cuando se encontraba hacia su fin—y le gustaba siempre alejarse mucho—descubría el lado mágico y misterioso de las extensiones ilimitadas que no se encierran dentro de los muros de una propiedad, de los lugares que guardan lo desconocido.

Luego, cuando en aquella verde espesura se abría de repente hacia la parte del vallezuelo algún claro, alguna de esas ventanas hábilmente dispuestas en medio de los árboles, y desde la cual entreveía las praderas del palacio que el escorzo y la brusquedad de la perspectiva le mostraban á centenares de pies bajo ella, Querida, inclinando su cuerpecito sobre el vacío, experimentaba esa sensación vertiginosa que las más de las veces se traduce en los niños por una excitación cerebral y cierta grata ligereza en los miembros.

Finalmente, en la *calle de Brevario* sentía Querida esas emociones confusas y algo embriagadoras que producen la soledad, el bosque y las ruinas, á inocentes criaturas en quienes empiezan á hablar sor-

damente las cosas de la naturaleza. De ahí curiosidades calladas, interrogaciones mudas, *por qué*s reservados en su intimidad, (porque las niñas son más discretas que los niños en lo que toca á desvelar sus sensaciones).

Al encanto de lo que pasaba en aquella avenida dentro de aquel ingenuo cerebro, encanto casi imposible de definir, mezclábase su puntita de sobresalto á causa de los rastreos y huidas de los bichos, por la yerba doncella de ambos lados de la calle; así es que la niña oía con cierto regocijo los ladridos que salían de la perrera, situada á la entrada de la avenida; pero eso no obstaba para que al día siguiente abandonase, por el mismo paseo, los sitios más concurridos del parque.

XII

Durante toda la parte de su infancia, que pasó en el Muguet, Querida siempre estaba segura de encontrar en el parque un amigo, un agradable compañero.

Ese amigo, el hijo del antiguo asistente del Mariscal, elevado á segundo administrador del Muguet, era conocido por Mascaro, apodo que le había puesto el amo de la casa.

Un mozo larguirucho y ético, con una selva de pelos color caoba en la cabeza y ojos tiernos ocultos por unos anteojos azules, pero con la vista más penetrante para atisbar el pájaro en el árbol y el pez en el agua; amén de eso era mellado; y todos los días se le veía al través de los campos y el follaje eternamente embutido en levitas viejas del señor, por cuyo bolsillo de detrás asomaba á menudo el gollete de una botella, atavío con que tenía todas las trazas de un memorialista fantástico de pantomima de circo.

Ese original amante de la naturaleza se había negado á tomar una habitación en las dependencias del palacio, y se hallaba instalado en una garita vieja y ruinoso del fondo del parque, próxima á una puerta abandonada, donde vivía en compañía de toda clase de animales deformes, achacosos, rencos, animales fenómenos, reunidos en una fraternidad sin ejemplo. Participaban de su domicilio un carnero montés tuerto, dos perros sarnosos, un gato armado de un cuerno entre ambas orejas y un pato aquejado de una dolencia que de vez en cuando lo tumbaba patas arriba sin dejarle alientos para levantarse. De entre éstos comensales de Mascaro, el carnero y los perros, después de consultarse con los ojos, solían jopárselas de caza; y era lo bueno que,

en el momento de tomar el portante, uno de los canes agarraba al gato cornudo por el pescuezo y se lo llevaba echando pestes, mientras que el pato, acostumbrado en sus crisis de epilepsia á que lo enderezase de un hocicón cualquiera de los perros, lanzaba graznidos terribles, sobrecogido de terror por la perspectiva del abandono en que iba á quedarse.

Como era mañoso para todo, amos y criados acaparaban al singular habitante de las ruinas los más diversos menesteres, ya para escribir con hermosa letra nombres de dulces en redondeles de pergamino, ya para echar el esparavel, bien para ingertar un frutal, bien para matar un corzo ó para empapelar un aposento; un *factotum* universal, pero que se aburría inmediatamente de las ocupaciones en sitios cerrados, y no se hallaba más que fuera, en el parque y en el río, entrevistados por él noche y día á la luz de una embriaguez extática que no cesaba jamás.

Para Querida siempre tenía Mascaro un pajarín en algún rincón de los bolsillos ó una mariposa clavada en su sombrero de paja. También á veces llevaba á la niña á sus escondites para que viese lo que sólo él podía enseñarle: una trucha cazando ó una liebre en su madriguera.

«¡Anda! ¡Llévame á ver anima-

les... que no saben que se los mira!» decía siempre Querida á Mascaró, colgándose de él, sin querer soltarlo, en cuanto lo divisaba.

Mascaró cogía de la mano á la niña, y en un santiamén abandonaban las calles del parque para internarse en el verdadero bosque. El varal del muchacho iba delante, paseando la mirada en torno suyo y haciendo señas con la mano por detrás de la espalda para que la chiquita pisase con precaución por las hojas secas. Así andaba y andaba sin parar, apartando las ramas suavemente, encorvado, encogido, al ras del suelo, hasta que de pronto se quedaba inmóvil, ahogando una risa, embargado por una alegría muda de beodo... señalando con el dedo á Querida, entre la maraña de la espesura, la apariencia de una cosa indefinida, que iba adquiriendo forma viviente y trocándose en un animal á favor de la atención de la niña.

Ese espectáculo secreto, el misterio de que había que rodearse para disfrutarlo, la emoción de un corazón palpitante, de una respiración suspensa y hasta la extraña hilaridad silenciosa de Mascaró en la sombra del bosque, todo eso estaba lleno de un atractivo inexplicable para la niña.

XIII

De la linda criatura rolliza y regordeta, sepultada no ha mucho entre blanca muselina con escarpelas de seda azul, empieza á surgir la niña estiradita de siete años, con su falda corta, su delantal de estudio y sus medias descubiertas hasta la rodilla. Del cuerpecín rechoncho y recogido, desplegándose delicadamente, desprendióse la chiquela finita y galana, de frágil nuca, de hombros estrechos, de pecho liso, de brazos tenues, de piernas sin pantorrilla, de anatomía esbelta, y donde ya aparece un no sé qué del encanto femenino sin las plenitudes y la carnosidad de la mujer.

Al par que se realiza ese afinamiento del tronco y ese alargamiento de los miembros, se desenvuelve en la niña una gracia lánguida. En ocasiones sus actitudes delatan adorables perezas durante las cuales sostiene el postrado talle, asida á cualquier cosa detrás de sí, arqueando un brazo suavemente por cima de la cabeza. Tiene movimientos deliciosamente candorosos, pe-

regrinos ademanes suspendidos por tímidas vacilaciones. Obra y bulle en medio de una mímica que no es ya la de los años precedentes, porque á esa sazón deja de ser asexual la mímica así en las niñas como en los niños.

Querida, empieza á ser una de esas miniaturas de mujeres minúsculas, que se ven en las graciosas estampas de los almanaques dibujados por Kate Greenaway, pero menos rígida, de una ingenuidad de líneas más flexible y caprichosa. El viejo Mariscal, sorprendido y embelesado á la vez con la metamorfosis de su nieta, sin poder apartar de ella los ojos, mira su silueta rígida, con los codos pegados al cuerpo como si se encogiese de frío, y con un pie alzado por detrás, cuyos dedos, señalándose en la punta doblada de la botina, semejan vagamente las ramitas de los pies de las estatuas convertidas en árboles; mira la delicada esbeltez de su cuerpo modelado por el vestidillo ajustado, cuando corre con el pelo suelto por la espalda, inclinada como una pequeña Atalante; la mira en fin, deletreando su primer cuento de hadas, sentada en un banco alto del jardín, con las piernas colgando, con el libro en una mano y el codo apoyado en la palma de la otra, en una inmovilidad graciosamente inquieta.

XIV

En esos años el cariño del abuelo por su nieta trocábase en verdadera adoración; y donde esa adoración se denunciaba de la manera más visible era en la contrariedad casi dolorosa que sufría al castigarla, y que á veces —¿se creerá?— lo llevaba á compartir el castigo con la niña, cuando tenía el valor de mantenerlo.

¿Sucedió, v. gr., que, á consecuencia de alguna travesura, privaba de postre á Querida, cuando el criado le presentaba el plato que contenía la golosina apetitosa tras la cual se le iban los ojos á la nieta? Pues el Mariscal la rechazaba también con un *no* malhumorado.

XV

—Quédate otro poco, Queridita, y te contaré un cuento muy bonito... ¿Oyes?

Quien hablaba así era la vieja Lizadia que había colocado á la niña sobre las rodillas de su madre. La

loca la tenía como por obediencia entre sus brazos inertes.

«Eran tres hombres que marchaban en fila por los campos, el uno detrás del otro.

»Eran el alcalde, el teniente alcalde y el maestro de escuela.

»En el pueblo de donde venían no se hablaba más que el dialecto, y se habían puesto en camino para la capital, con objeto de aprender allí el francés.

»Y los tres sabían ya al medio día una frase que habían oído en el camino.

»*Entre todos nosotros*, repetía entre dientes el alcalde.

»*Por lienzo*, repetía el teniente.

»*Como es debido*, repetía el maestro de escuela.

»Y mascullando así, llegaron á un bosque en donde había un ahorcado. Mientras ellos miraban los visajes que hacía el hombre colgado en un árbol alto, cátese que llegan unos gendarmes, y les preguntan si eran ellos los que lo habían colgado allá arriba; y va el maestro de escuela, y responde enseguida: *Como es debido*; y el teniente alcalde: *Por lienzo*; y el alcalde: *Entre todos nosotros*.

»A esto los gendarmes se llevan presos al alcalde, al teniente y al maestro de escuela.»

Los ojos de la loca se dirigían á veces á la niña que tenía en las ro-

dillas, se fijaban en ella un momento como pugnando por acordarse de alguna cosa, y luego se apartaban como de un objeto indiferente para volver á mirar al vacío.

«Has de saber—proseguía Liza-dia—que el alcalde, el teniente y el maestro de escuela eran del pueblo de Ruaux-les-Fous, llamado así á causa de lo inocentonas que son allí las gentes; pero á esas gentes, por lo mismo que son tan inocentonas, siempre las protegían las hadas, cuyo palacio se ve aún cerca, un palacio muy chiquitín que hay en medio del país, que tiene la figura de un 8, y que no se ha acabado nunca. Dicen que esto es porque las hadas, que no tenían más que una noche para construirlo, se entretuvieron en el bosque cogiendo briznas de yerba, y les amaneció antes de acabarlo. También se dice que debajo hay unos subterráneos cerrados con pedruzcos muy grandes que nadie se atreve á levantar, porque se cree que están llenos de serpientes voladoras, que han visto niños de Claire-Fontaine, cada una con un diamante en la cabeza.

Conque, como iba diciendo, los tres hombres de Ruaux estaban tan tristes entre las cuatro paredes de la cárcel... cuando, vean ustedes, entra en su calabozo una hadita del país... una hada que se conocía por su vestido negro salpicado de fuegos

fatuos. Bien. La hada se acerca al alcalde que trataba de encender la pipa con una cerilla que no prendía...» ¡Y miren la curiosuela que querría saber lo que va á pasar! Pues verás: «con la cabeza de la cerilla... donde está el fósforo... la hadita traza un caballazo en la pared negruzca, y el caballazo empieza á despedir luz como una luciérnaga... y ¡santo Dios! al minuto se vuelve un caballo vivo... un caballo de fuego... y la hada salta encima más ligera que una pluma, haciendo señas á los tres hombres para que monten detrás; lo malo es que el pobre maestro de escuela, que no encontró sitio encima, tuvo que colgarse con las dos manos á la cola del animal, donde iba temblando envuelto en llamas y chispas... Pero, ¡Señor bendito! ¡qué altos iban por el cielo en aquel caballo que tris, tras, tris, tras, tris, tras, marchaba cien veces más deprisa que un ferrocarril!... Iban tan altos, que los árboles, las casas y los animales no les parecían mayores que los de la caja de juguetes que hay ahí... y cuando estaban así de altos, ¡esa es buena! empiezan á bajar de golpe... ¡Oh! ¡Pero muy deprisa, muy de prisa, todavía más deprisa que vuela un pájaro! Sí, van bajando, bajando hacia una gran faja azul, que les hace gritar temblando: ¡el mar! ¡el mar!

¡Pataplum!... A una sacudida del caballo, una sacudida más fuerte que el viento más furioso, los tres hombres van rodando de cabeza por lo que creían el mar... y era un sembrado de lino... que ya se sabe que es enteramente azul... y de un azul como los acianos... cuando el lino está en flor.

Y luego que anduvieron una hora por el plantío de lino, los tres se quedaron tan embobados al ver el campanario de Ruaux, á donde llegaron casi enseguida, y en donde murieron muchos años después, sin haber vuelto á hablar más que dialecto hasta el día de su muerte.»

Con cuentos así, la vieja Lizadia, esperando siempre una resurrección de la maternidad en su señora, retenía cerca de aquella madre indiferente á la niña aburrida y deseosa de marcharse.

XVI

La infancia, cuando uno la recuerda, parece un gran espacio vacío, donde surgen cuatro ó cinco sucesos menudos con una especie de limpidez fotográfica. Y eso sin que el interés del recuerdo explique muchas veces la supervivencia del hecho ó del objeto en medio del des-

vanecimiento general de todo lo que accidentó aquellos años. Es como si tuviésemos delante de los ojos algún rincón de una estancia, el fondo de un paseo ó la sonrisa de un semblante, mientras el resto de la pieza, del parque, del hombre ó de la mujer á quien la cara pertenecía, queda perdido en la sombra. Y ese pormenor especial, más bien que un recuerdo, es una imagen, una imagen almacenada como en clisé en vuestro cerebro, y que se reproduce con precisión gráfica y con su propia iluminación, destacándose de todo un pasado, que parece huir y ocultarse tras deslustrado vidrio en el fondo de nuestro sér.

De esa suerte, Querida, al evocar su infancia en el Muguet, no se acordaba sino de un número muy restringido de cosas ó acciones.

Guardaba, no obstante, un recuerdo muy especial de su primera camita, de las cortinas entre las cuales se dormía, entre las cuales despertaba, y donde había pasado tantas de esas horas de suave y deliciosa ociosidad de todo niño. Eran esas cortinas de persia sembrada de una flor de capricho, de una gran flor ornamental de Oriente, una especie de girasol arabesco, entrevisto por la niña en las cortinas transparentes, ora alumbradas por el naciente sol, ora por la lamparilla nocturna. Y esa flor suave y mis-

teriosamente luminosa, que aparecía al dormirse ó despertarse su imaginación infantil, volvía frecuentemente á la memoria de Querida cuando era ya una joven, reproduciéndose á menudo entre las borrosas visiones que se contemplan con los ojos cerrados á la hora del sueño. Necesitaba pararse á reflexionar para acordarse de que no existía realmente tal flor, y casi siempre que entraba en una estufa había un momento, un segundo, durante el cual buscaba instintivamente con la mirada, entre la flora verdadera, aquel girasol arabesco de las colgaduras de su primera camita.

Entre sus más lejanos recuerdos figuraba también cierta caída por una escalera, á cuyo pie se veía tendida de espaldas y se oía gritar: «¡Me he roto algo, me he roto algo!» sin atreverse á levantarse, á pesar de no sentir nada. La escalera, una escalera ordinaria de las dependencias de servicio, sustituida después por otra de piedra, permanecía grabada en sus ojos con sus balaustres de madera, iluminados de soslayo por un rayo de sol, y el esparavel de desecho, arrollado á la piña del arranque, en el cual se veía una ristra de cebollas. Y Querida se acordaba muy bien de que, al tiempo que gritaba con voz llorosa «¡Me he roto algo!» se divertía mucho con el furioso revoloteo de una ma-

rica que había en una jaula colgada en la pared de la escalera, y á la cual había espantado su volatín.

Otro recuerdo que se le había quedado muy presente. Unas niñas de los alrededores visitaban á Querida. Durante el tiempo de la visita llovía á cántaros. No pudiendo poner los pies fuera, las muchachas, después de corretear por las escaleras de arriba abajo, se pusieron á curiosear por las piezas deshabitadas de arriba, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Un golpe de viento cerró la puerta de uno de los cuartos donde acababa de deslizarse la bandada infantil, y ninguna de las niñas llegaba á la cerradura, ni aun empinándose sobre las puntas de los pies. A un primer momento de estupefacción siguió una angustia inexpresable de las criaturas, aterrorizadas ante la idea de que no se descubriese su paradero y se quedasen encerradas allí indefinidamente. Las infelices se veían pasando toda la noche sin comer, y quizá acostándose en medio de aquellos trastos viejos que empezaban á darles miedo, tanto miedo, que ninguna se sentía con ánimos para llamar, y todas hablaban muy bajo, como si temiesen el ruido de sus palabras. Por fin, una de ellas, á quien Mascaro había dado un gazapo que un perro había cogido vivo por la mañana, y que lo

llevaba debajo del brazo metido en una cajita, se subió encima de la caja, y al cabo de esfuerzos inauditos y acometiendo la faena más de diez veces, porque el picaporte andaba algo descompuesto, llegó á alzar el botón en medio del latir casi imperceptible de los corazoncitos que la rodeaban.

Una vez abierta la puerta, las prisioneras, impacientes por escapar, y atropellándose para ver quién pasaba primero, se precipitaban por la escalera y se arrojaban en los brazos de sus niñeras, como si acabasen de librarse del peligro más espantoso.

XVII

Crecía Queridita en el Muguet, y su abuelo restablecía allí su salud quebrantada por la guerra, cuando una mañana llegó un parte al palacio. Era del Emperador que llamaba al Mariscal á las Tullerías, y le obligaba á tomar la cartera del Ministerio de la Guerra.

Quince días después el Mariscal y su nieta se hallaban instalados en el hotel de la calle Saint-Dominique-Saint-Germain.

El tránsito de la existencia al aire libre en el gran parque del Muguet,

á la vida enclaustrada de París, fué un desconsuelo para Querida. Por más que la llevasen á las Tullerías, á ese hermoso jardín donde no se puede tocar á nada, la niña se aburría y hasta se negaba á jugar.

Sin cesar venían á sus labios las cosas y personas del Muguet en palabras que acababan por entrecortarse de sollozos. Nada podía hacerla salir de ese estado continuo de tristeza mohina, señal y carácter de las grandes penas de la infancia. Y no reaparecía la sonrisa en su cara sino los dos días en que iba al mercado de la Magdalena y volvía cargada con un tiestecito de flores.

Esa tristeza duró varios meses; pero después, en medio de los respetos y adulaciones que la rodeaban, fué disipándose poco á poco con la satisfacción de su vanidad de chicuela, con el orgullo del papel de amita de casa que se complació en atribuirle el Mariscal y que ella tomó muy en serio.

XVIII

A los siete ú ocho meses de estar instalado el mariscal Haudancourt en el Ministerio de la Guerra, la lorenese que había criado á Querida, una hermana de Lizadia, pare-

ció demasiado palurda para pasar por doncella de la nieta de un Ministro en las Tullerías y en los Campos Elíseos. Envióse, pues, la lorenese al Muguet; y como entonces empezaban en Francia la moda y la manía por las mujeres de servicio de ultra Rhin, el Mariscal tomó una doncella alemana, procedente de la casa de un banquero vienés establecido en París.

Ese cambio de doncella trajo una revolución en la existencia de Querida. Se decidió que la niña tuviese un cuarto suyo, un cuarto donde dormiría completamente sola. Era una satisfacción para ella, que se sentía humillada por no tener *su* cuarto; pero en cuanto lo tuvo, la pobre criatura se vió en un conflicto entre la vanidad de ser tratada como señorita y un miedo terrible.

La chica era, en efecto, miedosa, horribilmente miedosa. El miedo había sido el tormento de su infancia, como lo es generalmente de todos los niños. Cuando pequeñita, para dominar los terrores de la noche, necesitaba, al dormirse, sentir entre sus manos la de una persona mayor, y por la mañana se la sorprendía risueña al ver la luz del día expulsando la oscuridad de los pliegues de las cortinas de su lecho, esa maligna oscuridad que le parecía huir, zumbándole en los oídos. A veces despertaba llorando, ate-

rrorizada de volver á tener un mal sueño en que todo se veía muy oscuro. Mucho tiempo después de ser una mocita crecida, conservó el terror de las tinieblas de los lugares y de las sombras de las cosas.

Así, durante varios meses pasó noches terribles en aquel cuarto tan deseado, un cuarto grande, grandísimo, que tomaba á los ojos de la niña algo de las proporciones alarmantes del hotel del Ministerio, pasada la media noche. Su primer movimiento casi instintivo, cuando entraba allí á horas nocturnas, era ir á cerrar corriendo un gran armario de ropa, cuyo fondo sombrío le daba miedo. ¿Y qué decir de las angustias de ciertas noches, cuando al sentir algún ruido de ratones ó de la madera de los muebles, se tapaba la cabeza con la sábana y contenía la respiración, pensando temblorosa en la proximidad de aquel desconocido indefinible que poblaba el cerebro de la niña de las imaginaciones más absurdas?

En ese tiempo habían empezado ya las comidas de los martes, presididas por Querida, y entre comida y comida había días de función, en los cuales toda una tertulia de amiguitas invadía tumultuosamente el palco del Ministerio, en la Opera cómica ó en un teatro de magia, divirtiendo al público con las expansiones de su regocijo juvenil y

con el entusiasmo frenético de su admiración que las levantaba en masa de los sillones para aplaudir con todo el cuerpo.

Un día que vió Querida el billete de un palco de la Porte-Saint-Martin, le dió el capricho de llevar á su gente á ese teatro donde no había estado aún, y su abuelo se lo concedió. Representábase aquella noche *Los caballeros de la niebla*. La obra produjo tal efecto en Querida, que le fué imposible permanecer acostada. Levantóse, pues, al cabo de una hora; sin detenerse siquiera á encender una bugía, se dirigió al cuarto de su doncella alemana, pidiéndole que se sentase al pie de su lecho, y se pasó toda la noche recostada en una almohada que arrimó á la pared.

Al día siguiente volvió á las andadas, á pesar de su promesa de ser juiciosa. Esta segunda vez la doncella tuvo la caridad de bajarse á dormir en un sillón del cuarto de Querida, y hubo de repetir la misma operación durante casi una semana.

XIX

La doncella alemana era indulgente con el miedo de Querida: quizá tenía que dirigirse algún car-

go á propósito del desarrollo de esa disposición nerviosa de la niña.

Esa muchacha bávara y católica tenía una rara afición á los entretenimientos fúnebres. En las grandes festividades, y muy especialmente el martes de carnaval ó el jueves lardero, la oriunda del país en que tuvieron origen las *Danzas de los muertos*, no podía resistir á la tentación de disfrazarse de fantasma, y de fantasma de una realidad muy aceptable. Sobre un brazo que estiraba por cima de la cabeza, y que balanceaba hacia adelante y hacia atrás, se echaba una sábana á guisa de sudario, y el semblante, iluminado por una llama de espíritu de vino, en la cual echaba un puñado de sal, aparecía por debajo teñido del verde más cadavérico. Presentarse así, gozar de la sorpresa y de la risa crispada de la niña, tal era el vicio de esa mujer de Germania, cuya gran diversión de carnaval se cifraba en esa mascarada funesta.

Fuera de eso, Lina era una muchacha excelente y muy cariñosa para la niña, á quien servía con esa humilde sumisión que parece tributar al amo el respeto de un pueblo antiguo por su rey. Si tenía que dar las gracias á la señorita por una fineza, por la concesión de un permiso ó por cualquier otra cosa, no dejaba de besarle la mano.

Una adhesión completa, pero una adhesión con sus ribetes despóticos. Lina era horriblemente celosa de los demás criados; sentía también la necesidad de hallarse siempre en contacto estrecho con la persona á quien servía, de verse iniciada en lo que hacía de un modo casi íntimo, de saber que era su única intermediaria cerca de todos los del hotel; y á poco que creyese en una falta de consideraciones hacia su señora, ó en una intrusión de los demás servidores en sus propios derechos, la criatura tratable y sumisa se transformaba en una fiera irreducible y lunática, acometida á cada momento de ventoleras extravagantes.

Entonces sus ojos cariñosos adquirían una dureza siniestra, y como si se hubiese infiltrado en su seno la maldad más sombría, aquella mujer tornábase ruda y brutal. Así es como, teniendo una especie de adoración por los hermosos y abundantes cabellos de Querida, y sintiendo un placer religioso en cuidarlos, en manejarlos suavemente, en peinarlos de modo que parecían no tocarlos sus manos, á pesar de todo, cuando era presa de esas rabias interiores, maltrataba esos cabellos queridos con bruscas sacudidas que no podía dominar. Luego, recobrada la salud del alma, nada podría traducir la nota de cariñoso

orgullo con que decía al jefe del servicio de mesa con su lenguaje apelmazado, después de una comida infantil de martes: «¡La mejor, después de todo, era la señorita!»

La original doncella leía á Goëthe, oía á Mozart, y — caso curioso — poseía, sin que se pudiese saber por dónde, un conocimiento tan cabal como un diplomático del *Almanaque de Gotha*, de las familias reales é imperiales de Europa, y de las alianzas de los príncipes y soberanos.

Lina tenía el cutis pardo, ojos de perro de caza, boca risueña, talle cuadrado, y manos — las manos de todas las institutrices y de todas las domésticas alemanas — manos secas sembradas de lentejuelas blanquizas, y de articulaciones rojas y como sanguinolentas.

XX

Hacia esa época le ocurrió á Querida una cosa muy común en la existencia de las niñas: tuvo una pasioncilla.

De los irresistibles vínculos con que une la naturaleza los dos sexos, del magnetismo misterioso que impulsa á la niña hacia el niño, de las fuerzas providenciales que preparan

y elaboran en el sér femenino, mucho antes de convertirse en mujer, la simpatía por el hombre, habíase formado inconscientemente en Querida un sentimiento que presentaba todas las señales, todos los síntomas, todos los caracteres de un amor de personas mayores. Y, hecho también bastante común en esas ofrendas de sus corazones, en que los niños no tienen en cuenta frecuentemente la distancia de edades, la pasioncilla de Querida no era por un niño, sino por un hombre, así como en el siglo precedente el objeto amado del musiquito Luis había sido la duquesa de Choiseul.

El Mariscal acababa de tomar por secretario un joven y apuesto oficial de Estado Mayor, hijo del general de Morambert, y á quien se trataba en el hotel del Ministerio de la Guerra como hijo de la casa. Era muy amable con Querida; siempre salía de sus bolsillos algún regalito para ella; la entretenía con cuentos que le daban miedo; le hacía la corte riendo, afectando tratarla como una verdadera dama, y al entrar, se divertía en besarle la mano á la manera de un antiguo gentil-hombre.

El Mariscal observó más de una vez que Querida acechaba á la ventana la llegada del secretario, y que desaparecía en cuanto lo veía franquear la puerta del hotel para

reaparecer pasados algunos minutos. Hizo espiar á la niña, y se supo que corría á lavarse las manos con el jabón de benjuí de su doncella.

El oficial siguió besando más grave y ceremoniosamente la manita perfumada, y mientras él estaba allí, la niña no cesaba de mirarlo por cima del hombro, ó de agitar su cuerpecillo con contorsiones febriles, ó de jugar haciendo coquetterías provocativas.

Pero ¿se sabe en qué circunstancias nació y se desarrollaba la pasioncilla de Querida? Una noche que había bajado con su gorra de dormir al despacho del abuelo, para darle el beso de despedida, en el momento de abrir la correspondencia, ayudó á abrir algunos paquetes. Celebróse su destreza, y obtuvo permiso para volver todas las noches á tomar parte en la operación. A favor de ese trabajo en común, que había llegado á ser un juego, y durante el cual, entre el rápido manoseo de los papeles de Estado, de los secretos del Gobierno, de la grave correspondencia, la niña, diciendo al secretario que era un torpe y que no habría acabado nunca, le arrancaba las cartas con sus ágiles manecitas para tirárselas en seguida completamente abiertas, se anudaba una intimidad juguetona y alegre de media hora, que

poco á poco engendraba en el fondo de Querida un verdadero amor, de que dió pruebas á poco tiempo de allí.

El secretario era bastante mala persona, y siempre que hallaba medio, se sustraía al enojo de la mesa de familia. Un día que su padre fué á ver al Mariscal, y le preguntó si su hijo había comido la víspera en el Ministerio, la niña, que estaba allí presente, antes de que su abuelo tuviera tiempo de responder, le dijo: «Sí, comió, General.»

Cuando éste se marchó, el Mariscal preguntó á Querida por qué había dicho una cosa que no era verdad, por qué había mentado. La niña, mirándolo con ojos tiernos que presagiaban lágrimas, dejó escapar que no quería que riñesen á «su amiguito.»

El Mariscal contó la anécdota á su secretario, y en la comida siguiente los dos hombres se bromeaban con indirectas de la pasioncilla de Querida. La niña comprendía, por las miradas que le dirigían, que estaba siendo su diversión, adivinaba que se burlaban de sus sentimientos—¡y él también, el infame, el ingrato, por quien había hecho que su aya le cosiese á las mangas del vestido lacitos de cintas azules, él también se reía!—Ante ese desprecio de su amor infantil, sintió Querida caer su corazón,

como decía el musiquillo Luis tan donosamente; pero casi al instante, bajo el peso de humillación tamaña, su amor se convertía en un despecho furibundo, que al cabo de algunos días llegaba á ser verdadero odio. Y ahora, cuando el «amiguito» le hablaba, se desviaba de él con esos movimientos de repulsión que tienen los niños para las gentes que les son antipáticas.

Algunos meses adelante, volviendo el secretario, después de

usar una licencia, con la alegría expansiva que se siente al entrar en los muros de una casa amada, y encontrando en la escalera á Querida, la levantó en brazos y la besó en ambas mejillas. La muchacha se fué á buscar á su abuelo, quejándose con indignación de que M. de Morambert la había faltado, y declarando que no era ya una niña, y exigía que la *respetasen*.

Esa era la expresión de que se sirvió.

EDMUNDO DE GONCOURT.

(Se continuará).

RECUERDOS DE MI VIDA

CARTA SOBRE EL «TANNHAUSER»

París, 27 de Marzo de 1861.

Prometí á ustedes noticias circunstanciadas sobre todo lo relativo al *Tannhauser*. Ha llegado la hora de cumplir mi promesa, y lo hago con tanto mayor gusto cuanto que el asunto ha tomado un sesgo franco, y ahora puedo verlo desde lo alto, abarcar todos sus pormenores, y hacer una reseña á sangre fría, como si hablase conmigo mismo. Para la mejor inteligencia, es menester que diga algunas palabras sobre los verdaderos motivos que me decidieron á venir á París con preferencia á ninguna otra parte. Empezaré, pues, por aquí.

Hace cerca de diez años me veía privado del placer animador de oír buenas ejecuciones de mis obras

dramáticas, ni aun de tarde en tarde, y sentí finalmente la exigencia de un sitio donde poder disfrutar en un porvenir más ó menos lejano esas emociones vivas de mi arte que se me habían hecho necesarias. Soñaba para eso con algún modesto rincón de Alemania. Ya el gran duque de Baden, con una amabilidad que agradecí mucho, me había concedido autorización para montar y dirigir mi última obra en el teatro de Karlsruhe; en su consecuencia, en el estío de 1859, le insté para que me permitiese convertir mi estancia en sus Estados, puramente temporal al principio, en una residencia definitiva; si no, no me quedaba más partido que ir á establecerme en París. Á la ex-

presión de mi deseo se me respondió: ¡Imposible!

En el otoño del mismo año me puse en camino para París. Tenía fijo el pensamiento en la representación de mi *Tristán*, para la cual esperaba ser llamado á Karlsruhe el 3 de Diciembre; suponía que después de presidir personalmente la primera audición de mi ópera, podría dejarla pasar á los otros teatros alemanes, y me bastaba la perspectiva de hacer lo mismo en el porvenir con mis restantes obras. En esa hipótesis, París no tenía para mí otro interés que permitirme oír de vez en cuando un excelente cuarteto ó una orquesta selecta, y poder remozarme así en ese comercio seguido con los órganos vivos de mi arte. Esos proyectos cayeron á tierra de un sólo golpe con la noticia que recibí de Karlsruhe: se declaraba imposible la representación del *Tristán*. Las dificultades de mi situación me sugirieron la idea de contratar en París para la primavera próxima cantantes alemanes de talento y reputación probada, y organizar con su concurso en los Italianos esa ejecución modelo, que tanto deseaba, de mi nueva obra; mi pensamiento era invitar á tal representación á los directores de orquesta y de escena de los teatros alemanes en que era favorablemente conocido,

á fin de alcanzar de ese modo el resultado que me prometía en Karlsruhe. Pero, como mis planes no podían prosperar sin una participación importante del público parisiense, tenía interés en que dicho público apreciase desde luego mi música, y á este propósito di los tres famosos conciertos en los Italianos. Aunque el éxito fué muy grande, así en lo que toca á la acogida como á la concurrencia, no pude apresurar desgraciadamente la realización del designio principal que había concebido, porque en aquella misma ocasión resultaron patentes las dificultades de tal empresa, sin hablar de la imposibilidad de reunir en París entonces á los cantantes alemanes elegidos por mí; así que esas razones me obligaron á renunciar al proyecto.

Cuando se acumulaban tantos obstáculos en torno mío, y en el momento en que, devorado de preocupaciones, volvía de nuevo los ojos hacia Alemania, supe con gran sorpresa que mi situación había sido objeto de conversaciones y de recomendaciones calorosas en la corte de las Tullerías. Debí ese movimiento de simpatía tan extraordinario, á la iniciativa ignorada hasta entonces de algunos miembros de la legación alemana en París. Fueron tan afortunados sus esfuerzos que el Emperador, á instan-

cias de una princesa alemana que gozaba de gran favor cerca de él, y que habló sobre todo de mi *Tannhauser* con el mayor encomio, dió inmediatamente la orden de preparar esa ópera, á la Academia imperial de música.

Sin negar el vivo placer que me causó ese inesperado testimonio del éxito de mis obras en círculos á que yo había permanecido tan extraño, confieso, no obstante, que no miraba sin grandes temores una representación del *Tannhauser* en aquel teatro. ¿Quién sabía mejor que yo que ese gran teatro de ópera había renunciado desde hacía mucho tiempo á toda mira artística seria, que habían prevalecido en él exigencias muy ajenas á la música dramática, y que la ópera misma no servía ya más que de pretexto para el baile? Declaro que, con ocasión de las reiteradas instancias que se me han dirigido en estos últimos años para que se representase una de mis obras en París, pensé mucho más que en lo que se llama la Gran Ópera en el Teatro lírico, más modesto, y, por consiguiente, más á propósito para un ensayo. Tenía dos razones principales: el público que da el tono en el Teatro lírico no es de una categoría particular, y, merced á la exigüidad de los recursos, el baile propiamente dicho no ha

llegado á ser allí el eje de toda la máquina artística. Pero el director de ese teatro, después de acariciar varias veces la idea de poner en escena el *Tannhauser*, tuvo que desistir por falta de un tenor á la altura de las dificultades del papel principal.

No me había engañado: desde mi primera conferencia con el director de la Gran Opera, lo primero de que se trató, la condición más esencial que había que satisfacer para el éxito de la obra, fué la adición de un bailable, y precisamente en el segundo acto. No tardé mucho en descubrir el verdadero motivo de semejante exigencia. En efecto: después de declarar que el segundo acto era cabalmente aquel cuya marcha no podía interrumpirse por un baile, desprovisto de toda razón de ser en aquel momento, añadí que, en cambio, en el primer acto, el punto en que empieza la acción, el coro voluptuoso de Venus, me parecía muy adecuado para motivar una escena coreográfica del más amplio carácter, tanto más, cuanto que en mi primera concepción había creído que se imponía la necesidad del baile en aquel mismo sitio. Hasta me seducía la idea de tener que colmar esa laguna evidente de mi primera partitura, y bosquejé un plan detallado con el cual adquiriría una gran importancia esa

escena del *Venusberg*. El director rechazó el plan enérgicamente, y me confesó sin artificios que no se trataba sólo de tener un baile, sino de que se bailara hacia mitad de función: el baile es propiedad casi exclusiva de los abonados, y los abonados, que comen muy tarde, no entran en los palcos hasta entonces; un baile al principio de la noche no les serviría de nada, porque jamás asisten al primer acto. El ministro de Estado me reiteró después esas declaraciones y otras del mismo género. En resumen: se me afirmó tan categóricamente que toda probabilidad de éxito dependía del cumplimiento de tales condiciones, que me sentí inclinado á dar por terminada allí la empresa.

Pero, por más que pensase en volverme precipitadamente á Alemania, por más que cavilase ansiosamente dónde dirigirme para la ejecución de mis nuevas obras, al cabo tuve que reconocer la trascendencia de la orden imperial que ponía á mi disposición, sin condiciones ni reservas, toda esa gran institución de la Opera, y me concedía cuantas contratas juzgase necesarias. Apenas formulaba el deseo de una adquisición, estaba satisfecho sin mirar á los gastos; en cuanto al aparato escénico, se procedía con una minuciosidad de que yo no tenía idea hasta entonces. En medio

de circunstancias tan nuevas para mí, fué subyugándome más cada vez el pensamiento de gozar de una representación enteramente perfecta, casi ideal. La perspectiva de una ejecución semejante (cualquiera que sea la obra) es precisamente la que me ha perseguido durante mucho tiempo y preocupado de una manera seria, desde que me encuentro apartado de nuestro teatro de ópera; y hé aquí que los medios de que no había podido disponer nunca, en ninguna parte, se encontraban ahora á mi disposición en París, de un modo inesperado, y en una época en que ningún esfuerzo hubiese podido procurarme en mi patria un favor que se acercase á éste ni aun de lejos. Lo confieso con franqueza: esa idea me comunicó un entusiasmo que no había sentido hacía mucho tiempo, y si á ella se asociaba alguna amargura, sólo sirvió para exaltar ese entusiasmo. Pronto me poseyó un pensamiento único: la posibilidad de una representación perfectamente bella; y en medio de la preocupación constante de dar cuerpo á esa posibilidad, me negué á dejarme influir por ningún linaje de consideraciones; si logro realizar lo que creo posible — me dije — ¡qué me importan el Jockey-Club y su baile!

Desde entonces no me cuidé más que de la interpretación. Según me

declaró el director, no había tenor francés á quien encargar del papel de Tannhauser. Por lo que me habían referido de las brillantes dotes del joven cantante Niemann, lo propuse para el papel principal, aunque sin haberlo oído; pero la circunstancia de que poseía una buena pronunciación francesa, contribuyó á cerrar su contrata con honorarios muy elevados, después de una discusión minuciosísima. Se contrató á otros varios cantantes, especialmente al barítono Morelli, sólo por el deseo que expresé de tenerlos como intérpretes. Preferí á algunos artistas de viso y ya en posesión del favor público en París, pero cuyos hábitos inveterados me contrariaban, artistas que estaban aún en sus comienzos, y que era de suponer se prestarían con más flexibilidad á las exigencias de mi estilo. Me sorprendió la atención escrupulosa que se concedía á los ensayos de canto al piano; es una cosa absolutamente desconocida entre nosotros; gracias á la viva inteligencia y al delicado sentimiento del «maestro de canto» Vauthrot, nuestros estudios dieron resultados inmediatos de una rara perfección. Me satisfizo mucho singularmente el ver la pronta inteligencia de los artistas franceses de la nueva generación para penetrarse del espíritu de sus papeles, y el celo y ar-

dimiento con que cumplían su cometido.

Yo mismo volvía á tomar placer en mi antigua obra: revisé la partitura con el mayor esmero, rehice del todo la escena de Venus con el baile que la precede, y me esforcé en armonizar exactamente la parte cantada con la nueva letra francesa.

Hasta aquí había concentrado mi atención entera en la interpretación, y había dejado á un lado toda consideración extraña á este objeto; pero al fin acabé por advertir con pena que esa misma interpretación no se mantendría á la altura en que yo la soñaba. No es cosa fácil especificar exactamente los puntos en que debí abandonarme á mis decepciones; pero el inconveniente más sensible procedía del encargado del difícil papel principal: cuanto más nos acercábamos al día de la función, más crecía su desaliento; juzgóse necesario que se pusiese en relación con los críticos, y éstos le predecían la caída irremisible de mi ópera. Las esperanzas favorables que alimenté durante los ensayos al piano, fueron desvaneciéndose á medida que se acercaba la lectura á la orquesta. Ví que descendíamos al nivel de una representación vulgar de ópera, y que todos los esfuerzos que hiciésemos para superarlo serían estériles. Faltaba un

elemento de éxito en que era natural que yo no pensase al pronto, y el único que hubiese podido dar el relieve apetecible á una representación de esa clase: la presencia de un artista de viso, ya adoptado y mimado por el público, en vez de la compañía, casi toda de simples principiantes, con que me presentaba á solicitar sus sufragios. En fin, me dolía sobre todo no haber conseguido que me cediese el puesto el director de orquesta, en cuyo caso hubiese podido ejercer un gran influjo sobre la interpretación; y lo que acababa de contristarme, lo que todavía á la hora presente pone el colmo á mi verdadera pena, es no haber logrado que defiriesen á mi deseo de retirar la partitura, es haber tenido que consentir con una triste resignación á que se ejecutase mi obra sin inspiración ni entusiasmo.

En cuanto á la manera cómo acogía el público mi ópera, me era casi indiferente en tales circunstancias; la más brillante acogida no hubiese podido decidirme á seguir una larga serie de representaciones, dado el poco placer que sentía.

En lo que toca á la naturaleza de esa acogida, me parece que hasta ahora los han tenido á ustedes deliberadamente en un error. Se engañarían de medio á medio, si en vista de sus anteriores noticias, for-

masen del público parisiense un juicio, lisonjero acaso para el público alemán, pero muy injusto de todas veras. Yo insisto, al contrario, en reconocer al público parisiense cualidades muy estimables, sobre todo una comprensión muy viva y un sentimiento de la justicia verdaderamente generoso.

Hé aquí un público (hablo de él considerado en su conjunto) para el cual soy desconocido del todo personalmente, un público á quien los periódicos, los charlatanes y los desocupados, cuentan de mí diariamente las cosas más absurdas, y á quien se previene en contra mía con una furia casi sin ejemplo. Pues bien: ver á tal público luchando por mí contra una fracción conjurada durante cuartos de hora seguidos y prodigándome los testimonios más tenaces de su aprobación, es un espectáculo de que debía holgarme por fuerza, así hubiese sido el hombre más indiferente del mundo.

Gracias á la extraña solicitud de los que disponen exclusivamente de las localidades en días de estreno, y que casi me habían negado un hueco para mis pocos amigos personales, veíase reunido aquella noche en la sala de la Gran Opera un público cuyo cariz anunciaba á todo observador desapasionado una extrema prevención contra mi obra; agréguese á eso toda la prensa de

París, invitada oficialmente en semejantes casos, y de cuya hostilidad podrán juzgar ustedes con sólo leer sus reseñas. En tales condiciones, se me concederá que pueda permitirme pronunciar la palabra *victoria*, si afirmo sin la menor exageración que la ejecución mediana de mi obra hizo estallar aplausos más nutridos, más unánimes, que los que he recibido hasta el presente en Alemania.

Los críticos musicales de aquí en su mayoría, y aun puede decirse que todos ellos, eran los instigadores de la oposición, casi general al principio. Hasta el fin del segundo acto se habían esforzado en desviar la atención del público; entonces dejaron traslucir el temor de tener que asistir á un éxito completo y ruidoso del *Tannhauser*, y en su vista recurrieron á una estratagemma, que fué prorrumpir en risas bastante groseras después de aquellos pasajes sobre los cuales se habían puesto de acuerdo en los ensayos. De esa suerte, consiguieron disminuir la importancia de las manifestaciones que tuvieron efecto á la caída del telón. Esos señores habían advertido en todos los ensayos generales, á que yo no pude impedir que asistiesen, que el éxito propiamente dicho de mi ópera estribaba en el acto tercero. Una bellísima decoración de M. Despléchin,

representando el valle al pie del Wartburg, á la luz de un crepúsculo de otoño, produjo ya en cuantos asistían á los ensayos generales, el encanto que debía preparar la disposición de espíritu necesaria, para la inteligencia de las escenas siguientes. Por parte de los artistas, esas escenas fueron la parte brillante de toda la interpretación. La ejecución musical y escénica del coro de los peregrinos, alcanzaba una belleza insuperable. Mlle. Sax, decía la plegaria de Isabel de un modo perfecto y con una expresión arrebatadora. Morelli, suspiraba los pensamientos dirigidos al lucero de la tarde, con una perfecta delicadeza elegiaca. Esa serie de números, preparaba tan felizmente el relato de la peregrinación (la mejor parte de la interpretación de Niemann, la que siempre le ganó los más vivos sufragios), que hasta los más encarnizados enemigos de mi obra, tuvieron que reconocer la importancia excepcional del éxito reservado á ese tercer acto; y contra ese acto precisamente dirigieron sus ataques los fautores del motín, intentando perturbar con ruidosas carcajadas, por los motivos más fútiles y pueriles, el recogimiento y la emoción contenida del público, en cuanto advertían esa disposición favorable y necesaria de los espectadores. Mis intérpretes no se dejaron descon-

certar por esas demostraciones hostiles: el público se mantuvo firme también, y prestó una atención simpática á sus animosos esfuerzos, frecuentemente recompensados por aplausos calorosos, tanto que al final, la oposición, quedó completamente avasallada, por las llamadas vehementes á escena de los intérpretes.

La actitud del público en la segunda representación me probó que no me había engañado al considerar el éxito de la primera noche como una completa victoria; porque entonces se pudo ver de una manera decidida con qué género de oposición tenía que habérmelas en adelante. Quiero hablar del Jockey-Club de aquí, y puedo permitirme citarlo, toda vez que el mismo público, con sus gritos de «¡A la calle los Jockeys!» designó á mis principales adversarios en alta é inteligible voz. Los miembros de ese Club (ustedes me dispensarán ¿verdad? si insisto demasiado sobre la legitimidad del derecho que creen poseer de reinar soberanamente en la Gran Opera), los miembros de ese Club se habían sentido mucho por la supresión del baile habitual en el momento de su entrada, es decir, hacia la mitad de la representación. ¡Cuál no fué, pues, su asombro, al ver que el *Tannhauser*, no sólo no había fracasado en la primera re-

presentación, sino que en realidad había conseguido un triunfo! En adelante, corría de su cuenta, arreglar las cosas de modo que no les hiciesen tragar todas las noches esa ópera sin baile; al efecto, hicieron buen acopio de silbatos de caza y otros instrumentos del mismo género, y apenas entraron en el teatro empezó la maniobra contra el *Tannhauser*.

Hasta allí, es decir, durante el primer acto y hasta la mitad del segundo, no se hubiese podido sorprender el menor asomo de oposición; aplausos sostenidos, acompañaban sin ninguna protesta los pasajes que gustaron desde un principio. Pero, á partir de aquel momento, fué inútil toda demostración favorable; en vano el mismo Emperador y la Emperatriz dieron por segunda vez á mi obra públicas muestras de su benevolencia; los que se miran como soberanos del teatro, pertenecientes todos á la más alta aristocracia de Francia, pronunciaron la sentencia irrevocable contra el *Tannhauser*. Los silbatos acompañaron hasta el fin á las salvas de aplausos del público.

En vista de la impotencia absoluta de la dirección frente á aquel poderoso Club, y en vista del miedo manifiesto del mismo Ministro de Estado, no me creí con derecho á seguir exponiendo á mis fieles in-

térpretes á aquella innoble agitación de que se los hacía víctimas sin escrúpulo, con la esperanza de que habrían de batirse en retirada forzosamente. Declaré á la dirección que retiraba mi ópera, y, si consentí en que se representase una tercera vez, fué con la condición expresa de que sería en domingo, es decir, fuera de abono, para que pudiese ocupar toda la sala el público propiamente dicho. Pusiéronse reparos contra mi deseo de que se designase esa representación en los carteles como la *última*; así que no tuve otro recurso que advertirlo yo mismo á mis conocidos.

Esas medidas de precaución no consiguieron disipar los temores del Jockey-Club; al contrario, sus miembros creyeron ver en la representación dominical una demostración audaz y amenazadora para sus intereses: pensaban que después de eso, después de acogida la ópera por un éxito no discutido y admitida en el repertorio, fácilmente les sería impuesta á la fuerza. No se atrevían á creer que yo hablase sinceramente, cuando aseguraba que, aun supuesto tal éxito del *Tannhauser*, no estaría menos decidido á retirar la partitura. Esos caballeros renunciaron, pues, por aquella noche á sus otras diversiones; volvieron á la Ópera, bien

pertrechados, y renovaron las escenas de la segunda noche.

Esta vez la exasperación del público, al ver que le sería absolutamente imposible seguir la representación, creció en proporciones nunca vistas, según me dijeron; parece que los señores perturbadores, á no ser por la inviolabilidad de su posición social, no hubiesen escapado á los malos tratamientos y á las vías de hecho. Lo digo sin ambages: tanto como me asombró la actitud desenfrenada de esos señores me conmovieron los esfuerzos heroicos del verdadero público por reparar aquella injusticia; nunca ha estado más lejos de mí, concebir dudas del público parisiense, cuando se encuentra en un terreno neutral.

La retirada de mi partitura ha puesto á la dirección de la Ópera en un verdadero y grande apuro. Clama que en lo ocurrido con el *Tannhauser* ve un grandísimo éxito, en vez de un fracaso, y que, por más que consulta sus recuerdos, no tiene idea de que se haya visto jamás un público tomando parte con tan viva pasión por una obra discutida. Le parece que el *Tannhauser*, tiene asegurados los mayores ingresos, porque las localidades están tomadas ya con anticipación para varias representaciones. Le informan de la irritación

creciente del público, al ver defraudado por una ínfima minoría el interés que tiene de oír y apreciar en paz una obra nueva de que tanto se ha hablado.

Sé, por mi parte, que el Emperador permanece completamente fiel á sus buenas disposiciones en pro de mi causa, que la Emperatriz quiere tomar mi ópera bajo su protección y reclamar medidas para prevenir la repetición de nuevos desórdenes. En este mismo momento circula entre los músicos, los pintores, los artistas y los literatos de París una protesta dirigida al ministro de Estado contra los vergonzosos acontecimientos de la Opera; me dicen que se cubre de firmas. En tales circunstancias, parece que debería sentirme animado á autorizar la reaparición de mi ópera. Pero me lo impide una importante consideración artística.

Hasta ahora no he podido lograr una sola audición tranquila y recogida de mi obra. Las condiciones particulares, necesarias para comprender lo que yo he querido hacer, para colocarse en esa disposición de espíritu extraña al público ordinario de ópera, y sin la cual no se abraza el conjunto, la unidad de una producción, esas condiciones, digo, han faltado hasta ahora á mis oyentes, que sólo han podido fijarse en brillantes episodios, fáciles de

comprender aisladamente, y puestos allí como simple marco de mi cuadro; esos oyentes han tenido que limitarse á notar dichas páginas y á saludarlas con sus vivas simpáticas. Admitiendo que yo consiguiese ahora esa audición tranquila y recogida, no dejaría de temer lo que antes dije sobre el carácter de la ejecución de aquí: tal ejecución carecía por completo de vigor y de entusiasmo, cosa que no ha pasado inadvertida para ninguno de los que están familiarizados con la obra. En cuanto á mí, me estaba vedado intervenir personalmente para estimular esa debilidad, y temiendo, en consecuencia, que la debilidad se patentizase poco á poco, he renunciado á toda esperanza de asistir por esta vez á un éxito sólido y no puramente superficial.

¡Queden, pues, todas las deficiencias de esa ejecución indulgentemente veladas por el polvo de estas tres noches de combate! ¡Y qué más que uno, después de haber defraudado cruelmente las esperanzas cifradas en él, pueda retirarse de la lucha con la convicción de que ha sucumbido por una buena causa y por amor á esa causa!

¡Acabe por esta vez su carrera el *Tannhauser* de París! Si llegara á cumplirse la aspiración de amigos serios de mi arte, si se realizara el proyecto acariciado á estas horas

por personas muy expertas, y que no se endereza nada menos que á la inmediata fundación de un nuevo teatro de ópera donde puedan introducirse las reformas cuya iniciativa he tomado aquí, quizá volverían ustedes á recibir de París mismo noticias del *Tannhauser*.

En cuanto á lo que ha pasado en París hasta hoy, á propósito de mi obra, tengan ustedes por seguro

que el presente relato es la verdad pura y cabal; y sírvales de garantía el saber que me es imposible contentarme con apariencias, cuando quedan por cumplir mis más íntimas aspiraciones, que mis deseos no pueden verse satisfechos más que cuando tengo la conciencia de haber provocado una impresión franca y patente.

BIENHE A LA BIBLIOTECA
TEMPORALMENTE
MIS RECUERDOS

SOBRE LUIS SCHNORR DE KARLSFELD, MUERTO EN 1865

Oí hablar por primera vez del joven cantante Luis Schnorr de Karolsfeld á mi antiguo amigo Tichastchek que me visitó en Zurich durante el estío de 1856, y llamó mi atención, en previsión del porvenir, sobre las grandes dotes de ese neófito del arte. Schnorr había empezado entonces su carrera dramática, en el teatro Real de Karlsruhe, y el director de ese teatro, que me visitó también durante el estío del año siguiente, me habló de su predilección singular por mi música y por las dificultades que imponía al cantante dramático. Convinimos, pues,

en reservar el estreno de mi *Tristán*, cuya concepción meditaba en aquella época, para el teatro de Karlsruhe; de esa suerte era de suponer que el gran Duque de Baden, muy bien dispuesto en mi favor, podría allanar las dificultades que se oponían aún, á que yo reapareciese en el territorio de la Confederación germánica sin ser molestado. Poco después recibí una atenta carta del mismo Schnorr, expresándome casi apasionadamente su adhesión hacia mí.

Por motivos en que quedaba más de un punto oscuro, declaróse finalmente imposible estrenar en

Karlsruhe esa ópera, acabada durante el verano de 1859. En cuanto á Schnorr, me participaban también que, á despecho de su gran abnegación por mí, no creía poder llegar á vencer las dificultades que ofrecía el papel principal en el último acto. Además, se me pintaba como grave el estado de su salud; me decían que estaba afligido de una obesidad que desfiguraba su porte juvenil. Esta última noticia fué la que peor me impresionó. Cuando visité por primera vez á Karlsruhe en el estío de 1861, volvió á agitarse el suspendido proyecto, gracias á la perseverancia amistosa de las buenas disposiciones del gran Duque; pero acogí con cierta repugnancia la proposición que me hicieron de entrar en negociaciones con Schnorr, contratado entonces en el teatro Real de Dresde. Declaré que no tenía el menor deseo de conocer personalmente á ese cantante, porque, dado su achaque, temía que las ideas grotescas evocadas por su presencia, pudiesen prevenirme contra sus méritos reales de artista hasta el punto de hacerme insensible á ellos.

No habiendo podido celebrarse en Viena una ejecución de mi nueva obra, proyectada en el ínterin, pasé una temporada en Biebrich, á orillas del Rhin, durante el verano de 1862, y de allí fui á Karlsruhe con objeto de asistir á una repre-

sentación de *Lohengrin*, para la cual había sido contratado Schnorr. Llegué secretamente; me había propuesto no presentarme á nadie, á fin de que Schnorr sobre todo, ignorase mi presencia, porque temía ver confirmados mis temores por la impresión repulsiva de su supuesta deformidad, é insistía en eludir toda relación personal entre nosotros, y en pasarme sin él. Pronto cambiaron esas disposiciones. Si la vista del caballero del cisne, al abordar á la ribera en su navecilla, me hizo el efecto algo extraño de la aparición de un Hércules juvenil, no bien se adelantó á la escena, obró sobre mí inmediatamente el encanto especial del héroe legendario, del enviado de Dios; era el personaje sobre el cual no se pregunta: «¿Cómo es?», sino que se dice: «¡Helo ahí!» Esa impresión instantánea, tan profundamente penetrante, no puede compararse más que á un hechizo; recuerdo haberla recibido de la gran Schroeder-Devrient, en los primeros años de mi adolescencia, de una manera decisiva para toda mi vida, y después jamás he vuelto á experimentarla tan poderosamente como en la salida de Luis Schnorr en *Lohengrin*. Durante la representación, no tardé en advertir que había muchas cosas en su manera de concebir é interpretar que no habían llegado aún

á la madurez; pero esos mismos defectos tenían á mis ojos el atractivo de una pureza juvenil incólume, de una casta disposición al desarrollo artístico más floreciente. El entusiasmo y la tierna exaltación en que rebosaban las miradas maravillosamente amorosas de aquel jovenzuelo, me revelaron en seguida la llama genial en que acabarían por arder; en pocos instantes fué para mí un sér cuyas facultades ilimitadas me inspiraron una trágica angustia. Al final del primer acto encargué á un amigo, á quien busqué con ese objeto, que pidiese á Schnorr una cita conmigo después de acabada la ópera. Hízose así: á una hora avanzada de la noche, entró el joven adalid, fresco y ágil, en mi cuarto del hotel, y quedó concluida la alianza. Entonces no podíamos decirnos gran cosa, pero se convino que celebraríamos una entrevista más larga en Biebrich lo antes posible.

Allí, á orillas del Rhin, volvimos á encontrarnos á poco para pasar juntos dos semanas felices; Bülow, que había ido á verme en la misma época, ocupaba el piano, y recorrimos á nuestro sabor mis bosquejos del *Anillo de los Nibelungos* y sobre todo *Tristán*. Todo lo que podía llevarnos á la inteligencia más íntima en punto á los intereses artísticos, fué dicho y hecho. En cuanto á las dudas de Schnorr

sobre la posibilidad de interpretar el tercer acto de *Tristán*, me confesó entonces, que esas dudas se referían más que á un desfallecimiento del órgano, á las dificultades que encontraba para poseer á fondo la inteligencia de una frase: ese pasaje único, pero que creía de la más alta importancia, era la *maldición de amor*; se trataba especialmente de la expresión musical exigida á partir de las palabras: «Risa y llanto, voluptuosidades y heridas...» Le expliqué mis intenciones y el acento indudablemente extraordinario que había querido dar á esa frase. Me entendió inmediatamente; reconoció que bajo el punto de vista musical se había engañado en lo tocante al *movimiento*, que él suponía demasiado rápido, y vió que la precipitación exajerada resultante de ese modo, procedía de que había equivocado la justa expresión por no haber comprendido tampoco el pasaje. Le hice advertir que, al indicar un movimiento más amplio, me proponía seguramente obtener un esfuerzo insólito y hasta quizá de una intensidad extraordinaria, á lo cual me manifestó que no era exigir un imposible, y me probó al instante cómo con aquella amplitud del movimiento lograba interpretar el pasaje de una manera completamente satisfactoria.

Ese simple pormenor ha sido para

mí una cosa inolvidable y de las más instructivas: el extremo esfuerzo físico, dejaba de ser penoso desde el punto y hora en que el artista llegaba á entender la expresión justa de la frase; la inteligencia le comunicaba al momento la fuerza requerida para vencer la dificultad material. Y hé ahí el delicado escrúpulo, que durante años, había atormentado la conciencia artística de ese joven; su incertidumbre en la interpretación de un sólo pasaje lo había intimidado hasta el punto de dudar que pudiese salir airoso de todo su cometido; en cuanto á *cortar* el pasaje, medio á que no hubieran dejado de recurrir nuestras más renombradas celebridades de ópera, no podía cruzarle siquiera por las mientes, porque sabía que ese era el vértice de la pirámide hasta donde se elevaba la tendencia trágica del tipo de *Tristán*.

¡Quién puede medir las esperanzas que me alentaron al encontrar en mi camino tal cantante!

Nos separamos, hasta que nuevos y singulares destinos volvieron á unirnos años después para la realización definitiva de nuestra empresa.

A partir de ese instante, mis esfuerzos por conseguir una representación de *Tristán* se confundieron con los que hice para asegurarme

el concurso de Schnorr; pero no dieron resultado hasta la época en que un augusto amigo del arte, que la suerte me deparó después, me asignó con ese objeto el teatro Real de Munich. A comienzos de Marzo de 1865, Schnorr hizo una corta aparición en Munich, á fin de celebrar conmigo las conferencias necesarias á propósito de nuestro proyecto, pronto á entrar en vías de ejecución. Se aprovechó su presencia para dar una representación de *Tannhauser*, sin preparación ninguna, y encargándose él del papel principal con un sólo ensayo en la escena. No podía servirme, pues, más que de indicaciones verbales para hacerle comprender las explicaciones que esperaba sobre su cometido, el más arduo entre todos los papeles de hombres de mis dramas. Bajo un punto de vista general, le comuniqué la triste experiencia que había hecho sobre el efecto producido hasta entonces en el teatro, por mi *Tannhauser*: el resultado último nunca había sido satisfactorio, porque jamás habían sido vencidas, ni siquiera comprendidas, las dificultades del papel principal. Le indiqué como rasgo dominante de ese papel *la suma intensidad, así del éxtasis como de la contrición*, sin emplear ninguna gradación intermedia de sentimiento, sino bruscamente y por un

contraste bien acentuado. Para fijar mejor este principio de su interpretación, le señalé la importancia de la primera escena con Venus: si falla el efecto conmovedor que debe producir esa escena, es inevitable el fracaso de todo el conjunto; por más que el actor lance gritos de alegría en el primer final, por más que se arrebate y subleve en el tercero bajo el anatema, no hay ya modo de enderezar las cosas. La importancia de esa escena no estaba indicada bastante claramente en el primer bosquejo; más tarde, cuando lo reconocí, me ocurrió la idea de la nueva interpretación, que en la época de que hablo, aún no había sido puesta en estudio en Munich. Schnorr tenía que salir de su empeño con el antiguo sistema; razón además para que se esforzase en traducir un combate espiritual extraordinariamente doloroso, lo cual en ese pasaje depende exclusivamente del artista; podía conseguirlo, siguiendo mi consejo de considerar como un *crescendo* poderoso todo lo que precede á la exclamación decisiva: *¡Mi salvación reposa en María!* Le dije que al llegar á esta palabra *¡María!* debía haber una explosión tan enérgica, que el milagro operado inmediatamente del desencanto del *Venusberg* y del transporte al valle natal, apareciese de un modo claro y rápido como la realización

necesaria de las exigencias inevitables de un alma sobreexcitada hasta el extremo. Añadí que en el momento de esa exclamación debía tomar la actitud de un hombre arrebatado por el éxtasis más sublime, dirigiendo al cielo una mirada exaltada y fija, y permanecer así, sin cambiar de sitio, hasta el instante en que los caballeros entran en escena y lo apostrofan. En cuanto al modo de dar cima á esa empresa, declarada imposible algunos años atrás por un cantante renombradísimo, yo mismo se lo indicaría directamente en el ensayo, poniéndome cerca de él. Me colocaría enfrente, y siguiendo paso á paso la música y el desarrollo de la escena, desde la canción del pastor hasta el desfile de los peregrinos, le apuntaría la marcha interior de los sentimientos extáticos, desde la completa y sublime inconsciencia hasta el despertar gradual de la percepción exterior, producido sobre todo por el renacimiento del oído, mientras la mirada, desencantada por la vista del azul celeste, se niega á reconocer aún el antiguo mundo terreno de la patria, como si temiese romper el encanto, permaneciendo, pues, fija esa mirada, dirigida sin cesar hacia el cielo; sólo el juego expresivo de la fisonomía y una blanda distensión á lo último de la actitud erguida del cuerpo, deben

delatar la invasión de la ternura en el alma regenerada, hasta que toda agitación se desvanece ante el avasallamiento divino, hasta que el pecador se postra con humildad, profiriendo al fin la exclamación: *¡Loor á tí, Omnipotente! ¡Grandes son las maravillas de tu gracia!* Luego, cuando ya de rodillas une su voz tímidamente á la de los peregrinos, su mirada, su cabeza, su cuerpo entero, se inclinan más profundamente cada vez, hasta que, sofocado por las lágrimas, poseído de un nuevo y saludable desfallecimiento, queda tendido, inanimado, con la faz en tierra.

En este sentido y en voz baja, comuniqué á Schnorr mi pensamiento, permaneciendo cerca de él durante todo el ensayo. A las brevísimas indicaciones que yo le hacía, respondía por su parte con una discreta y furtiva mirada; esa mirada, iluminada por una exaltación profunda, me atestiguaba la inteligencia más maravillosa, el actor despertaba en mí de rechazo nuevas inspiraciones sobre mi propia obra; con lo cual tuve un ejemplo inaudito del fecundo cambio de resultados que puede producir un comercio inmediato y afectuoso entre dos artistas de diversas dotes, cuando sus facultades se completan perfectamente.

Después de aquel ensayo no volvimos á decir una palabra de

Tannhauser. Aun después de la representación, que tuvo efecto la noche siguiente, apenas si cruzamos una palabra sobre el particular; por mi parte, ni le dirigí elogios ni le dí las gracias: aquella noche, merced á la interpretación maravillosa, enteramente inexpresable, de mi amigo, dirigí hasta el fondo de mi propia creación una de esas miradas que rara vez, quizás jamás, ha sido dado dirigir á un artista. Se siente uno poseído entonces de un arrobamiento sagrado, ante el cual debe guardarse un silencio religioso.

En esa única representación de *Tannhauser*, que jamás se repitió, Schnorr había realizado cumplidamente mis intenciones artísticas más íntimas; no se perdía de vista un sólo instante el elemento demoníaco en el transporte ó el dolor; el pasaje de una importancia tan decisiva en el segundo final «Para guiar al pecador á la salvación...», sobre el cual había expresado yo tantas veces exigencias inútiles; ese pasaje que dejaban á un lado obstinadamente todos los cantantes por su gran dificultad, y todos los directores por el movimiento obligado de los instrumentos de cuerda, lo interpretó Schnorr por primera y única vez con la expresión intensamente conmovedora que convierte al héroe, de un objeto de horror, en el sér sobre el cual se concentra la

piedad. El ardor frenético de su contrición durante la conclusión tan movida del segundo acto, y su despedida en respuesta á la de Isabel, preparaban perfectamente su aparición en el tercer acto con los signos de la demencia; de aquel alma helada brotaba después la emoción de una manera más embargadora, hasta el momento en que un nuevo acceso de locura volvía á evocar la visión mágica de Venus con un poder casi tan despótico como el del primer acto, cuando la invocación á María hacía reaparecer milagrosamente el mundo de la luz, el mundo de la patria cristiana. En esa última explosión de una desesperación frenética, Schnorr estaba verdaderamente espantoso, y no creo que Kean y Luis Devrient hayan podido alcanzar un poder más alto en el papel de Lear.

La impresión del público fué para mí sumamente instructiva. Más de un pásave, como la escena casi muda que sigue al desencanto del *Venusberg*, produjo un efecto conmovedor, y provocó explosiones impetuosas y unánimes del sentimiento general. Pero en el conjunto noté más bien sorpresa y asombro; las partes enteramente nuevas, especialmente el pasaje discutido y siempre suprimido del segundo final, desorientaron y casi desconcertaron al público. A este propósito tuve

que recibir á quemarropa la lección de un amigo que no carecía de inteligencia: me dijo que, hablando propiamente, no tenía derecho para hacer interpretar el *Tannhauser* á mi modo, siendo así que público y amigos, acogiéndolo con favor por todas partes, expresaban manifiestamente que la manera más sentimental de comprender la obra hasta entonces, aunque insuficiente para mí, era en el fondo la mejor. La objeción formulada sobre la puerilidad de tales asertos era recibida con encomimientos de hombros tan indulgentes, que no había modo de discutir.

Así, á esa relajación y aun diré á esa corrupción general, no sólo del gusto público, sino hasta del sentido artístico de los mismos que nos rodeaban, tuvimos que oponer Schnorr y yo una común resistencia; y lo hicimos, merced á un simple acuerdo sobre lo que era verdadero y justo, creando y obrando con tranquilidad, sin otra demostración que nuestros actos de artistas.

Se preparó esta demostración en los comienzos del siguiente Abril, con el regreso del artista tan profundamente identificado conmigo y con los ensayos generales para la representación del *Tristán*. Jamás el más torpe de los cantantes ó de los músicos aceptó de mí tan gran número de instrucciones sobre el

detalle más nimio como ese héroe del canto, que desde el primer instante conquistaba la maestría suprema: la más leve apariencia de obstinación en mis consejos, hallaba en él una acogida tan inteligente y tan simpática, que me hubiera creído desleal, si por temor de no herirlo hubiese intentado evitarle la menor crítica. Bien es cierto que esa disposición dimanaba de que mi amigo, por su propia iniciativa, había penetrado ya el sentido ideal de mi obra, y se lo había asimilado cumplidamente: ni el menor hilo de esa trama espiritual, ni la más discreta indicación de las relaciones más ocultas, nada había que no adivinase con el tacto más exquisito. No se trataba, por consiguiente, sino de someter á un examen riguroso los medios técnicos de expresión del artista bajo el punto de vista vocal, musical y mímico, á fin de conseguir en todo el curso de la obra la armonía entre las facultades personales y características del intérprete y el objeto ideal de la interpretación. Los que asistieron á aquellos estudios, deben recordar que nunca les ha sido dado conocer nada semejante en punto á inteligencia entre artistas amigos.

Sólo del tercer acto del *Tristán*, no dije nada á Schnorr (excepto mi explicación precedente del único pasaje que no había comprendido).

Después de prestar la atención más sostenida á mis intérpretes, así con la vista como con el oído, mientras se ensayaban el primero y el segundo acto, una vez empezado el tercero, me desvié involuntariamente del espectáculo del héroe herido, tendido en su lecho de dolor, para abstraerme, inmóvil en mi asiento, con los ojos medio cerrados. Como no me volví una sola vez durante esa larguísima escena, ni aun al oír los acentos más vigorosos, y en cambio no hacía más que agitarme, Schnorr pareció experimentar alguna perplejidad ante la duración insólita de aquella indiferencia aparente. Pero cuando al fin me levanté titubeando después de la *maldición de amor*, cuando me incliné hacia ese admirable amigo que seguía tendido en su lecho, y abrazándole cariñosamente, le dije muy bajo, que me era imposible expresar ningún juicio sobre el ideal realizado por él, entonces centellearon de repente sus ojos sombríos como la estrella del amor. Un sollozo apenas perceptible... y después nunca volvimos á pronunciar una palabra seria sobre ese tercer acto. A lo sumo me permití demostrarle mi sentimiento con bromas por ese estilo: una cosa como ese tercer acto es fácil de escribir, pero verse obligado á oírse la cantar á Schnorr es algo fuerte; así

que me sería imposible mirarlo encima...

A decir verdad, hoy mismo, al apuntar estos recuerdos después de tres años, no puedo describir la manera cómo me secundó Schnorr en el papel de Tristán, hasta llegar al punto culminante del tercer acto de mi drama; y es sin duda por la sencilla razón de que esa manera no admite paralelo. Héme aquí en un gran apuro para saber cómo podría dar siquiera una idea aproximada; estoy convencido de que el único medio de fijar para la reflexión ulterior ese prodigio tan formidablemente fugitivo, el arte de la interpretación por la música y la mímica combinadas, consiste en recomendar á los amigos sinceros de mi persona y de mi obra, que tomen en las manos ante todo la partitura de ese tercer acto. Desde luego tendrían que escrutar á fondo la orquesta, siguiendo, desde el principio del acto hasta la muerte de Tristán, los motivos musicales que sin tregua surgen, se desarrollan, se asocian y separan para volver de nuevo á confundirse, crecer y borrarse, hasta que finalmente entran en lucha, se traban y se devoran casi los unos á los otros; después deberían notar que esos motivos, cuya significación exigía la más minuciosa armonización al par que una orquestación del más indepen-

diente movimiento, expresan una vida afectiva en donde alternan el más vehemente anhelo de voluptuosidad y la aspiración más decidida á la muerte, una vida que hubiera sido imposible bosquejar hasta hoy en una obra puramente sinfónica, porque no se podía hacer sensible, sino mediante combinaciones instrumentales que apenas si ha necesitado poner en juego hasta el día con tal riqueza, un compositor puramente sinfónico. Nótese ahora que toda esa orquestación extraordinaria, no representa bajo el punto de vista de la *ópera* propiamente dicha, con respecto á los monólogos en que se desahoga el cantante tendido en su lecho, sino el acompañamiento de lo que se llama un solo de canto, y se medirá el alcance de la ejecución de Schnorr, si digo, invocando el testimonio de cualquier oyente sincero de aquellas representaciones de Munich, que desde el primero hasta el último compás toda la atención y todo el interés, se concentraban exclusivamente en el actor y en el cantante, permaneciendo encadenados á su persona; que no hubo un sólo momento de distracción, ni se perdía la más mínima palabra; más aún: que la orquesta desaparecía completamente ante el cantante, ó, por mejor decir, parecía envuelta en su misma ejecución. Al que haya

estudiado de cerca la partitura le pintaré la grandeza incomparable de la interpretación de mi amigo, con sólo advertirle que, después del ensayo general, los oyentes desapasionados auguraban á ese acto tercero, un efecto popularísimo y le predecían un éxito unánime...

Al asistir á aquellas representaciones del *Tristán*, la prodigiosa hazaña de mi amigo me inspiró desde el comienzo un asombro respetuoso, que creció hasta trocarse en verdadero espanto. Acabé por mirar como un crimen el consentir que Schnorr repitiese normalmente aquella proeza, según los usos de nuestro repertorio de ópera; y á la cuarta representación, después de la *maldición de amor* de *Tristán*, me creí en el deber de declarar resueltamente que esa representación sería la última y que yo no toleraría ninguna otra.

Era algo difícil hacer comprender claramente mi sentimiento íntimo en aquel caso. No entraba en juego para nada el escrúpulo de sacrificar las fuerzas físicas de mi amigo, porque lo que ya sabía por experiencia, había disipado ese escrúpulo completamente. A este propósito hizo observaciones muy acertadas y notables el experto cantante Antonio Mitterwurzer, que en calidad de colega de Schnorr en el teatro de Dresde, y compañero suyo

en la representación de *Tristán* en Munich, donde desempeñaba el papel de Kurwenal, se interesó de la manera más viva y más inteligente por la interpretación y el éxito de nuestro amigo. Como sus cofrades de Dresde clamasen que Schnorr se había arruinado la voz en el papel de *Tristán*, les hizo observar muy juiciosamente, que el que dominaba su cometido tan soberanamente como Schnorr, no podía temer abusar de sus fuerzas físicas, puesto que esa soberanía espiritual con que se posesionaba del papel implicaba igual soberanía sobre el empleo de aquellas fuerzas. Y el hecho es que ni antes ni después de las representaciones, se notó el menor desfallecimiento de la voz en ese artista ni siquiera cansancio físico; al contrario: si antes de las representaciones lo embargaba completamente la preocupación de salir airoso de su empeño, después de cada nueva acogida favorable, se encontraba en la disposición de ánimo más firme y serena. Los resultados de esas experiencias, tan oportunamente apreciados por Mitterwurzer, nos movieron á reflexionar muy seriamente sobre el partido que debería sacarse de ellos para fundar un nuevo estilo de ejecución dramático-musical correspondiente al verdadero espíritu del arte alemán. Y hé aquí cómo mi encuentro con

Schnorr, provocando una unión tan íntima entre nosotros, abría á nuestra acción combinada en el porvenir, una perspectiva que prometía un éxito inesperado.

Se concibe, pues, fácilmente que nuestras experiencias sobre el órgano vocal de Schnorr, nos revelasen de una manera clara la naturaleza inagotable de un talento verdaderamente genial. Aquel órgano lleno, flexible y brillante nos parecía inagotable, en efecto, cuando servía de instrumento inmediato para cumplir una función perfectamente dominada bajo el punto de vista espiritual. El solo ejemplo de la ejecución de dificultades tan importantes nos demostraba que era posible aprender, lo que no puede enseñar ningún profesor de canto del mundo... Pero ¿en qué consisten esas dificultades para las cuales precisamente no han encontrado aún nuestros cantantes el verdadero estilo?... Preséntanse desde luego bajo la forma de un llamamiento insólito á la resistencia física de la voz, y cuando el maestro quiere ayudar á los cantantes, cree preciso (y con razón bajo su punto de vista) recurrir á artificios puramente mecánicos para reforzar el órgano á trueque de una desnaturalización absoluta de sus funciones. En esto la voz se considera puramente como un órgano humano-

animal, y no hay que decir que, tratándose del punto de partida de su formación, no cabe proceder de otra manera; pero si en el curso de su ulterior perfeccionamiento debe desenvolverse al fin el alma de ese órgano, entonces sólo pueden servir de regla para su empleo los ejemplos consagrados, y todo lo demás depende de las dificultades propuestas en esos ejemplos. Hasta aquí, no obstante, el arte del canto se ha formado exclusivamente según el modelo del canto italiano; no había otro. El canto italiano á su vez se inspiraba completamente en el espíritu de la música italiana; á ese canto correspondieron los castrados en la época de florecimiento de tal música, cuyo espíritu tendía á la satisfacción sensual con exclusión de toda pasión del alma propiamente dicha; entonces tampoco se empleaba casi nunca la voz del hombre joven, la voz de tenor, ó bien, como sucedió más tarde, se derrochó en el sentido de un falsete análogo á la voz del castrado. Pero ahora la tendencia de la música moderna, bajo la dirección indiscutible del genio alemán, representado principalmente por Beethoven, se ha elevado al nivel de la verdadera dignidad artística, porque no sólo ha introducido en el dominio de su incomparable expresión el elemento de placer sensual,

sino también la energía espiritual y la pasión profunda. ¿Cómo debe proceder, pues, el cantante formado según la antigua tendencia con respecto á las dificultades que ofrece el arte alemán del día? Desenvuelta la voz según un principio sensual, material, apenas puede descubrir otra cosa que pretensiones al vigor y á la resistencia puramente física; y á adiestrar la voz de esa suerte parece limitarse la tarea del actual profesor de canto. Fácilmente se comprende el error de proceder así, porque toda voz de hombre, educada exclusivamente bajo el punto de vista de la fuerza material, en cuanto intente resolver las dificultades de la música alemana moderna, tales como las propuestas por mis obras dramáticas, sucumbirá al punto y se gastará infructuosamente, si el cantante no está á la altura del elemento *espiritual* de su ministerio. Schnorr fué el que nos suministró el ejemplo más convincente en este sentido; y para que se vea bien la profunda y radical diferencia de que se trata aquí, citaré la enseñanza que saqué del pasaje del *Tannhauser* correspondiente al adagio del segundo final: *Para guiar al pecador á la salvación*. Si la naturaleza ha producido en nuestro tiempo la maravilla de una hermosa voz de hombre, es sin duda la del tenor Ti-

chatscheck, cuyo vigor y brillo se conservan desde hace cuarenta años. Los que han podido oírle interpretar el recitado del San Graal en *Lohengrin* con la sencillez más brillante y grandiosa, se han sentido conmovidos y embargados profundamente como si asistieran á un prodigio. En cuanto al pasaje de *Tannhauser*, ya en Dresde—hace mucho tiempo de eso—me ví obligado á suprimirlo después de la primera representación, porque Tichatscheck, que disfrutaba entonces de toda la plenitud de sus medios vocales, no pudo conseguir, dentro de las disposiciones de su talento dramático, asimilarse la expresión de ese pasaje, que es la de una *contrición extática*, y cayó, al contrario, en un verdadero agotamiento físico á consecuencia de algunas notas elevadas. Si afirmo, pues, que Schnorr no sólo interpretaba ese pasaje con la más patética expresión, sino que profería aquellos gritos agudos de un dolor violento con una verdadera plenitud de sonido y una perfecta belleza, no trato de rebajar la voz de Tichatscheck para posponerla á la de Schnorr, como si esta última hubiese sobrepujado á la otra en poder natural; sólo reivindico para ella, frente á un órgano dotado por la naturaleza de una manera poco común, el mérito comprobado por

nosotros, de ser un órgano inagotable al servicio de la comprensión espiritual.

Con el conocimiento de la importancia inapreciable de Schnorr para mi propia creación artística, lució en mi vida una nueva primavera de esperanza. Estaba encontrado el lazo de unión directo, que debía poner mi obra en comunicación con el tiempo presente y hacerla fecunda. Era una ocasión de enseñar y de aprender: había llegado el momento de convertir en una innegable realidad artística lo que había sido universalmente desdénado, escarnecido y cubierto de baba. Fundar un estilo alemán para la ejecución y representación de obras nacidas del genio alemán: tal fué nuestra consigna. Y porque concebí esa consoladora esperanza de un éxito grande y continuo, por eso me declaré contra toda repetición inmediata de *Tristán*. Con esas representaciones, como con la obra misma, se había dado un salto demasiado violento, casi desesperado en dominios desconocidos, que había que conquistar ante todo; en el intervalo se abrían abismos, precipicios; había que empezar por llenar cuidadosamente esas lagunas para allanarnos el camino á nosotros, artistas aislados, hacia la parte opuesta, hacia esas cimas de la indispensable asociación...

Schnorr debía, pues, ser de los nuestros. Acordóse la fundación de una Escuela real de música y de arte dramático. Las consideraciones impuestas por las dificultades que encontraría ese artista para abandonar su contrata de Dresde, nos obligaban á ofrecer al cantante una posición que de una vez para todas fuese digna de él. Schnorr debía renunciar completamente al teatro, y sólo con ocasión de representaciones especiales y extraordinarias que correspondiesen á una sanción de nuestro fin docente, tendría que colaborar á la enseñanza de nuestra escuela. Así era una cosa indicada la necesidad de emancipar del repertorio corriente de ópera, á ese artista animado del más noble ardor; y por mí mismo juzgaba á maravilla lo que debía ser para él consumirse en semejante empleo. Mis mayores tribulaciones, mis más punzantes preocupaciones, mis humillaciones más degradantes, ¿no dimanaban de esa fatalidad de la configuración exterior de la vida y del estado de las cosas, que me representaba ante el mundo y ante el conjunto de las relaciones estéticas y sociales, sólo como un *compositor de ópera* y como un *director de orquesta*? Sí: ese singular *quid pro quo* me ha conducido á una confusión constante de mis relaciones con el mundo, y sobre todo de mi acti-

tud frente á sus exigencias para conmigo, no debían ser tampoco de escasa monta los sufrimientos que acarrease al joven artista de alma profunda, de noble y serio talento, su posición de *cantante de ópera*, su esclavitud á un reglamento teatral ideado contra los héroes recalci-trantes de bastidores, su sumisión á las órdenes de gentes pedantes y mal educadas.

Schnorr era poeta y músico de nacimiento; como yo, pasó de una educación clásica general al estudio particular de la música, y es

muy verosímil que hubiese seguido mi propia dirección, á no producirse en él ese desarrollo del aparato vocal que, en su calidad de órgano inagotable, debía servir para realizar mis más ideales aspiraciones, asociándolo directamente á mi carrera y trayendo un complemento á la tendencia propia de mi vida. En esa nueva situación, nuestra civilización moderna no ofrecía otro recurso que aceptar contratas de teatro, hacerse *tenor*, como Listz, en un caso semejante, se hizo *pianista*.

RICARDO WAGNER

(*Se concluirá*)

LA LEYENDA DEL HOMBRE DEL CEREBRO DE ORO

(Á UNA DAMA QUE PIDE CUENTOS ALEGRES)

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA
DE BARRCELONA

Al leer vuestra carta, he tenido, señora, una especie de remordimiento. Me ha pesado el color un poco de medio luto que he dado á mis cuentos, y había prometido ofreceros hoy algo alegre, locamente alegre.

Y después de todo, ¿por qué he de estar yo triste? Vivo á mil leguas de las nieblas de París, en una colina bañada de luz, en la tierra de las panderetas y del vino moscatel. En derredor mío todo es sol y música; tengo orquestas de golondrinas y orfeones de pardillos; por la mañana los chorlitos hacen ¡cureli! ¡cureli! á medio día las cigarras, luego los pastores que tocan el pífano y las muchachas morenas que oigo dar risotadas en las viñas... Verdaderamente el sitio no está bien escogido para echar negro en la paleta; más bien debería yo

enviar á las señoras, poemas de color de rosa y cestos llenos de cuentos galantes.

¡Pero no! Todavía estoy muy cerca de París. Hasta mis pinares llega todos los días el fango de sus tristezas...

En el momento en que escribo estas líneas, acabo de saber la muerte desdichada del pobre Carlos Bárbara, y todo mi molino anda desolado. ¡Adios los chorlitos y las cigarras! Mi corazón ya no está para cosas alegres... Esta es la razón, señora, de que en lugar del lindo cuento de chiste que me había propuesto enviaros, no podáis hoy tampoco contar más que con una leyenda melancólica.

Había una vez un hombre que tenía el cerebro de oro. Cuando

nació, los médicos creían que se ma-
lograría, porque su cabeza pesaba
mucho y su cráneo era desmesura-
do. Vivió, sin embargo, y se desarro-
lló al aire libre como un hermoso
pie de olivo; sólo que su gruesa ca-
beza seguía tirando de él, y daba
lástima verle toparse con los mue-
bles cuando andaba por la casa.
Muchas veces se caía. Un día rodó
desde lo alto de unas gradas, y fué
á dar con la frente en un escalón
de mármol, sonando allí su cabeza
como un lingote. Se creyó que
había muerto; pero al levantarlo,
no se le encontró más que una lige-
ra herida, con dos ó tres gotitas de
metal cuajadas entre sus rubios ca-
bellos. Así es como supieron los
padres que el niño tenía los sesos
de oro.

Túvose el caso secreto; y el po-
bre niño no sospechó nada. De
cuando en cuando preguntaba por
qué no le dejaban ya correr por de-
lante de la casa con los chicos de la
calle.

—¡Porque te robarían, prenda
mía! —le respondió su madre...

Entonces le entraba al chico mu-
cho miedo de que lo robasen; y se
volvía á jugar solo, sin decir una
palabra, arrastrándose pesadamen-
te de una habitación á otra...

Hasta los diez y ocho años no le
revelaron sus padres el dón mons-
truoso con que le hubo favorecido

el destino; y como le habían cria-
do y educado hasta aquella edad, le
pidieron en recompensa un poco de
su oro. El muchacho no vaciló; en
el mismo instante (no dice la leyen-
da cómo y por qué medios) se arran-
có del cráneo un pedazo de oro ma-
cizo del tamaño de una nuez, y se
lo echó orgullosamente á su madre
en el regazo... A poco, deslumbrado
con las riquezas que llevaba en
la cabeza, poseído de locos deseos,
embriagado con su poder, abando-
nó la casa paterna, y se fué por el
mundo despilfarrando su tesoro.

Por el tren regio de vida que lle-
vaba, y por el modo con que iba
derramando el oro sin llevar cuen-
ta alguna, se hubiera dicho que su
cerebro era inagotable... Y sin em-
bargo, se iba agotando, y bien se
advertía cómo se le apagaba la mi-
rada, y cómo se le hundían las me-
jillas. Por fin, una mañana, des-
pués de una desenfrenada orgía, el
desdichado que se había quedado
solo entre los restos del festín y las
lámparas que palidecían, se asustó
de la enorme brecha que había
abierto ya en su lingote. Era tiempo
de detenerse.

Desde aquel día emprendió nue-
va vida. El hombre del cerebro de
oro se fué á vivir retirado, con el
trabajo de sus manos, receloso y
tímido como un avaro, huyendo de
las tentaciones y procurando olvi-

darse de aquellas fatales riquezas á que ya no quería tocar... Por desgracia le había seguido un amigo suyo á su retiro, y aquel amigo conocía su secreto.

Una noche se despertó el pobre hombre sobresaltado con un espantoso dolor en la cabeza; saltó de la cama como fuera de sí, y á la luz de la luna vió á su amigo que huía escondiendo una cosa debajo de la capa...

¡Otro poco de cerebro que le quitaban!...

A poco tiempo, el hombre del cerebro de oro se enamoró, y esta vez se acabó todo... Amaba con toda su alma á una rubita que también le quería mucho, pero que prefería los perendengues, las plumas blancas, y las lindas bellotitas bronceadas que golpeaban sus boquitos.

Entre las manos de esta monísima criatura, medio pájaro, medio muñeca, las partículas de oro se derretían que era un primor. A ella todo se la antojaba y él no sabía negarla nada; por temor de disgustarla, la ocultó hasta lo último el triste secreto de su fortuna.

—¿Conque somos muy ricos?— decía ella.

Y el pobre hombre respondía:

—¡Oh, sí... muy ricos!

Y miraba con amorosa sonrisa al pajarito azul que se le iba comiendo

el cráneo inocentemente. Algunas veces, sin embargo, se apoderaba de él el miedo, le daban tentaciones de ser avaro; pero entonces la mujercita se le acercaba á saltitos y le decía:

—Maridito mío, ya que eres tan rico, cómprame alguna cosita muy cara...

Y él la compraba algo de mucho precio.

Aquello duró como unos dos años. Al cabo una mañana se murió la mujer, sin saberse la enfermedad, como un pajarito... El tesoro tocaba á su fin; con lo que le quedaba, el viudo mandó hacer á su amada difunta un hermoso entierro. Doblar de campanas, magníficas carrozas enlutadas, caballos empenachados, lágrimas de plata sobre el terciopelo, nada le pareció demasiado. ¿Qué le importaba ya su tesoro?... Dió para la iglesia, para los enterradores, para los vendedores de siemprevivas; lo repartió por todas partes, sin regatear... Así que al salir del cementerio, no le quedaba casi nada de aquel cerebro maravilloso; sólo algunas partículas en las paredes del cráneo.

Entonces se le vió andar por las calles con aire extraviado y las manos extendidas hacia adelante, tropezando como un borracho. Por la noche, á la hora en que iluminan los bazares, se detuvo delante de un

gran escaparate en que las luces hacían resplandecer un barullo de telas y de joyas, y se quedó allí largo rato mirando dos botitas de satén azul forradas de plumón de cisne.

Bien sé yo á quien la gustarían mucho estas botitas, pensaba sonriendo, sin acordarse ya de que su mujer había muerto; y entró á comprarlas.

Desde el fondo de la trastienda, la vendedora oyó un grito; vino corriendo, y retrocedió de miedo al ver á un hombre de pie, que se reclinaba en el mostrador y la miraba tristemente con aspecto atontado. En una mano tenía las botinas

azules con ribetes de cisne, y alargaba la otra mano ensangrentada con limaduras de oro en las puntas de las uñas.

Tal es, señora, la leyenda del hombre del cerebro de oro.

—

A pesar de su aspecto de cuento fantástico, esta leyenda es verdadera desde el principio hasta el fin. Hay por esos mundos algunos infelices, condenados á vivir de su cerebro y á pagar en finísimo oro, con su médula y con su sustancia, las cosas más insignificantes de la vida. Para ellos, cada día es un nuevo dolor, y luego, cuando están hartos de sufrir...

ALFONSO DAUDET.

DE AMICITIA

(CUENTO)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEAS BARCELONA

En la época del segundo Imperio hubo en París una asociación mucho más temible que la de *Los Trece*, celebrada años há por Balzac, porque jamás se descubrió su secreto, y sólo la componían dos individuos, una mujer y un hombre.

Figurémonos dos seres llenos de genio, listos hasta la punta de las uñas, que todo lo saben, lo descubren todo, que están al cabo de todo, que no creen en nada, que no tienen Dios, ni alma, ni conciencia; literatos, artistas que hablan todas las lenguas, que conservan juventud y belleza después de haber adquirido la experiencia de Matusalén. Supongamos que atraídos y ligados por una admiración sin límites, se han entregado uno á otro por completo, con el fin de dominar la vida y el azar, y com-

prenderemos cuál debió ser la invencible fuerza de estos dos cómplices.

Todo grupo que se organiza para tener en jaque á la sociedad va á chocar tarde ó temprano con el mismo escollo: el amor. Los celos originan invariablemente denuncias sin lo cual las partidas de ladrones, infinitamente mejor organizadas que la policía, jamás serían descubiertas. Pero llega un momento en que dos ladrones aman á la misma mujer, y en que el amante sacrificado lo revela todo para perder á su feliz rival. Los más hábiles sucesores de Vautrin no han encontrado medio alguno de remediar este lance inevitable. Nuestros dos asociados, sin embargo, no tenían que temer nada parecido, y tres veces bañados en las aguas de todas las stigias, la presa que el

amor podía hacer ya en ellos era como la que podrían hacer los dientes de un niño en la piel de un cocodrilo. Añádase á esto que tanto uno como otro así se preocupaban de su existencia como de una zapa-tilla vieja; que habrían sufrido sin exhalar un ¡ay! operaciones quirúrgicas como la extracción de una uña, en las que Napoleón permitía gritar á la guardia veterana; que podían aguantar el hambre y la sed como árabes, y resistir los excesos como Gargantua; que ambos eran oradores, de ingeniosa conversación, cómicos acabados capaces de adoptar todos los disfraces, y les importaba tan poco cometer un crimen como á un aprendiz abrazar á la modelo.

Delgada sin llegar á enjuta, y de hermosa estatura, Mad. Silz reunía á unas facciones extrañas encantadoras á la vez, un cutis de ese moreno cobrizo, cuyo tejido perfectamente terso, es de una finura regular y flexible, y que cuando se les cubre de blanco y rosa, son un verdadero lienzo para pintar. Sabía llevar los diamantes, los harapos, el traje masculino, la seda ó el percal á la cabeza, del mismo modo que Pedro Estivalet, moreno y esbelto como ella, con sólo arreglarse los cabellos y la barba, podía representar todos los personajes, desde un príncipe indio hasta Ga-

vroche. Así eran dos y eran mil. Por lo demás, de una corrección perfecta en sociedad é intachables. Claro está que Mad. Silz había tenido que hacer todos los oficios, cocer pan en todos los hornos, ser cortesana en palacios y en tugurios; pero no se contaba de ella ninguna aventura. Era viuda de un marido auténtico muy formal, de cuya muerte había testigos; y si París lo había sido de su pasado irregular, debía haber cambiado tanto de forma desde aquellos días, y echado tan otra piel, que sus antiguas doncellas no la hubiesen reconocido. Estaba relacionada con algunas mujeres del mejor rango, que la hacían distinguida acogida, y en su casa recibía principalmente á seis ó siete sujetos escritores y artistas de los de más chispa de París, á los que reunía á su mesa los domingos. En su casa encontraban una conversación sin igual y platos condimentados, con las salsas más exquisitas, por una cocinera vieja de Moulins que Mad. Silz escondía como á un proscrito, porque el jefe de cocina del café Inglés y el del barón de Rothschild habían empleado en vano mil tretas y ardidés de Scapin para llegar á hablarla y á conocer sus recetas.

En cuanto á Pedro Estivalet, hijo de un capitán de navío, muerto en las Indias, había servido en el

ejército y en la diplomacia distinguiéndose en ellos. Había tenido herencias bastante considerables para hacer imposible establecer el balance entre sus gastos y sus ingresos; desde entonces, mezclado en todas las empresas en que se encuentra á los hombres importantes de París, especulador, hacendista, director de teatros, fundador de periódicos y revistas, comprador de terrenos y de cuadros, accionista de minas y de fábricas, condecorado con todas las cruces, miembro de todos los Consejos de administración, había adquirido una de esas fortunas flotantes que tienen el derecho de ser enormes sin que á nadie alarmen. Tanto más, cuanto que Estivalet, siempre exacto como un comerciante, no había debido jamás á nadie un céntimo; tiraba el sable de una manera clásica de absoluto tino, y hallaba cuando quería la frase ingeniosa que pega á un hombre á la pared como un murciélago. Por otra parte, los dos asociados sabían escuchar horas enteras sonriendo las conversaciones más aburridas, y hubiesen sido capaces de pasar como Bombonel tres noches ocultos entre las hojas de un lentisco, sin hacer el más imperceptible movimiento, sufriendo la ardiente picadura de los mosquitos. Su disimulo debía ser y fué tan perfecto, que pasaron por conocidos

como unos de tantos, sin que nadie sospechase su intimidad.

En tales condiciones, ¿qué cosas y qué personas hubiesen podido resistir á aquellos mágicos feroces? Toda persona que ha visto la vida á fondo, ha podido cerciorarse de que si le fuese hacedero cambiar de sexo á su capricho, según lo exigiesen las circunstancias, no habría obstáculo de que no triunfara fácilmente. Pues bien: ellos gozaron impunemente de este privilegio inaudito, porque Estivalet y Mad. Silz no eran realmente más que uno. Cada uno de sus contrarios encontraba á su frente una mujer cuando esperaba un hombre, y recíprocamente; sustitución cuyo alcance es incalculable.

¡Porque, figurémonos, por ejemplo, á la princesa de Cadignán creyendo que sólo tiene que engañar á un desdichado personaje como D'Arthez, y encontrándose de repente envuelta en la red de ardides de una muñeca de sonrosadas uñas, más mujer que ella! ¡Figúrense ustedes qué mujer en sus odios, en sus rabietas, en sus arrebatos viriles, ó simplemente abrumada por el incomprendible fárrago de los quehaceres, no ha exclamado con toda la furia del deseo: ¡Si yo fuese hombre! Pues bien: Mad. Silz era un hombre cuando la daba la gana de serlo, porque entonces se metía

en el pellejo de Estivalet, es decir, de un caballero diestro en todas las armas, imposible de emborracharse con Champagne ni con cualquier otro líquido, que podía andar á caballo veinte leguas de un tirón, y que conocía los procedimientos criminales como un alguacil. Sin ruido, sin escándalo, sin amotinar á la prensa menuda, los dos asociados habían ganado ya ó conquistado unos veinte millones, guiaban sin que él se diese cuenta, al rebaño humano, y obligaban á París, hacia donde el mundo tiene el oído atento, á cantar en el tono de sus dos flautas al unísono. ¿Por qué no llegaron á ser los reyes del Universo? Pues porque los calculadores lo han previsto siempre todo, excepto el más allá, lo sobrenatural, lo que no puede encerrarse en nuestro estrecho círculo, y lo que hace que tal puesto, piense lo que quiera Beaumarchais, puede ser también desempeñado por un bailarín como por un hombre de cálculo.

Hé aquí cuál fué la catástrofe que en un momento hizo derrumbarse todo su edificio. Una expedición misteriosa, de una audacia increíble, y que produjo en la política uno de esos acontecimientos decisivos, cuyas causas quedan eternamente ocultas, obligó á Mad. Silz y á Estivalet á permanecer diez días

escondidos en una casita á unas cuantas leguas de Blois, muy cerca del palacio en que á la sazón descansaba un Ministro famoso, cuya caída inexplicable debía asombrar á Europa algunos días más tarde. Nada diré de aquel drama en que hubo que emplear emboscadas, disfraces, combates, correrías nocturnas en que se suprimieron el tiempo y el espacio, y en que los dos asociados se asombraron uno de otro por prodigios de intriga y de valor. Durante esta campaña tuvieron que pasar juntos largas horas, lo que no les había sucedido jamás, y Estivalet creyó observar entonces en Mad. Silz singulares fenómenos, porque en ciertos momentos le pareció que sus labios se animaban, que extraños resplandores cruzaban por su frente, que sus ojos, repentinamente avivados, se humedecían con algo que se parecía á una lágrima, y que sobre su rostro se encendían y se apagaban de pronto los súbitos carmines de la juventud. Pedro Estivalet, á quien en cualquier otro momento hubiese chocado mucho aquella inexplicable metamorfosis, sólo prestó á ella ligera atención, porque las idas y venidas, las repentinas alarmas, la necesidad de concentrar todas sus facultades sobre el éxito de la importante empresa que acometía, le impidieron seguir con interés he-

chos tan curiosos por otra parte. Terminada su tarea, los dos asociados, para no despertar sospechas, regresaron uno tras otro á París. Al llegar, Pedro, muerto de fatiga, se acostó y estuvo durmiendo veinticuatro horas seguidas.

Pero durante aquel largo reposo, tuvo un sueño extraordinario que continuó y se renovó con la más singular obstinación. Veíase devorado por la más ardiente pasión, loco de amor por Mad. Silz, retorciéndose con frenesí á sus pies, besando sus manos, humedeciéndolas con sus lágrimas; y rejuvenecida, transformada, con aspecto de virgen y de niña, tal en fin como la había entrevisto durante aquellos últimos días, ella le miraba y él hablaba con loca ternura. Al despertarse, Pedro Estivalet quiso reírse de aquella extravagante alucinación; pero pronto la risa se heló sobre sus labios, porque entonces su pensamiento se irguió ante él, y reconoció con indecible espanto que el sueño se había convertido en realidad, que amaba locamente á Mad. Silz, que su ausencia le hacía padecer un tormento que se renovaba á cada instante, y que, en fin, sentía por ella todas las amarguras y todas las salvajes angustias del alma de un endemoniado. Aquel parisién que contaba entre sus antepasados á todos los impíos, y par-

ticularmente á D. Juan, no se dejó abatir por aquel rayo más sobrenatural que la entrada repentina del Convidado de piedra; corrió á casa de Mad. Silz, y le contó tal como había sucedido el prodigio de su hechizamiento con la elocuencia exasperada que tendría un mártir al ir á ser tostado sobre las parrillas, si pudiese hablar.

—Así, pues— la dijo al terminar— todo se nos escapa á un tiempo, la fuerza, el dominio, el yunque en que acuñábamos moneda y los hilos con que movíamos á los hombres como muñecos. Estamos perdidos, y perdidos sin remedio, Anita, porque yo te amo.

—Tambien yo te amo— dijo madama Silz, que en aquel momento tenía la mirada de una joven, y entonces comprendió Estivalet el inexplicable rejuvenecimiento que había entrevisto en ella, durante su permanencia en la casita.— Pero— siguió diciendo ella— nosotros no dependemos de nada sobre la tierra, y nadie nos impide obrar tan estúpidamente como los enamorados.

—Vamos— dijo Pedro— ¿tú olvidas que nuestros corazones tienen la gangrena del vicio, y en ello se complacen, que seríamos celosos, y que creemos en la fidelidad lo mismo que el alguacil cree en las promesas de un deudor? ¿Nos ves escuchando á las puertas, robando

cartas, haciendo oficios de cómitre, desgarrándonos uno á otro en escenas feroces como dos perros rabiosos? Y sin embargo, yo te adoro.

—¡Ah, hombre querido!— dijo ella.—Pues bien ¡qué! Cerremos esa puerta; olvidemos todo lo que no sea nosotros; con la intensidad de nuestros apetitos, que siempre hemos satisfecho como reyes absolutos, no podríamos hacer durar años toda una existencia de gozo en veinticuatro horas. ¿Y después?...

—Después— dijo Estivalet— volveremos á empezar mañana, porque ni tú ni yo somos capaces de escapar de las garras que nos atraen. Y entonces ya nos tienes de nuevo en el mismo punto, sobornando carteros y persiguiendo simones.

—¡Se puede morir!— murmuró en voz baja Mad. Silz.

— ¡Morir! — replicó Estivalet, que con ademán furioso cogió entre sus brazos á Mad. Silz, y después, de repente, sin siquiera tocar la frente con sus labios, la apartó de sí con profundo desaliento.—Y cuando yo te hubiera desecho el cráneo de un tiro de revólver—dijo él— cuando tu sangre hubiese corrido sobre esta alfombra, cuando yo hubiera entregado tu cuerpo á las indagaciones de un comisario, ó si tu quieres, cuando hubiéramos encendido el innoble brasero de la mo-

dista sentimental, ¿en qué nos convertiríamos? ¡En una de las *Noticias varias* ó de los *Sucesos de la capital!* ¡Así serías mostrada á todos en la ignominia banal, tú, cuyo genio y profundo pensamiento nadie ha penetrado; tú, á quien yo quisiera colocar sobre un trono; tú, á quien el misterioso amor acaba de crear segunda vez!

—Podemos—dijo Mad. Silz— irnos tan lejos...

— Cállate — interrumpió duramente Estivalet. — Sabes que se vuelve desde los Cherokeos y desde el polo Norte, como se vuelve desde Asnières. Siempre nos volveríamos á encontrar ahí con este amor de que nos curaremos, porque con lo que uno de otro sabemos, hay para tener despiertas durante mil años con sus abominables agujones á todas las rabias del deseo.

Y la contempló abrazándola con una mirada, con una fría cólera.

—Pero—dijo Mad. Silz, toda azorada, como un ratón á quien han cortado la retirada—¿qué podemos, pues? ¿Nada?

—Nada—dijo Estivalet.

Y cogiendo su sombrero para salir, su rostro se cubrió de la glacial palidez y de la repugante resignación de los condenados que ven ante sí una corriente de agua seductora y deliciosa, pero que más desesperados que el imbécil Tánta-

lo, se aperciben bien pronto de que no pueden beber allí.

Arrancarse del corazón las pasiones, como grama inútil, es una hermosa operación, pero hay que tener cuidado de no olvidarlas, y

debe recordarse que la amistad, hasta cuando únicamente se funda en la admiración recíproca y en el interés personal, es también una de las más famosas farsas de Mefistófeles.

TEODORO DE BANVILLE.

EL PODER DE LA ILUSIÓN (1)

PEQUEÑO POEMA EN FORMA DE MONÓLOGO

(Panteón de familia en el centro de un cementerio).

I

RAIMUNDO *(saliendo del panteón).*

La vista de la muerta ha suspendido
Mis terribles batallas interiores.
Al salir y al entrar sólo he sentido
Que, impregnado en el aire removido,
El polvo me cegó de mis mayores.

(Tocando el mármol del panteón).

Ya me siento tranquilo
Al tocar con mis manos
El panteón, que es el postrer asilo
De mis padres, mi esposa y mis hermanos.
No sólo por España,
Por todas las regiones europeas
Su imagen fiel me persiguió con saña:
Hoy torno á ver su tumba, y ¡cosa extraña!
Ha vuelto la salud á mis ideas.
Cuanto más de ella huí, con más empeño
Me persiguió; y ahora que la toco
Ya dejo de estar loco
Y puedo ver la realidad sin sueño.
Y es que sólo en la ausencia
Me persigue su sombra inexorable...
¡Nunca pude pensar que en la existencia
Lo que hay que temer más es lo impalpable!

(1) Forma parte del tomo que con el título *Novelas y Caprichos*, publicaremos en breve como *Almanaque de LA ESPAÑA MODERNA*.

II

(Con aire pensativo).

¡Cuánto abruma el pasado mi presente!
Yo maté de un pesar á aquella santa
Cuando, al llamarla *infiel* injustamente,
La ahogó un ¡ay! más allá de la garganta.
¡Pobre Enriqueta mía!
Mirándome aquel día
Con sus ojos que ahondó la desventura,
— ¡Soy honrada y te adoro! — me decía...
¡Con qué gusto daría
Mi vida y mi razón por la locura!
Mas, ¿cómo era posible que su encanto
Mis celos no excitase y mis deseos,
Si en teatros, en calles y en paseos
Los hombres todos la miraban tanto?...
¡Qué injusticia la mía!
Al verla por los hombres admirada,
Yo, sin poderlo remediar, sentía
Los celos de una carne sublevada.
Condenando al desprecio
Mi celosa ternura
Por haber calumniado como un necio
Su virtud, que era un pan sin levadura,
Maldigo mi demencia
Que llegó hasta dudar de su inocencia
Porque los hombres la miraban tanto...
¡Oh, qué amargo es el llanto
Que cae gota á gota en la conciencia!...

III

(Con resolución).

En fin, todo pasó: vuelvo á la vida.
Las sombras bajan ya de las montañas.
Dejaré en paz á la mujer querida
Que desde el fondo amé de mis entrañas,
Y después, despertando

La sed de la ambición y de la gloria,
 Tal vez me iré aliviando
 Cuando vaya borrando
 El óxido del tiempo su memoria.

IV

(Comienza á alejarse).

Pero... ¡Jesús!... ¿Qué es esto? Ya en mi mente
 Clava su rostro hermoso...
 Es inútil luchar inútilmente.
 Doy un paso, y, turbando mi reposo,
 Vuelve á pasar su imagen por mi frente,
 Convirtiendo lo real en nebuloso;
 Y apenas huyo de ella cuando empieza
 A pesar sobre mí mi mal destino
 Y á formar el dolor en mi cabeza
 Del cielo y de la tierra un remolino.
 ¿Cómo ha de hallar mi corazón la calma
 Si dejo el cuerpo y me persigue su alma?
 ¡Qué horrible desvarío!
 Llena de ira y de espanto mi conciencia
 Siento un calor que se parece al frío,
 Y, en confusa apariencia,
 Dando vueltas el mundo en torno mío
 Parece que voy viendo la existencia
 Como el que anda volcado en el vacío...

V

(Volviendo á alejarse).

Intentaré de nuevo... Nada... nada...
 ¡Vengativa, tenaz, celosa é inquieta,
 De mi cuello colgada
 Su sombra es más pesada que un planeta!
 Y, aunque tarde, comprendo
 Que jamás podré huir de este martirio,
 Pues conforme me alejo, voy subiendo
 La escala del furor hasta el delirio;
 Y es mi desdicha tanta
 Que en vano intento adelantar mi planta,

Pues, sonámbulo eterno de lo mismo,
Veo en torno flotar algo que espanta;
Y dos manos que se alzan del abismo
Me aprietan cual dos garfios la garganta.

VI

(Momentos de indecisión).

Todo esto es un horror; pero adelante...
(Se oye el toque de oración de la campana del cementerio).
¡La oración! A su anuncio, vacilante
Siento el dolor con el que todo acaba,
Y me inspira tal fe, que en este instante
Si me acordase de rezar, rezaba.
Perdona ¡oh Dios! si al rezo indiferente
Viví en la paz lo mismo que en la guerra
Desde el día fatal en que, inclemente,
Un puñado de tierra
Me apartó de mi madre eternamente.

VII

(Con desaliento).

No quiero luchar más á ser vencido.
¿Qué importa la existencia al que está cierto
De que todo hombre muerto
Es tan feliz como el que no ha nacido?
Está echada la suerte.
Voy á dar fin á la existencia mía.
Pase el polvo animado á polvo inerte.
Ya César lo decía,
Vale menos la vida que la muerte.
¿Para qué he de sufrir tantos horrores
Si el vivir es luchar con lo imposible
Y el mundo un sustentáculo insensible
De todas nuestras penas y dolores?
Su sepulcro será mi último asilo.
Viví sin paz, mas moriré tranquilo.

Después de entrar en él, desesperado
Cerraré el panteón, y de este modo,
Por el hambre y la asfisia asesinado
En el polvo caeré, que es fin de todo.
¡Voy, voy, ser adorado!
¡Desclava tu memoria de mi frente,
que en tu mismo sarcófago, á tu lado
me acostaré á dormir eternamente!
¡Sueños míos, adiós! ¡Muero impasible
Al toque funeral de esa campana,
Pues me causa un tormento irresistible
La fuerza atroz de la ilusión humana,
El mágico poder de lo invisible!...

(Entra en el panteón, cierra la puerta y cae el telón).

CAMPOAMOR.

CARTA INÉDITA DE D. JUAN DE LA SAL

OBISPO DE BONA

Célebre es la colección de siete, que escribió D. Juan de la Sal, Obispo de Bona, desde Sevilla, al señor duque de Medina Sidonia, Capitán general de Andalucía y costas del mar Océano, teniendo su residencia en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda con la pompa de un rey.

Las cartas tienen estas fechas:

4 de Julio de 1616.	
6 de id.	id.
8 de id.	id.
12 de id.	id.
14 de id.	id.
16 de id.	id.
21 de id.	id.

El asunto se reduce á describir día por día la fingida santidad de un clérigo portugués, vecino de Sevilla, llamado el P. Francisco Méndez, el cual tuvo gran séquito de devotos, ganóse la credulidad de

la gente inocentona y aun tuvo muchos barruntos de la secta de los alumbrados.

Don Juan de la Sal, con estas solas cartas, adquirió de un modo fácil y para siempre el crédito de literato de muy buen gusto y soberano gracejo. Y en verdad, hay que convenir en que nada parece presentar más contrariedades para escritos de suma perfección en su género que la retórica epistolar, y más si toca en llana ó sencilla, satírica ó festiva.

Esto se comprueba, y mucho, por la experiencia, pues, cuán pocas son las cartas ó epístolas modelos con que suelen contar las literaturas, y cuántos y cuáles son los requisitos que se exigen para considerarlas como joyas verdaderamente merecedoras del entusiasmo de los entendidos.

Profesaba la Sal gran amistad á los que cultivan con más ventajas ó ingenio las letras. D. Francisco de Medrano le dedicó algunas de sus odas horacianas. Su trato preferido era el de los autores que más se dedicaban al clasicismo sevillano.

Pero este docto escritor pudo en aquellos días de dificultades combatir enérgicamente, y valiéndose de su chistosísimo ingenio, á la superstición y á los supersticiosos. D. Juan de la Sal conocía perfectamente que la autoridad divina tiene señalados los misterios que se han de creer, y en cualquiera de ellos lo que ha de creerse. Dijo al retratar las supercherías del P. Méndez: «Tal te veo, tal te paro.» Ni aun haciéndose mucha fuerza, era imaginable creerse cuanto este último decía de los favores divinos de que gozaba. El satírico autor no trató de los mal aparentes méritos de Méndez como cosa entre esperanza y duda, sino con la entera certidumbre de que las revelaciones y profecías se fundaban en la impostura ó en la demencia más grande, ingerta en graciosa necesidad, en que nada había de verdadero, ni verosímil, ni probable.

En la *Biblioteca Colombina* habían dormido más de dos siglos, sin gozar de los honores de la impresión, las siete cartas de D. Juan de

la Sal, hasta que el año de 1848 (1) las dió por vez primera á luz, edición que no se repitió hasta el año de 1855 (2).

La copia, que sirvió de original, fué sacada de la que por los años de 1624 hizo el famoso y erudito canónigo de Sevilla D. Juan de Loaysa, notable papelista sevillano, que alcanzó elogios del analista de Sevilla, Ortiz de Zúñiga (1648).

Al publicarse esta preciosísima colección, dió la noticia de que el mismo Loaysa copió una octava carta, en que D. Juan de la Sal narró con igual soltura y gracia la muerte del desdichado P. Méndez, que sin duda le ocurrió con alguna anticipación por aquellas baraundas en que se entró á sufrir por sus frágiles y pueriles pensamientos de haberse creído que estaba en camino de ser santo, pero, francamente lo confieso, no sé como la primera carta no llegó á mis manos hasta muy modernos días.

El deseo de que la colección quedase completa á la posteridad, me ha movido á unir esta carta á las demás acerca del mismo ingenio y asunto. Y como pertenecen á un género muy raro en la literatura española, sube mucho de precio por la misma causa. No han sido nume-

(1) Edición primera de *El Buscapié*.

(2) *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra. *Curiosidades bibliográficas*.

rosos los autores á quienes contuviesen ciertas razones de prudencia, y el recelo de que interpretasen el pensamiento de sus escritos, para no entregar á la publicidad censuras más ó menos burlescas de aquellos que pusieron en obra imitaciones indevotas ó falsas de las vidas de santos, y más aún de los que abundasen en éxtasis ó arrobos, ó en profecías ú otros linajes de fervorosos milagros.

Quién sabe á lo que pudiera exponerse algún escritor con impremeditadas palabras, que sufriesen algunas interpretaciones por la malicia de lectores escrupulosos.

Evidentemente solía haber mucho de superstición en aquellos criterios; pero hay que tributar justicia á eclesiásticos seculares y á religiosos que han compuesto libros de apreciada doctrina. El jesuíta Villanueva trazó en estilo muy sencillo el asunto, y sobre todo su *Tratado sobre la contemplación*, en que trata de los éxtasis y raptos, y de las señales de las verdaderas y falsas visiones y revelaciones. Todo merece ser leído por la claridad de su lenguaje y su alto criterio.

De más movido estilo, pero siempre sencillo y puro, es el del franciscano Fr. Gerónimo Planes en el tratado de las *Revelaciones verdaderas y falsas y de los raptos*. Valencia, 1634.

El libro de la *Subida del alma á Dios*, por Fr. Jesús de Santa María, que vió antes la luz pública, debe citarse aquí. Su autor, carmelitano, escribió como el que deseaba seguir las huellas de la reformadora del Carmelo, ya que no podía igualarla en el lenguaje.

Y para no fatigar á los lectores con un gran catálogo de escritos de este género, que cultivaban la pureza del habla castellana, recordaremos del P. Alamin su *Espejo de verdadera y falsa contemplación*.

La carta inédita que hoy comunico á los literatos, es del tenor siguiente:

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENES BARCELONA

«31 de Octubre de 1616.

Dí cuenta á V. E. el mes de Julio pasado, no menos que en siete cartas, de la vida, milagros y muerte profetizada en nuestro Padre Méndez, que entonces no surtió efecto, no obstante sus profecías, y aun iba á decir sus diligencias, puestas á lo que creo de su parte con tanta vehemencia, que bastaran de suyo para sacarle de esta vida, si la Divina Providencia de hecho no se la hubiera querido conservar, porque no se adoraran por milagros las que eran meras locuras.

Pues señor, el que entonces no se murió aunque lo quiso, se ha

muerto ahora sin quererlo y sin el pretal de cascabeles con que trajo esta ciudad al retortero. Falleció á 30 de Octubre, después de muchos días de cama, y no hallo que haya sucedido en su muerte cosa notable. Informaréme mejor, que es imposible que cuatro ó cinco beatas revelanderas no le hayan visto subir vestido y calzado por esos cielos arriba.

Si él, por lo simple, al lado de los niños inocentes está gozando de Dios, podrá servirle de gloria accidental el acordarse, después de haber dado una ojeada por cuantos santos allá están, que si es cual y cual, apenas se encontrara con quien después de muchos años de muerto y canonizado en este mundo, haya gozado del culto, adoración y reverencia, como aquél gozó vivo y sano, viendo con sus propios ojos recoger por reliquias á mía sobre la tuya los pelos de su barba, las hilachas de su ropa, cosa en que he reparado muchas veces, considerando atentamente cuán poderosa es la fuerza con que la hermosura y estimación de la virtud, ayudada de la verdad de nuestra fe, nos arroba los corazones y nos arrebatan en pos de sí.

¿Quién hay que no tenga horror naturalmente de manejar á un difunto y aun de tenerle junto á sí? ¿Y los huesos de un santo los besa-

mos y los ponemos encima de nuestros ojos, y no hay ramo de flores olorosas que así nos recree el corazón! ¿A quién no pusiera asco la camisa sudada ó los pañetes pringados de un viejo camariento? Y sólo con la opinión de que eran despojos de aquel siervo de Dios imaginado, se daban mil señores y damas melindrosas sobre quién más besos le daba y más lo traía sobre el rostro y refregaba por la boca.

Pero dejadas contemplaciones, y volviendo á nuestro clérigo difunto, digo, señor, que si él, merced á su inocencia baptismal, se fué al cielo derecho, los que quedamos acá en este valle de lágrimas debemos tenerle mil envidias; pero es tan curiosa la humana fragilidad, que en medio de sus increíbles sencilleces, se puede presumir que cometió algunos defectos voluntarios, que le tengan penando en el purgatorio algunos días, donde si fuese posible que aún le durase su inocencia y su despulsamiento natural de ser tenido por santo, no sé qué diera por escucharle referir á las almas, sus camaradas de pena, las maravillas prodigiosas no sucedidas al tiempo de su muerte, ni fingidas, que en aquel santo estado no puede haber fingimiento, sino soñadas y deseadas por él, y como si dijésemos, representadas á su imaginación mediante la inmensa simplicidad de

que le dotó el Señor, abundantísima en todas sus edades y especialmente en la vejez, cuando parece que se iba á toda prisa resolviendo á entrar en el vientre de su madre como otro Nicodemus.

Dijéales, pienso yo, que al punto que su alma se le arrancó de las carnes, se repicaron de su cosecha naturalmente, como la de Vililla (Velilla), cuantas campanas hay en todas las torres de Sevilla; que los beatos y beatas, de que á falta de trigo este año tenemos abundantísima cosecha, le abollaron los pies á puros besos y no dejaron hilacha de su ropa que no la llevasen por reliquia; que en solos veinte días naturales que le duró la enfermedad quedó la casa pública hecha un corral de vacas, porque ochenta y tantas pecadoras se convirtieron mediante sus oraciones, casi todas á despecho del Padre, que se pelaba las barbas.

Estas y otras hazañas semejantes podría imaginarse que contara el bendito, llevado, como dije, de su deseo y de su misma inclinación; pero muy presto, complaciendo á Nuestro Señor, libre de aquellas penas con los sufragios de la Iglesia, se vería despojado de sus anteriores ignorancias y deshechas las nieblas en que vivió sepultado, gozaría de una perpétua claridad, haciendo oficio de intercesor y abogado por

los muchos que, tan simples como él y sin saber lo que hacían, le hicieron en vida tan excesivas honras, aunque podrán recoger algo de lo vertido y no habrán del todo echado á mal lo mucho que derramaron sin qué ni para qué, por más que algunas personas de juicio pusieron cuidado en moderar sus excesos. Nuestro Señor, etc. » (1).

Por el momento, una gran parte de Sevilla siguió prestando fe ciega á la santidad del P. Méndez, considerando su vida como lo supremo de la perfección.

Mas pasaron días, y el entusiasmo se fué templando y la devoción indiscreta hacia ese eclesiástico empezó á recibir contradicciones que despertaron algunos espíritus á ver las cosas con mayor claridad, y especialmente desde que el Santo Oficio de Sevilla entró á examinar lo verdadero ó falso de aquellos tan celebrados prodigios.

No caminó con facilidad al principio en su empresa la Inquisición, pues tenía que vencer la pertinaz credulidad de muchos firmes que firmes en tener por siervo de Dios al P. Méndez. Y si bien la autoridad y doctrina de D. Juan de la Sal, que sería seguramente conocida de sus amigos al tratarse del

(1) *Biblioteca colombina*, M. S.—Varios papeles eclesiásticos. Tomo I, núm. 231—106.

juicio de aquel clérigo, é igualmente las copias de sus cartas que esparciría el duque de Medina Sidonia, fortalecerían los ánimos de los que profesaban opinión adversa, el Santo Oficio hasta ocho años después de muerto, no vino á declarar la memoria del P. Francisco Méndez entre las merecedoras de vituperio.

El 30 de Noviembre de 1624 celebró el Tribunal de Sevilla, en la plaza de San Francisco, un imponente auto de fe, en el cual se halló como familiar el insigne poeta don Diego Ximénez de Enciso, autor de las comedias políticas *El Príncipe D. Carlos* y *La mayor hazaña del Emperador Carlos V*, y de aquella tan elogiada por los escritores de su siglo *Los Médicis de Florencia*.

Hubo la particularidad de que en ese auto saliese penitenciado otro poeta dramático: el doctor D. Felipe Godínez, presbítero predicador, vecino de Sevilla, de edad entonces de treinta y nueve años, descendiente de cristianos de origen hebreo. Fué convicto de haber practicado ceremonias del rito mosayco y predicado proposiciones erróneas y temerarias, y como tan amante de aquélla «hizo algunas obras en verso de historias del Testamento viejo, como la comedia *Ester* y el *Arpa de David*, en las cuales se habían notado algunas proposiciones.

Condenóse al doctor Godínez á salir al auto público de fe con hábito penitencial, se le castigaba con confiscación de bienes, y que después de volver al castillo de Triana, residencia de la Inquisición, y de quitársele el dicho hábito, estuviese por un año recluso en el convento ú hospital que le señalasen. Después, por término de seis años, permanecería desterrado de todo el distrito jurisdiccional de Sevilla, quedando perpetuamente privado del ejercicio de sus órdenes y de gozar de oficio y beneficio eclesiástico é incurrido en irregularidad.

Pues bien, el P. Méndez fué sacado á este auto en estatua. La Inquisición opinaba de otro modo que el obispo D. Juan de la Sal: éste lo tenía por inocente ó bobo, atribuyendo todos sus hechos y dichos á un estado de tontería perpetua que le representaba todos los trampantojos en que creía, tocantes á la santidad de que presumía estar gozando por el favor divino.

El Santo Oficio, en aquella solemnidad, dió cuenta de que el tiempo en que vivió el P. Francisco Méndez «dijo muchas proposiciones é hizo muchas coplas, y publicó muchas revelaciones, todo perteneciente á la secta de los alumbrados, con lo que había adquirido gran fama de santidad», la que conservó, después de muerto, entre el vulgo.

Revelaba las confesiones de las personas cómplices. Decía que dentro de quince días se arrobaría, y á unas mujeres que tenía á su cargo mandaba que no rezasen vocalmente, y acostándose en las faldas de una de ellas les había dicho que le rascasen la cabeza para que tuviesen oración, y les prevenía que guardasen las velas con que rezaba la misa y que en cualquier tribulación que le llamasen acudiría. A una de ellas advirtió que hiciese oración de este modo:

—Señor mío, por los merecimientos de mi P. Méndez me pido lo que pido de vuestro amor y gracia.

Y así lo sentía que lo tuviesen por santo y que guardasen sus ropas por reliquias, y que como tales las trajesen á las personas, y que sabía de cuáles almas eran predestinadas y cuáles precitas, y que también conocía el interior de algunos, y que Dios lo llevaba por el camino de San Pablo, alcanzando todo cuanto pedía y haciendo milagros, y él no había de ir al purgatorio, y que después de su muerte había de sanar algunas enfermedades con su mano derecha, y que sabía el estado de los de la otra vida, y que habiendo publicado que se había de morir, se despidió de sus hijos é hijas, y repartiéndoles sus vestidos como por reliquias, y en señal de que les daba algunas virtudes, y había de acabar su vida diciendo misa, y que creyendo que sucedería así, se había puesto á decirse la que había durado veintiseis horas, el cual afirmó que le habían comunicado virtud para conceder indulgencias de rosarios, los cuales repartía. Afirmaba que todas las hijas que se quisiesen morir con él se morirían, y las llevaría consigo al cielo, y no habiendo muerto en la dicha misa, dijo que el demonio le había ofrecido un cuchillo, indicándole que pues no se moría, que se matase, y que en la ocasión dicha había tenido una revelación de Nuestro Señor, en que le mandaba hacer testamento y repartir sus virtudes entre sus hijos, y de hecho las repartió, dando á unos unas virtudes y á otros otras, y que traían un demonio atado al pie para que no hiciese mal, y que Dios le había secado el corazón y concedido el privilegio de sus hijos que todos se salvaran y no entrasen en el purgatorio, y que Dios Nuestro Señor le había hecho merced de quitarle los movimientos á él y á todos los que estaban en su compañía, y que estaba como una criatura recién nacida, y que cuando alguna mujer de las que tenía á su cargo cometía alguna falta, le daba por penitencia que descubriese sus partes vergonzosas. Y habiéndose confesado con él ciertas deudas su-

yas de algunos pecados de heregías tocantes á la guarda y observancia de la ley de Moysen, las había absuelto, diciéndole que para aquello tenía potestad de Dios para observarlas, y proporcionándole cierta persona que cuando muriese dónde querría enterrársele, que en una iglesia donde hubiese un sepulcro nuevo, porque Dios le había mandado que se enterrase en él, todas las cuales proporciones y revelaciones y otras muchas cosas que dijo y escribió de su mano en unos cuadernos de su vida, unas heréticas, otras temerarias y escandalosas, por lo cual fué condenado á que salga su estatua con el hábito que ordinariamente traía por la ciudad de Sevilla, y se declaró que declaró que la doctrina que enseñó en sus mocedades de revelaciones y profecías de las demás que le acusó el fiscal de la Inquisición fué mala y sospechosa contra la Santa Fé, y afectaba opiniones y fama de santidad, y así declaró para que el desengaño sea notorio, y se recojan todas las cosas que el dicho reo distribuyó en vida y reliquias suyas, como su bonete y su crucifijo» (1).

(1) Tomo XXIX de varios en folio. Relación de las personas que salieron al auto público de la fe que se celebró por el Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla, en la plaza de San Francisco, el día del glorioso apóstol San Andrés, deste año de 1624 años.

Hay otra relación del mismo auto de fe en que el Santo Oficio describe los delitos y la sentencia del Padre.

«La primera de las seis estatuas que acompañaban á los reos vivos era la del P. Francisco Méndez, de nación portugués, difunto, sacerdote. Salió en hábito de clérigo, como andaba por Sevilla, ceñida una soga en lugar de cíngulo. Fué condenado porque era de la secta de los *alumbrados*, y tenía este modo de orar: *Dios, mi corazón, mi buena cara* (1). Tenía casa de recogimiento de mujeres, donde decía misa y las comulgaba todos los días, y á las más allegadas con muchas formas. Acabada la misa, desnudándose las vestiduras sacerdotales, en lugar de dar gracias á Dios, las mujeres cantaban y él bailaba descompuesto. Fingióse santo y tenía arrobos y éxtasis. Diciendo misa se ponía en cruz y daba bramidos y se reía. Dijo una misa de veinte y seis horas. Tuvo muchas hipocresías y decía muchos desatinos, todo á fin de ganar opinión de santo y que lo habían de canonizar muy presto.

(1) Relación del auto de fe celebrado en Sevilla en 30 de Noviembre de 1624, dirigido á Miguel Alvarez Salvador, familiar del Santo Oficio y regidor perpetuo de la villa de Alcalá de Guadaira, por Alonso Ginete, familiar del Santo Oficio de esta villa, en este año de 1625, impreso en la villa de Montilla por Manuel de Paiva, en 4.º

Dióse su doctrina por mala y mandaron recoger sus reliquias» (1).

Merece muy mucho llamar la atención de los hombres pensadores para hacer algunas disquisiciones sobre el carácter religioso del pueblo español en los principios del siglo xvii y en una ciudad de la población, letras y ciencias de Sevilla.

La Inquisición dejó que en vida el P. Francisco Méndez se fingiese santo á todo fingirse, dejándolo gozar en vida todos los honores y las satisfacciones imaginables.

Atajóle con cartas privadas don Juan de la Sal cuanto le fué posible, y valiéndose del duque de Medina Sidonia, Capitán general de Andalucía.

¿Por qué esta lenidad en el Santo Tribunal? Este es un hecho inexplicable tan contra la historia y contra lo que debía esperarse de los hechos verdaderamente posibles en un sacerdote.

Don Juan de la Sal, aunque dignamente severo como escritor satírico y en defensa de la causa de la verdad, juzgó al P. Méndez, no como un impostor, sino como á un verdadero insensato que, arrebatado de la lectura de libros místicos

y especialmente como los de vidas de santos y convertido en otro Don Quijote á lo divino, quiso tomar el concepto de un siervo de Dios y por Él favorecido.

Ni aun recientemente muerto el P. Méndez, la Inquisición puso rigurosamente la mano en formarle causa. Fuerza es confesar que el Santo Oficio tomó entonces con tan riguroso empeño el asunto, que el juicio de D. Juan de la Sal quedó en bien poca cosa. El tenido por un mentecato como parecía serlo, así como las beatas y los beatos que le tributaban aquel supersticioso culto á su persona, ya no se consideraron gentes de rematada inocencia. Al menos, el que se dejaba venerar como no debía dejarse y usaba ceremonias no prescritas por las rúbricas, no fué reconocido por lo que seguramente era hasta algún tiempo de transcurrida su muerte.

¿Qué vida tan original la de don Juan de la Sal! Su humildad le hizo renunciar el Obispado de la ciudad de Málaga que le ofreció el Rey, renuncia que celebra el poeta insigne D. Juan Salinas de Castro, capellán del Hospital de San Cosme y San Damián en Sevilla. El Obispado, que daba nombre al Coadjutor del Metropolitano era el de Hipona ó Bona, de donde lo fué San Agustín. Mantúvose fiel á la inviolable devoción del elocuente orador

(1) Quien quiera estudiar muy bien los antecedentes de la secta de los alumbrados en España y sus principales secuaces, lea la admirable obra de los heterodoxos, debida á la pluma del Sr. Menéndez y Pelayo.

y filósofo de la cristiandad africana.

Vió padecer una persecución á un poeta dramático, muy su amigo, al infeliz doctor D. Felipe Godínez, cuya vida no me cumple hoy narrar con las ilustraciones por mi adquiridas.

Otro de los hechos en que intervino D. Juan de la Sal, fué uno que verdaderamente horrorizó á Sevilla. El jueves 16 de Marzo de 1633 amanecieron matados en la casa inmediata al arquillo de los Rodas, en la Alameda Vieja de Sevilla, un sacerdote y un hermano suyo, y la casa con todas las apariencias de robada.

Si bien pareció muy meditado el asunto, no lo fué tanto ni sobraron las precauciones para que los autores del delito quedasen envueltos en las sombras de la noche. A poco se descubrieron los criminales: uno vestía el hábito de religioso carmelita y estaba ordenado de misa; y el otro, su cómplice, era un mozo seglar. La justicia logró reducirlos á prisión, y de tal manera se fulminó el proceso, que el día 21 siguiente quedó ahorcado el mozo y puesta su cabeza en la dicha Alameda de Hércules, sobre un árbol, para escarmiento, y las manos clavadas en las paredes de la misma casa de la comisión del delito.

Al propio tiempo en ese día (martes) el Presbítero carmelitano

se degradó públicamente en la plaza del Arzobispo, con gran concurrencia atraída por la novedad del suceso.

Don Juan de la Sal, Obispo de Bona, recibió del Arzobispo D. Pedro de Castro y Quiñones el mandamiento de degradar al reo. Terminado el lúgubre acto, entregaron al matador á la justicia y brazo seglar. Seguidamente con la comitiva que correspondía, lo trasladaron á la calle de la Garbancera y allí recibió la muerte en horca y luego lo llevaron á la iglesia parroquial de San Lorenzo, donde hoy se admira en dorada tabla á Nuestra Señora de Roca-Amador, y en retablo propio el señor del Gran Poder debido á los cinceles de Juan Martínez Montañés.

¡Duro trance debió ser el acto de la degradación para un prelado de las condiciones de D. Juan de la Sal! Justamente esas personas de espíritu más festivo, aunque sepan cumplir con sus obligaciones y hasta las más tétricas y dolorosas con sin igual constancia, sufren muchísimo más, y son más vehementemente heridos por la compasión.

Y no cabe duda; D. Juan de la Sal padeció mucho en este caso. Unido como estaba con mutuo aprecio y respetuoso cariño al metropolitano D. Pedro de Castro y Quiñones, terribles fueron los su-

frimientos de ambos, por lo grave del delito en un sacerdote y su hermano, como por ser eclesiástico el primer criminal.

Vaciló mucho D. Pedro en consentir en la degradación, y cuando ya no tenía remedio, mostró señales de arrepentimiento creyendo que para la vindicta pública pudiera haberse buscado otro castigo suficiente. Sus contemporáneos atribuían que las melancolías referentes á este suceso le aceleraron la muerte el 22 de Diciembre de 1623.

Don Juan de la Sal debió haber tomado gran parte en estos pesares, que no fueron á cargo de su conciencia sino á la que ordenó que hiciese la degradación su Coadjutor (1).

Tal es el lastimoso fin con que tenemos que terminar la noticia de uno de los escritores de más lozanía y riqueza de ingenio, empleada en combatir la superstición y de un modo inimitable en España.

(1) Memorias sevillanas. *Biblioteca Colombina*, B. 4.^a, 449—30.

ADOLFO DE CASTRO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Muerte del emperador D. Pedro II. — El Obispo esclavón Strossmayer y su renuncia. — Ministerio histórico de los panslavistas. — Peligros de la prepotencia rusa en el mundo. — Las cuestiones económicas y las cuestiones religiosas en Francia. — El pueblo católico y la República francesa. — Estado interior de Italia. — Debates acerca de la política nacional en el Parlamento italiano. — Diferencia entre Italia y Francia en sus relaciones respectivas con el clero. — Conclusión.

La dinastía de Portugal se ha extinguido. El postrero de los Braganzas ha bajado al sepulcro. Un enfriamiento, complicado con diabetes crónica, lo ha concluido. Fué una tarde húmeda y sombría desde Saint-Cloud á Versalles el emperador D. Pedro, y la llovizna glacial, conocida en la lengua nuestra con el nombre de calabobos, penetrándole hasta los huesos, le produjo una fiebre terminada por el eterno frío de la muerte. Si abris los periódicos, y consultáis sus juicios respecto de D. Pedro, hallaréislos extremadamente lisonjeros. Había nacido el difunto en tierra tan republicana por su compleción social, que parecía un demócrata con corona, empeñado en que le perdonaran la necesidad impuesta por su nacimiento de llamarse monarca; y de ahí una cierta boga entre los escritores europeos, aquejados todos en su educación histórica de fetichismo realista. Y digan cuanto quieran, D. Pedro, allá en sus adentros, conservaba todos los humos regios connaturales á príncipes de su estirpe, y no consentía el menor olvido, así de sus títulos como de su prosapia, ni el menor descuido en el debido tratamiento. Lo confieso, costándome trabajo decirlo, ante un cadáver. Entre las dinastías correlacionadas con la historia nuestra, ninguna tan enemiga de la patria y tan funesta por todos conceptos á la Península ibérica cual esta dinastía por-

tuguesa de Braganza. La primer dinastía de los Borgoñas nunca olvidó las relaciones con Castilla, y mucho contribuyó al rescate de la común patria desde su realeza feudal, generada por el fraccionamiento propio de una bárbara centuria, en que tomaban los reyes la tierra como su patrimonio, concepto de allende traído por Sancho el Mayor de Navarra, y dividían el territorio nacional como una regia finca entre todos sus hijos. Los Avis, aunque por la victoria de Aljubarrota puestos en el trono, quisieron siempre relaciones con los reyes castellanos y aspiraron á la unidad peninsular, como lo demuestran sus bodas y sus pactos. Pero los Braganzas, que se dividieron y apartaron de nosotros, haciéndonos una traición horrible, merced á la cual se perdieron para la Península el mayor número de las colonias lusitanas vilmente cedidas ó abandonadas por auxilios de todas clases prestados á ingleses y batavos contra nosotros, no puede hallar sino desvíos del corazón y maldiciones del labio en esta patria herida y menguada por sus funestas ambiciones. Así, creyendo yo en una providencia histórica, presentí el destronamiento de D. Pedro siempre, y anuncio ahora la imposibilidad completa de una restauración monárquica en el Brasil por

mucho que cuesten la infancia y mocedad de toda nueva forma política, y más todavía de la forma republicana. Pero semejantes crisis, muy agudas y peligrosas, generarán alguna dictadura transitoria ó quebrantarán el territorio nacional, ó traerán por algún tiempo el fenómeno de una restauración transitoria; pero no podrán destruir en definitiva la forma republicana. De origen portugués todos los reaccionarios y todos los monárquicos del Brasil, pueden caer en un sebastianismo impropio de nuestro siglo republicano, pero propio de sus viejas tradiciones históricas. Entendemos por sebastianismo la ciega esperanza en la vuelta de un muerto que ha dado nombre á todo un sistema político y á todo un periodo largo de la historia lusitana. D. Sebastian, al partirse desde Lisboa para conquistar el Africa, último representante de los escudriñadores y marinos príncipes del nombre de Avis, llevaba consigo la corona de Fez, hecha para ceñírsela desde su arribo á la sien; y con la corona llevaba el predicador destinado á componer el sermón en alabanza del triunfo. Pero los moros le llamaron al interior de su territorio, para que no pudiera defenderse de ningún modo sobre aquel tórrido suelo; y cuando ya le vieron engolfado en las are-

nas ardientes, sin base ninguna de operaciones, lejos de la costa donde tenía punto de apoyo tan seguro como Tánger, lanzáronse con el furor astuto de los tigres sobre su presa en el momento más propicio á su premeditada defensa. No era un ejército el ejército cristiano; era una legión de cadáveres ambulantes. Así nada más fácil que concluir con ellos. Hora y media duró la batalla. No caen las espigas del trigo al furor de fuerte granizada como cayeron los soldados de aquel ejército al filo de la tajante cimitarra. Parecía que se los tragaba el desierto como devora las gotas de lluvia lanzadas por una tempestad. D. Sebastián, que nunca creyera en la derrota, desapareció; y todavía no supo la historia su paradero. El pueblo, sin embargo, aún lo espera, y cree que volverá de nuevo á encontrarlo en lo porvenir, porque algún ángel se lo subió al cielo y lo tiene sobre las dos alas de la muerte para volverlo resucitado á la patria. Esa esperanza engañosa de la vuelta y regreso de un rey resucitado ¿no se asemeja mucho á las aseveraciones de los monárquicos del Amazonas, esperanzados aún hoy en el readvenimiento y reaparición del principio monárquico sobre la tierra, donde la república se produce y se arraiga tan fácilmente como en todo el territorio ame-

ricano? La frecuencia de las restauraciones en toda revolución, y dificultades con que luchan todos los pueblos al comienzo del gobierno de sí mismos, podrá originar un retroceso, que sería muy rápido, pues en la sociedad, como en la naturaleza, el organismo superior vence á los organismos inferiores.

Pero, dejando esto aparte, consideremos la grande agitación religiosa, que hoy reina en casi todo nuestro continente á consecuencia de muy especiales y particularísimas circunstancias. Un fenómeno, producido por tal situación patológica es la renuncia, que ha presentado el Obispo Strossmayer de su alta dignidad religiosa en Croacia. Para conocer á este prelado precisa volver atrás la vista. Eran las últimas sesiones del Congreso Vaticano, cuando se trataba la infalibilidad pontificia. El Obispo de Orleans, insistía en su negativa implacable á reconocer la oportunidad de tal declaración. Por esta misma causa, por haberla tachado de inoportuna, exigían los ultramontanos que se promulgara. «*Quod inopportunum dixerunt, necessarium fecerunt*», exclamaba uno de los más exaltados Obispos. Los opositoristas se parapetaban, como en refugio último, en lo necesario de la unidad moral de aquella votación para que el nuevo principio tuviese fuerza y ca-

rácter de antiguo dogma. Pero el Pontífice amenazaba mucho á los tímidos y ganaba con facilidad á los vacilantes. Monseñor Spalding, venido de lejos y animado por evangélica fe contra los exagerados y los violentos, cambió de opinión así que alcanzó una plaza en las grandes comisiones y una entrevista con el Papa. Los Obispos de la América del Norte tuvieron una ocurrencia que hizo reír á toda la cristiandad. Idearon celebrar un *meeting* religioso para conocer la opinión de los congregados, como si las orillas del Tiber, que arrastra tantos dioses muertos, fueran como las orillas del Potomac, que exhala tantas ideas vivas, y el trono autoritario de San Pedro como la tribuna republicana de Washington. El episcopado inglés, exageradísimo papista en sus largas luchas con los antipapistas, fué solemnemente desautorizado por Newman, el más grande y más ilustre de los teólogos británicos. Este escritor, discípulo de Oxford; sectario un día de la iglesia evangélica; autoridad más tarde de la iglesia anglicana, donde ocupó tan altos puestos y consiguió tan renombrados triunfos; autor de la obra de los arrianos en el siglo iv, que predicaba con fe tan firme la divinidad de Cristo á un mundo completamente racionalista; muy amigo del doctor Pusey,

que ha impulsado á tantos ingleses á entrar en el seno de una iglesia semi-católica; converso á los pies del Papa y en la misma Roma á la plena fe romana por la cual escribió tantos libros, pronunció tantos sermones é hizo tantos esfuerzos, sentíase descorazonado, triste, apenadísimo, viendo que los Concilios antiguos se habían reunido para conjurar los peligros, y el Concilio Vaticano para aumentarlos, los antiguos para salvar á la Iglesia, y el Concilio Vaticano para perderla. El doctor Michaelis formulaba el pensamiento de toda Alemania cuando decía que la declaración de la infalibilidad era una obra de sutileza cuyo triunfo sólo podrá explicarse por una deplorable reacción jesuítica contra el espíritu liberal de la Iglesia, indecible calamidad para la civilización y para el cristianismo. El cardenal Schwarzenberg se elevaba á la más alta elocuencia. Su voz tenía algo de la majestad de los profetas y de las tempestades del Sinaí. Su pensamiento recordaba que había contribuido á la fundación de la Iglesia no sólo San Pedro, el apóstol que negó á Cristo en la hora de su pasión y de sus tristezas; el judío de estrechísimo sentido que no quería apartar la nueva Iglesia de la antigua Sinagoga; sino también el gran apóstol de las

gentes, San Pablo el gran reconciliador de todas las razas, semita por su origen, griego por su educación, romano por su dignidad y por su derecho, que había visto la antigua fe apagarse en las reverberaciones del desierto y la nueva fe surgir en las tempestades de la conciencia, y que desde aquel punto, desde aquella hora solemne había prescindido de todo el egoísmo judío y condenado todo rito de secta abriendo la nueva fe á todos los hombres, á todas las razas, á todos los continentes para fundar la verdadera comunidad de la humilde criatura con su divino Criador. Hizo más el sabio Obispo. Recordó las desgracias de la Santa Sede por su empeño en traspasar los límites señalados á su autoridad y á su poder. Dijo que así como Bonifacio VIII había visto su palacio invadido, su trono asaltado, su persona desacatada y su mejilla herida muriendo como fiera que los cazadores acorralan por haber demandado y querido el supremo dominio sobre todas las potestades temporales, Pío IX podía verse á su vez expulsado de la conciencia humana y del humano espíritu, convertido en presa de sus contrarios, olvidado de los mismos que antes le adoraban, por pretender lo que ningún hombre puede alcanzar, la infalibilidad y la impecabilidad de Dios. Pero

quien más brilló fué Strossmayer, el Obispo dimisionario ahora de Croacia. Apesar de haberle dado muchísimos disgustos las oraciones primeras que pronunciara contra la infalibilidad, no se creyó vencido y tornó nuevamente á la tribuna del Concilio para sostener la inoportunidad del dogma. Mucho se había hablado de este orador. Los liberales poníanlo en las nubes y los ultramontanos le censuraban fuertemente. Había de todos modos facilidad en su decir, cadencia en su entonación, calor en su sentimiento, fuerza en su palabra. Aunque los Obispos italianos y españoles hablaban un latín, no diré más puro, pero si más eclesiástico, Strossmayer, como buen habitante de Hungría, y por ende muy acostumbrado al empleo diario de la lengua latina, hablábala con pasmosa facundia y aun con gracia. Sin embargo, los prelados reaccionarios se reían mucho de este su latín, y recordaban que cierto pedante decía que los prelados en el extranjero celebraban la misa *cum pantalonibus* y que el latín de Strossmayer era también latín *cum pantalonibus*. De todos modos su palabra impresionaba fuertemente, puesto que tenía la misma fuerza de su razonamiento. El Concilio contaba estas fracciones: primera, ciento cuarenta Obispos enemigos

de la infalibilidad, los más ilustres por su ciencia, los más admirados por sus virtudes, los representantes de las naciones más poderosas y de las mayores diócesis: cincuenta Cardenales que, como buenos cortesanos del Pontífice, tenían que votar la proposición pontificia: cien Vicarios apostólicos revocables y pendientes todos por ende del arbitrio de la Santa Sede: cincuenta Generales y abates mitrados de las órdenes monásticas todas conversas al más exagerado ultramontanismo: ciento de esos Obispos de la propaganda poseedores de sillas inocupables: doscientos setenta italianos, de los cuales ciento cuarenta y tres eran vasallos políticos del Papa y habitantes de los antiguos Estados romanos. Total quinientos ochenta votos á favor de la innovación que tantos dolores debía traer sobre la Iglesia. Pero sea de esto lo que quiera, es indudable, indudable; los verdaderos salvadores de la Iglesia, eran aquellos que, no pudiendo reformarla, trabajaban por no convertirla en cómplice y guía de la reacción universal. La elocuencia de Strossmayer podía ser más ó menos ardiente, más ó menos literaria, más ó menos latina; pero en realidad era profundamente previsor y próspera. Para mantener el ideal religioso, no hay que seguir los errores condenados ya por la

conciencia humana. Un absolutismo que se extienda desde el espíritu al suelo, un hombre que se divinice, una sociedad que se petrifique, la idolatría materialista, el egoísmo llevado á sus últimos extremos, la coacción moral sustituida por la fuerza y por la violencia, no pueden reformar de ninguna manera la sociedad presente. Para reemplazar un ideal viejo y gastado, es necesario sustituirle otro ideal más progresivo y más humano: Strossmayer se llenó de gloria en el combate por una Iglesia progresiva, y consiguió, merced á él, inmarcesible renombre público. Pero después de tal esfuerzo, como viera el dogma de la infalibilidad convertido en pabellón de guerra contra la Iglesia y manejado como arma de verdadero exterminio contra el pueblo fiel por la Germania y por la Suiza protestantes, llegó á reconciliarse del todo con la Sede romana, diciendo cómo el ardor puesto en la defensa de sus tesis propias y personales, cuando el dogma estuvo en litigio, ahora lo pondría en adoración del dogma ya definitivamente proclamado y reconocido por la Iglesia universal. Pero activo, propagandista, batallador, entró con empuje sumo en la gran batalla moral entre su patria, Croacia, y el Estado magyar, que hoy la do-

mina y la dirige. Por su familia esclavona, Strossmayer antepone y sobrepone los intereses de su raza, con empeño, á los intereses austriacos y magyares. En esta sobreposición, el Obispo ha llegado á los confines de la heterodoxia, celebrando fiestas del rito griego como si fueran fiestas del rito romano, y á los confines de la rebeldía, moviendo sus fieles contra el Gobierno húngaro directamente y por modo indirecto contra el Gobierno austriaco. Así el patriciado magyar de Buda-Pesth nunca lo perdonará, y el mismo Emperador Francisco José, tan cauto y precavido y reservado, llegó á reprehenderle un día en palacio delante de toda la corte. La batalla entre aquel príncipe del clero católico tan rebelado y la corte austriaca tan herida, llegó hasta extremos como delatarle, sin respeto á sus dignidades y á sus canas, de simoníaco y prevaricador. Injusto sería el cargo, como generado por la pasión política, de suyo dispuesta en los extravíos del combate á esgrimir siempre la calumnia. Pero lo cierto é indudable resulta que todas las ideas del Obispo se dirigían á defender la potencia valedora de los esclavos, la Rusia; y todo adelanto de la Rusia resulta una terrible amenaza de suyo á la civilización europea. Muy en moda quieren poner los franceses al pue-

blo ruso; pero no habrán de conseguirlo, porque la conciencia humana y el sentido común dicen todo lo contrario de cuanto pretenden ellos. Y esta idea del peligro, que trae aparejada toda excesiva influencia rusa en Europa, impídele indudablemente al Obispo de Croacia convivir en paz con austriacos y magyares, cada día más levantados y subvertidos contra Rusia. Y bajo la pesadumbre de tal contradicción, háse resuelto por dejar su mitra y por irse á la sombra paternal del Vaticano. Pero sean cualesquiera sus ideas, las nuestras ven cada día con mayor claridad los peligros de una prepotencia rusa en Europa, y conjuran con empeño á los franceses para que no la sirvan de modo alguno ni la prosperen, si quieren servir y prosperar la libertad.

No hay que desconocerlo, ni que ocultarlo inútilmente; la fuerza excesiva de Rusia en Europa es peligro inmediato y gravísimo. Este Imperio se cree grandiosa confederación armada, que un general, ceñido de doble corona, Emperador y Pontífice á un mismo tiempo, dirige, como una reserva de la Providencia, para castigar los vicios y renovar la sangre del decaído Occidente. Y la grandeza de Rusia proviene en su mayor parte de los despojos de Turquía. Por

el tratado de Radzin, á fines del siglo xvii, se apoderó de Ucrania, primer despojo turco, y desde entonces no ha cesado un punto en su obra de allegar nuevos territorios en Europa y en Asia. Suecia, que pudo un día contrastarla, cayó á sus pies rendida, y el tratado de Nystadt consagró á principios del siglo xviii la definitiva prepotencia rusa en el Norte. Apenas habían transcurridos treinta años de este último tratado, cuando Rusia podía llamarse señora del golfo de Finlandia en los mares del hielo y de las nieblas, como señora de Crimea en los mares de la luz y del arte. Casi á un mismo tiempo estuvieron á su arbitrio y aumentaron su colosal grandeza desde 1772 á 1774 Turquía por sus derrotas y Polonia por sus desgracias. Diez y seis ó diez y siete años más tarde tomó en una nueva guerra con La Puerta todo el territorio que se extiende desde el Dnieper al Dniester, á lo largo del mar Negro, territorio, á primera vista despoblado y estéril, pero luego fecundísimo por la fundación de Odessa y otras poblaciones importantes. Y á los tres años de este nuevo crecimiento sucedió la última desgracia de Polonia y su terrible desmembración. Así, cuando pasara de esta vida Catalina II, en 1796, Rusia media cinco millones trescientas

sesenta mil millas cuadradas. No es mucho, pues, que al despuntar nuestro siglo, los rusos vencieran al pueblo más poderoso entonces de Occidente, al pueblo francés, por mar en las Islas Jónicas, por tierra en Novi. Si esta brillante estrella moscovita se eclipsó por breves momentos, primero en Zurich y luego en Fiedland, hasta sus derrotas le reportaron engrandecimiento, pues en el año primero de nuestra centuria adquiría la Georgia, y en el año siete, estipulado el convenio de Tilsitt, se aumentaba con el territorio de Bialystock y una parte de la Prusia oriental. Y para que nada le faltara, mantenía en 1808 á 1811 sus dos guerras tradicionales, la guerra con Suecia en el Norte, la guerra con Turquía en el Sur; y arrebatava toda la Finlandia hasta el río Tornex, inclusa la isla Aland, á los suecos, y á los turcos Besarabia y la parte oriental de Moldavia, ensanchándose hacia el Pruth y el Danubio. Y si en la amistad con Napoleón adquirió territorios, en la guerra última contra Napoleón los adquirió también, quedándose con el Ducado de Varsovia después de demostrar cuan difícil era vencerla en sus madrigueras, defendidas por los furioses de su clima que podía ocasionar catástrofes como el paso del Beresina y por los furioses

de sus soldados, que podían en una noche incendiar ciudades como la sagrada ciudad de Moscou. En 1828 y 1829, recogió nuevos fragmentos de Turquía y dos provincias de Persia, sin perder jamás de vista su cruzada eterna, que parece fabulosa, no sólo en lo audaz, sino en lo tenacísima, por la cual penetra en el corazón de la gran Tartaria y amenaza el territorio de China, y se encuentra frente á frente de las posesiones británicas en la India. Una potencia de tal condición tiene ideales que acarician unánimes todos sus hijos. Rusia está dividida en dos partidos formidables, á saber: un partido puramente ruso, tradicional, reaccionario, y un partido avanzado, innovador, comunista. El uno sustenta la vieja tradición del Patriarcado moscovita y del dogma griego, mientras el otro sustenta el ateísmo materialista en ciencia y quiere la terrible anarquía internacional en política. Pero ambos á dos pugnan por el predominio de la raza esclavona en el mundo europeo. Os dirá el uno á la continua: nuestra historia es la historia de nuestras ciudades; Kieff es la ciudad que nos bautizó con sus monjes ortodoxos; Moscou es la ciudad que nos unificó con sus Czares rusos; Petersburgo es la ciudad que nos administró con su burocracia germánica; Constantinopla es la última ciudad que nos falta, la ciudad en donde Rusia será más que una Europa, en donde Rusia será toda la Humanidad. Para llegar á Constantinopla precisa fortalecerse con la tradición puramente rusa; desceñirse de los lazos germánicos que nos han atado al excepticismo protestante y á la confusa filosofía hegeliana; condenar esa literatura impregnada de la desesperación byroncesca en que nos han metido Poudchine y Lermentoff; maldecir de esa crítica inspirada en la idolatría occidental que han acreditado Herzen y Belinski; levantarse más allá de Pedro el Grande y sus legiones extranjeras; desasirse de Petersburgo, pues, á título de sustraernos á la germana sustituye con arte sumo el pedantismo alemán á nuestra vivacidad nativa y la burocracia oficial á nuestras costumbres patriarcales; retroceder hasta los tiempos de Ivan el Terrible para fortalecernos en la ortodoxia griega y en la grande autoridad moscovita, infundiendo en el Occidente corrompido sangre nueva purificada por la estepa virgen y fe ardorosa extraída del primitivo cristianismo. Y os dirán los comunistas por su parte. Se necesita destruir la propiedad, desarraigar el Gobierno, disolver el capital, desmontar esa máquina del Estado que todo lo deshace, po-

niendo tanto las fuerzas como los bienes en común. Para esto no hay raza como la raza esclavona, individualista de suyo hasta frisar en la indispensable anarquía y social hasta llegar al comunismo; raza, que no quiere la herencia, sino el procomún; y prescinde con facilidad de esa suerte de autoridades políticas, donde todo se pierde; raza municipal por excelencia, en quien los bienes colectivos se elevan á la categoría de instituciones fundamentales y que podrá traer á las venas de los pueblos viejos sangre nueva y á la tierra de Occidente desolada por las divisiones y subdivisiones de sus campos la tribu patriarcal venida hoy á resolver todos los antagonismos y á fundar la perdurable igualdad hermanada con la justicia. Un pueblo, en el cual están los partidos separados por todo, y sólo juntos en oprimir las tierras occidentales, nos inspirará, sean cualesquiera sus patronos, eterna desconfianza.

La dimisión del obispo Strossmayer prueba dos cosas: primera el rompimiento cada día mayor entre alemanes y eslavos, segunda la grande agitación religiosa que reina en Oriente. Bien es verdad que no les vamos en zaga por Occidente respecto de grandes agitaciones religiosas. Un secundario incidente, la riña entre varios peregrinos más

ó menos franceses y los guardianes del Panteón más ó menos italianos ha traído una cola, que ni el mayor cometa la presenta en profunda noche de terrores apocalípticos. Por tal casualidad el Episcopado francés ha creído tener una ocasión de mostrarse dispuesto al martirio y otra ocasión el partido realista de asediar la forma republicana. Poco podrían importarnos los asedios realistas en verdad, si no aparecieran complicados con las intransigencias radicales, que los empujan y mantienen. Con efecto, de la izquierda republicana ó salen proposiciones tan anacrónicas como el mantenimiento estricto de un concordato inaplicable á nuestro tiempo y á nuestra sociedad, ó salen proposiciones tan aventuradas como un régimen imposible de separación entre la Iglesia y el Estado. Todas estas proposiciones en sí tampoco valdrían cosa, destinadas como están á caer en el cesto de los papeles parlamentarios inútiles; pero también las agrava el carácter indeciso de un Gobierno perplejo, el cual, convencidísimo de que no pueden alterarse las relaciones actuales entre la Iglesia y el Estado, abandona las riendas del Parlamento y deja indeciso á cada fracción republicana tirar por donde quiera en materia tan árdua, cuando todas debían estar sujetas á su di-

rección y encaminadas por su impulso. Francia está preparando las vías á un régimen como el régimen americano de separación entre las Cámaras y la Presidencia, ó lo que sería peor, á un régimen de dictadura desenfrenada, solución más en sus antecedentes, por el empeño de la mayoría republicana en dirigirse á su gusto como si no hubiera pensamiento y Gobierno directores y por el empeño á su vez del Gobierno en dejar á la mayoría los negocios como si éstos pudieran tratarse y resolverse con fruto por un poder de cuatrocientas cabezas, sin armonía entre sí ninguna y sin responsabilidad. Así, asuntos como las relaciones mercantiles de Francia con los demás pueblos, van manga por hombro y se resuelven tristemente, sin aquella circunspección pedida por las más rudimentarias nociones políticas á los poderes públicos. El asunto de los convenios mercantiles no puede tratarse como lo han tratado las mayorías del Congreso y del Senado francés, como un asunto que sólo atañe á los intereses de ciertas regiones; precisa tratarlo con aquellas miras generales propias de la vida compleja que tienen los pueblos y los Estados modernos; precisa tratarlos en su aspecto meramente útil, sí, pero uniendo á este primer aspecto el aspecto político.

No puede perdonarse que hayan convertido sus proteccionistas la republicana Francia, la nación por excelencia reveladora, en una China europea. Aislaréis otras naciones; imposible aislar Francia, como podéis aislar en el cuerpo un brazo y un pie, pero no el corazón. Francia, tan amenazada, pierde con su proceder increíble todas las simpatías políticas y abandona en sus relaciones internacionales, á la ciega casualidad una retaguardia cual su línea de los Pirineos como por Túnez y por los espejismos coloniales entregó al enemigo tradicional el flanco de los Alpes y por no haber querido seguir en Egipto una sabia política de inteligencia con Inglaterra le cedió á ésta puntos intercontinentales de primer orden como el Canal y el Nilo al par que la impulsó á una inteligencia con Alemania, bien siniestra en los futuros conflictos. La votación sobre los vinos es ya el error último de los proteccionistas. Imposible nuevas torpezas ya; no obstante su fecundidad en idearlas y su resolución en cumplirlas. Únicamente, les falta hoy á los insensatos atizar con proposiciones descabelladas una sublevación religiosa. ¡Qué diferencia entre Italia y Francia, qué diferencia!

Italia siempre aparecerá como la nación, donde, por ley natural, más debía el clericalismo agravarse, á causa de la estancia del Papa en su territorio, y donde, gracias á una destreza y habilidad nunca bastante loadas, con la fortuna mayor se burlan las dificultades y se salvan los obstáculos. No hay sino ahora observarla para persuadirse á creerla incólume, viendo como autora ella de los desórdenes del Panteón y aún responsable hasta cierto punto única, sabe la muy cauta zafarse de todo peligro y declinar los tristes resultados y las exacerbadas consecuencias del descuido de unos y del desacato de otros sobre los gravados hombros de Francia. Mientras en el Senado francés republicanos de ideas conservadoras y de temperamento gubernamental echan por la trocha, sin reparar en tropiezos, y dan todo género de gustos á la suelta lengua, diciendo de la Iglesia lo que no digan dueñas, desahogo inocentísimo, al cual no seguirán obras, ni actos de ningún género; en Italia la parte del Parlamento, incapacitada para constituir mayoría, suele con grande maquiavelismo encargarse de lanzar utopías envueltas en frases más ó menos insolentes á la corona y tiara del Pontífice; mientras las mayorías y los ministeriales guardan la mayor circunspección y nunca se van del seguro, ni se levantan á mayores, ni se corren hacia ningún extravío, usando toda la circunspección y toda la paciencia característica de verdaderos y concienzudos repúblicos. Los Monettas, los Canzios, los Imbrianis, sobre todo, podrán sulfurarse á manera de clubistas y descerrajar el tiro de cualquier frase temeraria contra el corazón del Pontificado; aquellos estadistas, en el Congreso y en el Gobierno aprovechan las intemperancias del ajeno lenguaje para echárselas de conservadores y congraciarse con el Papa indicándole todos cuantos servicios le prestan y todos cuantos combates le conjuran. Y el Papa sólo pide á Francia una corta participación en el Estado, mientras á Italia le pide, amén de la misma participación en el Estado que á Francia, una participación en el territorio. Pero comparad los discursos de Rudini tan circunspectos con los discursos de Freycinet tan temerarios; y decidme despues si no confirman estos sendos caracteres opuestos la oposición en las complexiones de los unos y de los otros aun aplicados á idéntico problema. La extrema izquierda pide que la ley de garantías llegue á modificarse, vista la resistencia del Pontífice á toda transacción; y ni en la izquierda liberal, ni mucho menos en el par-

tido conservador hay quien semejantes ideas comparta y ni siquiera se arriesgue á ningún compromiso de esa clase.

Algo ha dicho Crispi de pasada muy malhumorado; pero ningún estadista en la oposición y fuera del Gobierno tan atrevido, ni tan medurado así que tiene mayoría y debe cumplir cuanto dice. Que Rudini se le haya levantado con el santo y la limosna tras unas elecciones por él dirigidas; que Nicotera le moje la oreja en materia de liberalismo y democracia; que los reyes vayan á Palermo en compañía de otro cuando ideara la Exposición él en su ardoroso patriotismo isleño; que un siciliano, un paisanejo suyo, le sustituya y le mejore; que á su grande amigo Bismark se le hayan llevado todos los demonios y este rápido descenso del Gobierno alemán le haya herido en su propio incipiente cancillerato itálico, ya deshecho en amargas espumas de tristes desengaños; que su compañero Kalnoky oiga delegaciones austriacas, emperradísimas en creer la cuestión de Roma una cuestión internacional

y en mostrarle cuántas dificultades encierra la triple alianza y qué baldío ha sido el sacrificio de su irredentismo idealista; que tanta y tanta desventura le caiga encima hoy á él, quien era tan venturoso no há mucho, fuertes cosas en verdad, muy propias para desazonarlo y sugerirle palabras parecidas á las enviadas en principios de Octubre al pueblo siciliano, cuando se dolía de que fuese ahora con Humberto á la Exposición, á la fiesta pacífica, uno, jamás encontrado en otra clase de más peligrosas exposiciones; á saber: en la campaña de los mil contra los Borbones con Garibaldi. Pero hay que dejarlo: en el mismo discurso donde se plañía de tanto privilegio acordado al Pontífice, recordaba con orgullo como nunca jamás hubiera en Cónclave alguno la libertad gozada por el Cónclave destinado á nombrar el sucesor de Pío IX. Y por cierto, que tras una defensa calorosísima del código de garantías pontificias hecha por el presidente Rudini, la Cámara le ha dado un voto de confianza. Aprendan los franceses.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Mar y cielo.—Desde la quilla al tope.—Bajo la parra.—Dos historias vulgares.—La Fe.

El acontecimiento literario más importante del mes último ha sido la representación, en el teatro Español, del drama titulado *Mar y cielo*, escrito en catalán por D. Angel Guimerá y traducido al castellano por D. Enrique Gaspar. Al estreno de esta obra asistió toda la plana mayor de la gente de letras: la admiración fué grande, muchos los elogios, y en palcos, pasillos y butacas se ponderó aquella noche, con rara unanimidad, lo grandioso del drama y la inspiración de su autor. Hasta se llegó á comparar á Guimerá con Calderón y Shakespeare y no sé si con el mismo Esquilo.

Creo que con lo dicho basta para que mis lectores entiendan que el triunfo del trovador catalán fué indiscutido, espontáneo, espléndido y muy superior á cuantos se han visto en los últimos cuatro años.

He llamado *trovador* al Sr. Guimerá, y no ciertamente por gala retórica, sino porque, según mi entender, le cuadra aquel nombre mucho mejor que el de autor dramático. *Mar y cielo* revela un poeta de grandes alientos, un soñador en cuya alma arde el fuego que inflamaba el corazón de Auxias March ó que circulaba por las venas de Dalmau Rocaberti; pero que no reúne las condiciones que son exigibles al dramaturgo. No basta ser poeta para aspirar al título de autor dramático; para merecer este dictado es menester que se sumen en una misma personalidad, el ingenio poético y el talento constructor. Guimerá no posee más que lo primero. Su inspiración hubiérase mo-

vido tal vez desembarazadamente en el vasto campo del poema; aquí la verosimilitud, que en último extremo no es más que un pacto entre el autor y los lectores, sujeta con pocas trabas el genio del artista: en el drama, la verosimilitud casi se confunde ó debe casi confundirse con la verdad. Acaso por esta limitación del arte dramático, sólo cabe á la fuerza y como á martillazos entre los bastidores del teatro, el drama trágico *Mar y cielo*.

Soy el primero en admirar la grandeza de esta obra artística, me asombra lo impetuoso de la pasión que allí se desarrolla, encuentro que muchas veces llega la frase á la sencilla sobriedad con que se expresa lo sublime; al contemplar la creación del Sr. Guimerá, he sentido que subía á mis labios esta exclamación: ¡qué hermosa! y que instintivamente mis manos se juntaban para aplaudir; pero al acordarme de que era un drama lo que estaba viendo, los defectos é inverosimilitudes que en él existen borran la sorpresa que en mi ánimo había producido la fuerza poética del autor.

Mar y cielo es un himno al amor. Esa pasión—*sin la cual el sol se apagaría*—preséntase en el drama de Guimerá poderosa y avasalladora. Los espectadores no se fijan en la falta de caracteres individuales, ni

en lo precipitado de la acción, ni en las impropiedades de lugar y tiempo. Los defectos se borran ante el resplandor sublime del amor, no limitado por convencionalismos artificiosos, sino grande y potente, mezcla de idealidad y de deseo, fuerza brutal que impulsa á todo lo que existe, mandato imperativo de la especie que quiere perpetuarse, grito de súplica con que las generaciones que están por venir llaman á las puertas de la vida. Ante esa ley eterna, los deberes religiosos se olvidan, las prácticas sociales se atropellan y todos los obstáculos se remueven. Tal es, permítaseme la frase, el resplandor que ilumina la obra de Guimerá; resplandor que como toda luz vivísima deslumbra; razón por la cual el público admira *Mar y cielo*, sin reparar en los muchos defectos de que, como producción dramática, adolece.

*
* *

El argumento puede explicarse en cuatro palabras. Unos piratas argelinos apresan una galera catalana en donde navegaban con algunos otros cristianos Blanca y su padre, con dirección á Barcelona, ciudad en la que la joven ha de tomar el hábito de religiosa. Said, el arraez de los corsarios, y la prometida del Señor, sienten al mismo

tiempo el uno por el otro loca y desatentada pasión. En tanto, los cristianos, rompiendo sus cadenas, se hacen dueños de la nave argelina y tratan de dar muerte á Said, pero Blanca defiende la vida de su amado amenazando con matarse si á él se le ofende en lo más mínimo. Vanas son las súplicas del padre de la religiosa para que esta desista de su ciega pasión, vanas también las amenazas. Por fin el viejo dispara una pistola sobre el arreaez, mas la bala hiere á Blanca, y entonces el moro, cogiendo á su amada en los brazos, se precipita con ella en el mar. El patrón de la galera cristiana, un tal Ferrán, pariente y amante desdeñado de la joven, y que á última hora se convierte en protector de aquellos irregulares amores, da testimonio de la muerte de los dos enamorados diciendo: «Ni rastro.»

El asunto no diré que esté inspirado, pero sí que coincide en lo esencial con la vieja tradición que dió nombre á *La peña de los enamorados*.

La acción toda se desarrolla en la cámara de la galera corsaria. Del reducido marco en que el autor, tal vez por alarde de habilidad dramática, ha encerrado su obra, nace uno de sus mayores defectos, la precipitación. No camina más rápidamente hacia Argel la nave pirata

que la pasión amorosa en el corazón de los dos jóvenes. Tiene aquel amor algo de explosivo, y me recuerda, perdóneseme la comparación, cierto cuento epigramático que he leído no sé en dónde. Fué el caso que un galán y cierta dama halláronse juntos y sin conocerse en el mismo vagón del ferrocarril del Norte. Al salir de la estación de Madrid ni se habían mirado siquiera los dos viajeros, pero al llegar á Pozuelo se habían jurado amor eterno, y ya no tenían nada que jurarse cuando hubieron pasado el tunel de Torrelodones.

Con tanta ó mayor velocidad aún, corre la pasión del moro y de la monja.

Semejante precipitación perjudica no poco al interés de la acción dramática; las peripecias se suceden brusca y atropelladamente y los raptos de pasión resultan inmotivados. Bueno que por amor se olvide todo, patria, religión, familia, nombre y fortuna. Como eso se está viendo todos los días y de ello están llenas las historias y las gacetas de los periódicos. Pero tales desaguizados no suceden en un abrir y cerrar de ojos.

*En la universidad de enamorados,
dignidades de amor se dan por grados.*

Y nunca se ve que así, en el espacio de unas cuantas horas, se veri-

fique en un corazón virtuoso y honesto, la tremenda revolución que es necesaria para romper con todo lo más santo y respetable. Si estos casos de amor fulminante se dieran en el mundo ¡pobres maridos y pobres padres de familia!...

*
* *

Tampoco ha sido muy afortunado el autor en la creación de caracteres. La monja es un tipo que entra por completo en aquello de *ægrissomnia*. Una mujer educada como Blanca, modelo de candor y religiosa hasta el fanatismo, podrá morir de amor como la Doña Inés de Zorri-lla, ó perder la razón como Ofelia, ó deshacerse en lágrimas y sollozos como Mignon, pero no defiende puñal en mano al primer moro semisalvaje que le dice buenos ojos tienes. Además, una monja intentando suicidarse en pleno siglo xvii, es un anacronismo intolerable. El suicidio como recurso dramático en una religiosa de aquella época, carece en absoluto de verdad histórica.

El padre de la monja es una abstracción más bien que un carácter, y tan seco y desjugado se muestra en toda la obra, que casi raya en la caricatura; hasta su síncope tiene más de cómico que de dramático. ¿Qué decir tampoco de Ferrán, me-

tido á tercero de aquellos amores sacrílegos? Convengamos, con perdón sea dicho de los críticos, que por este lado nada se ve en *Mar y cielo* que se parezca á los dramas de Shakespeare.

Más humano es el carácter de Said; pasión y violencia lo forman y violento y apasionado se muestra siempre. Sólo el amor que doma también á los leones, vence á aquella fiera de los mares; su conducta, sus arrebatos, su debilidad para con su amada, su misma muerte caen dentro de la lógica dramática. Mejor aún desde el punto de vista artístico, que la figura de Said, es la de su criado. Acaso y sin acaso es Asem el carácter más real de la obra. Por esta razón, las escenas entre amo y criado, son las más hermosas del drama; como que son las más verdaderas, y á despecho de palabrerías sin sustancia y de sofisterías estéticas, es imposible desconocer que sólo es bello lo verdadero.

No entraré á señalar otras faltas de bulto como el final del segundo acto, cuadro efectista, propio de un melodrama de Bouchardy, ni el síncope del padre de Blanca, ni lo diluido del acto tercero, ni aquel esperar á que la luna salga, ni los discreteos del mozo en la ocasión menos oportuna, ni el deleite con que la doncella se queda en el ca-

marote sin acordarse siquiera de que su padre tal vez esté dando las boqueadas sobre cubierta... cosas todas que prueban, á mi entender, que como producción dramática, *Mar y cielo* dista mucho de ser una obra maestra.

La frase, ya lo he dicho, es casi siempre sobria y concisa: abundan las imágenes hermosas, aunque también se abusa de la hipérbole... y de los tiburones. El drama está todo él escrito en verso libre, y aunque salvo algunos de Jovellanos, de Jáuregui, de Moratín y de algún otro autor, en general digo de los versos blancos lo que decía Góngora, de los de Bonón, es lo cierto que en general suenan bien y no resultan muy afectados. Los que conocen el original, dicen que el Sr. Gaspar ha sabido conservarlos con bastante fidelidad.

En resumen y para terminar estos renglones dedicados á la obra que con éxito tan extraordinario se está representando en el Español, repetiré lo que dejo dicho más arriba: *Mar y cielo* revela que su autor es un gran poeta, pero revela también que no está ni con mucho á la misma altura como autor dramático.

propiedad, *La vida del marino*. Su autor, que se oculta tras del pseudónimo de *Silverio Lanza* ha trazado con elogiabile sinceridad los diferentes episodios, cuya misión constituyen la autobiografía de un oficial de la Armada. Los estudios preparatorios para ingresar en el cuerpo, los penosos trabajos del aspirante, las luchas con las borrascas, el rigor de la disciplina, las costumbres de la vida de á bordo, los afectos que unen al *rarus nans per gurgite vasto* con la tierra lejana, en donde rezan por él la anciana madre, la esposa amada ó los hijos adorados, la vida en tierra, los diferentes cargos oficinescos, y por último, el desempeño del de Ministro, he aquí los diversos elementos que forman la sencilla novela de Silverio Lanza.

Nótase en toda esta obrita cierta incoherencia y desaliño que aumentan su ingenuidad y que dan á toda ella ese encanto, esa *naiveté*, que jamás consigue la retórica con todos sus afeites y atildamientos. Detrás de todas las líneas se adivina al marino que ha vivido la vida que narra, y que ha sentido los afectos que expresa. Aquella narración sencilla arranca muy á menudo lágrimas; se toma cariño á la *viejecilla*, nombre cariñoso con que Lanza nombra á su madre y á aquella gacitana *Nieves*, que tan gran tesoro de amor guarda para su esposo...

Desde la quilla al tope pudiera titularse también y acaso con más

Al terminar la lectura del libro da pena no poder estrechar la mano del viejo marino. Si sentir hondo es una de las cualidades más estimables de las obras literarias, la novela de Silverio Lanza, sin pretensiones, sin filigranas, sin análisis, vale mucho más que otras obras á las que dedica la prensa y la crítica en general, largos y sabihondos artículos.

*
* *

Que Salvador Rueda es joven de viva imaginación y de apreciables condiciones literarias, cosas son que para mi están fuera de toda duda. En lo mucho que lleva escrito hay siempre algo eminentemente personal que hace salir al autor de los cuentos *Bajo la parra*, del montón anónimo formado por la turba de literatos incoloros, cuyos trabajos podría firmar *todo el mundo*. Me parece que es Klopstok, en su *Repubblica Alemana Literaria*, es el que clasifica á los escritores en tres clases: siervos, hombres libres y nobles. Son siervos aquellos artistas que no hacen más que pisar servilmente en las huellas que otros estamparon; hombres libres los que rara vez imitan y conservan siempre personalidad y criterio propios; y nobles los que están do-

tados de verdadero genio. En la república literaria española, Rueda pertenece á la segunda clase. Tiene, sin embargo, un grandísimo defecto, hijo sin duda, más que de los propios errores, de los extraordinarios elogios que se le han tributado. Se le ha ensalzado su fantasía, y ha abusado de su fantasía; se le ha ponderado el color de su estilo, y embadurna su estilo con insoportables colorines; se le ha elogiado su modo de decir, y empuja sus escritos de extravagancias. El aplauso, en una palabra, ha desvirtuado sus cualidades artísticas; así es que en sus cuentos *Bajo la parra*, y conviene advertir que no son éstos de lo más exagerado que ha salido de su pluma, llama á una mata *madrigal de violetas*, y compara el juntar de las alas de una mariposa con el acto de unir las manos el sacerdote momentos antes de levantar la hostia.

Todo el librito de que estoy hablando, se halla plagado de semejantes gongorismos, los cuales lejos de esclarecer la elocución la hacen oscura y afectada, como á las llamadas letras de adorno las hace ininteligibles, el afán que los pendolistas muestran en lucir con ramos, flores y rasgos atrevidos las gallardías de su pluma.

Entre los cuentos que forman esta colección hay algunos que se

leen con deleite, tales como el titulado *Cuadro húngaro* y *Cuadro oriental*. Este último recuerda las narraciones de Gauthier. Hay otros dignos de aplauso, como *La mujer desconocida* y *El Musgo*; pero en cambio, en mi opinión, el autor debiera haber rasgado sin piedad el artículo ó cuadro titulado *El Exorcismo*. Aquello de quedarse el tronco descabezado de la mujer epiléptica ejecutando sobre el empedrado «una espantosa danza de rabos de reptiles», la verdad, es un colmo de extravagancia y de mal gusto.

*
* *

Don José Castro y Serrano ha publicado, ilustradas por Pons, *Dos historias vulgares* tituladas, una *La serpiente enroscada* y otra *El reloj de arena*. No se propone en ellas el distinguido académico resolver ningún problema trascendental (como él mismo dice en la advertencia que precede á su libro); no hay en ellas tampoco otra intención que la de proporcionar interés «sin el sobresalto que inspiran por lo común las lecturas del tiempo.»

No obstante tan modesta pretensión, el Sr. Castro y Serrano revela en sus historias conocimiento del corazón humano, observación pro-

funda, varia lectura y habilísimo manejo del habla castellana.

*
* *

Mucho más alto intenta picar D. Armando Palacio Valdés en su novela última, titulada *La Fe*. En ella se plantea, con gran solemnidad, el problema religioso, y se tiende á presentar el conflicto que en un alma cándida y educada en los principios de la religión católica, producen la moderna filosofía, los adelantos de las ciencias y el medio ambiente social en que vivimos.

Inútil es decir que la novela interesa desde las primeras líneas, no sólo merced al talento de su autor, sino principalmente por la índole del asunto que sirve de base á su libro. El gran problema de la humanidad ha sido, es y será el que se refiere á su destino ulterior: el ser ó no ser, cuestión siempre interrogativa, y enigma que la eterna esfinge escribe con caracteres indelebles en toda conciencia, y que atrae como atraen todos los abismos. ¿Soy un poco de materia que el tiempo desmorona y reduce á polvo, ó soy algo que persiste individual y uno en medio del universo? Una vez puesto el problema, es imposible no seguirle con interés

siempre creciente. Por desgracia, en este caso no está la contestación á la altura de la pregunta.

El Sr. Valdés ha mirado demasiado alto. Su empresa merece aplauso, aunque no sea más que por aquello de que *in magnis voluisse satis est*; pero la gran cuestión presentada por él, sale de sus manos sin arrojar un sólo rayo de luz sobre el espíritu del lector.

Nótase en el autor de *La Fe* cierta vacilación que perjudica notablemente á su obra. A veces se le cree racionalista acérrimo, otras materialista, otras pesimista á la manera de Schopenhauer: el lector sigue como á tientas á su vacilante guía, y cuando el libro ha terminado, se queda poco menos que en ayunas acerca de lo que el autor piensa y del fin que en la obra se persigue.

Creo además, dicho sea con todos los respetos que el distinguido novelista merece, que no ha profundizado en el estudio de la mística todo lo que el asunto exigía, ni ha ahondado en el espíritu del clérigo cuanto era menester para seguir el proceso de sus dudas, de sus decepciones y de sus desfallecimientos.

El presbítero Gil, como ya he dicho, es un alma cándida, sin otra instrucción que la que se da en los seminarios. Cuando sale de uno de

éstos para ejercer su ministerio en la villa de Peñascosa, desconoce por completo todas las ideas con que la ciencia novísima ha saturado el aire que respiramos. Abismado en su fe, el clérigo pretende llegar á Dios por el camino que siguieron Santa Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, martirizando la carne y cercenando del pensamiento todo lo que no es Dios y del corazón todo otro sentimiento que el amor divino. Pero hay en Peñascosa un hombre misterioso y que tiene además fama de impío. El P. Gil cree que su deber consiste en traer al redil de la fe aquella oveja descarriada. Debo ir á su casa—piensa á menudo el *excusador* de Peñascosa—y arrancar del alma de ese desgraciado la semilla de la impiedad: Ese es el deber de un sacerdote. Después de largas vacilaciones se decida al fin á poner el pie en la vivienda del réprobo. Es, en efecto, un impío que ha llegado á la negación de Dios por la senda dolorosa del pesimismo. La vida dice es un tormento insoportable y al mismo tiempo una vergüenza. Dios no existe: una voluntad perversa rige los destinos del hombre. El mal es lo único positivo... ¿A qué seguir? El ateo de Peñascosa es una especie de Schopenhauer. En contacto con aquel hombre, el alma del Padre Gil empieza á vacilar: la duda

penetra en su conciencia, y con la duda, la sed insaciable por descifrar el pavoroso enigma. Con febril ansiedad devora los libros modernos, el estudio de la Historia le demuestra lo apócrifo de las Sagradas Escrituras que él tenía por santas, las concordancias que entre las divinas religiones existen, le hacen dudar del origen divino de la religión cristiana; el estudio del Cosmos le prueba que es demasiado pequeño nuestro planeta y demasiado insignificante para que Dios se haya hecho hombre á fin de salvar la mezquina humanidad terrestre. Kant, por último, acaba de sumirle en el más absoluto excepticismo. En tal estado de ánimo, la muerte tranquila é impenitente de su amigo el implacable pesimista, acaba de arruinar hasta los cimientos el edificio ya agrietado y hendido de la fe del clérigo. En su alma no hay más que ruinas, en las cuales se hunde la religión, ese alado custodio de nuestra conciencia.

Hasta aquí la novela procede con lógica, siquiera los fundamentos de que arranca la deducción no sean verdaderos. La fe falta ya del alma del clérigo: es un vencido, y la novela, por consiguiente, ha terminado, mejor dicho, debiera terminar aquí.

Pero el Sr. Valdés, ó por tardíos arrepentimientos ó por falta de se-

guridad filosófica ó religiosa, echa mano de la vara de hacer milagros, y de repente enciende de nuevo en la conciencia del sacerdote la lámpara de la fe, haciendo desaparecer de su alma todas las dudas como la luz hace huir las tinieblas. ¿Por qué? Hé aquí una contestación que es difícil dar. El autor habla de la gracia, y gracia de efecto es ó tiene aquella manera de resolver el pavoroso conflicto de una conciencia atribulada.

El Sr. Valdés desconoce ó quiere desconocer que la fe no es cosa que se recobra. Como todas las virginidades, una vez perdida no se alcanza de nuevo. Por eso, cuando terminamos la lectura de la novela última del autor de *Marta y María*, sufrimos una verdadera decepción. Creíamos al empezar que, si no la solución del problema, íbamos á encontrar una explicación, y nos hallamos con que el novelista nos deja perplejos sin saber qué es lo que afirma ni qué es lo que niega.

Aunque la verdadera novela, la que interesa, está en la lucha interior que se libra en el alma del clérigo, el autor, sin duda para evitar la monotonía y aridez que tales metafísicas habrían de dar á su libro, se vale de una porción de episodios que no son tampoco un modelo de observación. La joven histérica que trata de *violentar* al P. Gil y que

acaba con sus calumnias por echarle á presidio en venganza de la resistencia del cura, aún más heroica que la del casto Josef; el viaje del cura y de su raptora, el desmayo del clérigo producido por el espanto que le causan los besos que á la fuerza le da la joven, todo aquello es falso y atentatorio á la integridad de la novela; en una palabra: sobra.

Los demás cuadros, como las tertulias donde se reúnen las gentes distinguidas de Peñascosa, y sobre todo la consulta del P. Gil al clérigo hortelano, son mucho más reales, y en ellos es donde principal-

mente brilla el talento del autor, más hábil en distinguir el mundo exterior, que en caminar por el intrincado laberinto de la conciencia humana. Cuando el Sr. Valdés se aventura en esas profundidades, anda á tientas y sin rumbo; en cambio, cuando describe ó narra lo que ven sus ojos, lo que entra por los sentidos, entretiene agradablemente.

El estilo es ameno, y el lenguaje, aunque un tanto descuidado y á veces anfibológico por el poco acertado uso del posesivo, tiene dos cualidades que le recomiendan: sencillez y facilidad.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

HOLANDESES EN AMÉRICA

LA NOCHE DE CAÑETE

1615

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
MUSEO BARCELONÉS

Una de las primeras, si no la principal recomendación que se hacía á los vireyes del Perú al otorgarles el título de tan elevado cargo, era el de la economía en los gastos de oficio, que elevara al límite mayor posible la remesa á España de cuanto recaudaran las arcas reales. La entrada de corsarios, ó más bien de piratas, en el mar Pacífico; la captura de embarcaciones del comercio; el saqueo é incendio de las poblaciones del litoral; los daños incalculables que en pocos días de aparición ocasionaban, no eran tantos que enseñaran la inconveniencia del sistema arraigado. Considerábanse las expediciones de extranjeros como un mal transitorio; había empeño en creer que la presente era la última y continuaban las costas sin forta-

lezas, las poblaciones sin guarnición, los puertos sin buques de guerra. Al llegar aviso de entrada de bajeles por el estrecho de Magallanes, se alistaban á toda prisa compañías, nombrábanse capitanes, y con las embarcaciones de comercio se improvisaba una armada, corriendo los sueldos de jefes y soldados solamente los días del peligro.

En puridad, estos preparativos imperfectos, hechos siempre con la precipitación de última hora, trabajando día y noche, adquiriendo ó fabricando de momento armas, pertrechos y aun pólvora, sin atención al costo, ocasionaban gastos de mayor entidad sin resultado efectivo. En los tiempos mismos de tranquilidad asegurada, el embarque en cascajos viejos, de la plata

y oro de la Corona, más de una vez produjo la pérdida total de muchos millones de pesos: sin embargo, seguía llamándose economía al escatimar algunos reales en personal ó material, siendo gala de la autoridad gobernar sin fuerza permanente de mar ni tierra, sin almacenes y sin repuestos para cualquiera eventualidad.

Cuando el marqués de Montes Claros tomó posesión del vireinato, se contaban ocho expediciones piráticas, incluyendo las de Drake y Candish, unas con próspero, otras con adverso suceso, pero todas con daño del comercio, alarma de la población y estímulo á la repetición en el botín y la impunidad. Continuó el sistema de sus antecesores este virey, y llevaba cuatro años de gobierno tranquilo y feliz, cuando, corriendo el de 1615, en mal hora recibió nueva de que cinco naos holandesas surgían en el puerto de Valdivia. Como siempre, causó sorpresa la noticia, recelando que el primer intento fuera poblar y fortificar en aquel sitio codiciado, sin atención á las treguas estipuladas con los antiguos rebeldes de Flandes. Todo fué ruido, movimiento y confusión entonces; aprestar armas, alistar compañías, buscar bajeles, nombrar artilleros, cabos y capitanes á los paniaguados, formándose como por encanto en

el Callao una armada de seis bajeles (1), á saber: la capitana *Jesús María*, capitán Delgado, armada con 22 cañones y 400 hombres; la almiranta *Santa Ana*, capitán Bustinza, con 12 piezas y 200 hombres; el *Carmen*, capitán Coba, con 8 cañones y 150; *San Diego*, capitán Juan de Nájera, con 80 soldados sin artillería; *Santiago*, el maestre de campo Pedraza, con 80 hombres y cuatro pedreros, y el patache *Rosario*, capitán Juan de Alberdín, con 50 soldados, componiendo las tripulaciones una fuerza total de 1.400 hombres (2). Capitán general fué nombrado D. Rodrigo de Mendoza, caballero de Santiago, sobrino del virey, joven de acreditado valor, llevando por consejero á D. Fructuoso de Ulloa. Por almirante iba D. Pedro Alvarez de Pulgar (3), soldado bizarro y excelente marino, que antes había sido general de armada en el mar del Sur y ahora debiera serlo; maese de campo general fué elegido D. Diego de Saravia. Los dos primeros buques

(1) Son muy confusas y variables las noticias de la fuerza y armamento de estas escuadras, y me atengo principalmente á la comprobación con los datos del enemigo holandés, que no trataría seguramente de rebajarlos.

(2) Algunos dicen 800.

(3) Algunas relaciones le nombran González del Pulgar, las holandesas D. Pedro de Piger y Pigro.

pertenecían al Estado; los otros eran mercantes; los que más á mano se hallaron. De cualquier modo, en suma eran seis, y no llegando á más de cinco los enemigos, la prevención quedaba satisfecha sin cuidado del porte y armamento que tuvieran ni de la diferencia que va de tripulaciones colecticias en que unos hombres á otros no se conocían, y las que después de organizadas traían más de un año de navegación y ejercicio.

Con otra noticia de avistarse el enemigo desde el puerto de Cañete, que está veinticuatro leguas á barlovento, salió nuestra armada del Callao, observando al paso las malas condiciones de la almiranta, que se quedaba rezagada; se recomendó mucho la unión, sin poder lograrla por el diferente andar, y en pelotón desigual descubrieron á los holandeses á las cuatro de la tarde del 17 de Julio, unas quince millas separados de la costa. Descubrieron también, casi al mismo tiempo, un barco que se desatraca de tierra á vela y remo; traía despacho del corregidor de Cañete para el General, advirtiéndole que reconocidos los enemigos con anteojo de larga vista le parecía venían muy trabajados y con poca fuerza, según la lentitud con que hacían las faenas, y así cuidara mucho no se le fuesen de entre las manos aprovechando

la noche, y los atacara desde luego con la certeza del triunfo.

Tenia crédito de soldado este corregidor, é hizo fuerza en el ánimo de D. Rodrigo, no necesitado de espuelas, el razonamiento de la carta; lo comunicó en la junta ó Consejo de guerra reunido en el momento, y el experimentado Almirante fué de parecer que no se aventurase el encuentro tan cerca de la noche y sin tener reunidos los seis bajeles: en su juicio, esperando al día siguiente y disponiendo el ataque general, podían pelear y vencer con ayuda de Dios, indicando la disposición del enemigo que no trataba de evitar el encuentro, para el que se le veía apercebido y aun engalanado con pavesadas, flámulas y gallardetes, sin dar la vela que el viento consentía. No dejó D. Rodrigo de conocer la madurez del consejo, y por de pronto lo admitió; mas quedándole en el alma la espina de la opinión, si después de avisado huía aquella noche el holandés y por astucia aparentaba lo contrario, combatido por la duda dejóse llevar del falso puntillo de la honra, y sin aguardar á tres de sus bajeles, que estaban muy apartados á sotavento, comunicó sus órdenes y osadamente fué adelante seguido de la almiranta y el patache.

La escuadra holandesa, gobernada por el almirante Joris van Spiel-

bergen (1), hombre de más de sesenta años, pero fuerte y experimentado marineró, se componía de cinco naos muy fuertes, construidas expresamente para la circunnavegación, con contracostados, ó sea aforro interior, rasas de popa y muy recogidas de obra muerta: dos de ellas, llamadas *Groote Zon* y *Groote Maan* eran de á 600 toneladas, armadas con 28 cañones de bronce y hierro colado, llegando algunas de las piezas á 100 quintales de peso (2); otras dos la *Neeuw* y la *Eolus*, medían 400 toneladas, llevando 22 cañones, y la quinta era patache nombrado *Morgenster*, de 100 á 150 toneladas, con ocho cañones, seis de hierro y dos de bronce, sumando la gente de todas 800 hombres. Por estos datos, tomados del enemigo mismo, se juzgará de la temeridad, que no arrojó, de D. Rodrigo de Mendoza.

Serían las nueve de la noche, cuando acercándose nuestra capitana y almiranta á los holandeses, pusieron éstos faroles en los palos, y tocando los pífanos dispararon un cañonazo sin bala; contestó don Rodrigo con dos, que las llevaban, á tiempo que sonaba los clarines, y

al momento se generalizó el fuego en descargas rapidísimas, sufriendo cada uno de nuestros bajeles las de dos de los enemigos, no haciendo cuenta del patache, porque muy pronto recibió varios balazos á flor de agua y se fué á fondo, salvándose pocos con su capitán Alberdín, á bordo de la capitana.

Era la noche obscurísima, pareciéndolo más el fulgor de los cañonazos aprovechado para las sucesivas punterías; el sonido de las cajas de guerra, las voces de mando, las imprecaciones de los combatientes y los gemidos de los moribundos prestaban á la escena terrible grandeza. Mezcladas las naos y habiendo calmado en absoluto el viento, no se distinguían unas de otras, multiplicando sin embargo los disparos con frenesí, de manera que la capitana española soltó sobre su almiranta una andanada mortífera que le hizo más daño que el enemigo, y por el otro lado, como la holandesa *Neeuw* se viera muy apurada y la socorriera su General con una lancha cargada de gente, creyéndola contraria la echó á pique, no obstante que gritaban: *¡Orange!* *¡Orange!*

El cansancio de la gente y la necesidad de atender al reparo de los daños suspendió aquella verdadera carnicería, apartándose los holandeses con el remolque

(1) En las relaciones españolas se le nombra Jorge Esperauverg, Esperuet, Spilberg, Sperverg. Blumentrit escribe Spielberg.

(2) Uno de los desertores declaró que los navíos grandes montaban á 40 cañones.

de las lanchas que echaron al agua.

Al amanecer el día siguiente, que fué sábado 18 de Julio, seguía el viento calmoso; los cinco navíos holandeses estaban unidos; la capitana y almiranta nuestra á su barlovento, y lejos, á su sotavento, los otros tres bajeles, espectadores pasivos de lo ocurrido la noche anterior y de lo que había de ocurrir ahora, porque D. Rodrigo de Mendoza, sin hacer diligencia para congregarlos, sin consideración al lastimoso estado de la almiranta y sin cuidar de la fuerza enemiga, que ya no podía serle dudosa, acometió de nuevo con heróico tesón á la nao de Spielbergen, procurando abordarla y cañoneándose en tanto con ella y otra de las mayores enemigas. Cuando consiguió ponerse al costado, eran tantos los muertos y heridos que tenía, que lejos de ordenar el asalto puso á gritos pena de la vida al que entrara en la nao contraria, no obstante lo cual, porque con el ruido del batallar no lo entendieran, ó porque nada detuviera el impulso, saltaron un don Domingo de Loaisa, Juan Muñoz de la Fuente, Martín Flores y dos ó tres soldados más, peleando á espada y rodela como fieras. Al apartarse los buques, quedaron á bordo del holandés, y aunque hicieran prodigios, fueron muertos to-

dos, como es de suponer, á excepción de Martín Flores, que cubierto de heridas, arrancando el estandarte enemigo de la popa, se arrojó al agua y á nado alcanzó al *Jesús María*, entregando á su General aquel sangriento trofeo (1).

Retirándose la capitana á favor del viento fresco que de tierra se levantaba, quedó la almiranta *Santa Ana* siendo blanco de los cañones de los cinco enemigos, sin brazos apenas para descargar los suyos, pocos y en parte ya desmontados. Aun así quiso también abordar alguno, y fué el primero en saltar el capitán Bustinza, que herido de pica á través de la jareta, cayó al agua y pereció. En vano Spielbergen reiteraba á D. Pedro del Pulgar su consideración si se rendía, cesando la estéril resistencia; tan recio con el holandés como con algunos de los suyos que quisieron izar bandera blanca, prosiguió el combate hasta el anochecer y á eso de las ocho se sumergió con su nave que sostenía ya muy pocos vivos, prefiriendo la muerte al vencimiento y dejando con su resolución gloriosa, aunque desesperada,

(1) Consta el hecho por certificación del general D. Rodrigo de Mendoza. Martín Flores fué remunerado y distinguido; tuvo constante empleo en la marina y murió en el Callao siendo capitán de mar y guerra.

profundamente conmovidos á los que lo combatían.

La capitana *Jesús María* tuvo sesenta muertos y ochenta heridos que echó en tierra en Pisco, y aderezándose lo mejor que pudo continuó navegando hacia Panamá para unirse á los bajeles que allí estaban. Todo el mundo reconoció que se había batido bien. De la almiranta por rareza escaparon con vida cuatro hombres, recogidos de los holandeses. Los otros tres bajeles no entraron en fuego; sometidos los capitanes al examen de un Consejo de guerra, alegaron no haber podido aproximarse por estar á sotavento, y que de cualquier modo fueran de poco servicio en la acción no llevando artillería; pero los descargos no bastaron á modificar la opinión pública que censuró su proceder, tanto como enaltecía el de los desdichados tripulantes de la almiranta. Contando los que perecieron en el patache la noche primera, ascendieron los muertos á quinientos hombres, entre ellos el almirante Pulgar, los capitanes Gabriel Juárez, Diego Díaz Matamoros y Bustinza; los alféreces Baltasar de Saavedra, Pedro Jiménez, el piloto Herrera y varios caballeros aventureros. Las bajas del enemigo se calcularon en ciento á ciento ochenta, sin que nunca se hayan averiguado de cierto por no especificar-

las sus historiadores, no más escrupulosos que los de otros pueblos en vestir y adornar la verdad á su gusto, según demuestra la narración de este combate que extracto de uno de ellos (1).

La armada española, dice, se componía de siete grandes galeones; atacaron de noche y uno de ellos se fué á pique por el fuego de Spielberggen; la nao *Neeuw* se vió un tanto apurada, y tratando de socorrerla disparó sobre la lancha que le llevaba gente, zozobrándola. Renovado el combate al día siguiente, la capitana de D. Rodrigo forzó de vela, perdiéndose de vista, y es de presumir que se sumergió. La almiranta se fué á pique sin quererse entregar y «al hundirse *Alvarez Pigro*, la tripulación fué abandonada á su suerte á pesar de los gritos de misericordia; insigne crueldad de algunos subalternos que el Almirante desaprobó, pero que puede explicarse como represalia de la manera bárbara con que los españoles hacían la guerra. Fué la primera vez que los holandeses alcanzaron victoria tan completa de los españoles en esta parte del mundo, victoria más memorable por haber sido ganada *con fuerzas infinitamente menores que las de nues-*

(1) *Les Hollandais au Bresil, notice historique sur les Pays-Bas et le Bresil au XVII siècle*, par P. M. Netscher.—La Haya, 1853.

tros terribles enemigos. Costóles el combate cuatro grandes galeones, y entre los muertos, que casi llegaron á mil hombres, el General y el Almirante. La pérdida de los holandeses fué comparativamente muy pequeña».

En lo que fueron justos, es en la apreciación y realce de la conducta de Pulgar, presentándolo al conocimiento de sus compatriotas como dechado de prudencia, de entendimiento, de sereno valor y de resignada y caballerosa dignidad en la desgracia. Si en Lima se enalteció su memoria proclamándole como *crédito del reino y honra de su patria, Granada*; si en España hizo su elogio el severo fiscal Solórzano Pereira (1) la verdad es que fueron mayores los encomios que le prodigaron en Holanda, manifestando pesar del desastroso fin que tuvo. Entre los recuerdos que le dedicaron, hay un bosquejo histórico escrito en alemán por el Sr. Honewald, traducido al castellano por la insigne escritora que firmaba Fernán Caballero, narrando con poética complacencia los principales episodios del combate hasta el final en que se dice que Spielbergen en persona fué á visitar al Almirante español, hallándolo con las canas ensangrentadas, tranquilo, digno,

cortés, pero con la inquebrantable decisión de no salir del bajel que había de servirle de ataúd (1).

El respeto á la santidad del juramento en este Almirante; la temeraria acometida de D. Rodrigo de Mendoza y la heroicidad del soldado Martín Flores que sobresalen en la acción, han obscurecido otros hechos personales, otras ocurrencias que no por menos señaladas dejan de merecer especial noticia. Una es que entre las cuatro personas libradas de la almiranta estaba la famosa *Monja Alférez* doña Catalina de Erauso. Batiéndose con la bizarría que lo hicieron todos los de aquella generosa tripulación y con la que ella misma lo había hecho en la guerra de Chile, ganando con una bandera enemiga la jineta que usaba, al irse á fondo el bajel nadó hacia el holandés más inmediato, y no mejor conocida de los enemigos y de los amigos, quedó en clase de prisionero hasta que con los otros fué echado en la costa, por evitar el embarazo que á bordo causaban. Refiérelo ella misma en las memorias ó autobiografía que dejó escrita (2).

(1) La traducción de Fernán Caballero se publicó en la *Crónica naval de España*, año 1861, t. XII, pág. 80.

(2) *Vida y sucesos de la Monja Alférez*, escrita por ella misma en 1646.—Academia de la Historia.—Ms. Colección Muñoz, t. XLVI, folio 201.

(1) *Varias obras póstumas*, pág. 328.

En la primera descarga de artillería que la capitana holandesa hizo sobre la de España, disparó una pieza con *patacones* ó pesos duros, atestiguándolo más de ciento que quedaron clavados en la tabla. Discurriendo como pudiera ser esto, con averiguación de haber apresado el día antes del combate en el puerto de Cañete, una embarcación mercante que traía de Arequipa cuarenta mil pesos en esta moneda, se presumió que al verificar el trasbordo distraerían los marineros un talego que ocultaron por de pronto en el interior de la pieza, y no dando tiempo á sacarlo la presencia de la armada, al romper el fuego fué devuelto á sus dueños en tan desusada forma.

Caso raro también fué que una bala española dió en la boca de un cañón enemigo al tiempo de dispararlo y reventó matando siete hombres. Díjolo un desertor con otros pormenores del combate y navegación de los holandeses desde que salieron de Europa, y aunque no haya mucho que fiar de semejantes declaraciones, estando la suya confirmada en lo esencial por otras y por los partes de las autoridades de la costa, se sabe con exactitud lo que la escuadra de Spielbergen hizo antes y después de la función de Cañete y no huelga aquí por final la reseña concisa de la campaña.

De Holanda salió en el mes de Agosto de 1614 con seis bajeles, componiendo las tripulaciones gente recogida en aquel país, en Alemania y Flandes, y algunos ingleses y franceses de la Rochela. Como práctico llevaba un individuo de los que acompañaron á Van Noort en la campaña pasada y algunos más que habían residido en el Perú. Dirigiéndose directamente á Río Janeiro, pretendió Spielbergen desembarcar los enfermos é ingerirse en el país, aunque no le salió bien la cuenta, pues le tomaron tres lanchas, matándole unos cuarenta hombres y obligándole á salir á la mar sin que consiguiera otra cosa que la captura de una embarcación de cabotaje en que iba el capitán Francisco de Lima, natural de Madrid, con diez y siete portugueses. Dirigiéndose al estrecho de Magallanes, uno de los pataches dió la vuelta á la Holanda y las otras cinco naos lo pasaron en el mes de Febrero de 1615, atracando la rivera de Chile para hacer aguada y provisiones, costándoles dos hombres que mataros los indios, y otros dos que desertaron.— Corriendo la costa y tocando en Valparaiso, hallaron en Cañete la nave mercante ya referida, con carga de vino y aceite, con los patacones que unos dicen eran doce mil y otros hacen subir á cuarenta mil, y otra que

llevaba azúcar y miel, que fué incendiada. Apareciendo en esto don Rodrigo de Mendoza, ocurrió el combate, de que salió la segunda nao holandesa tan mal parada, que hubieron de calafatearla en los días siguientes, cambiándole el velamen; pero sabiendo por los prisioneros el estado indefenso del Callao, hicieron rumbo al puerto, pensando resarcirse con las embarcaciones que en él estuvieran ancladas, fondeando en línea el 21 de Julio y rompiendo el fuego sobre la población. Allí había reunido el virrey sobre tres mil hombres, y á toda prisa se montó en la playa un cañón de á 65 quintales de peso; hizo nueve disparos, acertando con uno al árbol mayor del navío de Spielbergen y con otro á los fondos del patache, con lo cual, sin esperar más, picaron los cables y se hicieron á la vela. En Paita, donde no había tanta prevención, entraron el 8 de Agosto; desembarcaron cuatro compañías de mosqueteros, tomando por la espalda una trinchera de tierra que constituía la defensa y retirándose la gente á un cerrillo inmediato, incendiaron el pueblo sin encontrar cosa de provecho, por haber internado con tiempo los objetos de valor. Dejaron allí un muerto y retiraron dos heridos, uno de los cuales se supuso jefe por la banda roja que le cru-

zaba el pecho. De Paita pasaron á Guarmey, donde hicieron otro desembarco sin mejor resultado; rellenaron la aguada y se les desertó un marinero francés, quejoso de mal tratamiento. No consiguieron carne ni otros refrescos de que iban muy necesitados y convencidos de estar toda la costa en armas, continuaron hasta el puerto de Acapulco y enviaron parlamento al Gobernador proponiendo la entrega de los prisioneros que tenían á cambio de agua, leña y carne, amenazando, en caso de negativa, con el ataque del pueblo. Admitida la proposición por considerar superior su fuerza, se proveyeron á costa de los vecinos é hicieron rumbo á las islas Marianas, acabando las depredaciones con que turbaban las treguas ajustadas entre España y Holanda.

Estuvo en poco que cayera en sus manos un bajel ricamente cargado, en que iba el Presidente de la Audiencia de Quito D. Antonio de Morga, el que batió á Van Noort y se llegó hasta la escuadra creyéndola española, y gracias á su ligereza pudo escapar. Otra embarcación que llevaba al oidor D. Juan de Solórzano á Castilla, se cruzó con ellos sin verlos, y lo propio aconteció á la armada del cargo de D. Antonio de Beaumont y Navarra (1), á que se había unido don

(1) En las relaciones *Viamonte*.

Rodrigo de Mendoza, bajando desde Panamá con el nuevo virey del Perú, príncipe de Esquilache. Aunque éste desembarcó en Manta á fin de que las naos persiguieran á Spielbergen, no lograron ya darle alcance.

Las fuentes principales de que he tomado estas noticias se hallan en la colección inédita de documentos de Navarrete, tomos II y XXVI, y son:

Relación del suceso que tuvo nuestra Armada real, del cargo de don Rodrigo de Mendoza, con la del enemigo Olandés, que entró este año de 1615 al mar del Sur por el estrecho de Magallanes con cinco navíos, en el combate que tuvieron sobre Cañete, cerca de Lima.

Relación recibida en Saña en 29 de Agosto, que vino de Lima, de lo que declara y dice el Francés que se huyó al enemigo en Guarmey, del suceso de su Armada y arbitrios que da á la nuestra.

La gente de guerra de la Capitana de nuestra armada llamada Jesús María, que el enemigo mató en la ocasión.

Derrotero y declaraciones que hicieron en el reino de Chile ante los Oidores de la Real Audiencia del, el Capitán Francisco de Lima y Andrés Enriquez sobre el viaje que

el año 615 hizo por el Estrecho á la Mar del Sur el Olandés Jorge Esperuet, en cuya armada pasaron.

Dos cartas escritas á Su Magestad por D. Francisco de Andía Irrazabal desde Bruselas, con fecha de 7 de Marzo y 20 de Abril de 1616, con la noticia de lo sucedido en el Mar del Sur y Costas del Perú por navíos de Olanda que pasaron por el estrecho de Magallanes.

Noticias generales del estado que han tenido las armas de la ciudad de Lima, presidio del Callao y Real Armada del Sur desde el año de 1615.

El último de estos documentos censura ya en aquellos tiempos la imprevisión, y noticia las consecuencias que produjo en la tercera aparición de los holandeses en el Pacífico con datos dignos de conocimiento. Dice así, entre otras cosas:

«Encargado del vireinato el Príncipe de Esquilache á fines del mismo año de 1615, fundió buena cantidad de artillería para guarda del puerto del Callao, y el Consejo (de Indias) le condenó en el gasto della y en el de la gente, porque como estos mares quedaron sosegados de invasiones de enemigos hasta el año de 1624 que entró otra armada holandesa, como adelante se dirá, tuvieron por ocioso aquel gasto, aunque después por la misma ocasión de enemigos lo dieron por bueno;

prevención grave de los que gobiernan y achaque común de estos infelices tiempos, que no se ha de hacer prevención en la paz para la guerra. Después de recibido el daño se ha de disponer el remedio que no sirve. ¿Cuántos se están experimentando por haber dejado al Inglés en Jamaica? Para poblar á Valdivia fué menester que primero la poblase el Holandés. Si la muerte del general y la pérdida de la urca en que venían los pertrechos que ocasionaron la retirada no hubiera sucedido ¿cómo se viera este reino siempre con el enemigo á la vista? Las plazas de Panamá y Portovelo, ¿qué pesadumbres cuestan! Hasta hoy tenemos frescas las heridas por no remitir el Sr. Conde de Lemos 500 hombres cuando se los pidieron, que cuando más costaran 50.000 pesos, sino sólo 60, que fueron los que pelearon en Chagre, ha costado tanta suma de millones, y no es esto lo más, sino lo que va costando y ha de costar, por haberse vuelto á abrir el tránsito del Playon otra vez, cuando había más de un siglo de años que estaba ignorado de las naciones extranjeras, y ya las vemos por él conducidas á nuestro mar del Sur; destruidos los puertos de la costa, tanto bajel apresado de cuatro piratas, y nada sirve de escarmiento. No digo por esto que se gaste la hacienda de

S. M. por ocasiones ligeras, ni que se hagan prevenciones supérfluas...

»Habiendo entrado á gobernar el reino el señor marqués de Guadalcázar el año 1622, se hallaba previniendo la armada que el siguiente había de bajar á Tierra-Firme con la plata de S. M. y particulares, cuando le vino nueva de Chile que en aquellas aguas se habían visto once urcas de enemigos, y al punto Su Excelencia suspendió el despacho de la armada y comenzó á hacer algunas prevenciones... mas pasado el año sin haberse descubierto el enemigo, reformó todo aquel aparato militar y le hizo grande cargo á D. Pedro Sorel de Ulloa, que entonces era gobernador de Chile, escribiéndole mirase cómo daba otra vez las nuevas; que no se moviese en materia tan grave por leves ocasiones, porque había sido mucho el gasto con la detención de la Armada y las demás prevenciones que había hecho. Picóse el Gobernador, y á un pobre mulato que dió la nueva lo mandó ahorcar, pero pronto se desengañaron ambos, el virey de la poca culpa del Gobernador, y éste de la muerte injusta que hizo dar al mulato, pues por Mayo del siguiente año de 1624, estando regocijando al virey en el Callao con una fiesta de toros, por el despacho que dos días antes había hecho remitiendo

á Tierra-Firme una tan interesada armada que llevaba la plata de dos años, le vino nueva que sobre Mala, 16 leguas á barlovento del Callao, estaban las once urcas de enemigos. No dió luego Su Excelencia crédito á la nueva, aun con ser de tan cerca: las que no son favorables pocas veces se creen, siendo de ordinario las más ciertas, como aquesta lo fué, pues se repitió poco después que llegó la primera, con que todo se turbó, y fué tanta la confusión que hubo en Lima, que fué menester más para detener la gente que para resistir al enemigo. No trataban sino sólo de retirarse y poner en cobro sus haciendas. Padecióse mucho por reducir las monjas á la clausura de sus monasterios, porque todas se querían salir; finalmente, para remediar tan graves accidentes se ordenó acudiese la caballería de la ciudad á la campaña á detener la gente, y los clérigos guarnecieron los monasterios, y la caballería del campo hizo rostro disimuladamente á las haciendas, porque como todas se manejan con negros esclavos, se tuvo recelo de ellos, porque no hay quien no procure su libertad si halla ocasión, y aunque están desarmados, como son tantos, que pasan de 50.000, y en chácaras no les falta comodidad de encabalgarse y armar con lanzón de un cu-

chillo, se deben temer en semejantes lances. Toda la demás gente marchó á el Callao y á los demás puestos de la ribera del mar cercanos á la ciudad.

»El enemigo el siguiente día entró en el Callao haciendo bravo estruendo con la artillería, y dió fondo en la bahía desde la isla á la boca del río, y ya traía sus lanchas en el agua: metió 600 hombres en ellas y se vino ya cerca de la noche para tierra y saltó en Chuquitanta á dos leguas de la ciudad, con su Almirante, y volvió á enviar por otros 600 hombres que quedaban prevenidos. Aquella noche la pasaron en asechanza con las armas en la mano para asegurarse: hicieron diligencia de coger alguna lengua y ver si en algún puesto hacía rostro nuestra gente, porque como no les hicieron resistencia al saltar en tierra, se temieron de algunas emboscadas, pero hizolo Dios mejor, que con haber tantas haciendas casi á la lengua del agua en aquel paraje, no cogió persona ninguna: ningún negro se les fué, que fué la mayor maravilla, porque sin duda si la acierta á coger, en menos de tres horas hubiera entrado en la ciudad sin hallar resistencia, porque en aquella ocasión estaba tan desprevenida, que no tenía armas ni municiones: no había un mazo de cuerda; todo se hizo después con

el enemigo á la vista, y como de los bajeles se registran todos los caminos que vienen para la marina, muy bien reconocieron la gente que venía por ellos, que la mayor parte se montaba en caballos y mulas, y ellos no podían distinguirlos, ni tampoco si venían desarmados, como en efecto venían los más. También de la playa para entrar en la tierra no hay camino señalado, sino sólo algunas veredas por entre montes y pantanos. Justamente recelaron, como soldados, de encontrar con algunas emboscadas, y antes de amanecer se retiraron á sus bajeles.

»Ya tenía Su Excelencia prevenidos todos los puestos. En amaneciendo se cogió el puerto de Chucuitanta que el enemigo había desocupado, y se fortificó lo mejor que se pudo, levantando en él una muy buena trincherá. También se atrincheraron todos los demás puertos; no intentó el enemigo otra facción en tierra; sólo de retirada saltó en el Ancón, á seis leguas abajo de Lima, y á la lengua del mar abrió pozos donde hizo su aguada; pero quedó señor del mar, cogiendo con sus lanchas cuantas embarcaciones entraban en el puerto, y en una noche quemó diez y siete que estaban surtas en él; despachó tres bajeles á Pisco y dos á Guayaquil; éstos quemaron á la ciudad y la fá-

brica que hallaron, y los otros no hicieron facción que importase, que hallaron resistencia, porque tuvieron tiempo de prevenirse, y después de haber estado surtos casi cuatro meses en el Callao, alzaron anclas y se fueron la vuelta de sus facturías, incorporados con los demás bajeles... Lo primero que intentaron estos enemigos al desembocar del estrecho de Magallanes, fué tomar un puerto en las costas de Chile, y estuvieron más de un año allí sin que se viesen, adonde no les faltó comodidad, pues dieron lado á toda su armada. Intentaron también coger la armada que bajaba á Panamá y llegaron tres días después de haber salido del puerto, que á haber encontrado hombre menos fiel y constante que un Martín de Larrea que cogieron y les aseguró que hacía trece días que había salido, sin poder descubrirse otra cosa aunque le dieron grandes tormentos, siempre la hubiera cogido, tan interesada como iba con plata de dos años de S. M. y particulares... Si no poblaron en Valdivia dejando bajeles competentes para conservarla como pensaban, fué porque se les murió el general Enrique Brum, que dejaron enterrado en la isla del Callao, que era hombre de gran respeto y autoridad entre ellos, y la gente quedó muy mal contenta sin él. Todos contin-

gentes milagros, y no siempre nos hemos de atener á milagros...

»En el apuro se fabricaron lanchas y galeras, que fueron las que hicieron recatar al enemigo, que andaba tan insolente con las suyas, que no se le escapaba embarcación; también bocas de fuego, arcabuces y mosquetes; ocho se daban cada día acabados, con sus frascos que fueron con la prisa muy poco pulidos; torcióse cuerda, que por falta de cáñamo se hizo de algodón y cabuya y se hicieron reductos y plataformas...»

Retrocediendo á los tiempos de la expedición de Spielbergen, cruzando éste el Pacífico desde Acapulco después de los sucesos referidos, entró por el estrecho de San Bernardino en las aguas filipinas, fondeando en la isla del Corregidor, á la boca de la bahía de Manila. Aquí, como había ocurrido en Lima, fué todo confusión y espanto, alistamientos, vocerío, carreras, por estar como de ordinario indefensa la ciudad. A toda prisa se repararon barcos viejos que por inútiles se conservaban en el puerto; se fundieron escorias para hacer cañones, pues las campanas se habían consumido en ocasiones anteriores; se artillaron de este modo las murallas, guarneciéndolas frailes por jefes de los ciudadanos, á las órdenes generales de un jesuíta en otros

tiempos artillero (1)... y con no escasa satisfacción quedó en esto la pena y la fatiga, viendo desaparecer las naves holandesas tan súbitamente como se habían presentado.

La causa fué haber tenido aviso el almirante Spielbergen de ir sobre las Molucas el gobernador español D. Juan de Silva y juzgarlas en peligro. Se dirigió por tanto á Orange, llegando el 29 de Marzo de 1616; la colonia estaba asegurada; las fuerzas navales, en número que hacía subir el de su escuadra á diez y siete naos, excelentes, y volvió á su idea de ataque á las islas Filipinas destacando diez de aquellas naves con el *Groote Zon* (2).

Intentaron ante todo apoderarse de Ilo-Ilo en la isla de Panay, donde por comandante de armas estaba D. Diego de Quiñones con setenta soldados y siete cañones, bombardeando las trincheras y asaltándolas luego con quinientos hombres; mas hubieron de reembarcarse con pérdida de ochenta y siete muertos y cien heridos, marchando hacia Manila en espera de mejor suerte.

Continuando las prácticas del almirante Wittert en 1606, bloquearon la bahía contentándose con in-

(1) Blumentritt. — *Ataques de los holandeses á las islas Filipinas.*

(2) Nómbrale Blumentritt *Sol de Holanda*, y dice montaba cuarenta y siete cañones gruesos y diez y seis pedreros.

terceptar las embarcaciones de China, mientras agenciaban con emisarios á propósito la cooperación de los piratas mahometanos del Sur y procuraban alzar en el interior á los chinos y á los indios.

Los españoles, en tanto, procedían como antaño, hasta conseguir el armamento de escuadra que á las órdenes de D. Juan Ronquillo salió de Cavite el 7 de Abril de 1617.

Trabóse el combate el 14 en el mismo sitio de Playahonda y con igual resultado; el *Groote Zon* quedó destrozado por la artillería; otros dos navios holandeses se sumergieron, y huyeron los demás, gracias á la superioridad de marcha, dejando á los españoles mayor lauro, por la mayor fuerza con que esta vez creían sojuzgarlos. Pulgar quedó vengado.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

MELODÍA

Si en tarde obscura hasta mi oído llega
Errante melodía,
Que al amargo deleite el alma entrega
De honda melancolía,

¡Cuántas tristes memorias, cuántas voces
En ella se levantan,
Dichas nacidas á morir veloces,
Que su elegía cantan!

Todo ruido exterior muere y se apaga,
Y el efecto adormido
Que en las penumbras de la mente vaga,
Se despierta encendido.

El padre anciano que en la inmensa sombra
De la tumba se esconde,
Á quien en llanto sin cesar se nombra,
Y ya no nos responde;

El hijo, dicha de mi amor huída,
Capullo delicado
Nacido apenas á aromar la vida,
Y al cielo trasladado;

El amigo que fué, y con el tesoro
De su ingenio elocuente
De dulce intimidad el lazo de oro
Ceñía diligente;

Y allá, á lo lejos, en brumosas cumbres,
Virgen cándida y pura,
Que irradiando de vida intensas lumbres,
Cae en la sepultura:

Todo lo evoca entristecida el alma,
En pálidas visiones,
Que en ella imprimen, al pasar en calma,
Profundas vibraciones.

Y aun percibir se cree el rumor lejano
De una edad ya extinguida,
Que derramó por el sendero humano
El dolor de la vida.

Y á través de los tiempos resplandecen
Fe excelsa, heróica guerra,
Dulces amores que al brotar florecen,
Y embalsaman la tierra.

Y antiguas fiestas, danzas y ruido
Dan, en ecos callados,
El triste y melancólico gemido
De contentos pasados.

¡Oh del sonido arrulladora maga,
Música, voz del cielo,
Que á región ideal, inmensa y vaga
Lanzas el alma en vuelo!

Un ensueño divino allá la encanta,
Que de tí se desprende

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATLÉNICO BARCELONA

Como del mar la niebla se levanta;
É interna luz la enciende.

Y alta armonía espléndida sonando,
Ve, del mundo en que gime
Sobre el impuro légamo, flotando
La eternidad sublime.

TRIUNFO

El dulce día en que mi amante anhelo
Voló á anidarse en tu alma cariñosa,
¡Con qué aureola de esplendente rosa
Vimos el campo, el bosque, el aire, el cielo!

¡Breve, alada ilusión! sombrío velo
Tendió la suerte, en nuestro mal sañosa,
Trocando airada la esperanza hermosa
En angustia mortal, en triste duelo.

Resistió, empero, nuestro amor, y ardiente
Supo arrancar del triunfo la alta palma,
Arrollándolo todo en su corriente;

Y hoy, al tornar la venturosa calma,
Enciende nuestras vidas, solamente
Un pensamiento, un corazón, un alma.

EN LA PAMPA

Llanos inmensos de la patria mía,
Donde el caballo en libertad retoza
Y sus tesoros la opulencia cría!
¡Cuánto el mortal en contemplarte goza,
Rasgo hermoso de Dios, pampa lozana!
¡Con qué amplitud augusta y soberana
Radiante el cielo sobre tí se extiende,
Y en curva enorme á tu confín descende!
Toda encendida el alma en sed de vuelo,
Rompe impetuosa aquí el corpóreo lazo
Que la roba á sí misma,
Y en infinito abrazo
Difundiéndose audaz por tierra y cielo,
Allá en la muda inmensidad se abisma.

CALIXTO OYUELA.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO

DE

ESCRITORAS AMERICANAS DEL SIGLO XIX

No hace aún mucho tiempo, dí á la estampa en este mismo periódico unos *Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX*. Los lectores acogieron con benevolencia aquel modesto trabajo, y en algunos de ellos surgió la idea de que pudiera hacerse algo análogo con relación exclusivamente á las literatas americanas. Me apropié con cariño semejante pensamiento y puse en seguida manos á la obra. Debo advertir, sin embargo, en descargo propio, que entre aquellos *Apuntes* y los que hoy publico, media una gran diferencia: aquellos era producto de una labor continuada durante más de treinta años: éstos son fruto poco menos que de una improvisación.

Coleccionados por mi propia mano los datos que sirvieron para formar el trabajo anterior, bien puedo decir que era *mío*. No he de asegurar otro tanto con relación al que hoy ve la luz pública. Los materiales que he utilizado para esta monografía proceden de fuentes muy diversas; son reunidos por mí algunos y tomados los más de entre los que en varias publicaciones se encuentran diseminados.

Y en verdad que nada ó muy poco se ha escrito sobre este asunto que pueda calificarse de completo, pues aunque los libros de D. José Domingo Cortés son muy apreciables, su fecha relativamente lejana, hace que no estén mencionados en ellos muchos trabajos modernos ni aun incluídas bastantes escrito-

ras que han impreso marcado carácter y señalado impulso á las letras americanas.

No quiere decir esto que los apuntes que siguen sean perfectos ni mucho menos. Como recogidos al vuelo y en obras muy diferentes, tienen que adolecer, por fuerza, de grandes defectos. Pero serán por lo menos una base para que otros autores con mejores elementos que yo, puedan

terminar el edificio en que hoy pongo una de las primeras piedras. ¡Ojala sean tan fructíferas sus labores, como lo merecen las señoras que de las mismas son objeto!

Sirva, pues, de disculpa á mis errores, la buena voluntad que me anima al mejor cumplimiento de mi empresa, y atenúen los meritos de las biografiadas la impericia del biógrafo.

A

ACEVEDO DE GOMEZ (MARÍA JOSEFA). — Literata colombiana. Vió la luz en Bogotá el año de 1803. Entre sus numerosos trabajos en prosa y verso, merecen mención especial los que llevan por título: *Deberes de los casados*, y *Tratado de economía doméstica*. Falleció esta escritora en 1861.

ACOSTA DE SAMPER (SOLEDAD). — Distinguida poetisa, colaboradora del periódico *La Guirnalda*, de Colombia, su patria.

ALBORAD (OLIMPIA). — Autora del artículo *La mujer en la Habana*, publicado en *Las mujeres españolas, americanas y lusitanas, pintadas por sí mismas*.

ALOMIA DE GUERRERO (PASTORA). — Poetisa ecuatoriana, nacida en la

ciudad de Ibarra, y autora de diversas composiciones, entre las que se distingue la titulada *A María*.

AMARAL RANGEL (ANGELA DE). — Poetisa nacida en el Brasil en el siglo XVIII. Tuvo la desdicha de ser ciega, compensada por una inspiración que le dio gran fama, haciendo que se la llamase *La musa ciega*. Algunas de sus composiciones pueden verse en los *Jubilos de América*. Desconozco la fecha de su fallecimiento.

AMÉZAGA (JUANA ROSA DE). — Escritora hija del Perú, colaboradora, por el año de 1873, de la *Revista de Lima*.

ARAUS (MERCEDÉS). — Poetisa habanera, cuya firma puede verse en *La Moda elegante*, periódico de Cádiz,

y en otros muchos de la región en que vió la luz.

AUZOATEGUI DE CAMPERO (LINDAURA).—Poetisa, nacida en la villa del Tajo en 31 de Marzo de 1846. Contrajo matrimonio con el general y ministro de la Guerra torijeño don Narciso Campero. Entre las composiciones de la Sra. Auzoategui, se distingue por su valentía la titulada *¡Bolivia!*

B

BATISTA DE ARANTAVE (MATILDE).—Distinguida escritora, colaboradora, bajo el pseudónimo de «María Ana», de *La Unión constitucional* y *El Hogar*, donde publicó un notable estudio sobre santa Teresa de Jesús, modelo de corrección. Falleció en Octubre de 1890.

BEECHER (CATALINA).—Literata nacida en East-Hampton (Estados Unidos) en 1800. Dedicó su vida á una de esas tareas filantrópicas que son patrimonio especial de las mujeres, dirigiendo en Hartford (Conneticut) un colegio de maestras é institutrices, que contó con multitud de distinguidas alumnas. Como escritora, se le deben las obras: *El educador moral*, *Economía doméstica*, *Deberes de la mujer americana para con su país*, *El verdadero remedio á los males de la mujer*, *La verdad es más*

rara que la ficción. Falleció en Elmira en 1878.

BEECHER STOWE (ENRIQUETA).—Ilustre escritora americana, hermana de Catalina. Vió la luz en Litchfiel (Conneticut) el 15 de Junio de 1814. Casada con el doctor Calvin Stowe, teólogo y profesor de literatura bíblica, sufrió persecuciones como abolicionista. Fruto de ellas fué la multitud de escenas, tipos, y caracteres que pudo observar, y que reunidas y cubiertas con excelente ropaje literario, dieron por resultado la publicación de una obra de transcendencia social, únicamente comparable á su popularidad. *La Chozza de Thom*, publicada en 1852 en Boston, recorrió con éxito extraordinario Europa y América, alcanzando multitud de ediciones, y siendo vertida á gran número de idiomas. Es un duro ataque á la institución de la esclavitud, basado en la más rigurosa verdad, y en los sentimientos más elevados. Además de este trabajo, loable por mil conceptos, Enriqueta Beecher publicó en 1849 una colección de novelas cortas con el título de *Flor de Mayo*, unas *Memorias felices de tierras extranjeras*, recuerdos de un viaje á Europa, en el que se la tributaron entusiastas acogidas; una sátira contra la esclavitud, titulada *Dred*, *La Seducción del ministro*, *Agnés de Sorrento*, *La perla de la isla de Orr* (1862), *Verdadera historia de la vida de lady Byron*, y otros trabajos. Se dió por muerta á esta dis-

tinguida literata, en Marzo de 1872; pero la noticia se desmintió y en 1889 dijeron los periódicos americanos que había perdido la razón.

BELZU DE DORADO (MERCEDÉS). —

Distinguida poetisa boliviana, hija del presidente de esta República, general Belzu, y de la distinguida escritora Manuela Gorrití. Nació en la ciudad de la Paz en 1835. Perseguida su familia, por circunstancias políticas, vióse obligada á refugiarse en el Perú, siendo en Arequipa donde se dió á conocer como escritora, colaborando en diferentes periódicos. Tradujo al español algunas obras de Shakespeare, Hugo y Lamartine, siendo dignas de mención sus poesías originales, *Al Misti, Recuerdo, Dolor* y otros. Buscando alivio á una enfermedad, se instaló en la ciudad de Cochabamba, donde falleció en Marzo de 1879.

BENITEZ DE GAUTIER (ALEJANDRINA). — Escritora de Puerto Rico.

BERDIER (EMMA). — Poetisa argentina, nacida en Buenos Aires en 1854, y que además de su talento literario, pinta correctamente y canta con gran perfección.

BLACKWELL (ISABEL). — Doctora en medicina, nacida en Bristol en 1820. Dotada de un talento clarísimo y de una fuerza de voluntad inquebrantable, estudió los idiomas latino y griego, y á continuación toda la carrera de medicina, sufriendo grandes contrariedades, y alternando el aprendizaje de su carrera, con la enseñanza del inglés y de la músi-

ca. El año de 1849 se doctoró en Nueva-York, siendo su discurso del doctorado, *Enfermedades de la gente de mar*, impreso á espensas de la Facultad. Consecuencia de los trabajos de Isabel Blackwell, fué el establecerse en Nueva-York una Academia de medicina exclusivamente para señoras. Publicó además del trabajo citado, una notable obra con el título de *Leyes de la vida consideradas en sus relaciones con la educación física de las jóvenes*.

BLANDER (LEONOR). — Poetisa colombiana, entre cuyas composiciones más notables se citan *El Mendigo* y *Mi barquilla*.

BOTTA (ANA CARLOTA LYNCH). — Poetisa americana, nacida en 1830, que ha dado al público varios tomos de sus obras, y que en 1875 entregó á la Academia francesa 10.000 francos, para que con sus intereses se premiase cada cinco años al autor de la mejor obra sobre la condición de la mujer. Colaboró en multitud de diarios de literatura, y entre sus trabajos se distingue un tomo de *Poesías* que vió la luz en Nueva-York el año 1849.

BROOKS (MARÍA). — Poetisa americana nacida en Boston (Massachussetts) y muerta en Matanzas (Isla de Cuba) á los cincuenta años de edad. Tan apreciada en Europa como en América, publicó varias obras, entre las cuales merece especial mención la titulada *Zaphiel*.

BUELL (SARA J.) — Literata, conocida con el nombre de *Hale*. Nació

en New-Hampshire (Norte América) en 1790. Viuda en 1822 del eminente jurisconsulto David Hale, se dedicó por entero á la literatura, dirigiendo un diario literario en Boston y una revista en Filadelfia. Se deben á esta ilustre escritora las obras siguientes: *Diccionario de las citas poéticas*, colección de trozos selectos de los poetas ingleses y norte-americanos; *Poesías*, *Northwood*, novela; *Tipos americanos*, una gran colección de noticias biográficas de mujeres célebres, *Grosvenor* drama histórico, *Bosquejo de costumbres americanas*, una leyenda, libros para los niños, tratados de economía doméstica y trabajos sueltos.

BUNCH DE CORTÉS (ISABEL).—Escritora colombiana, autora de las poesías: *A la casa paterna* y *A mi madre en su cumpleaños*.

BURHANS (ELISA W.)—Nació esta distinguida filántropa y literata en Nueva-York en 1815. En 1844 ocupó el puesto de directora de la sección de mujeres en la cárcel de Sing-Sing. Estudió la medicina, organizó una caritativa sociedad de protección á las mujeres desamparadas, y realizó importantes trabajos en el establecimiento de ciegos de Boston. Estuvo casada con el viajero Farnham, y dió á la estampa una edición de la *Jurisprudencia criminal* de Samson, y las obras originales, *Vida en la tierras de las praderas*, *La California interior y exterior*, *Mis primeros días*.

BUSTAMANTE (CARLOTA JOAQUINA).—Poetisa chilena, autora de las composiciones *Misericordias* y *Amor y Amistad*.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

(Se continuará)

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN
LA ESPAÑA MODERNA DURANTE EL AÑO 1891.

- Altamira (Rafael).**—La Cuestión académica. Febrero, pág. 183.
- Anónimo.**—Noticias literarias. Marzo, pág. 222.—Libros. Mayo, página 220.—El Teatro de Ibsen. Junio, pág. 140.
- Arenal (Concepción).**—El Congreso internacional de Amberes. Febrero, pág. 91; Marzo, pág. 28.
- Asensio (José María).**—La Carta de Cristóbal Colón. Octubre, pág. 5.
- Aza (Vital).**—Puntuación, poesía. Mayo, pág. 85.
- Banville (Teodoro).**—El Coche de alquiler. Marzo, pág. 188.—Duelo de Monstruos. Julio, pág. 86.—De Amicitia. Diciembre, pág. 133.
- Barbey d'Aurevilly (J.).**—El Cabecilla. Junio, pág. 197; Julio, pág. 158; Agosto, pág. 63.
- Barrantes (V.).**—Revista ultramarina. Enero, pág. 150.—Nuevas noticias del filósofo Olavide. Mayo, pág. 39.
- Bark (Ernesto).**—La España contemporánea según un reciente libro ruso. Mayo, pág. 64; Junio, pág. 37.
- Becerro de Bengoa (Ricardo).**—Buen tiempo fijo. Julio, pág. 5; Agosto, pág. 15.
- Cambronero (Carlos).**—Malasaña y su hija. Agosto, pág. 5.
- Campión (Arturo).**—El Fausto en la música. Julio, pág. 40; Agosto, página 32; Setiembre, pág. 31; Octubre, pág. 22.
- Campoamor (Ramón de).**—Lo que hacen pensar las cunas, dolora. Ju-

- nio, pág. 83.—Humoradas. Julio, pág. 21.—El Poder de la ilusión, poema. Diciembre, pág. 140.
- Cánovas (Luis).**—Escenas de niños, poema. Setiembre, pág. 15.
- Cánovas del Castillo (Antonio).**—Consideraciones histórico-críticas acerca del novísimo aspecto de la cuestión obrera. Enero, pág. 17.
- Carducci (José).**—El buey, poesía traducida por M. A. Caro. Abril, página 223.
- Castelar (Emilio).**—Crónica internacional. Enero, pág. 127; Febrero, pág. 189; Marzo, pág. 109; Abril, pág. 99; Mayo, pág. 89; Junio, pág. 84; Julio, pág. 57; Octubre, pág. 190; Noviembre, pág. 183; Diciembre, pág. 159.
- Castro (Adolfo de).**—Curiosidades lingüísticas. Marzo, pág. 5.—Carta inédita de D. Juan de la Sal, Obispo de Bona. Diciembre, pág. 145.
- Cherbuliez (Victor).**—El Rey de Baviera. Julio, pág. 104.
- Daudet (A.).**—Una Carta de Mujer. Enero, pág. 200.—Costumbres de París. Febrero, pág. 51.—¡El Papa ha muerto! Abril, pág. 146.—Sopa de queso. Julio, pág. 82.—El Secreto. Agosto, pág. 127.—La Muerte del Delfin. Septiembre, pág. 77.—El Jardín de la calle de los Rosales. Octubre, pág. 123.—El Hombre del cerebro de oro. Diciembre, pág. 129.
- D'Hervilly (Ernesto).**—Durante el sitio de París, poesía traducida por Teodoro Llorente. Enero, pág. 223.—En el Jardín, poesía traducida por Teodoro Llorente. Febrero, pág. 90.
- Dostoyevsky (T.).**—El Mujik-Marey. Agosto, pág. 192.
- Dumas (Alejandro).**—De cómo España no tendrá nunca un buen Gobierno. Septiembre, pág. 74.
- Ex Ministro (Un).**—Revista Económica. Enero, pág. 164; Febrero, página 216; Marzo, pág. 138; Abril, pág. 136; Mayo, pág. 113; Junio, pág. 110; Julio, pág. 72; Agosto, pág. 200; Octubre, pág. 200; Noviembre, pág. 201.
- Fernández Duro (Cesáreo).**—Holandeses en América. Diciembre, página, 179.
- Fernández Flórez (I.).**—José Zorrilla. Noviembre, pág. 23.
- Ferrari (Emilio).**—En el Arroyo, poema. Junio, pág. 64.
- Feval (P.).**—La Canción del peral. Octubre, pág. 118.
- Figuerola (Marqués de).**—La Novela aristocrática. Septiembre, pág. 53.
- Flaubert (Gustavo).**—La Leyenda de San Julián Hospitalario. Abril, página 150.—Herodías. Mayo, pág. 184.

- Gautier (Teófilo).**—Autobiografía. Octubre, pág. 90.
- Goncourt (Edmundo de).**—Querida. Noviembre, pág. 161; Diciembre, página 81.
- González Serrano (U.)**—La Filosofía alemana y la cultura filosófica moderna. Febrero, pág. 120; Marzo, pág. 53; Abril, pág. 45.
- Guzmán el Bueno y Padilla (José de).**—Conquista de Gibraltar. Mayo, pág. 75. — Sitio de Gibraltar por el segundo Conde de Niebla. Octubre, pág. 41.
- Heine (Enrique).**—Rima, poesía traducida por R. Palma. Abril, pág. 223. — Del Apéndice al Intermezzo, poesía traducida por Teodoro Llorente. Mayo, pág. 219. — Noche en la playa, poesía traducida por Teodoro Llorente. Julio, pág. 220.
- Ixart (José).**—Angel Guerra. Setiembre, pág. 45.
- Mélida (José Ramón).**—Los antiguos monumentos americanos y las artes del extremo Oriente. Julio, pág. 22; Setiembre, pág. 5.
- Méndez (Cátulo).**—La Delicada, poesía traducida por Teodoro Llorente. Marzo, pág. 220.
- Menéndez y Pelayo (M.)**—Estudio sobre los orígenes del romanticismo francés.—Los Iniciadores. Enero, pág. 39.
- Mera (J. León).**—Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos. Abril, pág. 5.
- Merchán (Rafael M. de).**—Un poco de todo. Febrero, pág. 166; Abril, pág. 21.—A Lamartine en su centenario, poesía. Junio, pág. 34.
- Moltke (General Conde de).**—La Guerra franco-prusiana. Setiembre, pág. 183; Octubre, pág. 126; Noviembre, pág. 81; Diciembre, pág. 5.
- Musset (Alfredo de).**—Madrid, poesía. Agosto, pág. 146.—A la luna. Octubre, pág. 122.
- Núñez de Arce (Gaspar).**—En el album de una chilena, poesía. Agosto, página 62.
- Obispo de Oviego (F. R. Martínez Vigil).**—La antigua civilización de las Islas Filipinas. Abril, pág. 86; Mayo, pág. 5; Junio, pág. 5.
- Oliveira Martins.**—La Geografía á principios del siglo xv. Abril pág. 78.
- Oyuela (Calixto).**—Carmencita, elegía. Setiembre, pág. 41.—Elegía á la memoria de mi hija. Octubre, pág. 37; Melodía, Triunfo, En la pampa. Diciembre, pág. 194.

- Ossorio y Bernard (Manuel).**—Apuntes para un Diccionario de escritoras americanas del siglo XIX. Diciembre, pág. 198.
- Palacio (Manuel del).**—El Collar de perlas. Noviembre, pág. 9.
- Palma (Ricardo).**—La Gran noticia, poesía. Julio, pág. 56.
- Pardo Bazán (Emilia).**—Las tapias del Camposanto. Enero, pág. 5.—Edmundo de Goncourt y su hermano. Marzo, pág. 68.
- Peña (Miguel Plácido).**—Adúltera, poesía. Mayo, pág. 34.—Experiencia, poesía. Noviembre, pág. 44.
- Peragallo (Próspero).**—Crítica Colombina. Noviembre, pág. 16.
- Renán (Ernesto).**—Recuerdos de mi infancia. Julio, pág. 93.—Recuerdos de mi juventud. Agosto, pág. 135; Setiembre, pág. 80; Octubre, página 100.
- Riehepin (Juan).**—La paja húmeda de los calabozos, cuento. Febrero, página 47.—La Señorita Neblina. Octubre, pág. 115.
- Ríos (Blanca de los).**—Tradición. Julio, pág. 34.
- Rivas Frade (F.).**—Rima, Setiembre, pág. 52.
- Rodríguez Velasco (Luis).**—El Groom-Rang, poesía, Noviembre, página 44.
- Romberg (E.).**—Las Cartas misivas. Enero, pág. 212.
- Rubió y Lluch (A.).**—Poetas colombianos. Mayo, pág. 16; Junio, página 21.
- Saint-Victor (Pablo de).**—La Venus de Milo. Enero, pág. 206.
- Sainte-Beuve (C. A. de).**—Juliana de Krüdner. Marzo, pág. 194.
- Sellés (Eugenio).**—Un alquimista del siglo XIX. Junio, pág. 49.
- Thebussem (Dr.).**—Palabrería. Febrero, pág. 135.—Sopas de ajo, cuento, Noviembre, pág. 5.
- Todtreiser.**—El libro de la duquesa de Alba. Junio, pág. 69.
- Tolstoy (Conde León).**—La Sonata de Kreutzer. Enero, pág. 173; Febrero, pág. 5.—Marido y Mujer. Setiembre, pág. 85; Octubre, pág. 47.
- Turguenef (I.).**—Reliquias Vivas. Junio, pág. 121.—Un incendio en el mar. Setiembre, pág. 66.—Los dos hermanos, Octubre, página 113.—El Insecto. Noviembre, pág. 45.
- Valbuena (Antonio de).**—El coche. Agosto, pág. 48.
- Valera (Juan).**—De los autores portugueses que escribieron en castellano. Enero, pág. 109.—Disonancias y armonía de la moral y de la estética. Marzo, pág. 95; Abril, pág. 124.

- Vidart (Luis).**—Las corridas de toros. Abril, pág. 69.
- Villegas (Francisco F.)**—Impresiones literarias. Noviembre, pág. 196; Diciembre, pág. 159.
- Wagner (Ricardo).**—Recuerdos de mi vida. Setiembre, pág. 151; Octubre, pág. 107; Noviembre, pág. 145; Diciembre, pág. 105.
- Zola (Emilio).**—Alfonso Daudet. Febrero, pág. 62.—Victoriano Sardou. Marzo, pág. 149.—Alejandro Dumas (hijo). Abril, pág. 180.—Flaubert. Mayo, pág. 126.—Chateaubriand. Junio, pág. 156.—Los Goncourt. Julio, pág. 122.—Alfredo de Musset. Agosto, pág. 149.—Gautier. Setiembre, pág. 129.—Stendhal. Noviembre, pág. 47.
- Zorrilla (José).**—Averigua quien te dió, cuento. Enero, pág. 120.—José Valero. Febrero, pág. 106.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>La Guerra Franco-prusiana, por el general Conde de Moltke.</i>	6
<i>Querida, (novela), por Edmundo de Goncourt.</i>	81
<i>Recuerdos de mi vida, por Ricardo Wagner.</i>	105
<i>La Leyenda del hombre del cerebro de oro, por Alfonso Daudet.</i>	129
<i>De Amicitia, por Teodoro de Banville.</i>	133
<i>El poder de la ilusión, (poema), por Ramón de Campoamor.</i>	140
<i>Carta inédita de D. Juan de la Sal, Obispo de Boma, por Adolfo de Castro.</i> ..	145
<i>Crónica internacional, por Emilio Castelar.</i>	156
<i>Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas.</i>	169
<i>Holandeses en América.—La noche de Cañete, por Cesáreo Fernández Duro.</i> ..	179
<i>Melodía, Triunfo, En la Pampa, poesías, por Calixto Oyuela.</i>	194
<i>Apuntes para un Diccionario de escritoras americanas del siglo XIX, por M. Ossorio y Bernard.</i>	198
<i>Índice alfabético de los autores de los artículos publicados en LA ESPAÑA MODERNA durante el año 1891.</i>	203
